LITERATURA CENTRO-AMERICANA.

GUIRNALDA SALVADOREÑA

COLECCIÓN DE POESIAS

DE LOS BARDOS DE LA

REPÚBLICA DEL SALVADOR,

PRECEDIDAS DE APUNTES BIOGRÁFICOS Y JUICIOS CRÍTICOS SOBRE CADA UNO DE SUS AUTORES,

POR

ROMÁN MAYORGA RIVAS

CON UN PRÓLOGO

DEL

DR. DON TOMÁS AYÓN.

TOMO I.

SAN SALVADOR.

IMPRENTA NACIONAL DEL DOCTOR F. SAGRINI,

CALLE DE LA AURORA Nº 9

1884.

AL DOCTOR RAFAEL ZALDIVAR,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

DEL SALVADOR.

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

Palacio Nacional: San Salvador, Agosto 27 de 1881.

Deseando el Supremo Gobierno dar el mayor ensanche posible á la literatura nacional, ACUERDA: que la obra del señor don Román Mayorga Rivas, titulada "Guirnalda Salvadoreña", se imprima en la Imprenta Nacional por cuenta del Tesoro público.—Comuníquese.

(Rubricado por el señor Presidente.)

El Sub Secretario
de Instrucción Pública y Beneficencia,
Castro.

LA "GUIRNALDA SALVADOREÑA."

Algún tiempo ha trascurrido desde que el joven inteligente don Román Mayorga Rivas se echó á desenterrar poesias de autores salvadoreños que ya no existen, y á coleccionar laboriosamente las de los bardos que aun viven en esta República; y sea por desconfianza de que Mayorga cumpliera con su ofrecimiento al público, sea por el deseo de que se diera pronto á la estampa la Guirnalda que habia tegido con las más gayas flores del Parnaso salvadoreño; sea lo uno ú lo otro, lo cierto es que más de una ocasión en la gacetilla de los periódicos se ha preguntado si se haría ó nó la edición de la mencionada obra.

La mejor respuesta habría sido la publicación del volumen; cosa poco menos que imposible para nuestro amigo, á quien si le sobra actividad y talento, le falta algo que brilla menos que el ingenio, pero que vale mucho para el asunto de publicar libros por la imprenta, especialmente entre nosotros.

Pero hoy, ya el público sabe que la "Guirnalda" no permanecerá por mucho tiempo inédita, merced al Presidente de la República señor doctor Zaldivar, que sin parar mientes en los sueltos de gacetilla les ha dado, sinembargo, la respuesta con el acuerdo que publicamos en la sección respectiva del presente número de este diario.

Coronar con buen éxito las obras que demandan labor y talento, estimular á la juventud estudiosa en su carrera, enriquecer la literatura nacional con obras de mérito indisputables, todo esto es laudabilísimo y propio de los gobiernos progresistas y cultos que tienen la mira puesta en la honra y buen nombre de la patria.

Natural era, por lo mismo, que al Gobierno del señor Dr. Zaldivar le debiéramos la edición de la "Guirnalda Salvadoreña," colección muy notable y la primera en su género entre nosotros.

No es esta la ocasión para hablar acerca de la importancia de esta obra, cuyos originales hemos tenido ocasión de ver, aunque ligeramente, pero no nos faltará oportunidad para hacer justicia al joven Mayorga Rivas, y unir nuestro pobre aplauso á los que indudablemente merecerá, por haber llevado á cima un trabajo tan digno de aprecio, no solo por el mérito intrínseco de él, sino porque está destinado á comunicar un poderoso impulso á nuestros vates y, en general, al movimiento literario de la República.

Editorial del "Diario Oficial", número 200, del 31 de Agosto de 1881.

PROLOGO.

Cuando en 1879 se anunció por la imprenta que el señor don Román Mayorga Rivas tenía el propósito de coleccionar las mejores poesías de los bardos salvadoreños, presentando en un libro el genio de nuestra literatura, sus vicisitudes y transformaciones desde la independencia centro-americana hasta nuestros días, la desconfianza se dibujó en el semblante de muchos. No carecían de razón: la empresa era difícil, y los medios de que el joven literato podía disponer, casi nulos.

El sabio que compone una obra para enseñar á la humanidad verdades ocultas á la ciencia, ó para deleitarla con el aroma de encantadora poesía, cuenta con sus propias capacidades, on los grados más ó menos altos de su sensibilidad, con el estado en que se encuentra la sociedad donde vive, con la dureza ó blandura de las costumbres, con las producciones de otros sabios y con el inmenso cuadro de la naturaleza, que proporciona al inteligente observador cuantos conocimientos necesita. Pero el señor Mayorga Rivas no se proponía dar á luz sus pensamientos, sino condensar en una obra la cultura salvadoreña y señalar el camino que ha traído, haciéndola descender desde sus

alturas hasta el ameno campo de las nuevas ideas y más atrevidas formas con que viene engalanándola el progreso de los tiempos. No contaba, pues, con los elementos que le diera su clara inteligencia; tenía que buscarlos en lugares desconocidos y recoger de una en una, con ímprobo trabajo, las composiciones de los poetas contemporaneos y de los que ya no existen.

La tarea del sabio que revela misterios encerrados hasta entonces en el seno de la naturaleza, ó que en dulce y cadenciosa rima enseña la moral á los pueblos trazándoles sus deberes, es gloriosa, sin disputa. Ignacio Gómez, Miguel Alvarez Castro, Francisco Diaz y todo ese grupo de austeros ó festivos poetas que con rasgos imperecederos han pintado las costumbres de su época ó regado en el campo de la literatura patria las flores de su ingenio, son dignos de la gratitud nacional; pero no lo es menos el que salvando del olvido el pensamiento de tan ilustres varones, lo presenta á sus contemporaneos y lo trasmite á la humanidad entera como legado inapreciable de la generación que ya pasó y de la que actualmente pasa, realizando sus destinos.

Corrección en el lenguaje y elevación del espíritu humano deben ser base principal de todo sistema literario, dado que ni en estilo vulgar ni por medio de pensamientos bajos puede ostentarse el encanto de la belleza ó la severidad de la virtud. La literatura española, rica de aquellas dotes, ha sido y debe ser norma de la literatura centro-americana. Esta adhesión forzosa, que tanto valor comunica á las concepciones de nuestros poetas, es consecuencia natural del origen, las costumbres y el idioma. Por esta razón, cuando llega á nuestras manos un libro

de Campoamor ó de Zorrilla, de Echegaray ó de Núñez de Arce ó de cualquiera otra de esas lumbreras que llevan al mundo culto la luz de su ingenio en el idioma de Cervantes, suspendemos la lectura de toda producción extranjera, por grande que sea su mérito, y nos dedicamos al estudio de la obra española, á despecho de los que piensan que solo en las letras francesas, inglesas ó alemanas se encuentra pompa en la expresión y espiritualismo en la idea.

No puede ser admitido ese injusto exclusivismo sin ofensa de los grandes talentos españoles. La pluma de Moratín no fué inferior á la de Moliére, ni la de Calderón á la de Racine; y es bien sabido que los más célebres poetas franceses del siglo pasado, célebres por la gracia del estilo, el vigor de la inteligencia y el brillo de la imaginación, bebieron en las cristalinas fuentes de la literatura castellana, donde encontraron el resorte de la invención, el natural desenvolvimiento de la acción dramática y los más felices resultados en las causas finales de la escena. Corneille reconoció haber encontrado argumentos para algunas de sus tragedias, en composiciones poéticas de Guillén de Castro; y sacado materiales para formar su *Heraclio*, de la comedia de Calderón *En esta vida todo es verdad y todo es mentira.* El argumento de la tragedia *El Conde de Esex*, que en concepto de algunos críticos es la mejor que escribió aquel renombrado autor francés, había sido ya tratado por los dramáticos españoles en tiempo de Felipe IV. La comedia *Venceslao*, escrita por Rotrou, es solo imitación de una de las de Rojas, y aun el gran Voltaire, para formar su *Mariane* se aprovechó de los elementos que le ofreció una de las mejores *comedias heroicas*

de Calderón, titulada *El mayor monstruo de zelos y Tetrarca de Jerusalén.*

Los bardos salvadoreños, con admirable acierto se alejan de las aguas turbias del extranjerismo y hacen importantes esfuerzos por llegar al círculo en que se respiran las auras puras de la literatura española. Procurando cuidadosamente no incurrir en el feo vicio del plagio, imitan las más perfectas composiciones de los grandes maestros peninsulares. Fray Luís de León, en una de sus bellas odas se expresó de este modo :

> ¡Qué descansada vida
> La del que huye el mundanal ruido,
> Y sigue la escondida
> Senda por donde han ido
> Los pocos sabios que en el mundo han sido!
> Que no le enturbia el pecho
> De los soberbios grandes el estado,
> Ni del dorado techo
> Se admira, fabricado
> Del sabio moro, en jaspes sustentado.

Basta el anterior fragmento para conocer la índole de la admirable composición española. Veamos ahora una del ilustrado salvadoreño don Ignacio Gómez, titulada *La vida oscura*, en que parece haberse propuesto seguir paso á paso al poeta granadino :

> ¡Feliz la vida oscura
> Del mortal que sin cuna ni riqueza,
> Conoce la ventura
> Que da naturaleza,
> No la que brinda efímera grandeza!
> A él no inquieta el cuidado
> Que agita al grande en el mullido lecho:
> Amar y ser amado
> Bajo ignorado techo
> Es el único anhelo de su pecho.

En esta poesía del señor Gómez, que no seguimos trascribiendo porque puede leerse íntegra en las páginas 121 y 122 de la *Guirnalda,* se encuentra lo que Gracian exige para que una obra sea acabada: estilo realzado y remontado concepto.

Larga tarea nos impondríamos si quisiéramos examinar de una en una las obras salvadoreñas en que de propósito ó sin intención se ha imitado á insignes escritores españoles, asi como éstos en el renacimiento de las letras tuvieron de modelo á los romanos, según lo demuestra la imitación que de las Geórgicas de Virgilio hizo Lupercio Leonardo de Argensola en su canción dedicada á Francisco II, celebrando la canonización de San Diego. El inmortal poeta mantuano que en algunas de sus églogas se apartaba de la cosmogonía de Epicuro y en rasgos notables se acercaba á la relación mosaica, como lo observa Dryden, fué leído, estudiado y con admiración acogido, aun por los ascéticos más amartelados de la Edad Media. En concepto de afamados críticos, Virgilio se aproximaba al cristianismo.

Si los bardos salvadoreños han ilustrado el pensamiento y purificado el lenguaje estudiando á los poetas españoles, y si éstos tributaron homenaje á los romanos, nada extraño es que se encuentre en los primeros el aire y las imágenes de que se sirvieron los últimos. Don Miguel Alvarez Castro dió á la Oda dedicada al ciudadado José del Valle todo el sabor de la poesía romana. Sin duda se inspiró en las Geórgicas al expresarse así:

Al par de los arbustos
Arboles corpulentos,
O del cedro que altivo se levanta,

No es dado á los arbustos
Formar altos intentos;
Y al par de la dulcísima garganta
Con que el jilguero canta,
La débil avecilla
Teme soltar su voz, teme y se humilla.
Así yo me contemplo
Ante el coro armonioso
De los sagrados cisnes de Hipocrene :
Tomo la lira y templo,
Mas el labio medroso
Por un secreto impulso se detiene,
Se anima y le contiene
El respeto que solo
Vosotros me inspirais, hijos de Apolo.

El movimiento literario del Salvador es nuevo; porque si la formal fundación del Colegio Nacional data de cuarenta años, tuvo la enseñanza interrrupciones causadas por los frecuentes trastornos políticos de otros tiempos y, además, estuvo por dilatado espacio limitada á la secundaria y á los ramos profesionales de jurisprudencia, medicina y teología. Se expidieron reglamentos para mejorarla sacándola del molde en que la dejó el gobierno colonial; pero se referían, no á lo esencial de la instrucción, sino al régimen interior del establecimiento, al sistema electivo de los empleados, á ceremonias é insignias con que se creía darle respetabilidad y colocarlo, en cuanto á magnificencia, á la par de los colegios extranjeros. El Presidente, General don Gerardo Barrios rompió con ese pasado é inició un nuevo plan de reforma, haciendo venir de Europa profesores de literatura y ciencias; y si no se recibieron entonces los frutos que el Jefe de la República se proponía, la buena semilla quedó sembrada, y de ella se recogen hoy abundantes

cosechas por la decidida protección que el Gobierno actual presta á la enseñanza de las materias que con mayor eficacia incrementan la prosperidad nacional. Puede asegurarse sin temor de contradicción, que el Salvador es una de las repúblicas centro-americanas en que con más esmero se suministra á la juventud el alimento del alma, que consiste en la buena educación.

El señor Mayorga Rivas presenta al mundo literario un testimonio elocuente de esa verdad, publicando la *Guirnalda*, en que se registran poesías, hijas de una cultura adelantada. Las biografías y juicios críticos que la adornan, notables aquellas por la fidelidad y abundancia de sus detalles, y éstos por el delicado gusto é ilustrado criterio que en ellos dominan, forman de la obra una historia completa de la literatura salvadoreña. Reciba el autor nuestra cordial enhorabuena, por haber coronado su empresa con un acierto que le honra y que da lustre á la hermosa y hospitalaria patria de los Delgados, los Cañas, los Gómez y los Hoyos.

Tomás Ayón.

León, Nicaragua : 1884.

A LOS LECTORES.

Al contemplar la esplendidez de la naturaleza americana, no podemos ménos de creer que esta tierra maravillosa fué creada para inspirar á los poetas, para dar armonía á sus cantares y para ser la morada de una raza esencialmente artista y soñadora.

En efecto, los pobladores del Nuevo Mundo, dotados de ingenio y con vocacion poética, han rendido culto á la literatura, cantando con acentos inimitables la pompa soberana de una naturaleza vírgen, ensalzando á la Libertad que es la diosa de los lares americanos y enalteciendo las glorias que resplandecen en el libro de su historia, en cuyas páginas se hallan escritas las proezas de un pueblo valiente y aguerrido, heroico hasta la temeridad, amante de su independencia y celoso de sus derechos.

La América Central, vírgen dormida aún en un lecho de flores, al arrullo de dos océanos que la acarician con sus brisas y sus olas, cuenta, como las otras Repùblicas de orígen latino, con una pléyade de apasionados trovadores que, con los trinos del tierno ruiseñor y del melodioso sensontle, han expresado los sentimientos de su alma.

En la culta República de Guatemala, han dejado oír las armonías inefables de su voz infinidad de vates, cuyo sobresaliente mérito está reconocido por to-

dos los centro-americanos, pudiendo muy bien decirse que ella va á la vanguardia del movimiento progresivo de la literatura de estas secciones. Para probar nuestra asercion, baste recordar los nombres del inimitable Batres Montúfar, de los tiernos hermanos Diéguez, del filosófico Córdova, del ingenioso García Goyena, del satírico Rivera Maestre y los de otros tantos que constituyen una verdadera gloria de que participa toda la América Central.

Nicaragua tambien puede enorgullecerse de poseer no pocos cantores que, al hacer vibrar su lira, han imitado el susurro de las brisas, el canto de las aves y el apacible rumor que producen, al besar las arenas de sus playas, los azules lagos de aquella magnífica region. F. Quiñones Zunzin, F. Zamora, F. Diaz Zapata, Cármen Diaz, Juan Iribarren, Antonino Aragon, J. M. Morazan, Cesáreo Salinas, Félix Medina y Ruben Darío pertenecen al número de ellos; y si las efervescencias políticas en aquel país no hubiesen sido ántes tan contínuas, habría florecido más la gaya ciencia, porque es muy cierto que donde se oye el vocerío de las pasiones encontradas y de los odios de partido, la voz del poeta se ahoga en su garganta y enmudecen las cuerdas de su lira. Afortunadamente, la paz ampara hoy á esta seccion de Centro-América, y á su benéfica sombra palpitan con esperanza y amor los corazones de sus hijos, que, libres y felices, se entregan al cultivo de la literatura.

Honduras ha visto reflejadas las magnificencias de su suelo en las concepciones y en los cantares del General Ferrara, del Padre Reyes, de J. J. Palma, de Teodoro Aguiluz, de M. Molina Vijil y de F. Ibarra; y Costa-Rica ha escuchado, en medio del ruido de su agitacion comercial, la voz inspirada y tierna de Pedro Jovel, de Pio J. Viquez y otros cuyos nombres son apénas conocidos entre nosotros.

El Salvador, como sus hermanas, es un pueblo naciente que ha recorrido apénas un pequeño trayecto

en el camino de su existencia; y sin embargo, puede tambien gloriarse de contribuir, con el coro que entonan sus bardos, al gran concierto que eleva hasta los cielos el mundo de Colon.

En Guatemala y Nicaragua se han hecho algunos esfuerzos para dar á conocer á los poetas de aquellos lugares; y hoy el Salvador presenta á las Repúblicas á quienes está ligada por lazos fraternales, esta GUIRNALDA, tejida con las flores de su parnaso, para que algun dia contribuya á la formacion de la que contenga todas las brotadas en los jardines que se estienden á los piés del Volcan de Agua, del Izalco, del Cosigüina, del Irazú y del Cerro de Hule.

En este volúmen se ofrecen á los amantes de la literatura las notas de la lira de los poetas salvadoreños, cuya poderosa imaginacion ha sido calentada por el fuego de los muchos volcanes que embellecen y subliman la tierra en donde aquellos nacieron.

Necesaria se hacía la publicacion de la presente obra, que tiene por principal objeto sacar del polvo en que yacen, infinidad de preciosas producciones que la indiferencia ha dejado en el olvido; dar á leer á la generalidad otras tantas que apénas son conocidas por uno que otro curioso; proporcionar un rato de solaz y entretenimiento á las personas que se dedican á la lectura de la poesía; contribuir, en fin, á la obra de dar á conocer el Parnaso centro-americano.

Conocida es la imperfeccion que acompaña siempre á las obras humanas, y que en todas ellas se encuentra por lo regular mucho de malo, un poco de mediano y poquísimo de bueno; pero, tal como es la literatura salvadoreña y si se la sabe reunir y recoger con cuidado, creemos que muy bien puede formarse con ella una variada é interesante coleccion, en la que aparezcan las poesías de bardos, entre los cuales hay varios de mérito indisputable.

El talento no es patrimonio exclusivo de ningun país, el genio no tiene patria, y no son por cierto las

hermosas campiñas de Cuscatlan y su incomparable cielo de zafiro, los que pudieran alejar á las musas y á los dioses tutelares del pensamiento y del espíritu; muy por el contrario, el Salvador es floreciente en la poesía y en las bellas letras, porque sus hijos, pertenecientes á la ardorosa raza que puebla el Nuevo Mundo, han sido dotados por la naturaleza con un corazon noble, amante y admirador de todo lo bello y de todo lo grande, que les ha impulsado á entonar, ya valientes y armoniosos cantares á las glorias americanas, ya sentidas y delicadas endechas que revelan el sentimiento tierno que las inspira.

Nosotros que abrigamos entusiasmo, simpatía y veneracion por todo lo que revela sentimiento. saber é ingenio, por todo lo que nos muestra una inteligencia pensadora ó un corazon sensible, no podiamos ménos que dedicarnos gustosos á la tarea de recoger algunas poesías de los inspirados hijos de esta fraccion de la familia centro-americana, lo mismo que los datos que pudiesen servirnos para trazar ligeras noticias biográficas sobre cada uno de ellos. Además, comprendimos lo necesaria que era la formacion de un libro que contuviese aquellas producciones, tanto porque en su mayor parte se iban relegando al olvido, como porque el estado de adelanto á que felizmente ha llegado el país en el importante ramo de la gaya ciencia, exige el perfecto conocimiento de las piezas que la forman.

Alentados, pues, por aquellos sentimientos y por estas ideas, nos dedicamos á formar este volúmen que, segun nuestro humilde entender, ocupará un lugar importante entre los libros centro-americanos, porque él contiene hermosísimas flores, cuya suave y delicada fragancia ha de llegar á las demas regiones del mundo de Colon, con el rumor de las brisas de las montañas de este país y en las armonías de la lira de los poetas de donde aquellas flores brotaron.

Para llegar hasta el fin de la jornada tropezamos en el camino con muchas dificultades y obstáculos de todo género, acaso porque ninguno lo hubiese recorrido ántes que nosotros, ó más bien por la inexperiencia de nuestra edad y porque carecemos de las aptitudes que se necesitan para esta clase de trabajos.

Sin embargo, todo el entusiasmo de que es capaz un corazon de diez y siete años y el amor que profesamos á esta tierra, nos dieron aliento para no desmayar en una tarea superior á nuestras fuerzas y dar cima á la obra que ahora ofrecemos al público.

Muy bien conocemos que nuestro trabajo es imperfecto; pero nos consideramos con derecho á la indulgencia de los lectores, si se toman en cuenta los nobles sentimientos que nos impulsaron á emprenderlo.

Difícil nos fué adquirir el mayor número de poesías aquí reunidas, porque, publicadas generalmente en nuestros periódicos, han vivido la vida fugaz de estos. Muchas de ellas nos fueron dictadas por algun curioso, que afortunadamente las retuvo en la memoria, y las más las hemos recogido inéditas de manos de los aficionados á conservar las producciones de los ingenios nacionales.

En cuanto á la adquisicion de datos para escribir las noticias biográficas de que van precedidas las composiciones de cada autor, los lectores juzgarán lo dificultoso que aquella se nos hizo aquí, donde poco, ó casi nada, hay escrito para dar á conocer las muchas personas notables que en varios ramos del saber humano han descollado y donde, por completo, se carece de una fuente que pueda suministrar los apuntes necesarios.

En fin, baste saber que esta obra es la primera en su género que se publica entre nosotros, para que se comprenda la série de contratiempos que ha habido que vencer antes de su publicacion.

El público juzgar á nuestros trabajos:—y á la crítica la creemos demasiado noble para ensañarse en un libro, que, al ser colocado en aras de la patria, significa el agradecimiento del que, extraviado de las orillas del gran lago de Nicaragua, encontró una benévola acogida en esta tierra hospitalaria y generosa.

Roman Mayorga Rivas.

San Salvador:—1879.

MIGUEL ALVAREZ CASTRO.

El melodioso cantor del Lempa se presenta á nuestra consideracion, suministrándonos las flores de su fecundo ingenio para empezar á tejer la guirnalda poética del Salvador.

Nació Alvarez Castro en un lejano pueblo del Departamento de San Miguel, á fines del siglo próximo pasado.

Tocáronle en suerte tiempos bien tristes, en que un poder estraño ahogaba entre nosotros los gérmenes de progreso y de cultura y extinguía desde su orígen la llama del genio. Afortunadamente, Alvarez Castro á pesar de las circunstancias de la época aciaga en que nació, pudo adquirir una educacion notable.

En la casa paterna aprendió los primeros rudimentos del saber, y pasó á la ciudad de Guatemala, donde estudió latin, matemáticas y filosofía, distinguiéndose bien pronto por su talento y laboriosidad. Era el objeto de la predileccion de sus profesores, los cuales elogiaban las dotes con que la Naturaleza le habia favorecido. En sus exámenes obtuvo siempre honrosas calificaciones, que recompensaron sus esfuerzos por adquirir el mayor número de conocimientos.

Alvarez Castro tuvo la desgracia de perder á sus padres, siendo todavía bastante jóven; y esa circunstancia, que le dejó sin proteccion y apoyo, obligóle á retirarse del colegio y volver al seno de su familia; pero siempre ansioso de saber, se dedi-

có con entusiasmo á la lectura de escogidos libros, y supo encontrar en ellos la útil y sólida instruccion, que á tanta altura le elevó en el aprecio de sus compatriotas.

Cuando Centro-América trató de emanciparse de la Metrópoli, fué uno de los que abrazaron con más ardor la santa causa de la independencia. Dedicado despues al servicio de la patria, recorrió toda la escala de los destinos públicos hasta llegar al elevado puesto de Ministro de la Federacion, y en él, desplegando la energía de su caracter, contribuyó en alto grado á las empresas en que el gran Morazan salvó por segunda vez la nacionalidad de la América-Central.

Alvarez Castro poseía las cualidades del orador; y en las Cámaras Legislativas siempre resonó su voz para defender los sagrados derechos y libertades del pueblo.

En los ratos que el trabajo le dejaba libres, se entretenía en el estudio de la música, y, al compás de su vibrante guitarra, cantaba, con armoniosa y dulce entonacion, los delicados versos que él mismo componía, enriqueciendo de ese modo nuestro Parnaso con muchas canciones líricas. Lo calamitoso de los tiempos no dió lugar á que éstas se imprimiesen; y muy pocas son las que ahora resuenan en los corrillos populares, llamando la atencion de los amantes de la poesía, con ese secreto encanto y cautivador donaire que los hace tan recomendables.

Firme en sus convicciones políticas, siguió á Morazan á la América del Sur, cuando, con motivo del triunfo de la fraccion anti-nacionalista, tuvo que emigrar aquel caudillo, dejando dividida la patria por cuya union habia combatido heroicamente y sacrificado su bienestar.

A los dos años regresó Alvarez Castro de las Repúblicas Sud-americanas, y siguió tomando en la cosa pública la participacion que le daban su patrio-

tismo y su vasto talento.

Allá por el año de 1856, murió de una penosa enfermedad en una apartada hacienda del Departamento de San Miguel, destituido de todo auxilio, sin que una mano amiga cerrase sus párpados, ni una lágrima de simpatía humedeciese sus despojos; y aún se ignora el punto en que éstos fueron sepultados.

El dolor es atributo de las almas superiores, que jamás pueden avenirse con las miserias de la existencia terrenal; y ALVAREZ CASTRO, dotado de un corazon eminentemente sensible y bueno, padeció no pocos pesares, sobre todo en su vida de hombre público en un país como el nuestro, en que, si hoy todavía hierven las pasiones políticas, ántes, con mayor razon, andaban desencadenadas, chocándose unas con otras al empuje de un poder diabólico y fatal.

Sin las contínuas agitaciones de su existencia, ALVAREZ CASTRO habría dejado mayor número de poesías, que indudablemente fueran hoy valioso tesoro de la literatura centro-americana, á juzgar por las pocas que conocemos de él, que revelan un númen poético admirable.

Las composiciones que hemos recogido de aquel poeta de estilo clásico y puro, son fluidas y cadenciosas. Un sentimiento tierno domina en algunas de ellas, y en otras se presenta el trovador lleno de gracia y donosura, sin que esto impida que á veces se encumbre en alas de una entonacion valiente, robusta y sonora.

Parecerá extraño que en el Salvador no sea tan conocido ALVAREZ CASTRO como poeta; pero la indiferencia con que se le ha visto, desaparecerá en presencia de este libro, que encierra, entre otras joyas, las preciadas producciones del bardo migueleño, honra y prez de nuestro Parnaso.

Nuestras pesquisas por encontrar otro poeta que haya florecido ántes que ALVAREZ CASTRO, han sido vanas é infructuosas; y él es el único que se nos

ha presentado iniciando el derrotero que más tarde siguieron otros predilectos hijos de Apolo. Ayer no mas tuvo vida este pueblo, y el recuerdo de sus hombres notables está todavía muy reciente, sin que sea necesario para admirarlos remontarse á épocas muy lejanas.

Para concluir, copiaremos en seguida una estrofa escrita con ocasion de la muerte del distinguido poeta:

> Murió .... pero no importa! sus pesares,
> Su angustia y desconsuelo terminaron,
> Cuando, por él, las olas de los mares
> Un himno triste y fúnebre elevaron,
> Y las brisas, gimiendo en los pinares,
> En union de las aves sollozaron,
> Mientras se oía en lontananza el eco
> Del lamento del pueblo cuscatleco!.

AL CIUDADANO JOSÉ DEL VALLE.

ODA.

Al par de los robustos
Arboles corpulentos,
O del cedro que altivo se levanta,
No es dado á los arbustos
Formar altos intentos;
Y al par de la dulcísima garganta
Con que el gilguero canta,
La débil avecilla
Teme soltar su voz, teme y se humilla.

Así yo me contemplo
Ante el coro armonioso
De los sagrados cisnes de Hipocrene:
Tomo la lira y templo,
Mas el lábio medroso
Por un secreto impulso se detiene.
Se anima, y le contiene
El respeto que solo
Vosotros me inspirais, hijos de Apolo.

¡Oh númenes gloriosos,
Cantores de Helicona,
Cuyas cimas magníficas pisando,
De laureles hermosos
Ganasteis la corona
Que vuestras sienes veis hoy adornando!
Perdonad si deseando
Seguir vuestros caminos
Se extravía mi pié, genios divinos.

Mas, si el ilustre nombre
En cadencioso verso,
Sonoro á publicar mi voz no acierta;

LITERATURA CENTRO-AMERICANA.

GUIRNALDA SALVADOREÑA

COLECCIÓN DE POESIAS

DE LOS BARDOS DE LA

REPÚBLICA DEL SALVADOR,

PRECEDIDAS DE APUNTES BIOGRÁFICOS Y JUICIOS CRÍTICOS SOBRE CADA UNO DE SUS AUTORES,

POR

ROMÁN MAYORGA RIVAS

CON UN PRÓLOGO

DEL

DR. DON TOMÁS AYÓN.

TOMO I.

SAN SALVADOR.

IMPRENTA NACIONAL DEL DOCTOR F. SAGRINI,

CALLE DE LA AURORA Nº 9

1884.

AL DOCTOR RAFAEL ZALDIVAR,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

DEL SALVADOR.

A LA MUERTE DEL CORONEL PIERSON.

(1827.)

Risueña musa! tú, que en faustos dias
El suave plectro del amor pulsando,
La sien ornada de fragantes flores,
Inspirarme supiste dulces cantos;
Tú, que las gracias de sin par belleza,
Ya en grato Abril ó floreciente Mayo,
Me convidabas á ensalzar dichoso
En dulce feudo del amor más casto:
Oh Erato! deja de inspirarme; deja
Que mis lamentos por el aire vago
Resuenen libres, y que al cielo lleguen
Y á dolor muevan hasta el cielo santo.
Mas tú, severa Melpoméne, ocupa
Desde hoy piadosa el espacioso campo
Que á mi exaltada fantasía se abre,
Campo de luto y de mortal quebranto.
Ahora que Apolo la fogosa cuátrega
Al occidente abrasador guiando,
Cede el dominio del inmenso globo
Al triste imperio del nocturno carro.
Cuando las aves en silencio yacen
Y el aire, el mar, los florecidos prados;
Y los mortales, de penar rendidos,
Buscan del sueño el amigable amparo.
Yo, sin ventura, de afliccion cubierto
Y el pecho todo de sufrir llagado,
La muerte injusta del ilustre Pierson.
Del gran caudillo de la patria, canto.
Vedlo, patriotas, caminar gozoso
Hasta el suplicio, y presentar bizarro
El corazon á las ardientes balas
Y él ser el gefe del fatal mandato:

Vedle tranquilo recibir la muerte,
Sin una queja proferir su lábio,
Y hablar á todos con semblante afable
Hasta el momento de espirar aciago.
Pero....¿qué miran mis cansados ojos?
¿Qué es lo que escucho?....Fúnebre aparato,
Luto, gemidos, confusion tristeza,
Desolacion universal, y llanto,
Estruendo de armas, trémulos tambores,
Todo me anuncia que, veloz silvando,
El plomo horrible se escondió en el pecho
Del que lidiára por el suelo pátrio.
¡Oh dia infausto! ¡miserable dia!
Huye, oh momento pesaroso, y raudo
Vuela á ocultarte al tenebroso seno
Que abre el Letéo en su profundo espacio:
Huye, y no mas los soledosos sitios
Tornen á ver tus refulgentes rayos,
Dó el despotismo la inocente sangre
Audaz regára con infame mano.
Pierson!..¡oh digno defensor del pueblo,
Tú nueva gloria al patriotismo has dado,
Muriendo, sí; mas con firmeza heroica
Y á los tiranos de baldon llenando!!
Pero tú, Clío, con tu augusta lira
Harás que suene en inmortales fastos,
Junto á los nombres de Porlier y Laci,
El nombre excelso de mi amigo caro.
Dí á todo el orbe que murió virtuoso:
Y, cual valiente y fiel americano,
Quiso al sepulcro descender primero
Que no vivir con ignominia esclavo.
Dí que su pecho valeroso, nunca,
Nunca dió asilo á un pensamiento bajo,
Que fué el amigo de los hombres libres,
Que siempre de opresores fué contrario:
Y, como al choque de la mar hirviente
Inmoble queda colosal peñasco,
Tal con firmeza varonil se opuso
A los designios de arbitrario mando.

Pero... ¡ay, oh cielos! ya espiró... no existe:
Voló á otra esfera, más luciente acaso
Que aquel planeta precursor de Febo,
Y aun más que Febo se verá brillando.
Del genio ilustre, miserable polvo,
Sólo cenizas ya, nos han quedado....
¡ Lloradle ¡oh bardos! y su tumba adornen
Tétricos sauces y cipres infausto!....

A CINTIA.

(EN SUS DIAS.)

No por mi pasion debiera,
En tan fausto y claro dia,
Celebrar tu natalicio
Entre cantares y vivas.

La alabanza en propio lábio
Bien léjos de ser creída,
Es un borron que obscurece
Las prendas más efectivas.

Pero si elogiar supieron
En sus hermosas poesías,
Tíbulo á su cara Délia,
Taciano á su dulce Antila:

¿Qué mucho que yo te ponga
Junto á las estrellas mismas,
Y que competir te haga
Con Juno y Vénus divina?

¿Sería ésto una locura,
Esto un delito sería?
No!—¿pues á qué sofocar
Los impulsos que me animan?

Vamos....; pero no: el silencio
Mi moderacion remita
Cuanto de ti, Cintia hermosa.
Cantar mi musa podría.

Los imparciales que saben
Dar al mérito su estima,
Decidirán si tus prendas
De alabanza ó no son dignas.

Que yo, aunque voto no sea,
Diré tienes infinitas
Para cautivar mil almas
Por mucho que se resistan.

Mas ¿por qué en tus lábios juega
Esa púdica sonrisa?
¿Por qué se asoma el rubor
Á tus cándidas megillas,

Cual rosa que al despuntar
La primer luz matutina,
Del aura á los dulces besos
Ríe, se avergüenza y brilla?

Pero qué! ¿piensas acaso
Que estos mis versos respiran
Lisongeras alabanzas
Que el sincero amor no dicta?

¡Llévese el fingido amante
La deplorable desdicha,
De no sentir en el pecho
Lo que sus lábios explican!

Que yo, cual amante tierno.
Si te elogio, bella Cintia,
Del alma á la boca pasan
Los afectos que me inspiras.

Ah! si alcanzar yo pudiera,
Por cúmulo de mis dichas,
Que fuesen tan duraderos
Como el diamante tus dias!

Mas, en tanto que vivamos
Gocemos, Cintia, la vida,
Cual roble y yedra amorosos,
Entre inocentes caricias....

ENRIQUE HOYOS.

Pluma más autorizada que la nuestra, debiera trazar por primera vez la noticia biográfica de ENRIQUE HOYOS, esclarecido ciudadano cuyo notable talento é ilustracion, le hacen ser una de las eminentes glorias salvadoreñas. Sin embargo, nos atrevemos á escribir algo sobre la vida de tan importante personaje, una vez que nos hemos impuesto la tarea de dar á conocer á aquellos que han contribuido á formar, con las flores de su ingenio, la guirnalda que la Patria ostenta en sus sienes.

Aunque Hoyos haya figurado más notablemente en las regiones oficiales y del foro, en las tareas del periodismo y de la política, que en la poesía, no dejaremos de aprovechar la honra que su nombre da á este libro, pues brotaron de su fecunda imaginacion varias composiciones líricas, que no carecen de algun mérito.

Hobasco fué el lugar del nacimiento de HOYOS, en Julio del año de 1810; y permaneció allá bajo los cuidados de Doña Cármen Escamilla, en cuya casa nació, hasta la edad de diez años en que sus más inmediatos parientes le trasladaron á San Vicente, donde concluyó su educacion primera y comenzó á estudiar latin.

En 1823 la familia de HOYOS se trasladó á Guatemala; y en aquella República continuó sus estudios de latinidad y cursó filosofía.

El año de 1829, siguió en su destrierro á la Habana al Arsobispo Casaus, de quien él era paje, y allá comenzó á estudiar para el saserdocio, por complacer á su tia Doña Josefa Hoyos, que se empeñó

en que abrazase la carrera eclesiástica, para la cual no tenia vocacion, á pesar de hallarse sometido á las influencias del Arzobispo que hemos citado. En efecto, cuando ya estaba para recibir las órdenes sagradas, escribió á su familia para que lo hiciesen volver á Guatemala, manifestándole, franca y resueltamente, que no queria ordenarse.

Ante la firme resolucion de Hoyos, su familia le hizo regresar el año de 1831; y puesto en Guatemala, emprendió sus estudios de Derecho, se graduó de Bachiller é interrumpió su pasantia para trasladarse á San Vicente con su tio José María López.

En 1836 contrajo matrimonio con la Señorita Lorenza Molina, de las primeras familias de San Vicente.

Poco tiempo despues se trasladó á la capital de la República, tomando servicio en clase de Jefe de seccion del Ministerio de Hacienda Federal.

En 1841 se recibió de Abogado, y al poco tiempo fué nombrado Asesor del Departamento de Cuscatlan.

Desde aquella época se dedicó al servicio del país, alternativamente en el ramo judicial y en el político y gubernativo.

Fué, durante algun tiempo, Juez de Hacienda, Juez de 1ª Instancia del Departamento de Cuscatlan, Ministro de Relaciones Exteriores y Diputado á la Legislatura de la República y al Congreso nacional, que se reunió en Tegucigalpa por el año de 1852.

En distintas épocas estuvo á su cargo la redaccion del periódico oficial, que era leído con placer y admiracion por toda clase de personas, pues encontraban en sus variados, brillantes y amenos artículos, tanta gracia, soltura y propiedad, como tacto é ilustracion para tratar cada asunto en el estilo que le competia.

Hoyos era considerado en Centro-América co-

mo escritor correcto, de ilustrado criterio y elegantes formas.

Por los años de 1844 á 1845 se publicó la coleccion de sus famosos "Apóstrofes," muy conocidos en el país y admirados por las imágenes majestuosas en que abundan y por las atrevidas y siempre adecuadas sentencias que en ellas se expresan con una concision inimitable.

En nuestro poder conservamos original la correspondencia que mantuvo con Don Patricio Rívas, Presidente provisorio de Nicaragua, durante la guerra del filibusterismo. En esas cartas, escritas en un estilo elevado, que agrada por la nobleza de los pensamientos patrióticos que encierran, se retrata el profundo juicio político de este notable centro-americano, que entónces desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores de esta República.

Poseía las cualidades de un gran político: pocos hombres de Estado han reunido en el Salvador, en un grado tan eminente, la vivacidad del talento, la solidez del juicio, la sagacidad política y la habilidad en el despacho de los negocios del Gobierno, cualidades que le distinguieron en alto grado.

Cuando en 1859 servia el empleo de Juez General de Hacienda, se vió obligado á renunciarlo en Octubre del mismo año, porque el estado de su salud no le permitia atender por mas tiempo á las obligaciones que aquel destino le imponia.

Una vez admitida la dimision que hizo del empleo á que nos referimos, se traslado á Cojutepeque, para ver si el delicioso clima de que se goza en esa ciudad, podia contribuir á devolverle la salud perdida, que nunca volvió á recobrar. El 11 de Noviembre, (1859) á las 7 a. m., la muerte detuvo con su pesada mano los latidos de aquel corazon....

Tan triste acontecimiento causó dolorosa impresion en todos los círculos sociales de la República.

El Supremo Gobierno deploró la pérdida de un

hombre por muchos títulos digno de la admiracion de sus compatriotas; y en el periódico oficial se consagró á su memoria un sentido artículo necrológico. en el que se le llamó *"el La Mennais salvadoreño."*

Si la República perdió con la muerte de Hoyos un constante servidor y un ciudadano preclaro, la Literatura pátria vió apagarse uno de los astros que la daban tánta luz.

Probablemente los asuntos políticos le impidieron dedicarse con mayor esmero al cultivo de la gaya ciencia. Sus composiciones poéticas, escritas casi todas en ciertas circunstancias de su vida azarosa. tienen un sabor esencialmente popular, y las más de ellas parece que fueron escritas para cantarse en las apacibles y voluptuosas noches de luna, bajo los balcones de alguna dama y al compas de la vibrante guitarra de nuestras serenatas.

El pueblo ha adoptado las sencillas canciones de Hoyos, y mas de una vez las hemos oído repetir en apartadas aldeas, cuyos moradores, hallándolas llenas de la ingenuidad y ternura de sus corazones, las han escogido para expresar tan delicados sentimientos.

El bardo de que ahora nos ocupamos, no dejó ninguna poesía de grande aliento, como lo hizo Alvarez Castro, ni compuso versos tan armoniosos y filosóficos como los de J. J. Cañas y Calixto Velado, ni derramó en sus producciones todo el fuego, la ternura y la sublime inspiracion de Juan José Bernal: pero en cambio, escribió graciosas canciones, todas ellas llenas de galantería y amor, inspiradas por la beldad de las mujeres cuscatlecas.

Sólo una produccion suya del género epigramático ha llegado á nuestras manos, inédita como todas las que de él publicamos en este volúmen y que nos fueron facilitadas por una hija del poeta. El lector juzgará de su mérito, y por ella alcanzará á descu-

brir la viveza del ingenio de su autor y la habilidad admirable con que esgrimia las armas de la crítica.

Hoyos fué uno de los primeros abogados del país. Su estilo, lo mismo que su instruccion, era variado. Manejaba diestramente la sátira; imitaba con perfeccion el lenguaje bíblico, y, como escritor sério, pocos se le igualaron en su tiempo.

Poseía conocimientos generales en la mayor parte de los ramos del saber humano, con los que amenizaba y daba interés á su agradable conversacion.

En el trato social era de finas maneras, y, como vulgarmente se dice, poseía el arte de hablar á cada uno en su idioma. En los círculos de Señoras era siempre agradable y simpático, por sus delicados chistes y por las sales cultas con que amenizaba su conversacion, llena siempre de la gracia que le era peculiar.

En fin, era Hoyos un hombre de raro merito:—político consumado y literato notable, ha merecido vivir la vida del recuerdo en el corazon de sus conciudadanos.

Réstanos hacer de él uno de los mayores elogios con que se puede enaltecer y honrar la memoria de un hombre público: el de su probidad. Enrique Hoyos nació, vivió y murió pobre, dejando á su familia, por todo haber, un humilde hogar en San Vicente.

Si el hombre notable, de quien muy á la ligera nos hemos ocupado, no dejó tras de sí las riquezas efímeras de la tierra, legó, en cambio, á su familia un nombre ilustre, á la Literatura nacional brillantes producciones de su ingenio, y á la Patria una importante hoja de servicios en su Historia.

CANTO POPULAR.

(A ELLA....)

Mira cuan bella la luna
Se encamina hácia el zenít.
Ostentando su hermosura
En su carro de marfil :
Mira la luciente estrella.
Que vagando en el zafir,
Sigue sus pasos y alumbra
Cual encendido rubí;
Pues esa luna eres tú.
Esa estrellita soy yo.
Que tambien sigo tus pasos
Como el persa sigue al sol.
Mira la modesta flor
Que se mece en el pensil.
Recogiendo el suave olor
De la rosa y del jazmin;
Y mira volar inquieta
Una abeja por allí,
Ansiosa buscando el cáliz
Que apénas se ve entreabrir:
Pues esa flor eres tú,
Esa abejita soy yo,
Que camino en pos del dia
De ver pagado mi amor.
Mira la pintada alondra.
Que festiva en el Abril
Atraviesa el ancho espacio
Cantando su sér feliz;
Y mira aquel trovador
Que la contempla ¡infeliz!
Y fija en ella sus ojos
Sin osar su lábio abrir;

Pues esa alondra eres tú,
Ese trovador soy yo,
Que al preludiar mi laud
Lanza al aire triste son.
Mira el bajel majestuoso
Que se pierde en el confin,
Dejando en pos ancho surco
De blanca espuma y turquí;
Y mira como á lo léjos
Aquel dorado delfin,
Luchando entre amargas ondas,
Procura al bajel seguir;
Pues esa nave eres tú
Y ese delfin soy yo,
Que en vano sigo los pasos
De quien nunca me esperó.
Mira, por fin, oh Delina!
Por tu amor cuánto sufrí,
Mira cuánto eres ingrata
Y cuánto soy infeliz!....
Tú eres la luna que alumbras
Mi desgraciado existir;
Tú eres la flor que embalsama
Lo amargo de mi vivir.
El ancla de mi esperanza
Eres tú; y si mi amor
Pagas fina, tú serás
Mi puerto de salvacion!

MI ESPERANZA.

En una frágil barquilla,
Vacilante mi esperanza,
No vé propicia mudanza,
Ni mira remota orilla,
Roto el mástil y la quilla
Sin remo y vela
Triste recela,
Que á cada paso
Halla un abismo;
Y á un tiempo mismo
Teme y sospecha, y sin consuelo vá
Pues un desastre cruel presiente yá.

Desamparada y sin remo
Entre peligros se lanza,
Donde la vista no alcanza
Playa amiga, amigo estremo.
Vagando sin rumbo, temo
Que airado el cielo
Mi pena y duelo
Haga mayor,
Sin que mi amor
Vea propicio:
Y el sacrificio
Que á mi amada yo hiciera sin tardanza
Desparezca tambien, con mi esperanza!

TE CONOCÍ Y LLORÉ.

Oh! cuán triste es vivir, vivir penando
Y sentir siempre ardiente el corazon,
Y en lo íntimo del alma estar luchando
Contra el poder de indómita pasion!

Mas yo te ví, mujer!....ví tu hermosura
Y tus hechizos celestiales ví,
Y desde entónces, ciego y sin ventura,
Todo es pesar, tristeza para mi!

Es triste todo para el alma mia;
Triste miro del alba el arrebol;
Triste veo pasar el claro dia,
Y triste miro al fin ponerse el sol!

Llega la noche....y adormece al mundo;
Descansan todos, todos, ménos yo,
Porque mi pena y mi dolor profundo
No me dan tregua ni un instante, nó!....

LA CONTRICION DE UN ABOGADO.

SONETO.

Al espejo, Señor, de tu clemencia
Veo mi vida, y quedo confundido
Al mirar que tus iras han tenido,
Al golge de mis culpas, resistencia.

No me apeno, Señor, por mi insolencia;
No me apeno, que frágil barro he sido;
Me apeno sí de ver que no ha valido
Para mi enmienda toda tu paciencia.

Si contra mí, Jesus crucificado,
No esgrimes el acero de tus iras,
¿A cuándo aguardas verle ensangrentado?
¡Castígame, mi Dios, pues te he agraviado,
Mas, débale al amor con que me miras,
Morir cual buen ladron un mal letrado!

CANCION.

¿De qué sirve que Amor
Me dicte dulces versos
Y favores diversos
Me brinde el rubio Apolo,
Si á la hechicera Nice,
A quien canta mi lira,
Mi pasion no la inspira
Ni un recuerdo tan sólo?
Lleva el viento mi queja
Mi suspirar constante
Y el gemir incesante
Que exhala el corazon,
Y ni aun logro que blanda
Se conduela sensible
De mi pena indecible,
De mi llanto y dolor.
Quédate, pues, oh lira,
Quédate.... ¡adios! pues yá
Dicho por Nice está
Que no te pulsaré.
Tal vez habrá otro amante
Por Amor coronado,
Que feliz é inspirado
Nuevo dulzor te dé.
Yo llevaré, entre tanto,
A la lejana orilla,
Con mi pasion sencilla
Su memoria y mi fé.
Y cuando el hado corte
Mis desdichados dias,
Dirán las trovas mias
Lo mucho que la amé.

A LORENZA.

SONETO.

De la vida en el áspero camino
Fuí feliz, venturoso al encontrarte,
Pues entónces, mi bien, llegué á jurarte
Mi fiel amor, hasta el sepulcro fino.

Ahora en tu cumpleaños, me imagino
Que ya te amaba aun ántes de formarte
El Eterno, que quiso reservarte
Para aliviar mi bárbaro destino.

Por eso en tan feliz, alegre dia
Yo te ofrezco de nuevo mi ternura
Y te ofrezco el amor del alma mia;—
Y gocemos aquí de la ventura,
Miéntras los dos, con mística alegría,
Desplegamos el vuelo hácia la altura!

A NICE.

Si un terrible precepto
No sellara mi lábio,
No ahogaría en mi pecho
Mi anhelar malogrado:
Si á mi rudo cantar
Decir le fuera dado,
El fuego irresistible
En que triste me abraso;
Y, si en fin, depusieras
Ese ceño enojado
Con que ves mi pasion
Y mi alma afliges tanto,
Hoy oyeras ¡oh Nice!
Aquel acento blando
Que el alma exhala al ver
Tus desdenes amargos;
Y quizá condolida
De mi pena y quebranto,
Enjugáras benigna
Mi llanto infortunado.
No soy culpable, Nice,
Del incendio en que me ardo,
Pues sin quererlo he sido
De tu gracia arrastrado.
Y, aunque débil razon,
Mis pasos apartando
Del amoroso empeño
Que yo emprendiera grato,
Me aconsejaba un dia
Que con acuerdo sano.
Huyera de los tiros
Del niño Dios vendado,
Yo no pude! á tus plantas
Tú me viste postrado

Declararte sencillo
Que tierno te idolatro.
¿Y cómo era posible
Que el pecho enamorado
Resistiera al poder
De tu divino encanto?
Ví tus rasgados ojos
Al sol no comparados.
Y ví perlas brillantes
Trás tus húmedos lábios:
Ví tu divina faz
En que ufanos compiten
La pálida azucena
Y el clavel sonrosado:
Ví tus dedos de rosa:
Ví tu torneada mano
Y ví la morbidez
De tu brazo nevado:
Ví tu garganta, y ví....
Ah! ¡qué me fuera dado
Describir cual quisiera
Tu pecho regalado,
En que el Amor situó
Dos globos de alabastro,
Que la misma Citéres
Formó para mi daño!....
No ví más: desde entónces
Iluso, enamorado,
Tú reinas en esta alma
Que á tí se ha consagrado.
El cielo me es testigo!
La luna y esos astros,
Pudieran bien decirte
Como en amargo llanto
Sumergido mil veces,
La aurora me ha encontrado,
Pues á mi triste pena
No hay tregua ni descanso.
Sólo á tí, dulce Nice,
Se te está reservado
Volver al pecho mio

La quietud que ha robado
El poderoso atractivo
De tus gracias y encantos.
Bastará una sonrisa
De tus rosados lábios,
Bastará de tu boca
Un *sí* enamorado,
Para que yo me crea
El más afortunado
De cuantos hombres tiene
El mundo que habitamos!....

SONETO.

(Para la tumba del Benemérito Coronel José A. Carvallo, que murió en la Campaña de 1845.)

La Patria, en llanto amargo sumergida,
Fija sus ojos en la humilde losa
Bajo la cual exánime reposa
El hijo que esforzado la dió vida.

Negro lusto se viste, y afligida
De su trono desciende; y de su hermosa
Cabeza aparta una guirnalda hojosa
De fúnebre cipres entretegida;

Y al colocarla en la modesta huesa
De los valientes que morir supieron,
Antes que ver la patria envilecida,

Así nos habla á todos : "*aqui empieza*
Vida inmortal que aquestos adquirieron,
Imitad su virtud esclarecida."

FRANCISCO DIAZ.

Humilde fué su cuna; pero la Naturaleza le colmó de ricos dones intelectuales, en cambio de la elevada posicion social que le negó la suerte.

Nació en 1812; y apénas contaría diez y seis años, cuando sintió en el alma el deseo de cantar, agitándose en su interior algo desconocido y sublime que le impulsaba á dar libre vuelo á sus sentimientos. Entónces tomó la lira de los poetas, y arrancóle las notas con que estos cantores divinos traducen los vagos ensueños de la fantasía y los delirios sublimes del corazon, que cree en la felicidad y espera un porvenir de goces inefables.

Con un corazon extremadamente sensible, DIAZ despertó bien pronto al mundo ideal, y alentado por el fuego de los primeros años quiso realizar los sueños que se forjó su mente. Lanzóse anhelante de dicha en el torbellino de la sociedad, pobre, lleno de fé y con la lira entre las manos, prodigando con sencillas vibraciones la ternura de su corazon y perdiendo en cada una de ellas la exquisita fragancia de su alma, exenta de las miserias de la tierra. Sus cantares eran sentidos é ingénuos; la inspiracion les daba vida, y se reflejaba en ellos la grandeza del ideal del artista y la delicada ternura del bardo, aunque, á decir verdad, las galas del arte no les prestaban su deslumbrante y necesario brillo.

Al fin, aquellos vuelos serenos del pensamiento á regiones superiores, tuvieron que dirigirse aquí abajo, porque el poeta se sintió herido, y el desencanto, al apoderarse de su corazon, abatió la gran-

deza de su ánimo y disipó los ensueños de su alma. El fuego que en ella ardía, en vez de inspirarle, como ántes, sublimes deseos y portentoso brio, le produjo terrible incendio, que dejó tras de sí, como triste recuerdo, las cenizas á que se vieron reducidas las ilusiones, esperanzas y creencias de sus primeros años....

Es lástima que DIAZ no haya cultivado su talento con todo el esmero de que era digno, y que no haya detenido un tanto los arranques de su imaginacion viva y ardiente, que, arrastrándole en pos de los placeres, le ocasionó el profundo hastio por el cual se hizo bastante descuidado y negligente en la composicion de sus versos, que una vez brotados de su pluma, no volvieron á llamar su atencion.

Una escuela pública, en la cual se enseñaban, de una manera deficiente, los elementos del saber, fué el único lugar en que DIAZ recibió las lecciones de un maestro. La dominacion española concretaba aquella clase de planteles á la más limitada y pobre enseñanza, y DIAZ tuvo que dedicarse á la lectura, para adquirir por su medio algunos conocimientos: con ella se despertó en su corazon el amor á la libertad, y mas tarde fué uno de sus entusiastas adoradores.

Amigo constante de las musas, nos ha legado infinidad de composiciones en verso, que, aunque adolecen de algunos lunares, dan á conocer, sin embargo, el corazon del poeta y la grandeza del ingenio.

Extraordinaria fluidez se nota en sus poesias, y, en sentir de críticos competentes, si DIAZ hubiese adquirido una instruccion más en armonia con su claro talento y envidiable númen, sus producciones serían modelos de literatura centro-americana.

No hay salvadoreño que no repita los versos y el nombre de este malogrado poeta con señaladas muestras de simpatía, por lo cual nos tomamos la libertad de asegurar que DIAZ es, entre los bardos del

Salvador, el que goza de mayor popularidad en esta tierra.

En 1842 publicóse la primera parte de su conocida EPÍSTOLA, por órden del Presidente del Estado, y en 1860 el Gobierno mandó hacer una nueva edicion de ella. El original de la segunda parte de la mencionada composicion, permanece inédito en nuestro poder, sin que hayamos podido descifrar la mayor parte de los versos, porque la accion del tiempo ha hecho palidecer el escrito en muchos pasajes.

En repetidas ocasiones se ensayó nuestro poeta en el difícil género humorístico, y no pocas veces salió airoso, mereciendo los aplausos del público. Sus composiciones jocosas, que encierran muchas veces saludable crítica, abundan generalmente en ideas é imágenes demasiado libres, que nos traen á la memoria los chistosos epigramas de Quevedo. La índole de nuestro libro no nos permite que las reproduzcamos; y para que no permanezcan desconocidas, creemos que deberian publicarse en un tomo especial, porque es lástima que chistes tan oportunos y ocurrencias tan originales, se releguen al olvido.

DIAZ no fué feliz en la composicion de la "*Tragedia de Francisco Morazan,*" segun nuestro humilde entender; y si ella le ha conquistado algunos aplausos, es por el interes que inspira el asunto al pueblo centro-americano, y porque la obra fué el primer ensayo dramático hecho por un ingenio nacional.

Sirvió DIAZ durante algunos años varios empleos civiles; pero impulsado por el fuego de su edad, ó mejor dicho, por su temperamento, se dedicó á la carrera de las armas, quizá para olvidar sus dolores en medio del estruendo de los combates, en los que dió muchas veces pruebas inequívocas de su patriótico ardimiento.

Militó en varias campañas, tales como la de MORAZAN en Costa-Rica, el año de 1842, las de Malespin en Jutiapa y Nicaragua, en 1844, y la de 1845 en

los llanos de Honduras, donde hizo su última jornada. Fué asesinado el 5 de Junio de aquel último año, despues de la batalla de esa fecha, cuando DIAZ contaba treinta y tres años de edad y era, aun con todo y haberse dado á los azares de la guerra y á la vida del campamento, una esperanza de la literatura pátria.

En la flor de su edad dejó comprender que su espíritu se habia desmayado y abatido al soplo abrasador de las pasiones, y á poco tiempo se le vió caer para siempre al golpe rudo del arma homicida.... Breve fué su peregrinacion por estos valles, donde todavía resuenan sus cantares apasionados y tiernos, y se conserva indeleble la historia del desgraciado bardo!

El Supremo Gobierno mandó imprimir, allá por el año de 1848, una coleccion de poesías de nuestro vate, y de la "*Tragedia de Morazan*" se han hecho, por cuenta del tesoro público, no pocas ediciones. Sabemos que DIAZ escribió, además, alguna comedia y algun drama que permanecen inéditos, y que desgraciadamente no hemos podido hacer llegar á nuestras manos.

Con sus versos podría muy bien formarse un grueso volúmen, y aunque este no contuviese solamente producciones de mérito, entre ellas se leerian unas cuantas sencillas y tiernas, como una muestra del alto grado de inspiracion y sentimiento de aquel humilde hijo del pueblo, en quien las Musas derramaron sus gracias y en quien se encarna una de las glorias del Salvador, cuya Poesía se enriqueció desde su orígen con las composiciones del malogrado ingenio.

EN SU ALCOBA.

(Imitacion de Urioste.)

Despierta, dulce bien, que ya la noche
Se dirige al ocaso; de ella en pos
Se hunde la luna en argentino coche:
Despierta ! que al oriente,
Esplendente
Sube el alba veloz

Despierta, y que tu vista alegre al mundo,
Antes que brille el fúlgido explendor
De ese magno planeta rubicundo;
Y que orgulloso alumbre
La alta cumbre
De los montes de Endor.

No duermas ya, que la Natura ufana
Tan sólo aguarda tu mirar gentil,
Para admirarte como á nueva Diana,
Porque dé sus olores
A las flores,
Tu lábio juvenil.

Eres amable como lo es la fuente
Al fatigado ciervo; eres así
Cual bosque umbrío en el verano ardiente:
Y tú el anhelo calmas
De las almas
Que padecen por tí.

Ya espera ver Favonio tu sonrisa
Para jugar festivo en el pensil;
Y consagrarte su primera brisa;
Y al oir tu voz las aves
Trinos suaves
Alzarán en Abril.

Porque es tu voz más grata que el gorgeo
Del inocente y lindo ruiseñor,
Al esplicar tu cándido deseo;
Y es tan dulce tu boca,
Que provoca
Y excita al mismo Amor.

Mas yo te llamo, y tú insensible yaces
Sin escuchar de mi laud el son;
Visionando talvez goces fugaces,
Quizá en lúbrico sueño,
A otro dueño
Rindes el corazon.

¿Pero qué importa sueñes que arrobada
Vas á poner tu ofrenda en el altar,
O que de mirto y rosas coronada,
Al son de tamboriles
Pastoriles,
Vas alegre á danzar?

¿O que al albor de la plateada luna,
Al apurar la copa del placer,
Te elevas al zenít de la fortuna,
Si es fantástica idea
Que recrea,
Pero muere al nacer?

¿De qué sirve soñarte á la ribera
De la más fresca fuente, en el ardor
De estiva siesta, en bética pradera,
Ostentando en las linfas
A las ninfas
De tu beldad la flor?

¿O que te encuentres en el blando lecho
Del más soberbio alcázar oriental
Y reclinada de un sultan al pecho,
Si tan infiel amante,
A cada instante
Te da nueva rival?

¿Qué importa, en fin, que ardiente fantasía
Alegres sueños sin cesar te dé,
Bañándote la mente de ambrosía,
Si estas son ilusiones
Y visiones
De lo que nunca fué?

¿Y no es mejor, que al despertar, respires
El grato aroma de olorosa flor,
Y que cautives todo cuanto mires?
¿Habrá un hombre insensible;
Que impasible
No te rinda su amor?....

Oh! todo lo que vive y todo lo que siente
Palpita, si, con inflamado ardor
Al ver tus ojos y serena frente,
De dó Cupido tira
A cuantos mira,
El dardo abrasador.

Despierta, pues, que Febo ya encamina
Hácia el zenít su carro de arrebol,
Y la alta esfera plácido ilumina,
Que tus ojos brillantes,
Penetrantes,
Eclipsarán al sol.

Mira, aunque se arda con tu vista el mundo
Y yo me abrase en mi infeliz pasion;
Mira, aunque con estrago tremebundo
Choquen los elementos
Y violentos
Anuncien destruccion!

¿Y no me escuchas? ¿y durmiendo quieres
Que yo sin verte pueda respirar,
Robándome dormida los placeres
Que disfruto al hablarte
Y al besarte,
Llegando á despertar?

Si te causa fastidio mi cariño,
Mi llama dentro el pecho guardaré.
Y entretendré mis penas como un niño;
Y al sufrir un quebranto
Con el llanto
Consolarme sabré.

Mas si durmiendo se recrea tu alma,
Duerme, mi bien, que yo velar podré
Miéntras no encuentre la perdida calma.
Y cuando el sueño inerte
Te despierte
Yo velando estaré.

LA FORTUNA.

Mucho te esquivan, Fortuna,
Y no sin razon tal vez,
Que eres doblemente falsa
Por fortuna y por mujer.
Como mujer, mientes risas
Al que da en quererte bien,
Y cautelosa le muestras
Vanas sombras de placer;
Mas, apénas las alcanza,
Apénas tocarlas cree,
Como fortuna le abates,
Derribándole á tus piés.
Pero pienso que te sobra
Tu nombre, Fortuna, á fé,
Pues para mentir sonrisas
Que ocultan amarga hiel;
Para forjar esperanzas
Y disiparlas despues;
Para ser mudable y falsa,
Te basta con ser mujer.
Mas tú me dirás, acaso,
Fortuna, que mal sabré
Calcular de tus vaivenes
La asombrosa rapidez,
Si á lo de mujer no junto
Tu afortunado poder:
Razon tienes; sí, los hombres
Hacen en temerte bien,
Pues eres doblemente falsa
Por fortuna y por mujer!
De las lágrimas te ries
Y de las dichas tambien,

De esperanzas y de amores.
De la angustia y del placer;
Y haciendo juego de todo.
Gozas viendo que, á la vez,
Unos lloran, otros rien,
Ciento nacen, mueren cien,
Unos suben, otros bajan.
Y, en tan confusa Babel,
Se truecan, cambian y mudan
Destinos á tu placer.
Los que ántes lloraban, rien.
Hoy nace el que ayer no fué.
Los que ántes subieron, bajan.
Quien bajó, sube otra vez:
Y así en eterna inconstancia.
Y así en continuo vaiven.
Ni la dicha satisface,
Ni mata el dolor cruel.
Locos los hombres pretenden
Sugetarte á su poder.
Sin pensar que eres, Fortuna,
Como ellos loca tambien.
Pero yo que te conozco
Y que tus locuras sé.
De ellos y de tí me rio.
Y, sin tratar de oponer
A tu influjo resistencia,
Me dejo llevar por él:
Y ni en tu grandeza creo,
No temo de ti un revés:
Confiado te desafío:
Veremos quién vence á quién,
Si con tus engaños tú
O yo con mi pura fe.
Y porque no digas luego,
Fortuna, que te engañé,
Voy á mostrarte los lados
Por donde mi pecho es
Impenetrable á tus tiros,
Por mas que le apuntes bien:

En amor no hay que esperar
Que me llegues á vencer,
Porque si ensayas rigores
Para mirarme á tus pies,
Sabe, tengo el corazon
Hecho á prueba de desden.
Si de dichas y favores
Tiendes acaso la red,
Para elevarme primero
Y hacerme luego caer,
Mala astucia te prometo,
Fortuna, en aquesta vez,
Pues me cansa de las bellas
El amor, mas que el desden;
Y si me lo quitas, haces
Lo que yo haria despues,
De suerte que alcanzarás
Tan sólo darme placer;
Y gozando los favores,
Y no las penas, sabré,
Sin que me piquen abejas,
Comerme toda la miel!....
Riqueza y poder son cosas
Que, aunque pródiga me des,
No me las podrás quitar
Si no las quiero poseer.
La pobreza no me espanta,
Pues por experiencia sé,
Que cuanto más tenga el hombre
Tanto más puede perder.
Herederos, litigantes,
Y acreedores en tropel,
Estan ansiando la muerte
Del rico, y le ahogan tal vez.
Aun mucho más te diría,
Pero no es justo, á mi ver,
Presentarme sin reserva
En lucha de tanta prez:
Ahora bien, sus! al combate!
Prepara la astuta red,

Lisonjas, bienes desdichas:
Que yo rechazar sabré
Con firmeza tus agravios,
Con desprecio tu oropel.
Y, dando pecho á tus males
Y á tus venturas tambien,
Tú mudando y yo riendo,
Veremos quien vence á quien!

EPÍSTOLA.

Sueño es la vida, pero sueño horrible,
Letárgico y funesto, en que las penas
El principal lugar en él ocupan
Y el placer fuguitivo asoma apénas.
Voy á trazarte, amigo, el fiel bosquejo
De mi aciaga existencia, porque infieras
Si me es mejor vivir entre infortunios
O no haber visto nunca luz febéa.
Nací, Delio querido, y en la cuna
Me comenzó á oprimir la suerte fiera:
Inundado en mi llanto, expuesto á todo
Fué, sí, el sentir mi facultad primera.
Por mecanismo veía y respiraba,
Sin tener do fijar mi vista inquieta:
No podia desear y si deseaba
Yo no sabia qué, ni lo dijera:
Sin pensar, sin hablar, en fin, yacia
Entre la vida y muerte, cual se muestra
En medio el mar una flotante nave
Siendo juguete de las ondas fieras.
A todos mis sentidos impasible,
Sólo el dolor mi patrimonio ēra,
Y en la imbecilidad así sumido
Pasé los dias de la edad primera.
Entré á la vida en que los simples juegos
De la puerilidad nos atormentan,
Y ¡oh cuanta angustia acibaró mis horas!
El trompo, la pelota, las carreras,
Los saltos y los gritos, las pedradas,
Mis cotidianos ejercicios eran:
El más leve regaño me inmutaba,
La prohibicion me daba muerte lenta.

Y hasta la noche maldecia entónces
Que á mi jugar, en fin, ponía treguas!
Al despertar....salud mañana hermosa
Que ya me vuelves mi pueril tarea;
Mas ¡ah! que ya el momento se aproxima
De ir á tomar lecciones á la escuela.
Tente ¡oh reloj! suspéndete un instante,
¡Hora fatal en mis oídos suena!
Cuanto en la casa de mi enfado tardo
Me son diez lustros de congoja extrema;
Salí por fin; arriba compañeros,
A la pelota, á quien mejor la juega.
En vano mi buen padre me decia:
"Hijo querido, aplícate á las ciencias;"
Yo en mi interior clamaba: ¿qué me importa
Que sea centro el Sol de los planetas,
Que haya estrellas inmobles, y el vacío
Contenga otros muchísimos sistemas;
Que Herschel tiene seis lunas, y á Saturno,
Un anillo concéntrico rodea;
Que treinta y un millones tenga el Sol
De leguas de distancia de la tierra?
Y en fin ¿qué medrará la Astronomía
Si de mi es refutada ó es acepta?
El Universo queda siempre el mismo,
Aunque cada uno diga lo que quiera.
Si la Hidráulica estudio, es dura cosa
Saber como los líquidos se elevan,
O describir Hidrógrafo las aguas,
Cuyo elemento nada me interesa.
Si á Geógrafo me inclino, nada gano
Si se por donde queda Cartagena,
Cómo son los lapones, ni qué dogmas
Son los que siguen en la China añeja.
¿Qué tengo yo que de los Paises Bajos
Sea la Capital la Haya ó Bruselas?
Botánico seré; mas ¿qué consigo
Con que la grama sea ó no diurética;
Si el ópio ó amapola son narcóticos,
Si es fresco el azahar ó la azucena?

Que todos sean sóbrios y arreglados
Y cesará de Jésner la faena.
¿Seré mineralógico? buen nécio
Quedaba yo con explotar las peñas,
Cuando Céres produce la abundancia
Tan solo con arar la madre tierra.
¿Seré náutico, en fin? ¿y quién me manda
Ir á buscar el pan entre ondas fieras,
Teniéndolo seguro en mi elemento?
Esa es fatiga de avaricia ciega.
   Pues leeré historia? eso es perder el tiempo;
¿Qué me va á mi con que la infiel Elena
Haya sido la causa de que Troya
Pereciese incendiada en llamas griegas:
Y que volviendo Agamenon triunfante
Le asesinase cruda Clitennestra:
Que haya quedado abandonada Dido
Por la crueldad del pasagero Enéas;
Y que por la violencia de Tarquino
Se diese muerte la sin par Lucrecia?
   Con estos argumentos, siempre hallaba
Como justificar mi gran pereza:
Tal fué mi vida en mi niñes insípida,
Sólo el retozo, sólo la pelea,
Regaños, sustos, afliccion, fatigas,
Cóleras, escondites y contiendas....
Sin sentirlo, comía muchas veces
Medio jugando, aun en la mismo mesa.
Brotando fuego y en sudor bañado;
Vestido mal, desordenada crencha;
Llenos los piés de espinas, tropezones,
Y una que otra rotura en la cabeza;
Ocultando á la vista de mis padres
Lo que algun resoplido mereciera,
Por más que los dolores me apretasen.
Pero despues....mas importuna idea
Mi mente arrebató: Vénus graciosa
Se me mostraba de atractivos llena...
Entónces sí que detesté el estudio;
Maldiciendolas artes y leyendas:

Busque el ocioso, yo decia, el libro
Que crímenes y sangre sólo encierra:
Verá á Gerjes con gentío inmenso
De matadores, asolar la Grecia;
Verá á Alejandro, en su ambicion terrible,
Del mundo ansiando el cetro y la diadema;
Verá á Ponpeyo, á César, Belisario
Y á mil guerreros arrasar la tierra.
Tambien Dionisio el cruel asomaráse.
Neron, Calígula y la hueste entera
De los tiranos que la historia triste
En páginas de sangre nos enseña;
Verá revoluciones y trastornos
Que el fanatismo y la ambicion fomenta;
Y, en fin, verá cuanta injusticia pudo
Engendrar el infierno en sus cavernas.
Sáciese así la vista del protervo,
Que yo al amor me entregaré sin pena.
Leí á Corina, á Chactas, á Virginia,
A Eloisa, Anselmo y á la sencilla Estela;
Y esta lectura derramaba entónces
El más activo fuego por mis venas;
Amor era mi Dios, y cual Chipriota
Yo idolatraba á Venus Citeréa;
Mi pecho era otra Idalia, otra Amatunte,
Otro Pafos tambien y Chipre entera.

Mas de Cupido el dardo destilaba
Miel en la punta....y lo restante era
Veneno acerbo que enfermó mi vida
Con celos, llanto, desconsuelo y pena.
En el verdor de mis risueños años
Sin dolo, sin malicia, ni experiencia,
Yo me entregaba á los lascivos juegos,
Creyendo que delicias siempre fueran.
Yo mereci de las beldades ¡Cielos!
Dulces halagos y caricias tiernas,
No habiendo de ellas que desear pudiese....
Pero Cupido, con astucia cruenta,
Disparó el dardo del dolor....¡ay triste!
¡Adios tranquilidad, sufrir es fuerza!

Celos terribles, furias infernales
Me despedazan con segur tremenda:
Cuanto en un tiempo fuera placentero
Se torna horrible y mi penar aumenta.
Y displicente y en fatal hastío
Desagradable me era á un la belleza,
Que un tiempo fué de mi placer la fuente:
Aborrecí á Natura y no veía
Con las turbias pupilas de mis ojos,
Sino enemigos nécios por doquiera.
Las faltas de las gentes censuraba
Y á nadie perdonaba mi tigera;
Fuí otro Zoilo en juzgar, otro Aristarco,
Ya que no en el saber, sí en la dureza.
Perdon, por Dios, vosotros que habeis sido
Inocentes objetos de mis flechas,
Sed indulgentes y os hareis modelos
De grande heroicidad, pues la inclemencia
No cabe en almas blandas, generosas,
Llenas de abnegacion y de nobleza!
Al fin llegó la edad que alegre hacía
Con dulce paz mi juventud risueña,
Y ya la refleccion mis pasos guia,
Más rectitud observo en mis ideas.
Volví la vista atrás, y avergonceme
Al contemplar el caos de simplezas
De que salia, jóven inexperto;
Más todos andan por la misma senda,
Y quien no tiene tino ni cordura
Que yerre, caiga ó que resbale es fuerza.
Nuevos contentos busco presuroso,
Reprendiendo á los otros las tonteras
Que un momento ántes practiqué yo mismo.
Qué sin razon! así la bola rueda:
Siempre el de más edad niega las faltas
Que cometió; deprime las agenas
Y sus propios defectos desconoce,
O los encubre con preciosa tela.
"Quedo mal en decirlo (claman todos)

Mas yo jamás obré de esa manera:
No me dieron mis padres tal ejemplo:
Sólo eso tengo yo y esto me pesa."
Cada uno quiere así santificarse
Y unos con otros al vecino *pelan*.
Yo, pues, me voy del mundo en el torrente.
Pero ser quiero lo mejor que pueda;
Es fuerza comenzar nuevo camino;
Dejando á un lado las tortuosas sendas.
Buscaré ocupacion que me preserve
Contra la ociosidad y la miseria.
¿Será la Geometria mi destino?
No, que da algunos hombres subsistencia.
A costa de disgustos de vecinos,
Tal vez por medio de heredad agena
En que hacen la mensura, dando á alguno
Por interés un poco más de tierra.
¿Seré Jurista? ¡Dios me guarde! Es cierto
Para un hombre de honor difícil ciencia,
En que su integridad se expone siempre:
Si es indolente ¡pobrecita Astrea!
Segunda vez la ahuyentan de este mundo:
Hallan mil leyes, sí, que los sostengan;
Sobre un asunto mismo hay cien autores
Que convienen, contrincan y discuerdan:
¡Diez años de aprender cual papagayos,
Los autorizan á robar de veras!
¿Seré Médico? no, porque es lo mismo:
Del uno al otro no hallo diferencia,
Con su nomenclatura endemoniada
De embrollos, les viene tal diarrea,
Que es menester que un locutorio astrinja,
Con sal de agenjo, tripas tan desleidas:
El mal prolongan porque las visitas......
Y Cirujano? ¡ciencia truculenta!
Estos son asesinos consentidos,
Y al que cojen mal puesto, lo desuellan.
En diciendo el esófago y el púbis,
Occípito frontal, la trachea-arteria,

Las glándulas, en fin, en este modo
Todos los tegumentos interesan,
Los músculos dividen y, al remate,
Nos dan la muerte con la faz serena!

Pues seré Militar! es grande gloria
De la patria y el órden ser defensa,
Repeler enemigos invasores,
Ser de las leyes firme centinela,
A Themis auxiliar y ser el fuerte
Contra los tiros de ambicion perversa.
Léjos de mí dar muerte á los vivientes:
Tal vez el mismo á quien la ley ordena
Ser el baluarte de la madre patria,
Abusando del mando y de la fuerza,
Invierte el órden y de sangre pura
Tiñe sus manos y los campos riega.

¿Pues qué seré yo en fin? ¿viviré ocioso,
Cual la chusma de léperos que infesta
Las sociedades que á Virjan adoran?
Ah no! que esta polilla se alimenta
Con el trabajo ajeno, únicamente
Con dar al dado tres ó cuatro vueltas:
En coimerias, viven esperando
A algun sencillo para darle pesca;
Unos hay que del polvo se levantan
Y otros que vemos caer de las estrellas.
Pues nada de esto quiero, aconsejadme
Dios mio! ¿me mandais que sea poeta?
Pero este es un recurso desdichado!
El grande Homero pereció en miseria,
Horacio de gorron pasó la vida
Platos lamiendo del Augusto César.
Cuidando de buscar un consonante,
Descuidan lo que más les interesa,
Y de ficciones, sí, planes aéreos
Tienen bien atestada la cabeza:
Son de este mundo, pero de él se apartan
Por habitar en la region etérea.....

El Pindo, la Castalia, la Hipocrene.

El caballo Pegaso, Citeréa,
Tétis y Marte, Céres y Lucina,
Y las Musas y Apolo y las Nereidas,
Y Leucotóe y....otras muchas bromas.
Los débiles cerebros les calientan.
Pues no hay remedio, la filosofía
Me librará del ocio y la pereza:
Cual Diógenes é Irates, vestiréme
Con un pedazo de grosera jerga,
Un báculo y mochila....en mi cinismo
Declamaré contra la vil riqueza;
Que la virtud y ciencias son contrarias
De la ambicion y la codicia ciega;
Que el verdadero rico es el que nada
Sabe desear y nunca nada espera:
Y que el dinero solamente sirve
Para encender pasiones bien funestas:
Pero...seré el desprecio de las gentes
Que á un asno adoran en teniendo perlas.
¡El interés es alma de los necios
Y de nécios es la tierra llena!
Aquel que *ñor* fué ayer, ora es Usía,
Caballero despues, luego Excelencia:
Y el que ayer fué Marques hoy es *ñor ese*....
¡Ah mundo, mundo, sigue tu carrera.
Si Dios mira estas cosas, divertido
Debe vivir con almas tan pequeñas!
¡Cuántos amigos el dinero atrae!
¡Qué obsequios, qué atenciones, qué finezas!
Es un barniz que cubre los defectos
Que se ven sólo en la fatal pobreza.
Hombres nécios, esclavos del dinero,
Tan sólo la virtud es la belleza,
La ciencia es su perfume, y el talento
Es lo que únicamente se conserva.
Asnos cargados de oro, respondedme:
¿Podeis asegurar vuestra riqueza?
¡Sólo rebuznan, con orejas musgas,
Al que tal les pregunta lo cocéan!
Venid acá, soberbios ambiciosos,
¿De qué sirven las pompas en la huesa?

Si continúo hablando, la cicuta
(Cual Sócrates) será mi última pena.
Mas del bosquejo mucho me he desviado,
Queriendo descubrir vidas ajenas:
Perdona, amigo, digresion tan larga
Que no pudo omitir mi mente inquieta.
Cansado de vivir, yo buscaría
Cual el lloron Heráclito, una cueva
Para huir los engaños de los hombres...
Todo era enfado, aburrimiento y pena,
Cuando, á más de tres lustros de mi vida,
Por permision de Júpiter se muestra
La discordia ne mi patria; Marte airado
En su seno encendió la cruda guerra:
Y el treinta y cuatro, prófugo mi padre,
Por evadir la saña más siniestra,
Por su estremado amor huye conmigo.
Entónces fué cuando la vez primera
El insidioso Baco por distraerme,
Me dió la fatal copa que enagena
Sentidos y razon! caí en desgracia....
¡Recuerdo horrible, lleno de tristeza!
Omito referir todas mis faltas
Que el mundo sabe, y que sólo resta
Que las disculpe blando y generoso.
Sábio no puede ser quien nunca yerra.
Pues que no se conoce ni corrije;
Y es más glorioso levantarse heroico
Que no haber caído nunca; es imposible
Que haya uno, no, que faltas no cometa,
Y aquel que las enmienda ese es un héroe
Que con gloriosa faz se aparta de ellas.
Yo en el vigor de juventud he visto
Del vicio la fealdad, y con firmeza
Le he repelido por mi bien tan sólo,
Cuando otros en mi edad lo prosiguieron:
Gracias á tí ¡oh dulce desengaño!
Gracias tambien, suavísima Minerva!
Mas sentía en mi vida un gran vacío
Que á mi pesar, ningun objeto llena:

No es ambicion de empleos, no avaricia,
Pues mi alma es impasible á esta dolencia:
Aspíre el necio ó vano puestos altos,
Fuerte será el dolor cuando descienda:
Busque el avaro entre ondas y entre rocas
Donde saciar su hidropesia auréa,
Más infeliz será, sus inquietudes
Se aumentarán á par de sus riquezas;
Arístides y Curio eran dichosos
Rectos y honrados en su gran miseria:
Y Creso y Trimalcion con sus tesoros,
Nunca hallaron la dicha verdadera.
Yo tenia un deseo indefinible,
Que ni yo mismo penetrar pudiera:
Varios empleos lucrativos tuve
Que me daban honrosa subsistencia:
Gocé placeres, merecí el aprecio
De los dos sexos; pero nada llena
El grande espacio que á mi anhelo se abre.
Mas al fin advertí lo que sintiera;
Era amor disfrazado en sério aspecto,
Quien, no pudiendo sorprenderme apénas
Con falso velo de decoro honesto,
Se deja ver en ilusion ligera.
Al Himeneo me concita entónces,
Me hace palpar la insipidez que reina
En una alma privada de deleites,
Y me invita á buscar la compañera
Con quien parta mis penas y mis gustos.
Es verdad que la vida es muy molesta
Sin una bella que nos brinde afable
Cariños, besos y sonrisas tiernas;
Pero no gusto yo jugar en tercio:
Tal vez por mi descuido, ó por ausencia,
Un fiel amigo, humano y generoso,
Se tomará á su cargo la molestia
De cuidar á mi esposa por las noches
Cuando la hipocondría la acometa;
O un Cirineo suplirá mis veces,

Me ayudará á llevar la cruz á cuéstas,
Y me será sensible si no puedo
Pagarle con usura sus finezas.
Sigo pues mi existencia desabrida....
Cuando, por colmo de desdicha extrema,
La inexorable Atropos corta el hilo
De mi padre la débil existencia.
No me es posible describirte nunca
El cúmulo de angustias que me cerca!
Como patriota, como amigo é hijo
Sentí aquel golpe de la parca fiera.
Desapareció un soldado de la patria,
Un buen esposo y padre que sirviera
De modelo de honor á muchos hombres.
Recibe ¡oh Jove! en tu eminente esfera
El alma justa de mi padre amado:
El Sacro Olimpo su morada sea,
Cual digno ásilo de los hombres rectos.
Entónces fué cuando en mi suerte adversa
Apuré el cáliz del dolor ¡ay Cielos!....
Ví esa vez la desdicha toda entera.
El mal de mi familia y el mal propio
Me acongojan á un tiempo y me atormentan.
Yo quedé entónces, mi querido Delio,
Cual el bajel flotante balancea
En medio del Océano proceloso,
Arrebatado en tempestad deshecha;
Sin piloto, timon y sin remeros,
Sin jarcia, sin auxilios y áun sin velas,
Tan pronto sumergido en los abismos,
Tan pronto levantado á las estrellas,
Tan pronto quieto en peligrosa calma;
Tal yo sin padre, amigos, ni experiencia.
Agitado en el piélago del mundo
Me ví entregado á suerte lastimera,
Atravesando riesgos horrorosos
Acometido de la horrible pena,
Y si vi alguna vez la dicha asoma
Fué para ser más dura su carencia:
Sólo en instantes he tenido calma,
Calma fugaz y de recelos llena!

Mas un genio benéfico aparece,
Me tiende afable generosa diestra,
Cual otro padre me protege tierno
Y en mi ventura y bienestar se empeña.
¡Caro Vijil! tú el hombre más amable
Y el más benigno que me dió Titéa;
El primer Magistrado de la patria,
El primero en dulzura y en nobleza,
No desdeñaste darme tus consejos,
Favorecerme fué tu ardiente idea;
Yo te tributo, sí, yo te consagro
Cariño, amor y gratitud eterna.
Marte iracundo, Marte rigoroso
Me le arrancó tambien ¡fatal estrella!
Mi desventura sigue, y ya no encuentro
Asilo alguno á mi desdicha fiera.
No hallo un amigo, todos desparecen
Y huyen infames, crueles me desechan,
Unos reniegan y maldicen otros
De mi amistad, aquellos me detestan,
Estos me insultan, y los más benignos
Callan tan sólo y en mi mal me dejan.
Falsos canallas! detened la fuga
Que vuestro auxilio no demando ahora,
Ya cesó mi desdicha, volved nécios;
¡Pero no torneis ya con faz risueña
A disculparos vuestras feas faltas!
Maligno es el cariño en apariencia,
Es espía engañoso, es mal oculto,
Es víbora entre flores encubierta:
Detesto yo vuestra dolosa risa;
Ignorais la lealtad y la vergüenza.
¡Celestial amistad! ¿cómo consientes
Que te ultraje falaz gente perversa?
Muera el impío que tu nombre infama
Y el que falta á tu fé, tambien perezca!
¡Tú, amigo mio, sólo tú mereces
Tan augusto renombre; á tí se eleva
Mi débil voz, y á tí tan sólo puedo
Contar mis tristes, mis acerbas penas.
Juro agradarte por el Ser sublime,

Procurando borrar feas flaquezas.
No es este un servil voto que arrancar
El premio ó el castigo por sorpresa,
Sino espontánea oferta de hombre libre
Que con futuros hechos dará pruebas:
No es como otras reformas ilusorias
Que sirven de baldon á quien las sueña.
Cesó el desasosiego que causaba
El deseo fogoso, cesó aquella
Punible ociosidad que fomentaba
La desgracia fatal que me afligiera.
Y gozo ya de la apacible calma,
Que no es la muerte como yo quisiera.
He aquí el bosquejo, amigo, de mis dias,
(Que de insulseces es una cadena)
Y tu dirás que en el principio escribo
Por equivocacion mi vida entera;
Mas la existencia es sueño y nadie sabe
A qué hora viene Atropos carnicera....
Si quieres que concluya con teorías,
Ya cesaré el bosquejo, á la carrera.
Despues de muerto, si álguien me censura
No me podría defender y es fuerza
Que ahora escriba; escucha, pues, amigo
Lo que produce mi genial franqueza.
Si á Pitágoras crees y das ascenso
A la trasmigracion, de mil maneras
Pude y podré existir en este globo.
Algun asno seré por contingencia,
Y tal estado me será más grato
Que el racional, que tanto me atormenta:
No trataré con hombres perniciosos;
Será bien asistida mi torpeza;
Tendré ambulante haren y seré entónces
Como el mejor magnate de la Persia.
Seré pez, ó reptil, ave ó cuadrúpedo
De cualquier clase, pero siempre fuera
Mejor mi vida que esta que afanados
Queremos conservar, llena de penas.
Ansias, fatigas, odios y triaciones,

Envidias, llantos, sustos y miserias;
En fin de todos los tormentos crueles,
Que puede darles Minos á los poetas.
Mas es hablar de mas; mi pobre mente
No puede penetrar cosas tan sérias,
Y concluiré con que la "vida es sueño,"
Y que uno es más feliz cuando más cerca
Está de la quietud, y más distante
De la ambicion y plagas que nos cercan.
No hay que ofender á nadie, hablar muy poco,
Escuchar mucho, no anhelar riquezas,
Vivir comodamente y sin deseos,
Ser honrado por propia conveniencia;
Estos son los consejos que he tomado
De la sapiente, de la gran Minerva;
Seguirlos sin desviarse es muy preciso
Y hace ménos amarga la existencia.

1842.

LA ERUPCION DEL SAN MIGUEL.

Tú, hermoso, excelso y majestuoso monte
Que hasta el sacro zenit la frente elevas,
Y que del Euro el impetuoso vuelo
Altivo, inmoble y con desden sujetas;
  Tú que del padre de Faetonte el disco
Ves al instante que al oriente llega,
Infalible telégrafo que anuncias
Cuando asoma y oculta su faz bella;
  Tú, en fin, que ornado en vegetales pompas
La inmensa mole de verdor ostentas,
Atalaya del tiempo, que del hombre
Publicas mudamente las miserias;
  Que del Creador sublime, en tu estructura
El eterno poder nos manifiestas,
Prominente faccion de la natura
Y elocuente escritor de su grandeza;
  Deja el horror, y no orgulloso abuses
De tu grandeza y tu precaria fuerza,
Ya no insolente, envanecido y nécio
Al mismo cielo le declares guerra.
  El retemblar horrendo y el bramido
Con que á los séres duramente aterras
¿Qué vale?... tu interior debilitado
Nunca mas guardará la inmensa hoguera!
  Tú semejas las iras de un amante
Celoso y ofendido, que su afrenta
Le irrita, le enfurece y que iracundo
Destrozos mil y muertes sólo anhela.
  Su sangre, como lava destructora,
Corre encendida en las hinchadas venas;
Brotan fuego sus ojos, y su pecho
Brama el furor que sin cesar se aumenta:
  Se desborda su enojo, y convulsivo

Estalla al fin en cólera tremenda.
Y en su rival y en su ofensora clava
El cruel puñal que la venganza presta.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Y tú tiemblas y bramas estruendoso
Y abres tu horrible cráter y presentas
Incandescente lava destructora.
Imágen de exterminio y de miseria!
Eras hermoso . . y hoy tu vista ofende.
El verdor cambias en fragosas peñas,
Y aquella falda vegetal no ofrece
Sino pavor y espanto:. . . . ¡oh, deja, deja,
El retemblar horrendo y el bramido
Que por los aires cavernoso suena.
Ya no obscurezcas el brillante cielo
Ni en ruina tornes la risueña vega.
Calma, soberbio monte, tus estragos,
El fuego apaga y el furor modera.
Vuelve á tu antigua paz y que á tu mole
Torne el verdor de la menuda yerba.
Que en tu sinuosa espalda hagan morada
El cervatillo y la inocente cierva,
Que el triste buho y dulce gilguerillo
Formen su nido en tus montuosas selvas.
Y siempre bello, majestuoso siempre,
La vista ansiosa por doquier te vea,
Firme y tranquilo y verde y apacible,
Con la antigua espresion de tu grandeza!

A LA SEÑORITA DOLORES LIBONS.

¿No oyes, Lolita, el general aplauso
Y el palmotear ruidoso? ¿no advertiste
La grata sensacion que nos causaste?
La vista sorprendiste,
El corazon robaste
Cuando del sueño horrible despertaste,
Y con variados tonos nos dijiste
La intensa pena que sufria tu alma.
Entónces angustiada
La afligida mirada
Tendiste en derredor, miéntras la mia
Doquiera te seguia....
Vi qne hallaste al objeto idolatrado.
Y tu terrible pena y cruel tormento
Cambiáronse al momento
En indecible gozo y alegria:
Que cesó tu inquietud y tu cuidado
Tu serena mirada lo decia.
En tus rosados lábios la sonrisa
Tan sólo se divisa:
Y esa tu dulce y sin igual garganta
Que modula una voz que el alma encanta;
Esa aptitud divina;
Tu figura perfecta y peregrina;
Tu seductor donaire y gentileza;
Tu juvenil candor y tu pureza;
Tus ojos que al amor en fuego exceden,
Todo, nos rinde y embelesa
Y arrastra en pos de tí. Cuando se mira
Tu conjunto de gracias tentadoras,
¿Cuál pecho no suspira,
Y al sentir junto á tí volar las horas,
Enamorado, por tu amordelira?....
El acento armonioso

De la orquesta sonora,
Imitas con tu voz cautivadora;
Y tu plácido acento
Blando en sus alas lo conduce el viento.
Cual cruzan el espacio los suspiros,
La sala así recorren tus acentos:
Y cuando suena tu argentino canto,
Despertando de amor los sentimientos.
La vista, el alma, el corazon suspenden
Su movimiento, y de tus lábios penden.

De nuevo, Lola, tu cancion levanta;
Vuelve á cantar, por compasion; advierte,
Que si el placer de verte
Nos brindas otra vez, el que te canta
Se llamará feliz hasta la muerte.

NAVEGANDO.

Sosiégate, mar undoso,
Deja ese horroroso estruendo
Y ese bramido tremendo
Que amenaza sin cesar.
Si un instante la gran nave
Hasta tus entrañas llevas,
Subitamente la elevas
Y al viento la haces saltar.

No respetas la desgracia
Ni el valor de estos guerreros,
Ni los gritos lastimeros
Del infelice mortal:
Con terrible alternativa
De hinchadas olas violentas,
Asaltar la nave intentas
Y absolverla en tu raudal.

¡Qué bien retrata mi pecho
Tu agitacion incesante,
Y de Celia lo inconstante,
Que tanto me hace penar!
Yo padezco los vaivenes
De una pasion borrascosa,
Y ella.... voluble, engañosa
Le place verme llorar.

Cuando de la bella aurora
La suave luz se divisa
Y agita una blanda brisa
El majestuoso bajel,
Neptuno con su tridente

El piélago inmenso calma.
Mas la tempestad de mi alma
Cada momento es más cruel.

Aunque el iracundo Eolo
Suelta los furiosos vientos.
Y todos los elementos
Se conspiran en mi mal.
No á borrar bastan ni un punto
La imágen de mi querida
Del pecho. do está esculpida
Su belleza celestial.

¡Oh bella luna, que escuchas.
En tu giro silencioso.
El gemido lastimoso
De mi pena y mi dolor:
Tú le dirás á mi Celia
El horroroso quebranto
Que sufro, sin ver su encanto.
A bordo de "*El Cruzador*!"

ESTROFAS.

No verterá mi pluma
Amores ni delirios,
Ora que ya he trocado
Por laureles los mirtos:
No soy el jóven tierno y amoroso
Que otro tiempo entonaba ardientes himnos
A la grata beldad, cuando sentía
El mágico poder de sus prestigios;
Dejé la blanda lira
Y la espada he ceñido,
Ora que á la campaña
Me llama el patriotismo;
Y en vestido marcial de rojos tintes
Cambié el albo ropaje, que era el signo
De la paz que gozaba, y mi semblante
Tornó las risas en un ceño altivo.
Un tiempo me agradaban
Los silenciosos sitios,
Y buscaba la calma
De plácido retiro:
Ora orgulloso entre el marcial estruendo
Ansío muertes, guerra y exterminio,
Y oir silbar las destructoras balas,
Y del cañon el hórrido estampido!....
A todo indiferente,
La patria es sólo el digno
Objeto á quien consagro
Mi vida y mis servicios:
El lauro de victoria es sólo el premio
Que en el combate á conquistar aspiro,
Y merecer, si muero, algun recuerdo
En la memoria fiel de mis amigos.

PATRIA!—mágico nombre,
Cuyo dulce atractivo
En entusiasmo noble
Enciende el pecho mio...
Y PATRIA es el sublime y grato acento
Que á Cuscatlan conmueve, y hoy sus hijos
Al empuñar el vencedor acero,
Hacen temblar de miedo á los bandidos.
Mis caros compañeros,
Valientes y aguerridos,
Que en los campos de gloria
Despreciais los peligros;
Jurad solemnemente ante la Patria,
Que el sol primero cambiará su giro
Y vertirá su luz densas tinieblas,
Que triunfar la maldad sobre el civismo!
La causa de los pueblos
Es causa de Dios mismo;
Es libertad y leyes
Y horror al negro vicio!
Y bajo las banderas sacrosantas
De la adorada Patria, mil caudillos
Esperan la señal de ir al combate,
Para vencer al punto á su enemigo
¡Ay del mísero esclavo
Qne intentase atrevido,
Empañar con su aliento
De estos bravos el brillo!
"Muerte á la tiranía," este es el lema
Que nuestro acero dejará esculpido
En el infame pecho de esos viles
Que osan reinar con torpe despotismo!
Qué!—¿pensará la liga
De cuatro ó cinco indignos,
Que este pueblo ha depuesto
Su heroico esfuerzo antiguo?
Pues salgan á la arena! y nuestras lanzas
Se enristrarán en sus terreno mismo,
Y han de temblar los déspotas y esclavos
Al vernos vencedores, siempre invictos!

Los fieles cuscatlecos
Sostendrán decididos,
Su libertad, su patria,
Sus leyes y principios;
Y al desnudar la victoriosa espada,
Y al mostrar de la guerra el rostro altivo,
Confirmarán en el combate rudo
Su proverbial valor y patriotismo.
Y volviendo orgullosos
A nuestro hogar nativo,
Despues de muchos triunfos
A reposar tranquilos,
Al pié de nuestras bellas rendiremos
Las armas y laureles; y un cariño,
Una dulce sonrisa, una mirada,
Compensarán los duros sacrificios....
Entónces la alegria
Retozará en mis himnos,
Y brillarán los rostros
Hoy marciales y frios.
Y volveré á sus brazos....y ufanado
Gozaré su amistad y su cariño,
Y estrecharemos con caricias mútuas
Los tiernos lazos que formar supimos!....

EL MISÁNTROPO.

Yo misántropo adusto, apartado
Del estruendo del mundo engañoso,
Solitario el agreste reposo,
Gozo libre en selvático horror.
Frescas aguas me brindan las fuentes,
En sus huecos me asilan las peñas,
Grata sombra me ofrecen las breñas
Dó no alcanzan los dardos de amor.
Ya no el dolo de amigos traidores
Me ha de hallar en mi aislado retiro;
Ni del ciego amador el suspiro
Ya no mas me dará compasion.
No los ecos de cruentas victorias
Herirán estos sitios lejanos,
Ni la zaña de crueles tiranos
Herirá mi feliz corazon.
Ni ese niño vendado y travieso
Que encendiendo lascivo su fuego
A las almas les roba el sosiego,
Me herirá con su dardo traidor.
Nada quiero en mi triste recinto,
Nada temo, ni siento, ni espero:
Vendrá el lance á mi vida postrero;
Ni la muerte veré con pavor!

DESESPERACION.

Cuando todo sér respira
En el plácido sosiego,
Mi alma, ardiendo en voraz fuego,
Por Celia triste suspira.
La luna en el cielo gira,
Y con su luz brilladora,
Me recuerda la dulce hora
En que Celia enternecida
Me cantó la "Despedida"
Con su voz encantadora.

Cuando el Sol muestra su fuego
Y á Celia amada no miro,
No sé como de un suspiro
Mi alma entre angustias no entrego.
Y si á considerar llego
Que ya no veré el bien mio.
Tan cruel es mi disvario
Que al ver el bello arrebol.
Quisiera arrancar el Sol
Para lanzarlo al vacío....

Cuando de Celia miraba
La adorable faz divina,
Era tal la pasion fina
Que su beldad me inspiraba,
Que vivamente deseaba
La contemplase el averno,
Para que su llanto eterno
Se contuviese al momento,
Viendo el celestial portento
De aquel semblante tan tierno.

Mas hoy que sufro mil males
Sin admirar su semblante,

Apetezco cada instante
Que aquí todos los mortales,
Padezcan penas iguales
En tormento sempiterno;
Porque á mi martirio interno
Semeje su mal profundo,
Quisiera lanzar el mundo
A las penas del infierno.

AL LIC. C. ANDRÉS CASTRO.

Por tí á la vida que iracundo el Hado
En un momento arrebatarme quiso
Hoy torno, Andrés, y en gratitud mil loores
Yo te dirijo.
Del borde triste de la helada huesa,
Donde me viera ya cadáver frío,
Tu mano diestra me levanta súbito
Con sabio tino.
Abandonado á la temible Atrópos,
Ya sin aliento y en letal conflicto,
Tú me redimes de la Parca, y huye
A los abismos.
¡Numen de vida, el homenaje acepta
Que te tributan mi consorte é hijos!
Por tí á ellos vuelvo y otra vez disfruto
De sus cariños.
Cuanto yo toco, cuanto gusto y veo,
El aire mismo que á la vez respiro,
A tí lo debo, bien hechor del hombre,
Génio benigno!
¿Qué ofrecer puedo en recompensa digna
De tanto bien que de tí, *Andrés*, recibo?
Emplear mi vida y consagrarla toda
En tu servicio.
¡Que para alivio de la humana estirpe
Preserve el cielo tu existencia pido,
Y que sobre ella su favor derrame
Grato y propicio!

HIMNO PATRIÓTICO.

CORO.

Compañeros! la patria ofendida,
Dignamente nos llama á la lid;
En su altar sacrosanto juremos
Sostenerla por siempre ó morir.

Esas frentes heróicas, que siempre
De laureles se han visto ceñir
En los campos gloriosos de Marte,
Cuando á esclavos soleis combatir;
Coronadlas de nuevas guirnaldas,
Y á ese imbécil osado decid
Que los libres jamás sus espadas
Ante un vil han sabido rendir.
Militares! la suerte os prepara
El gran dia que debe cubrir
De una gloria inmortal vuestros hechos,
Y de oprobio al tirano infeliz,
Escuchad, escuchad! vuestros nombres
Los publica de fama el clarín,
Mientras yacen en cieno sumidos
Los que llevan el sello servil.
Al volver á los patrios hogares,
Con faz noble y altiva á lucir
Vuestros premios, cual signos del triunfo
Que muy presto debeis adquirir,
Vuestras caras familias y amigos,
Orgullosos, con dulce sonreir,
Contarán vuestras grandes hazañas
Que admirado sabrá el porvenir.
¡Ay! los pechos de vuestras queridas
Cuando os vean gloriosos venir,
¡Oh! que tiernos y dulces suspiros

De la alegria os sabrán dirijir.
Esforzad, camaradas, el brillo,
Y al canalla atrevido infundid
El terror y el espanto, y que tiemble
Cuando os vea el acero blandir.

CORO.

Compañeros! la patria ofendida
Dignamente nos llama á la lid,
En su altar sacrosanto juremos
Por salvarla vencer ó morir.

RETORNO.

Salve, patria querida,
Salve, hermoso suelo,
El más grato á mis ojos
De todo el universo.
A sus nativos lares
Vuelven tus hijos tiernos,
A disfrutar gozosos
De quietud y contento.
A bordo de la nave
Devisaba, á lo lejos,
Tus deliciosas playas,
Tus azulados cerros.
En tí ¡oh patria! se ensanchan
Todos mis pensamientos;
Pero á mi mente vienen
Tristísimos recuerdos.
Recostado en la popa,
Yo medito en silencio,
Cuando el sol desparece
En el Océano inmenso;
Cuando el profundo piélago
Azotado del Euro
Se ve el bajel fluctuando
Circundando de riesgos.
Juguete de las ondas
Baja al abismo horrendo,
Y se eleva al instante
Lanzándose á los cielos;
Silva el viento en la jarcia,
Lo invade el mar soberbio,
Se estremece y se mira

En el peligro estremo.
Pero una grata calma
Anuncia el limpio cielo,
Cesa el viento impetuoso,
Se torna el mar sereno.
Se mueve blandamente
Ya la nave en el puerto,
Y todas sus fatigas
Se cambian en contento.
Tal, adorada patria,
Es mi ardiente deseo;
Tal el fin que nos lleva
A tu materno seno.
Dejando el mar undoso,
De mil tormentas lleno,
La paz y la alegria
Por fin disfrutaremos.

A VICENTE GUERRA.

I.

No describo batallas,
Ni fundación de imperios,
Que son empresas dignas
De Virgilios y Homeros.
Legislación, política
Y formas de Gobiernos,
Allá para las plumas
De Benthan y Vivero.
La poesía es sublime,
Tierna y blanda en extremo,
Y expresa de las almas
Los nobles sentimientos.
Es justo, pues, amigo,
El festejar en verso
A los séres amables
Que nos brindan su aprecio.
Un generoso trato,
Un cariño sincero
Sólo á una alma insensible
No inspirarán afectos.
Volviendo yo á mi patria,
Cumplido mi destierro,
Al respirar las auras
De este agradable suelo,
Mi corazón sentia
No sé qué de halagüeño,
Y alimentaba el alma
Hermosos pensamientos.
Pero como mi suerte,
Es adversa, recelo
Que el gusto en infortunio
Se me cambie muy presto.

Por esta alternativa,
Al llegar á este suelo,
Ora espero un desengaño
Ora un dolor acerbo.
Hallé por una dicha
Que era mi temor aéreo,
Y en vez de desazones
Hallé gratos consuelos.
Verdaderos amigos,
Afables y sinceros,
Dulces y generosos,
De la lealtad modelos,
Me reciben gustosos,
Me ofrecen sus obsequios;
Y me dan pruebas claras
De su amor, con sus hechos.
Con tan grata acojida,
Olvido en el momento
Mi pasado infortunio
Y sus terribles riesgos.
Asi cual navegante
Que en iracundo piélago,
En tempestuosa noche,
Roto el bajel, sin remos,
Se ve desamparado
En su tormento fiero,
Próximo á sumerjirse
En un abismo horrendo,
Y al fin contempla el dia
Apacible y sereno,
Y arribando á la costa
Palpita de contento;
Asi yo, caro amigo,
Después de un tiempo acervo,
Disfruto entre estas gentes
La calma y el sosiego.
No emponzoñan mi vida
Los odios indiscretos,
Ni me aflijen é inquietan
El temor, ni los celos.
Pues aunque la malicia
De enemigos protervos

Me amenace y calumnie
Para imponerme miedo,
¡Míseros agresores!
Sus iras compadezco,
Y un perdón generoso
Mi venganza es con ellos.

II.

Aquí abundan placeres
Sencillos, y el contento
Doquier muestra sus gracias
Con semblante risueño.
La beldad aquí ejerce
Su delicioso imperio,
Y ostenta sus encantos
Con un aire modesto.
Verás hermosas trenzas
Con oscuros cabellos
Adornar una frente
Como alabastro terso.
Y has de ver negros ojos
Que incendiaran á Febo,
Y un mirar que descubre
La inocencia del pecho;
Unos carmíneos labios,
Un pulcro y lindo cuello,
Y ¡ay!....las divinas formas
Que turban el sosiego ...
Las miro respetuoso,
Las adoro en silencio,....
¡Vivid jóvenes bellas,
Honor de vuestro suelo!
En vosotras se encuentra
Cuanto hay de bueno y bello;
La hermosura y la gracias,
Lo inocente y lo honesto.
De mi cariño en prueba
Aceptad, os lo ruego,
Los ardientes suspiros
Que os dirije mi pecho.
Esta ilusión vehemente,

Este dulce sosiego,
Estas horas tranquilas
Y cuanto aquí poseo,
A tí, mi caro amigo,
Lo consagro y lo debo,
Y esta es flébil idea
De mi agradecimiento.
Cuando de tu tarea
Literaria, un momento
Al lado de tu hermosa
Descances satisfecho;
Recurda los favores
Que á tu amigo le has hecho,
Y esta acción generosa
Te colme de contento.

IGNACIO GOMÉZ.

El Licenciado Mariano Gómez, profundo jurisconsulto que figuró notablemente en la Provincia de Honduras durante el régimen colonial, habiendo sido, además, diputado á las Cortes españolas, fué el padre de IGNACIO GÓMEZ, quien heredó de él las prendas intelectuales que en alto grado poseía aquel ilustre personaje.

Diversas opiniones se han emitido en cuanto al lugar del Salvador en que nació GÓMEZ. Unos afirman que fué en Metapán, y otros que en esta Capital, en la casa conocida con el nombre del *Níspero*, que anteriormente ocupaba la area de terreno en que hoy está edificado el Palacio Nacional. Uno de los que aseguran esto último, es el Lic. Manuel Cáceres, quien nos ha dicho que el mismo GÓMEZ se lo refería así en 1855.

Parece que el año de 1813 vinieron los padres de GÓMEZ accidentalmente á esta ciudad, y ese viaje coincidió con su nacimiento, ocurrido aquí el 31 de Julio de aquel año.

A los doce años de edad, fué enviado á los Estados-Unidos, y en un Colegio de Nueva York hizo sus primeros estudios. Poco tiempo contaba de permanecer en aquel establecimiento, cuando ya hablaba perfectamente la lengua inglesa; y después llegó á poseer también con perfección, el latín, el francés y el italiano, hasta el punto de escribir sus ensayos literarios indistintamente en cualquiera de estos idiomas.

Como se vé, la educación que GÓMEZ recibió fué muy esmerada, digna de las aptitudes intelectuales

con que le regaló la Naturaleza. Por medio de los idiomas que hemos citado, adquirió infinidad de conocimientos útiles, que más tarde le hicieron ocupar alto puesto entre sus conciudadanos.

En 1836 regresó á Centro-América, dirigiéndose á Guatemala, donde, á la edad de 23 años, recibió el título de Abogado, habiendo hecho sus estudios de Economía Política y Derecho Público bajo la dirección del Doctor Cañas.

En Guatemala, al poco tiempo de su recibimiento de Abogado, ocupó el puesto de Sub-Secretario del Ministerio de Gobernación. Después prestó sus servicios como Fiscal de Hacienda, como Auditor de Guerra y como Representante del pueblo en la Asamblea.

En 1842, el Gobierno del Salvador le nombró Encargado de negocios ante el Gobierno Pontificio, y desde esa época data la carrera diplomática de Gómez, que permaneció, durante cuatro años, entre Italia, Francia, España é Inglaterra.

Los importantes servicios que prestó á su país en aquella época, hicieron que el mismo Gobierno le enviase á los Estados-Unidos nuevamente como Encargado de Negocios.

En la Gran República hizo estudios de mucha importancia sobre la literatura, historia, ciencias y política de la Unión Americana.

Cuando regresó á Guatemala, fué nombrado Fiscal de la Suprema Corte de Justicia, y por segunda vez los votos del pueblo le asignaron un asiento en la Cámara de sus representantes.

En el Salvador ocupó puestos de suma importancia: en 1854 fué Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno que entonces presidia el Señor San Martín.

Cuando acabada de ser reducida á escombros esta capital, con ocasión del terremoto de aquel año memorable, el Gobierno tuvo que trasladarse á Coju-

tepeque, y Gómez, como Secretario de Estado, cooperó eficazmente á la buena marcha de la administración pública.

En unión del distinguido literato Dr. Gregorio Arbizú, fundó en 1854 el periódico denominado "El Cometa;" y en aquella época, encargóse de dirigir la impresión del Código de Procedimientos y la de la primera Recopilación de leyes patrias que se llevó á término en el Salvador, obras monumentales del sabio Dr. Menéndez. Como editor, Gómez ilustró esas notables obras con notas de gran importancia, en las cuales manifestó su vasta erudición y ciencia.

Durante la administración del Sr. D. Rafael Campo, fué Ministro de Gobernación y Presidente de la Asamblea.

Después regresó á Guatemala y allá dedicóse al ejercicio de su profesión de abogado, brillando notablemente en las regiones del foro, tanto por su acrisolada honradez, como por sus sólidos conocimientos en la ciencia del Derecho.

Por causas políticas, salió de Guatemala en 1864, y se encaminó al Perú; y en 1865 fué nombrado por la República de Honduras su representante en el Congreso Americano que se reunió en Lima por aquel año.

Despues pasó á Chile como Ministro Plenipotenciario de la misma Honduras, y á los Estados-Unidos como Ministro de la República de Nicaragua. En aquel tiempo, también fué honrado con la confianza del Perú y Chile, que le nombraron, el primero, Agente diplomático en Washington, y el segundo, Ministro plenipotenciario en las Cortes europeas.

Cuando Gómez estuvo en Roma, algunos periódicos de aquella ciudad publicaron una que otra poesía suya, con traducciones en verso italiano hechas por el poeta Ferrety, autor de la letra de *El barbero de Sevilla;* y parece que esto dió lugar á que Gómez

fuera distinguido por la célebre y antigua Academia literaria de *Los Arcades de Roma*, que le nombró su miembro honorario, otorgándole el título de *Clitauro itacense*.

Muchas sociedades científico-literarias de Europa y América honraron á Gómez con el diploma de sócio; y, además, le extendieron el título de Abogado, España, Chile, el Perú y las Repúblicas Centro-Americanas.

En 1872 presentó al Gobierno provisorio de Guatemala un proyecto de Código de Comercio, cuya redacción se le habia encomendado anteriormente.

Después de la gloriosa revolución de 1871 sirvió á la Repùblica en honrosos é importantes destinos. Fué Fiscal del Gobierno, Catedrático de la Universidad, individuo de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, miembro del Colegio de Abogados, Fiscal de la Suprema Corte de Justicia y Presidente de la Sociedad de Inmigración.

Durante algun tiempo formó parte de la comisión redactora de un proyecto de Constitución de la República de Guatemala, lo mismo que de la encargada de formular el Código administrativo.

En los últimos años, se habia dedicado á escribir la historia contemporánea de Centro-América, por encargo que se le hizo. Dejó concluido el primer volumen y, además de otros muchos trabajos históricos, una estensa biografia de Morazán.

Gómez, con una laboriosidad imponderable, colaboró en todos los periódicos de Centro-América. Escribió sobre casi todos los ramos del humano saber, con aquella profunda erudición del sabio y con la mira puesta en el adelanto positivo de estos paises.

Durante más de cuarenta años se ocupó en las tareas de la prensa, publicando brillantes estudios sobre política, literatura, ciencias y religión; manejó diestramente todos los estilos: abarcó y descolló en todos los géneros de literatura, y sus producciones

llevan el sello de una vasta ilustración y de un asombroso talento. Conocía perfectamente el idioma español; y dejaba correr la pluma con acabada corrección, porque, aunque estaba tan familiarizado con el uso de varios idiomas extrangeros, jamás se olvidó de la pureza y majestad del habla castellana.

Si todas sus producciones se coleccionasen, formarían gruesos volúmenes, en cuyas pájinas hallarían el sabio concienzudos estudios sobre muchas y diferentes materias, el filósofo interesantes meditaciones y pensamientos de profunda sabiduría, y el literato encontraría, en fin, ora amenos artículos sobre historia, costumbres y bellas letras, ora útiles enseñanzas sobre legislación y filología y brillantes lucubraciones del pensamiento creador del poeta.

Contienen muchos trabajos literarios de Gómez, los periódicos guatemaltecos: "*El Progreso,*" "*La Revista del Foro,*" "*El Porvenir,*" "*El Bien Público,*" "*El Heraldo,*" "*El Pensamiento,*" y "*La Revista de la Universidad,*" fuera de otros que hace ya mucho tiempo se publicaron en Guatemala y en los cuales escribió siempre.

La prensa del Salvador tambien contó con la valiosa colaboración de Gómez, cuyos esfuerzos en pró del adelanto de la literatura centro-americana se manifiestan en los brillantes artículos suyos que contienen "*El Faro,*" "*La Tribuna,*" "*El Fénix,*" *El Universo,*" "*La América Central,*" "*El Album,*" "*La Prensa,*" "*El Boletín Municipal*" y "*El Cometa.*"

Gómez tradujo del francés las famosas cartas de Laurent á los Jesuitas, que se publicaron por entregas en Guatemala, poco tiempo antes de su muerte.

Infatigable obrero del progreso y de la civilización, trabajó Gómez incesantemente por encaminar á Centro-América en las sendas del adelanto y de la ventura. Todos sus conocimientos y su corazón los consagró á la patria; y siempre sus redentoras ideas, multiplicadas y esparcidas por la imprenta, cayeron

sobre nuestras sociedades, vivificando el alma y encendiéndola en los más nobles deseos de libertad y engrandecimiento.

Un notable historiador español (*) ha dicho que GÓMEZ, erudito, recto de juicio, conocedor de los hombres y de las cosas, sediento siempre de luz, aspirando constantemente al porvenir, viendo los horizontes para distinguir un más allá en la vida del progreso, en los fértiles campos de la civilización, penetraba con su razón clarísima que la prensa es al movimiento de las ideas lo que la locomotora al movimiento y comercio de las cosas. Infatigable en el trabajo, y contribuyendo poderosamente á propagar las sanas doctrinas del derecho, enciclopedista como todos los hombres que determinan los grandes pasos de los pueblos, no le bastaba trabajar, esforzarse, difundir la luz, sino que animaba á los demás, les exhortaba, les comprometía, buscaba obreros de la inteligencia, deseando que cada uno llevase su óbolo al templo del porvenir y de la civilización, en la medida de sus fuerzas y en la esfera de su capacidad.

La vasta ilustración de GÓMEZ, unida á su laboriosidad constante, á sus aptitudes para toda clase de negocios y á su sano criterio, hizo que Centro-America le confiara, en diferentes ocasiones, encargos de alta importancia, honrándole, al propio tiempo, con su distinción y confianza.

Imperecedero recuerdo ha dejado entre nosotros como escritor público, como diplomático, como jurisconsulto y como poeta. En este último carácter vamos á considerarle con brevedad, porque las poesías que contiene este volumen, dirán mejor que nosotros cuánta inspiración y talento adornaron á este docto hijo de las Musas.

Las composiciones poéticas que de él conocemos no carecen de mérito, tanto por su inspiración y dul-

(*) El Sr. Valero Pujol.

zura, como por la sonoridad y pureza que las distinguen. Original en sus pensamientos, sin descuidar el estilo de los clásicos, algunas veces cantó asuntos americanos con gracia y corrección envidiables: la idea filosófica se manifiesta en la mayor parte de sus versos, y se adivina la tendencia del poeta á sujetar á aquella el impetuoso vuelo de la fantasía; sin embargo, en una que otra composición suya, campea soñadora y arrogante la imaginación del poeta, que celebra las bellezas de Andalucía y los encantos de la Alhambra con un lenguaje oriental y florido.

Muchas traducciones del inglés, del francés y del italiano conocemos de Gómez; y, segun el juicio emitido por autorizados literatos, ellas son magníficas. La que hizo de la inimitable Elegía de Gray, es la que más elogios y aceptación ha alcanzado entre las otras muchas versiones castellanas que se conocen de aquella joya de la literatura inglesa.

Aunque en sentir de algunos críticos, Gómez, considerado como poeta, no sobresale en un grado eminente, no por eso forma parte de los vates vulgares, sino que, por el contrario, sus poesías han alcanzado general aplauso, tanto por la correccion de estilo, como por la grandeza de sus pensamientos y la trascendental importancia de los temas sobre que versan.

Este notable literato alcanzó verdadero renombre en la república de las letras; y el Salvador se enorgullece justamente con haber sido el lugar de su nacimiento. Los jóvenes de Centro-América tenemos en sus numerosas producciones otros tantos modelos que imitar, ya sea en la elevación de las ideas ó ya en lo correcto y atildado de la forma.

Después de una vida consagrada al estudio y al servicio de la causa de la libertad, cuando Gómez vivia entre nosotros como un apóstol del bien y como una gloriosa entidad de nuestra literatura, siem-

pre escribiendo, ora en galana prosa, ora en castizo y sonoro verso, la muerte le arrebató, á la edad de sesenta y seis años, y ocasionó á Centro-América la pérdida de uno de sus hombres más distinguidos.

Afortunadamente, entre nosotros ha empezado á despertarse en estos últimos años el aprecio por la literatura, y podemos asegurar que no está lejano el dia en que veamos recopilados todos los frutos del fecundo y asombroso ingenio de este ilustre personaje.

ELEGIA ESCRITA EN EL CEMENTERIO DE UNA ALDEA.

[Traducción del inglés de Gray.]

Ya el bronce anuncia el moribundo dia,
Torna al redil la grey con ronca queja,
Él rústico á su hogar la planta guia
Y á las sombras y á mí la tierra deja.

La noche cubre con su manto el mundo:
Reina el silencio, escepto do se mece
El insecto con vuelo vagabundo
Y el cencerro las cabras adormece.

Desde esa torre, envuelto en yedra, exilio
De horror, el buho quéjase á la Luna
Del que turba su añoso domicilio
Y en su lúgubre imperio le importuna.

A la sombra de ese olmo y de esos tejos,
Bajo el césped que el túmulo rodea,
Del vano mundo y de los hombres lejos,
Duermen les rudos Padres de la Aldea.

El dulce canto de la nueva Aurora,
La voz del gallo en el pajizo techo,
O la caza con trompa atronadora,
No llegarán hasta su humilde lecho.

El doméstico hogar para ellos no arde,
Ni emplea esposa sus cuidados tiernos,
Ni hijos aguardan, al caër la tarde,
A disputar sus ósculos paternos.

A los filos de su hoz la mies cedia
Y la tierra á sus surcos su regazo·
¡Cuán ufanos araban algun dia!

¡Cuál cedían los bosques á su brazo!

No escarnezca Ambición con ligereza
Su oscura gloria y plácido destino,
Ni con desdén escuche la Grandeza
Los anales del pobre campesino.

Cuanto al mortal sobre la tierra alhaga,
La Belleza, el Poder, el Genio, el Arte,
Todo á la muerte su tributo paga;
Nada su hora á evitar un punto es parte.

No les culpe el Orgullo si en su tumba
La Memoria obeliscos no levanta,
Si su elogio en el templo no retumba,
Ni Adulación su antífona les canta.

¿Puede la urna ó el busto, por ventura,
Reanimar su cadáver macilento?
¿Ablandará la voz la Parca dura
Desde el marmóreo frío pavimento?

Bajo estas losas duerme acaso helado
Pecho que ardiera en generosa pira,
Manos que el cetro hubieran empuñado
O pulsado las cuerdas de la lira.

Mas para ellos no abrió la Madre Ciencia
Sus arcanos preñados de despojos:
Su ardor heló la estéril Indigencia
Y los rayos de luz negó á sus ojos.

Preciosas perlas bajo la onda yacen,
Al hombre ocultas en ignota estancia;
Risueñas flores en el yermo nacen
Y al vago viento exhalan su fragancia.

Aquí algún Hampden, que á opresión osado
Pudo oponer incontrastable frente,
Algún Milton sin gloria está enterrado,
Algún Cronwell, de estragos inocente.

Su Hado vedóles fatigar la gloria,
La desgracia arrostrar, verter los dones
De abundancia en su patria, y leer su historia
A la atónita faz de las naciones.

Ni sólo las virtudes ahogó acaso,
Los crímenes también la suerte adusta;
Les vedó en sangre á un trono abrirse paso,
Y á la tierra oprimir con mano injusta;

Apagar el pudor que al rostro asoma,
Sofocar la verdad, y en holocausto
Tributar de las Musas el aroma
Al nécio Orgullo, al ostentoso Fausto.

Lejos del mundo y su ilusión mentida,
No fué su anhelo de su esfera indigno,
Y en los oscuros valles de la vida
Llenar supieron su tranquilo signo.

Para librar su féretro de iusulto,
Feble memoria, alzada aquí á su nombre,
Con tosca rima y con buril inculto
Pide un tributo de dolor al hombre.

Su edad, su nombre, en rudo cenotafio,
El hueco suplen de elegia y fama,
Y la moral de rústico epitafio
El poder de la Muerte allí proclama.

Pues ¿quién, víctima nunca del olvido,
Dejó los gozos que la vida encierra,
Sin lanzar con espíritu abatido
Largo suspiro á la risueña tierra?

De aquel brazo que en vida fuera caro,
Natura se ase hasta el postrer momento,
Y en las cenizas del sepulcro avaro
Arde su llama, anímase su aliento.

Y tú que cantas en laüd, de verde
Ciprés ceñido, su modesta historia,
Tal vez un dia el caminante acuerde
Una pregunta vaga á tu memoria.

Y algún zagal responderále triste:
"Vímosle un tiempo, cuando apenas dora
La luz el prado, que la yerba viste,
Barriendo ansioso el llanto de la Aurora.

Bajo ese fresno, que alza sobre el suelo

Su caprichoso tronco, se tendia,
Contemplando las ondas del riachuelo
Cuando el Sol se acercaba al mediodia.

Junto aquel bosque, cuya voz se escucha
Como en escarnio, triste y pensativo,
Cual quien padece borrascosa lucha,
Vagaba sólo con semblante esquivo.

Faltó su huella en la alta cumbre un dia,
Junto al arroyo y árbol frecuentado;
Volvió la Aurora, y ni en la selva umbría,
Ni en la colina, el páramo, ni el prado.....

Al tercer dia, con plegarias graves,
Vimos llevarle en féretro mezquino:
Llega á leer su epitafio (pues que sabes)
Bajo la sombra de ese añoso espino:

En el regazo de la tierra fria
Duerme ignoto á la Fama y la Fortuna.
La Ciencia vió al nacer. Melancolía
Por hijo suyo le marcó en la cuna.

Fué generoso, sincero; y el Cielo
Premio le dió de sus virtudes digno.
A la desgracia no negó un consuelo,
Y un amigo debió al Hado benigno.

Sus flaquezas encubra oscura losa,
Su asilo vele su memoria inerme:
Allí Esperanza trémula reposa,
Y con su Padre y Dios tranquilo duerme.

LA CANCIÓN DE MEDORA.

(Traducción del Corsario, poema de Byron.)

Hondo en el alma mia. para la luz perdido,
Devora su gemido mi secreto fatal:
Si tu mirada acaso su sobresalto escita,
El temblor que la agita torna al punto á callar.

Oculta allí en su seno brilla sepulcral llama
Y por siempre derrama su exánime esplendor:
No ya cual otro tiempo, que en vano hoy resplandece;
Pero no la oscurece la sombra del dolor.

No me olvides, no estampes en mi tumba tu huella
Sin pensar en aquella que yerta duerme allí;
Que el único tormento que hiela mi energia
Es que se borre un dia mi memoria de tí.

Oye mi ardiente ruego, mi postrera plegaria,
Si en la urna funeraria es lícito el dolor:
Una lágrima sólo es todo lo que quiero,
Único y postrimero premio de tánto amor.

IMITACIÓN DE LORD BYRON.

SONETO.

Cual nombre inscrito en funeraria losa,
Sorprende por ventura al caminante,
Que entre las tumbas meditando errante
Corre con planta incierta y vagorosa:

Así, Señora, esta hoja silenciosa.
De un recuerdo, de un nombre palpitante,
Algún dia feliz fige un instante
Esa mirada ardiente y generosa.

Y cuando pienses en aquel, que amigo
Llama tu labio, plácida memoria
Su nombre para tí lleve consigo.

Piensa que muerto está: que aquí enterrados
Están su corazón, su amor, su historia,
Cual en fúnebre huesa sepultados.

ELEGIA.

A LA MUERTE
DE LA SEÑORITA DOÑA G. P....

¿Qué acento de dolor hiere mi oído?
Entre el canto de muerte y el clamor
Del bronce funeral, oigo el gemido
Que dá á las gracias desolado Amor.

Que en tí, más bella que fantástica hada,
Cesó ¡ay de mí! la vida de latir,
Y duermes ya en el sueño de la nada,
De amor agena, agena de sufrir

¡Sí, de sufrir! que tu nefasto signo,
Hichicera mortal, fué padecer,
Cuando á tus prendas ¡ay! Hado benigno
Debió acordar la dicha y el placer.

Como el mas bello lirio mas temprano
Suele morir en el florido Abril,
Marchito no, mas por agreste mano
En su esplendor segado en el pensil....

Así tú, bella hasta el postrer instante,
Seductora en tu misma palidez,
No fuiste acaso en vida tan brillante
Como hermosa en tu exángüe morbidez.

Y al cielo alzando el ojo moribundo,
La sonrisa en el labio virginal,
Vuelas cual Angel que del bajo mundo
Remonta el vuelo al seno paternal.

Ni aquese llanto de dolor, que vierte
En tus formas su fuego abrasador,

Alcanzará del sueño de la muerte
A tornarte á la vida y al amor.

La ciencia misma no bastó á salvarte:
En tí fué vano el arte y el saber;
Y hasta el acero salvador fué parte
Tan solo ¡ay Dios! á hacerte padecer.

Mas tu memoria endulzará la herida
De los que en llanto bañan tu atahud;
Y entre las tempestades de la vida
Sostén será y ejemplo de virtud.

Que hay recuerdos, que hay sueños que la muerte
No alcanza, no, á arrancar del corazón;
Y que, á despecho de la airada suerte,
Llevan consigo un rayo de ilusión.

Tal la fragancia, cuya esencia un dia
Contuvo el vaso, roto en piezas mil,
Su balsámico aliento todavía
Al aura exhala en el fragmento vil.

II.

¿Quien otro tiempo, hechicera,
Miró brillar en tu faz
La esperanza lisongera,
Cual cielo que en primavera
No empaña nube fugaz....

Y figurar osaria
Que tan presto ¡ay! el dolor
Tus gracias marchitaría,
Y tu risa trocaría
En llanto y en sinsabor;

Que tus hechizos, tu rara
Belleza, tu juventud,
La Parca con mano avara
En la noche sepultara
De prematuro atahud?

III.

¡Es tan triste morir cuando la vida
Es gozos é ilusión!
¡Cuando halagüeño el porvenir convida

Con dicha al corazon!

¿Y por qué lo es?—El mundo borrascoso
En ensueño fugaz,
No ofrece al alma dicha ni reposo,
Ni al corazón la paz.

La paz del corazón está en la tumba,
Bajo el mústio ciprés;
Y aunque en su ramas la borrasca zumba,
La paz duerme á sus piés.

IV.

Allí el tedio de la vida,
El desengaño fatal
No roen el alma herida;
Allí el placer mundanal
No ofrece ilusión mentida;

Allí la copa dorada,
Los placeres del festín
Y la beldad ataviada
Con coronas de jazmín,
No dan dicha emponzoñada.

Allí á la hora de ventura,
Al transitorio momento
De pasión y de ternura
Nunca sucede el tormento
Del hastio y la amargura.

Allí cesa la opresión
Del poderoso y del fuerte,
Y duerme la Sinrazón,
Y el Orgullo y la Ambición
En el polvo de la Muerte.

V.

Descansa en él, ¡oh jóven malograda!
Libre por fin de padecer tirano;
Y sobre el mármol de esa losa helada,
Donde la Parca ha inscrito su victoria,
Permite que mi mano
Un tributo consagre á tu memoria.

A LA LIBERTAD.

¡Oh Libertad divina,
Deidad del alto Cielo
Que mi alma enciendes con tu ardiente llama!
Tu mágia peregrina
Al aherrojado suelo
De vida anima y de civismo inflama,
Y tu poder proclama:
Tú tornas la amargura
En plácida ventura,
Y con profusa mano
Das, á raudales, bienes al humano.

¡Génio de la victoria,
Que al pueblo grande y libre
Valor y esfuerzo indómito inspiraste!
Tú con laurel de gloria
A los héroes del Tibre
Y del Iliso y Potomac orlaste:
Tú en Morat animaste
De los libres la lanza
Con herculea pujanza,
Y en Junín y en Platea
Sus legiones lanzaste á la pelea.

Tú en piezas convertiste
La espada de los Reyes
Que en dos mundos su imperio sostenía;
Y tú anular supiste
Las sanguinarias leyes
De fanatismo y torpe tiranía
Que oprimiéranle un dia:
Tú sus legisladores,

Sus héroes y oradores
De un soplo fecundaste,
Y el Nuevo Mundo á nuevo sér alzaste.

¡Oh bella, excelsa diosa!
De tu grata influencia
Un feliz porvenir mi patria espera:
Por tí la luminosa
Antorcha de la ciencia
Su fértil suelo alumbre y regenere:
El comercio prospere,
Y la industria florezca
El prado, el valle, el monte;
Y el Sol de paz alumbre el horizonte.

¡Salve mil y mil veces,
Y en tus sacros altares,
Cual feble ofrenda de la lira mia,
Acoge tú mis preces,
Escucha mis cantares,
Que jamás tributé á la Tiranía!
Sin tí la noche umbría
Del Error envolviera
La edad que antes de hoy fuera;
Mas ya la edad futura
Patria tendrá por tí, leyes, ventura!

¡Diva inmortal! Tu mano
Encienda en nuestro suelo
El entusiasmo de la ardiente gloria:
Y el Génio americano
Por tí remonte el vuelo,
Y orle su sien de espléndida victoria.
Eterniza en la historia
El triunfo de tu dia,
Y haz que la tiranía
Jamás por suyo cuente
Ni un palmo sólo en este continente.

LA VIDA OSCURA.

[A DON CLEMENTE ALTAHUS.]

¡Feliz la vida oscura
Del mortal, que sin cuna ni riqueza,
Conoce la ventura
Que da Naturaleza,
No la que brinda efímera grandeza!

A él no inquieta el cuidado
Que agita al grande en el mullido lecho:
Amar y ser amado,
Bajo ignorado techo,
Es el único anhelo de su pecho.

Insensible á las vanas
Pretenciones, riquezas no ambiciona:
Ni por tierras lejanas,
En apartada zona
Su patria, hogar, los suyos abandona.

Para él nada ha mudado,
Ni mudará. La espina de la ausencia
Jamás ha acibarado
Su dichosa existencia,
Que bendice el amor con su presencia.

Pacífico y tranquilo
Vive donde nació. La encina añosa
Que su sombra y asilo
Le dió, lo da á su esposa,
Lo da á sus nietos, lo dará á su losa.

La amante compañera
Sus cuidados le ofrece y su ternura:
Y la misma hechicera

Bondadosa Natura
Sus encantos, sus bienes, la ventura.

Tú, cuyo pecho encierra,
Egregio vate, el mérito escondido.
Y atraviesas las tierra
De pocos comprendido,
Digno de tal ventura habrias sido.

Porque ese noble pecho,
Que arde entusiasta en generosa pira,
Modesto y satisfecho
Con la ciencia y la lira,
¿A qué en el mundo insustancial aspira?

GRANADA.

VERSOS ESCRITOS PARA UNA SEÑORA DE AQUELLA CIUDAD.

¡Oh, dadme el arpa mia
Para saludar la gloria
De ese sol de Andalucía
Que se alza en toda su luz!
Para cantar esa aurora
Que, entre flamígeros rayos,
De oro y de púrpura dora
De Granada el cielo azul!

Las montañas, cuya cumbre
Oscura niebla velaba,
Se cubren de roja lumbre
Que se estiende hasta sus piés;
Dejando ver la corona
De pintorescas colinas,
Que ciñen con verde zona
La altiva Alhambra doquier.

La Alhambra! mágico nombre,
Que evoca al pié de estos muros
En la memoria del hombre
Un imperio que pasó;
Que evoca tiempos de gloria,
De amor, justas y placeres,
Que hoy viven sólo en la Historia,
O el canto del Trovador.

Del rebaño oigo el balido
En las cercanas alturas,
Mezclando el buho su aullido
Desde el desierto Albaicín:

Y ese lejano murmullo
Se dilata en la ancha vega,
Que riegan con sordo arrullo
A un tiempo el Darro y Jenil.

En su nítida corriente,
Que entre pensiles de aroma
Refleja al purpúreo Oriente
La espiga, el fruto, la flor,
Abrevaban sus corceles
El Zegri y Abencerraje,
Cuando el Sol de los Infieles
Se alzaba aquí en su esplendor.

Ya aquel pueblo, cuya cuna
Fué el oriente, no levanta
Su sangrienta media-luna
En la ciudad de Boabdil:
No ya el cántico guerrero
Se oirá entonar á sus bardos,
Ni al sol brillará su acero
Contra los pueblos del Cid.

Pero de su antigua historia
Un recuerdo indefinible,
Un rayo de aquella gloria
Con su mágica ilusión
Galvaniza todavía,
En sus desiertos de arena,
El cadáver del que un dia
Fué un pueblo heroico español.

Y ese ardiente sentimiento,
Esa altiva descendencia
Da vida á su pensamiento,
Le imparte fuego vital;
Y en la fúlgida aureola
Ve, de ese poético ensueño,
De aquesa visión, la sóla
Que sea digna de Alá.

....

Mas tú, virgen de Granada,
Que en la lira del viajero

Fijando tierna mirada
Haces sus cuerdas vibrar:
Si en su ruta de pesares
Su oásis fuiste de vida,
Por tí sus tristes cantares
Un voto al cielo alzarán.

Sé feliz cuanto eres pura.
Cuanto bella y generosa;
Tu simpática hermosura
Nunca marchite el dolor;
Y tu cándida existencia,
Cual el Darro entre las flores,
Corra en sueños de inocencia
Y horas de dicha y de amor.

Y cual suele con pié incierto
El Árabe, al alejarse
Del arroyo del desierto
Que allá su sed apagó,
De aquel cristal de frescura
Llevar solícito, ansioso,
Gotas de la linfa pura
Que sus fuerzas restauró....

Así en mi alma agradecida
Conservaré de tu patria,
Como un talismán de vida,
Tu recuerdo de placer;
Y tan risueña memoria
Endulzará mis pesares,
Cual visión de amor y gloria
A la fatigable sien.

Yo buscaré á mis enojos
Alivio en lejanas playas,
Y haré olvidar á mis ojos
Los jardines del Jenil;
Pero tan hermoso ensueño
No tornará á iluminarlos,
Lejos del brillo halagüeño
De tus ojos de zafir.

LA DESPEDIDA DE METASTASIO.

[Traducción del italiano.]

He aquí ya el temido instante,
Nice, de mi despedida:
¡Oh cielos! ¿cómo la vida
Podré yo arrastrar sin tí?
Cuanto antes amor y dicha,
Dolor me dará y espanto....
¡Y tú, quien sabe, entre tanto,
Si te acordarás de mi!

Deja al menos que en las alas
Del rápido pensamiento,
Solaz busque á mi tormento
En pos de tu pié gentil:
Pensarás verme á tu lado,
Creerás escuchar mi llanto....
¡Y tú, quien sabe, entre tanto,
Si te acordarás de mi!

Revolviendo triste el paso
Doquiera, mi bien, que vayas,
A otras selvas y otras playas
Volaré por tí á inquirir.
La Aurora al nacer, la Noche
Oiráme al tender su manto....
¡Y tú, quien sabe, entre tanto,
Si te acordarás de mi!

Mil veces, mil á los sitios
Yo guiaré la planta mia,
Donde tu presencia hacía

Este corazón latir;
Pero á cada nuevo paso
¡Oh cuànto suspiro y cuànto!....
¡Y tú, quien sabe, entre tanto,
Si te acordarás de mi!

He aquí, exclamaré, la fuente
Do hallela algun dia airada,
He allí donde en su mirada
El amor tornó á lucir;
Recuerdos, ya de esperanza,
Ya de celos, ya de encanto....
¡Y tú, quien sabe, entre tanto,
Si te acordarás de mi!

Acaso ¡ay! nuevos amantes,
De tus hechizos prendados,
Ante tus plantas postrados,
Te harán sus ruegos oír:
Otro amor te jurarán,
Ardiente diránlo y santo....
¡Y tú, quien sabe, entre tanto,
Si te acordarás de mi!

Recuerda, empero, que un dardo
Me dejas dentro del seno:
Piensa que te amó Fileno
Sin tu piedad exijir;
Recuerda el fatal instante
De tu adiós, de mi quebranto....
Qué muero y que ignoro, en tanto,
Si te acordarás de mí!

A JUAN JACOBO ROUSEAU.

Rouseau inmortal! tu mágica elocuencia
Vistió el dolor con ilusorio manto,
Y en las pasiones derramó el encanto
Del místico ideal de la demencia.

Del sentimiento la genuina esencia
Que en tus ficciones hace dulce el llanto,
Te forjó la cadena del quebranto
Que hizo infeliz tu mísera existencia.

De tí partió aquel rayo que debía
Romper el cetro del poder sangriento,
A pesar de la hoguera y de los reyes:
Tú en el caos de la opresión impía
Diste á los pueblos, con tu ardiente ejemplo,
Entre rayos de luz.....derechos, leyes!

EN UN ALBUM.

Arcos, columnas, bustos, monumentos
Los juzga eternos la ambición del hombre:
Mas de contrarios vientos
Al impulso iracundo
Desaparecen sobre el haz del mundo,
Y de que fueron queda sólo un nombre.
Celoso amor en misterioso archivo
Guarda el voto furtivo,
El sacro voto que constancia jura....
El Dios, empero, escúchale risueño,
Pues del labio profano
El juramento vano
Cual humo leve durará y cual sueño.
La modesta AMISTAD, sincera y pura,
El album ingenioso
Supo inventar, y en su hoja, silencioso,
Guarda un recuerdo que por siempre dura.

EL CHOCOLATE.

Colmado de placeres
Y con una gran *jícara* en la mano,
Yo bendigo de Ceres
El numen soberano
Que próvido nos brinda el mejor grano;
El cacao delicioso
Que abundante produce nuestro suelo,
Nutritivo y sabroso
De los hombres consuelo
Y que los dioses usan en el cielo.
Éstos en sus arcanos
Resuelven, en obsequio de la vida,
El dar á los humanos,
La preciosa bebida
Que es en su mesa celestial servida.
El néctar y ambrosía
Se mezclan en magnífico asafate:
Mercurio los servía,
Ceres misma los bate,
Y es concedido al hombre el chocolate...
Desde entonces la tierra
Ofrece á los mortales de aquel grano,
Que en su origen encierra
El mérito no vano
De ser propio del suelo americano.
La América no pudo
Recibir un presente más deseado,
Y Bolivia en su escudo
Por armas lo ha adoptado,
Y de su árbol precioso blasonado.
El esquisito aroma

Y el aceite que exhala su recina,
Sirven á quien lo toma
De mejor medicina
Que la roja corteza de la quina.
Su gusto delicado
¿Podrá acaso igualar en la sustancia
El té, tan celebrado
En Inglaterra y Francia
Y que la India produce en abundancia?
¿O la salvia famosa
Que en cambio le conduce el europeo
Para el chino preciosa,
Pues colma su deseo
Dándole la salud y su recreo?
¿O el café, finalmente,
Que también en América ha nacido?....
Nadie negarlo intente;
Ni aun el maiz ha sido
Al indiano cacao preferido.
Bien tostado y molido
Con el azúcar blanco ó la panela,
En pastas divido,
Sobre una limpia tela
Se le mezclan vainillas y canela.
Sobre el plato ya brilla
La torta, el pan tostado, el bizcochuelo,
El queso y mantequilla
Y el dorado boñuelo,
Como ornamento de este don del cielo.
Ya suena en la cocina
El agua por el fuego calentada,
Y el *batidor* rechina
Al caer acelerada
La *tablilla* molida y preparada.
¡Bebida deliciosa,
Cuando en su hervor el *molinillo* espuma.
En pocillo de losa,
En el *coco* ó *totuma*,
El hombre bebe y un cigarro fuma!
De ella usa el potentado,

El joven, el anciano, el opulento,
El pobre desgraciado
Que gime en su tormento,
Y al sano y al enfermo da alimento.
En vano cruda muerte
Prepara su guadaña enfurecida.
Pues obra de tal suerte
Esa dulce bebida,
Que alarga muchos años nuestra vida.
Mas ¿á dónde me lleva
Mi presunción y numen arrogante?
Este asunto se eleva
A esfera mas brillante;
Toca á otro, pues, que el chocolate cante!

TRISTEZA.

[Traducción del francés de Lamartine.]

Llevadme á aquellos plácidos confines
Do Parténope mira
En mar azul que sin rumor espira,
Reflejarse palacios y jardines
Y el coro de astros que sobre ella gira:
Do bañado por cándidas espumas
Hiergue el naranjo florecientes ramos
Bajo un cielo sin brumas.
¿Por qué tardais? ¡partamos!
Ver otra vez como levanta ansío
El Vesubio triunfal su roja frente
Del seno del mar frío:
En su dulce vertiente
Quiero aspirar la luz de la alborada
Cuando incendia las aguas cristalinas.
Y conducir los pasos de mi amada
Quiero por sus colinas.

Ven, sigamos las curvas caprichosas
De aquel golfo tranquilo;
Ven conmigo á las playas arenosas,
De nuestro amor un tiempo grato asilo.
La tumba de Virgilio allí contemplo,
Allí miro de Cintia los vergeles,
De Venus allí el templo.
Al pié de los naranjos y laureles,
Entre aquellos sarmientos trepadores
Que á los mirtos abrazan
Y á tu frente un dosel de hojas y flores

Flexibles entrelazan,
Al rumor de las olas
Y el viento que en los árboles murmura.
Con nuestro amor á solas
Y la selva florida,
¡Tendrán tánta dulzura
La luz del sol, el céfiro y la vida!

La antorcha de mis dias ya se apaga,
Al soplo del dolor se extingue lenta;
Si arroja claridad trémula y vaga
Es que el recuerdo tuyo la alimenta.
Quizá Dios no permita
Que mi jornada acabe en este suelo:
Mi pálido horizonte se limita
Y ya la cubre funerario velo.
Pero si he de morir en mi alborada,
Si en esta tierra, en vano
Al placer consagrada
Deja caer mi temblorosa mano
La copa que con burlas engañosas
Quizo el destino coronar de rosas,
¡Qué me llevase Dios sólo quisiera
Al lugar que embellece placentera
Tu memoria querida,
Y saludar de lejos tu ribera
Y perecer donde gusté la vida!...

LA GOLONDRINA.

"Es de rosas tu horizonte.
No lóbrego, cual el mio."
SALAS Y QUIROA.

¡Alígero huésped
De la hojosa selva!
¡Nuncio eres de flores
Y de buenas nuevas!
Ya tu vuelo anuncia
La alma Primavera;
Tu voz vaticina
Ventura á la tierra.
Del blando Favonio
En las alas vuelas,
Y tímida Flora
Sigue tu aerea huella:
Que tú no proclamas,
Cual ave siniestra,
La tétrica escarcha,
La ronca tormenta:
Y si el Huracán,
Ciñendo de niebla,
Cual negro sudario,
Su ancha cabellera,
De luto los bosques
Viste y la pradera,
Y en hórrido estruendo
Su furor demuestra,
De lejos presientes
La nube, que lleva
En su ala de muerte
El rayo á la tierra;

Y alígera alzando
El vuelo, te alejas
De do estragos llora
La Naturaleza:
Que en lejanos climas
Pomona risueña
Las sombras te ofrece
De nuevas florestas.
En ese horizonte,
A do el vuelo elevas,
No ruge el Invierno
Sobre tu cabeza.
Tú allí no conoces
Del mundo las penas,
Ni el Tedio tus ojos
Con sus sombras vela.
Tu ala el Placer guia,
Dejando tras ella
La purpurea rosa,
La blanca azucena.
¡Oh cuánto yo envidio
Tu leda existencia!
¡Cómo cambiaria
Mi suerte por ella!
¡Feliz avecilla,
Tu destino llena,
Y nunca del alma
Los pesares sientas!

ILUSIÓN.

[Traducción de Goethe.]

La caprichosa cortina
Se ha movido en su balcón;
Quiere indagar mi vecina
¡Curiosidad femenina!
Si estoy en mi habitación.

Quizás se ha puesto en acecho
Para saber si el despecho
Que todo el día sentí,
Aun lo guardo, oculto aquí
En el fondo de mi pecho.

Mas tales de mi vecina
Los pensamientos no son:
Es la brisa vespertina
La que mueve en su balcón
La caprichosa cortina.

JULIÁN RUIZ.

En la lista de los buenos servidores de la patria figura notablemente el nombre de RUIZ, que fué infatigable en las arduas labores de la prensa y entusiasta por la instrucción del pueblo en los principios de la República y de la Democracia. Comprendia que el mejor agente del progresó es el periódismo, y por eso fué uno de los más esforzados en sostenerlo entre nosotros y en hacer que no se desviase del buen camino, para así poder alcanzar la realización de los ideales de la libertad y el derecho.

Aunque sus escritos no pueden recomendarse por la belleza y corrección de la forma, contienen saludable enseñanza y manifiestan claramente el talento de RUIZ y, más que todo, la bondad de su alma y la nobleza de sus ideas: por ellos se descubre que cultivó su inteligencia con la contínua dedicación á la lectura; y es lástima que para escribir no se haya sujetado á las prescripciones del buen gusto, que dan tánto realce y brillo á los frutos de la meditación y del ingenio.

Cuando RUIZ se dirigia al pueblo, usaba de un lenguaje propio y adecuado para hacerce entender fácilmente por él; pero la costumbre de escribir de ese modo, usando de expresiones las más veces vulgares y de vocablos que no forman parte del caudal de nuestro idioma, le hizo caer en el defecto de emplear en casi todos sus artículos aquella forma, destituida de las galas y propiedad del buén decir. Sin embargo, una que otra producción suya, da á conocer que bien

pudo haber manejado con regular destreza el castellano, si no hubiera escrito, quizá en fuerza de las circustancias, con tanta precipitación.

Algunas armonias brotaron de su lira, inspiradas, en lo general, por la religión, la patria y la familia. Sus composiciones eróticas son, á nuestro juicio, mas bien fruto del estudio, escritas por mero entretenimiento, y carecen de ese fuego animador que palpita en las ideas y sentimientos del poeta: en ellas quizo sujetarse demasiado á la imitación de los antiguos poetas españoles, y lo único que logró fué el aparecer amanerado y frio.

Escribió mucho en verso, celebrando los acontecimientos nacionales; pero desgraciadamente, muy pocas veces en correcto y elegante estilo. De las diversas composiciones poéticas de Ruiz, hemos escogido las pocas que verá el lector, que hemos juzgamos dignas de reproducir en este libro, para perpetuar la memoria de aquel ciudadano, que sirvió tanto á la patria con los trabajos de su pluma.

Ruiz nació el año de 1817, y hasta 1837 recibió su educación, parte en el Salvador y parte en Guatemala. Desde 1837 hasta 1857 recorrió por rigorosa escala los destinos públicos, hasta tomar asiento en el gabinete del Supremo Gobierno. Fué casado y padre de varios hijos, entre los que se cuenta á uno de los mejores poetas salvadoreños, Isaac Ruiz Araujo, cuyas poesías se leerán en el lugar que corresponde.

Ruiz, de los años de 1842 á 1862, fué militar; y desde soldado ascendió á Teniente Coronel del Salvador y á Coronel efectivo de Honduras.

Sus conciudadanos le honraron, en los años de 1854 y 1857, con la credencial de Diputado; y durante diez años prestó al país inapreciables servicios como preceptor de primeras letras.

En 1872 fué diputado de la Asamblea Constutiyente y miembro de la comisión encargada de for-

mular el proyecto de la Ley Constitutiva emitida en aquel mismo año.

Escribió muchos artículos políticos y de costumbres; fué redactor de los periódicos "*El Observador*," "*La Linterna Mágica*," "*El Fénix*" y algunos otros, entre ellos la "*Gaceta Oficial*," cuya dirección estuvo á su cargo durante un año. Además, en todas las hojas periódicas de su tiempo, se registran infinidad de artículos y poesías, y siempre trató de los intereses generales del país, exponiendo á la pública consideración ideas de reforma y de progreso.

En 1872 se recopiló y dió á la estampa una série de artículos suyos que, con el título de "*Lecciones al pueblo*," se habian antes publicado en diversos periódicos: no carecen de algún mérito literario y son de una utilidad general innegable.

El primer Calendario salvadoreño para el año 1873 fué arreglado y dispuesto por Ruiz, cuyos cálculos fueron muy exactos. Por sus curiosidades y apuntamientos científicos, asi como por los primeros ensayos literarios del joven Isaac Ruiz Araujo y algunos interesantes artículos mas, el Calendario referido obtuvo la aceptación del público, del mismo modo que varios opúsculos que Ruiz publicó en diversas épocas.

El 29 de Noviembre del año de 1877, la muerte cerró para siempre los ojos de este infatigable amigo del pueblo, y en no lejano dia se le hará la debida justicia, reconociendo sus merecimientos por los importantes servicios que prestó á la buena causa.

A MI HIJA CÁNDIDA.

En su natal.

Fresca como la mañana,
Blanca como la azucena,
Tersa como una manzana,
De gracia y juventud llena
Y como la vid lozana;
Así á *diez y ocho* promete
Larga vida, la hija mia,
Mi amor y mi idolatría,
Mi esperanza y mi juguete.
¡Estoy loco de alegría!
¿Y qué le podrá ofrecer
Hoy mi paternal amor
Que llegue á satisfacer
De mi deseo el ardor
Junto con su merecer?
Un reino?—poco sería;
Los diamantes del Brasil
Y toda la minería
Del Perú, y los otros mil
Que Méjico ofrecería
Nada basta!—mi ambición
Nunca ha sido de riqueza:
Hay quizá más grato *don*
De más mérito y belleza....
Te lo ofrezco....el corazón.
Pueda yo el año siguiente,
Si es que mi vida lo alcanza,
Estampar sobre tu frente
Mi ósculo ¡dulce esperanza!
Limpia como está al presente.

AL QUINCE DE SETIEMBRE.

Grande es el dia en que la voz de un pueblo
Libertad dice y tiene libertad,
Y más grande aun aquel en que conquista
Don tan precioso, don tan celestial.
Dia tan magno eternamente vive
En la mente del hombre liberal,
Del hombre que conoce todo el precio,
Todo el valor de la alma Libertad.
Llegó este dia grande de la patria,
Nuestro entusiasmo sea sin igual;
Unamos, pues, patriotas, nuestros gritos
Y de la Patria en el sagrado altar,
Solemne juramento repitamos
De unirnos para siempre, y espirar
Antes que ver que oscura nube ofusca
La Aurora de la América Central.

A LA MUERTE DEL GENERAL CARBALLO.

SONETO.

El soldado valiente ¡Héroe sublime!
Que por la patria muere y sus derechos,
Eternamente vivirá en los pechos
Que el patriotismo y la virtud anime.
El Salvador por tí, *Carballo*, gime
Pues tu existir faltó, pero tus hechos
Por jamás olvidados ni desechos
Harán que el mundo tu memoria estime.
Tu alma esenta de vicios, justa y pura
A la mansión celeste se traslada
Para gozar de su eternal morada,
Mientras el patriota, en esta tumba jura
Que tu muerte y virtud será imitada
Y vuestra augusta sombra venerada.

A LA MUERTE DE LA SEÑORITA S. C.

Cual la pura alba azucena
Que al despertarse la aurora
Su airoso talle elevó,
Y del sol al rayo ardiente
Y al sofocante calor
Marchita ya y sin fragancia
Hácia tierra lo inclinó,
Tal fué tu vida, bella Serafina,
Como la hermosa perfumada flor,
Que se despierta á la aura matutina
Y cede y muere al esconderse el sol!....

RAFAEL PINO.

Registramos con la mayor escrupulosidad y detenimiento los periódicos que se dieron á la estampa en el tiempo en que figuró PINO, y vanos fueron nuestros esfuerzos por encontrar poesias suyas. Sin embargo, no vacilamos ante la dificultad que se nos presentó y pudimos al fin, con los informes de personas que le trataron intimamente, recojer las pocas que contiene este libro y que después, hojeando antiguas publicaciones que existen en el archivo del Gobierno, hemos encontrado impresas, aunque no autorizadas con su firma. Atendiendo, pues, á las indicaciones que se nos han hecho al respecto, y descansando en la general opinión del público que atribuye á PINO estas poesias, las coleccionamos en la *Guirnalda;* y sólo diremos, sin temor de equivocarnos, que le pertenecen las dos primeras: en cuanto á las otras, que á éstas se asemejan en el estilo, en la vehemencia de la inspiración y la elegancia de los pensamientos, nos creemos con razones suficientes para considerarlas como propiedad de PINO, máxime cuando contamos con el decir de no pocos amigos y conocedores suyos.

No sólo tratándose de PINO debemos lamentar el descuido y la indiferencia con que antes de ahora se vieron las producciones literarias entre nosotros: en el curso de nuestros trabajos, y en más de una ocasión, hemos tropezado con obstáculos de igual género y padecido muchas vacilaciones é incertidumbres, al encontrarnos en la oscuridad más completa respecto de las obras de algunas personas que ya no

existen y á quienes el público unánimemente aclama como poetas. Atendiendo, como es debido, esta general opinión, hemos solicitado de los particulares, después de remover infructuosamente impresos y manuscritos de diferentes archivos, las piezas literarias que la comprobasen, y muy pocas veces ha sido satisfecho nuestro deseo. Consiste, sin duda, en que tales ingenios, las pocas veces que imprimieron sus obras, fué tras el velo del anónimo, y si en aquel entonces se adivinó quienes eran los autores, el trascurso del tiempo, con el poco cuidado que se tuvo en conservar aquellas producciones, ha hecho que lleguen á nosotros tan sólo sus nombres y la fama y popularidad que alcanzaron.

Magníficas poesias se registran en periódicos de años anteriores, que fechadas, unas en la República y otras con un sabor bastante nacional para no ser confundidas con producciones extranjeras, pudieran honrar altamente á sus desconocidos autores y enriquecer la literatura patria. No es remoto que entre ellas haya alguna de Pino, pues por las pocas que de él conocemos se descubre que su numen poético ha debido producir joyas de un valor inestimable. Los versos *A Delina* manifiestan ventajosamente que su corazón latió al calor del más vivo sentimiento y que su fantasía se encumbró bien alto, impulsada por la fuerza de un fecundo ingenio. En el encantador desaliño de esas bellas estrofas, en ese natural desenfado y vehemencia de las expresiones y en la valentía y nerviosidad de las ideas, hay que reconocer al poeta de asombrosa potencia creadora y de alma grande y elevada, capaz de amar con todo el fuego de la pasión y la sublime locura del delirio. Hay en esos versos magníficos arranques de inspiración; ahí agítase el amor con extraordinaria grandeza y sencillez, y Pino siente mucho y escribe con caracteres de fuego; recorre la escala del sentimiento, ora tierno y lastimero, ora altivo y arrogante, y después, dominado

por el amor más vehemente, sacrificando en aras de la mujer amada su orgullo, su ambición y su porvenir, exhala en la última nota de su canto el más hondo grito de despecho, al no poder borrar la imagen de la desdeñosa deidad sin arrancarse el mismo corazón en que la rinde fervoroso culto.

Bien pueden los versos *A Delina* adolecer de algún defecto; pero ¿quién podrá negar que son hijos del sentimiento y que encierran todo el fuego de la pasión y la ternura del amor? Siempre que leemos esta poesia de Pino, con más razón lamentamos el no haber encontrado las otras que, indudablemente, brotaron de su pluma; y excitamos al que conserve algo más de él para que las publique, seguro de que hará un positivo servicio á la literatura nacional.

Pino no sólo compuso magníficos versos, sino que también escribió buenos discursos y artículos sobre ciencias y política. Como médico, nadie le aventajó en su tiempo, y merced á su vasto talento y profundo saber, alcanzó gran popularidad y envidiable fama.

Casi siempre residió en esta capital, pero se nos asegura que nació en Chalatenango el 27 de Abril de 1820, siendo sus padres don Victoriano Pino y doña Luisa Núñez. Desde muy temprana edad dió muestras de su talento y aprendió las primeras letras en esta República, hasta que en 1837 pasó á la de Guatemala, para dedicarse al estudio de la medicina. Alcanzó en aquella Universidad el logro de sus deseos, y, en medio de los aplausos de sus maestros y de la admiración de sus condiscípulos, obtuvo el diploma de Licenciado el año de 1846, época en que regresó á su patria. Fué recibido con general cariño, y al poco tiempo circuló por toda la República la fama de su buen nombre como médico insigne, y después fué elevado al Ministerio de Hacienda, cuya cartera desempeñó con la ilustración y acierto que le eran característicos.

En 1852 fué á Tegucigalpa como uno de los representantes de esta República en la Dieta que entonces se reunió en aquella ciudad; y, lo mismo que Hoyos, trabajó decididamente, aunque en vano, porque la unión de Centro-América se convirtiera de halagadora teoría en hermosa realidad.

Por los años de 1858 y 1859 sirvió el rectorado de esta Universidad, así como también las cátedras de medicina, que desde 1846, año en que se establecieron formalmente, se encomendaron á su sábia dirección.

En el corazón de PINO encontraron siempre inagotable tesoro de bondad y filantropía los hijos del infortunio. Donde habia una desgracia y una dolencia que mitigar, ahí estaba él, pronto á verter el bálsamo del consuelo y á combatir los embates de la muerte. Ya como uno de los fundadores del Hospital, ya como médico del mismo establecimiento, en sus respectivas épocas, sus trabajos y desvelos le conquistaron el cariño de todos, haciendo que en sus dias de dolor refrescase su abatida frente esa aura popular, que tanto ambicionan muchos, y que sólo acaricia á los que verdaderamente practican la virtud y consuelan el ageno sufrimiento.

Bajo el peso de grave y prolongada enfermedad. recostó por fin su cabeza en la almohada del sepulcro, el dia 11 de Marzo de 1864, en esta capital y en la casa que antes había en el lugar en que hoy está edificada la de la familia de don Rafael Meléndez. Numeroso concurso condujo al cementerio el atahud del gran médico y del poeta, y lágrimas de gratitud y simpatía humedecieron la tierra que cayó sobre él para cubrirle eternamente.....

De su matrimonio con doña Dolores Valle, dejó una hija, Lucía, que heredó de su padre el talento artístico y la sensibilidad del corazón: es una de las mejores pianistas de la República, y bajo sus dedos produce el teclado esos mágicos sonidos que ha in-

ventado el sentimiento para expresarse y conmover deliciosamente el alma.

Para concluir, manifestaremos nuestro deseo de que algún día los amantes de las glorias nacionales, en posesión de mejores datos que nosotros, escriban la biografía de RAFAEL PINO, y en presencia de las composiciones suyas que logren salvar del olvido en que se hallan, publiquen un detenido estudio, para rendir el homenaje de que es harto digna la esclarecida memoria del apasionado cantor de "Delina!"

A DELINA.

¿Cuál es tu porvenir?. . En este instante
Tal vez lo miras lóbrego y sombrío.
Como negro ataud cóncavo y frío
Que yo también contemplo desde aquí.
¿Y cuál será mi porvenir? . . Amarte
Y sufrir tu desprecio hasta la muerte:
Tal vez en brazos de otro llegue á verte
Y áun te amaré, que para tí nací.

Ya enjugarás el llanto que hoy derramas,
Que el más fuerte dolor al fin se olvida.
Y tu futura, placentera vida
Ni una lágrima mas te hará verter.
Hermosa, altiva, cruel, tú no naciste
Para vivir oscura y olvidada,
La fortuna te tiene reservada
La existencia del lujo y del placer.

Lo que á mi me reserva la fortuna
Ya lo sé. . . . la miseria y los pesares:
Cuando en la calle junto á mi pasares
Oféndeme, pero mírame al pasar;
Mas no me mires fría, indiferente,
Sino con ira, con desdén altivo,
Hiere mi corazón en lo más vivo
Que ese sufrir por tí, fué mi gozar.

Si olvidándote yo, dejara al cabo
De sufrir, moriría mi existencia
Con la última, la única creencia
Que sostiene mi espíritu. . . . mi amor!

Si algún dia el destino caprichoso
Quisiera de su trono derribarte
Y al vicio, al deshonor precipitarte,
Bajara hasta ése abismo por amor!

¿Qué importaría que liviana y pérdida
Mi nombre y mi memoria deshonraras,
Si ya he sacrificado ante tus aras
Mi orgullo, mi ambición, mi porvenir?....
El mundo con rigor condena al hombre
Que sacrifica todo á la que adora,
Mas lo condena sólo porque ignora
Lo que es amar y por amor sufrir!....

No tengo yo la culpa de adorarte,
Y si es un crimen adorarte ciego,
Quiero abrasarme en el constante fuego
De mi afecto infeliz, de mi pasión.
Pasión fatal, que si cansado un día
Cediese á un arrebato de despecho,
Para arrancar tu imagen de mi pecho
Tendría que arrancarme el corazón!

A MANUEL MUÑOZ,

CON MOTIVO DEL EXAMEN PÚBLICO DE SUS ALUMNOS.

Aspero es el camino y escabroso
Que al templo del saber al hombre guía;
No así la fácil y anchurosa vía
Con que Indolencia brinda al perezoso.

Si aquel camino hollar es trabajoso,
También da en recompensa al que á él se fia
Honra, gloria, riqueza, nombradía
Y en sociedad un puesto ventajoso.

Por tí, MUÑOZ, la juventud naciente
Ha sabido elejir: á tí la gloria,
A tí el honor de su elección cabrá;

A tí la patria, en gratitud ardiente,
Una hoja pura en su temprana historia
A tu trabajo bienhechor dará.

1847.

¿A DONDE VOY?

¡A dónde voy? ¡No sé!—Mi pensamiento
En lóbregas mansiones se extravía
En un abismo sepultarme siento
Con una voluntad que no es la mía!

Yo sigo sin cesar la triste ruta
Que no sé al fin á donde me conduce:
Mi porvenir es tenebrosa gruta,
Y ni una estrella en mi horizonte luce!

Yo no amo las tinieblas!—Yo deliro
Por aromas, placeres, alegría!
Por tu amor virginal siempre suspiro
Con la voz de mi lánguida poesía.

Tú eres mi porvenir, tú mi existencia,
Tú mi esperanza bella y suspirada,
Virgen llena de calma y de inocencia,
Ilusión de mi mente más amada!

Fija, eterna, indeleble, purpurina,
Aquí en mi corazón siempre reposas,
Como la luna blanca y peregrina
En un lecho de nubes y de rosas.

Tu amor, tu dulce amor fuera mi vida!
Yo la ventura sin tu amor desdeño:
Y soy feliz cuando tu faz querida
Me sonríe, dulcísima, en el sueño!

Céfiros, no abracéis su talle enhiesto,

No beseis su abundosa cabellera:
¡Ah! yo mi humana condición detesto....
Por besarla, una brisa me volviera!

Porque soy desgraciado, fuiste hermosa:
¡Cuando se unió el pecado á la pureza,
Ni el placer con fatídica tristeza,
Ni el árbol seco con la fresca rosa!

Eres grupo de lirios, erés nube
Que el mundo material apenas toca,
Y entre tus pliegues toda mi alma sube
Y se exhala en sollozos de mi boca.

¡Te amo!—repite el corazón latiendo....
¡Te amo!—te dice mi alma suspirando....
Si es mi vida tu amor, vivo muriendo;
Si es mi muerte tu amor, moriré amando!

NUNCA!

Hay una hórrida palabra
Que siempre en mi alma resuena,
Y que mi existencia llena
De infortunio y de dolor.
¡NUNCA!—tus labios dijeron
Cuando humilde y reverente,
Te confesé lo ferviente
De mi apasionado amor.

Y esa palabra más dura
Que un fatal remordimiento,
Tortura mi pensamiento,
Desgarra mi corazón.
¡Palabra—¡oh Dios!—que no cesa
De resonar en mi oído
Como funeral gemido,
Cual tremenda maldición!

¡NUNCA!—Con esa palabra
Que sin piedad pronunciaste,
Eternamente llenaste
De amargura mi existir.
Desde ese NUNCA funesto
Ya para mi no hay bonanza,
Pues marchitó mi esperanza
Y enlutó mi porvenir.

Esa palabra me dice:—
"Apura todo el veno
"De ese infierno que en tu seno
"Por doquiera llevarás;

"Calla y sufre, desdichado,
"De dolor terribles horas,
"Pues la bella que tú adoras
"No será tuya jamás!..."

¡Cómo con rigor pudiste
Tú, lindísima criatura,
Llenar mi alma de amargura
Con ese NUNCA tan cruel!
¿No sabes que yo te adoro?
Que tus encantos admiro
Y que por tu amor suspiro
Y muero, ingrata, por él?

Mas ese NUNCA terrible
Que tú proferiste impía,
Viene siempre, vida mía,
Hasta mi sueño á turbar.
Y lo escucharé aterrado
Aun en esa hora luctuosa
En que la suerte piadosa
Mis duelos venga á calmar!

¡Oh, retracta esa sentencia
Si no quieres que sucumba
Y que devore la tumba
Mi angustiada juventud!
Tú eres un ángel del cielo,
Y un ángel es compasivo!
¡Mira, mujer, yo no vivo
Con tan horrible inquietud!

SOÑEMOS.

Soñar, soñar! subir á otras esferas
Y á otros mundos más grandes ascender,
Y allí permanecer horas enteras
Al soplo embriagador de otras quimeras
De dicha, de ventura y de placer;
Soñar, soñar! y en giros voluptuosos,
En círculos de grana y oropel,
Divagar por espacios luminosos,
Al murmullo de acordes armoniosos
Que vienen tras nosotros en tropel;
Soñar, soñar! y al vívido reflejo
Que encierra en su mirada el porvenir,
Mirar como en el vidrio de un espejo
Que, aunque esté triste el corazón y viejo,
Puede con nuevos brios revivir;
Soñar, soñar! sentir ansia infinita,
Pero ansia que no es hija del dolor,
Sentir que en nuestro espíritu se agita
Un nuevo sér, una creación bendita,
Un santo y dulce y celestial amor;
Soñar, soñar! y ver á nuestro lado
El sér que nos robara el corazón,
Oírle, cuando nos habla emocionado,
Siempre rendido, siempre apasionado
En su tierna y febril exaltación....
Soñar, oh sí! soñar que aún nos mira,
Que aún nos enseña á practicar el bien,
Que llora al contemplarnos, que suspira,
Que se agita su alma, que delira,
Que reclina su sién en nuestra sién....

Soñar, soñar! de amor en el exceso
Mil goces inocentes apurar,
Y vivir de embeleso en embeleso,
Y al calor de un febril nectáreo beso
Con más vehemencia y más ardor amar.

Ah! que dulce es soñar, viendo que pasan
Las horas sin cesar ante los dos,
Sentir en nuestras almas que se enlazan
Las llamas del amor que nos abrasan,
Y en esas llamas conocer á Dios.

Ven mi Delina, ven! nubes de armiño
A otros mundos, mi bien, nos llevarán,
Y allí mi tierno corazón de niño
Podrá brindarte su simpar cariño,
Allí ¿quienes robártelo podrán?

Ya llegamos, mujer! cuánta poesía
Encierran esos mundos de lo ideal;
Todo es placer aquí, todo alegría,
Aquí no dura, cual la flor de un día,
La ilusoria esperanza del mortal.

Ya miras ese alcazar de diamantes
Que en mis ciegos delirios te ofrecí?
Enjambres de luciérnagas brillantes,
Ya verás, en mil giros ondulantes,
Darte luz mientras vivas junto á mí.

Todo es bello y más bello á tu presencia,
¡Bendita seas, divinal mujer!
Tú infundes á lo creado nueva esencia,
Tú ejerces absoluta omnipotencia,
Tú enjendras en las penas el placer.

Eres Dios? No lo sé; pero me inclino
Y doblo á tu presencia mi cerviz;
En tí todo es angélico y divino;
Tú eres dueña inmortal de mi destino
Y en darte mi albedrio soy feliz.

Me amas? Si! ¿qué importa que iracundo
El mundo vil me brinde su desdén;
Qué importa, qué, si con tu amor profundo

Soy mil veces más grande que este mundo
Donde no ha sido venerado el bien!
  Soñemos siempre; y si mi amor eterno
Recibe del Señor la maldición,
Descendiendo del cielo hasta el averno
Ahogaré todo el fuego de ese infierno
Con el fuego inmortal de mi pasión!

El joven poeta don Miguel Plácido Peña nos ha remitido, á última hora, la anterior composición, asegurándonos que es obra del Doctor Rafael Pino.

JUAN J. CAÑAS.

Esta es una de las figuras más simpáticas que se han ofrecido á nuestra consideración en el curso de nuestros trabajos, y al tener delante su nombre, no podemos resistir á la simpatía que siempre nos ha inspirado, desde nuestra infancia, cuando emocionados y anhelantes leíamos sus versos, que fueron quizás los primeros que conocimos y conmovieron nuestro corazón, despertando en él el sentimiento de lo bello y el amor por la poesía. Nos atrevemos á asegurar que, como nosotros, muchos de nuestros jóvenes compañeros de Centro-América conservan indeleble el recuerdo de los versos de CAÑAS, cuya lectura debe haber contribuido en gran parte, allá en los albores de nuestra razón, á inspirarnos este culto fervierte que rendimos á la naturaleza y al arte.

Fuera de Centro-América, ninguno de los poetas salvadoreños es más conocido que CAÑAS; y podemos decir, sin temor de ser desmentidos, que él inició el perfeccionamiento de la gaya ciencia en esta República y fué el primero que, por medio del buen ejemplo y del estímulo, abrió el camino á la juventud que hoy se dedica al cultivo de las bellas letras.

CAÑAS nació pobre, pero supo proporcionarse medios para instruirse; ha leído y viajado mucho; ha mantenido relaciones con no pocos literatos americanos de envidiable fama, y es al presente un hombre verdaderamente notable y distinguido, ya se vea en él al poeta decano de la juventud salvadoreña, ya al noble y culto caballero, de ameno y fino trato, conocedor de los hombres y de las cosas, ó ya al ciu-

dadano leal y adorador de su patria. Mucho tendríamos que decir si apreciando los méritos de Cañas dejáramos correr la pluma, impulsados por la admiración y el cariño que despiertan en nuestra alma un talento esclarecido y un corazón hidalgo y bien puesto; pero queremos antes ocuparnos en presentar algunos datos referentes á su vida, y en el curso de este pobre esbozo biográfico, no nos ha de faltar ocasión propicia para rendirle nuestros aplausos y para presentarle ante el público con los laureles que ha recojido en su carrera literaria.

Nació Juan J. Cañas en la ciudad de San Miguel el año de 1826, y muy joven pasó á León de Nicaragua, en cuya famosa Universidad hizo sus primeros estudios. En 1843 regresó á su patria, donde cursó filosofía; y en 1845 encaminóse á la capital de Guatemala, donde permaneció hasta obtener el título de Bachiller en filosofía y hasta que hubo ganado los tres primeros cursos de la Facultad de Medicina. En 1848 volvió al Salvador y al poco tiempo dirijióse á California, envuelto en el torbellino que entonces arrastró á tantos hombres á poblar aquellas ricas regiones. Cañas no obtuvo los favores de la fortuna, y en la desgracia, ausente de su patria, se avivó el delicado sentimiento de su alma: dícese que en aquella época azarosa de su vida compuso la poesía intitulada "*Se vá el vapor!*", que es uno de los cantos más populares en Centro-América, porque encierra esas indefinibles emociones que experimenta el alma en la ausencia, cuando vemos que una nave se lanza á recorrer los mares, con rumbo á las adoradas playas donde nacimos, dejándonos sumidos en la desgracia, y en esa desconsoladora impotencia que trae consigo el infortunio. Las notas conmovedoras de este inspirado canto de Cañas vinieron desde California, la tierra de la riqueza, hasta el Salvador, la tierra del sentimiento, y aquí encontraron un eco simpático, que no se ha extinguido

aún ni se extinguirá facilmente, porque han llegado á ser como la general expresión del amor patrio, delicadamente condensado, al calor de las lágrimas, por un poeta de sentimiento delicado y tierno.

Allá por el año de 1852 pisó Cañas la tierra natal, de vuelta de California; y cuando en 1857 los filibusteros del Norte derramaban la sangre de los Centro-Americanos en los hermosos campos de Nicaragua, tomó parte en tan gloriosa campaña, defendiendo con su espada la integridad del territorio y enalteciendo aquella noble causa con las sonoras vibraciones de su lira y con sus patrióticos cantares, que despertaban el valor de los combatientes y encendian más y más en las almas el fuego del patriotismo. En Nicaragua, aunque no han faltado poetas nacionales de envidiable popularidad, de Cañas son los versos más generalmente conocidos: ellos se recitan en los distintos círculos sociales y forman, por decirlo así, el lenguaje poético en que el pueblo espresa sus impresiones. Otro tanto parécenos que también puede decirse de la reputación de Cañas en Costa-Rica, y esto dá la medida del mérito intrínseco de sus poesias que, con raras excepciones, corresponden al talento y fama de su autor.

Como empleado público, Cañas ha servido al país en diferentes ocasiones, y en todos los puestos que ha ocupado, ha atendido á su deber de la manera que cumple al excelente ciudadano, cuyo animoso esfuerzo se encamina siempre al progreso de su patria. Durante muchos años fué Comandante del puerto de La-Libertad y, además, desde 1859 hasta 1871 sirvió al Salvador como militar. En las Jefaturas de sección de los Ministerios del Supremo Gobierno, ha tenido ocasión de dar pruebas de su laboriosidad é instrucción en el manejo de los negocios públicos. El año de 1872 fué Gobernador político de San Salvador, sirviendo los intereses locales de la población con recomendable celo, y promoviendo mejoras de impor-

tancia é innegable utilidad. En diferentes ocasiones ha ocupado un asiento en el congreso de la República, así como también en las Asambleas constituyentes de 1872 y 1880, siendo en esta última miembro de la comisión encargada de redactar el proyecto de la carta fundamental.

En 1875 fué enviado á Chile, en unión del Doctor David J. Guzmán, como comisario del Salvador á la Exposición Internacional; y tres meses después de hallarse en aquella República desempeñando tales funciones, recibió credenciales que le acreditaban Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario del Salvador en Chile. Cañas supo desempeñar tan importante y delicado encargo, trabajando con celo y empeño en el sentido de robustecer y afianzar las relaciones en las dos Repúblicas, como lo prueba evidentemente el importante y honroso pacto que celebró con el Gobierno chileno en nombre del de su patria. En Chile no hay tradición de que diplomático alguno haya obtenido las ventajas que por medio de Cañas se concedieron al Salvador, ventajas y honrosas distinciones que éste supo alcanzar en virtud de las fraternales simpatías que despertó para su patria, tanto en las regiones oficiales como en los círculos más distinguidos de la culta sociedad de la capital de Chile. El eminente Ambrosio Montt, refiriéndose al tratado que Chile había celebrado con el Salvador, dijo en el Congreso palabras que honran altamente á Cañas en su carácter diplomático, y que hemos tenido la grata complacencia de leer en los discursos parlamentarios de aquel literato, honra y prez de la tribuna y de las letras americanas.

En la ilustrada Santiago, Cañas fué objeto de aprecio y de distinguidas consideraciones, porque reune á la nobleza del alma y á una caballerosa cultura, las dotes del poeta de verdadera inspiración, que ha cantado con patriótico entusiasmo las glorias de la América y ha sabido elevarse con las alas del

genio á la altura en que se contempla, espléndido y radiante, el porvenir de estos pueblos, llamados á formar una misma familia, con la sóla aspiración de su progreso y engrandecimiento.

Los más insignes literatos chilenos estrecharon cariñosamente la mano de Cañas, descubrieron los bellos sentimientos de su corazón, le llamaronamigo suyo y batieron palmas al ingenio centro-americano, que llevó en sus cantares á aquella región del Nuevo Mundo las armonías de nuestras vírgenes selvas, y en su alma el patriótico entusiasmo y la natural hidalguía de los hijos de este suelo.

Mucho sirvió Cañas al Salvador en el importante cargo con que le honró el Gobierno, y podemos asegurar que sólo él, con las simpatías que supo despertar en su favor, pudo alcanzar las concesiones que tiene el Tratado de que antes hicimos mérito. Y es ésta ocasión oportuna para que manifestemos con franqueza, que no se ha apreciado entre nosotros la utilidad que ofrece al país aquel convenio, y que es lástima que no nos aprovechemos de él, dando al propio tiempo una muestra de atención y simpatía á la República que, con tan señaladas muestras de americanismo, quiso hacer partícipe al Salvador de las ventajas que ella ha alcanzado en el camino de la civilización y del adelanto.

Cañas regresó á Centro-América en 1877, después de representar digna y honrosamente al Salvador; pero antes de abandonar á Chile padeció algún quebranto en su salud, debido quizá al sufrimiento moral que ocasiona la ausencia de la familia. Su composición poética intitulada "*Recuerdos de la patria,*" demuestra el estado en que se encontraba el alma del poeta; y dejamos á la consideración del lector el motivo de los versos que en seguida trascribimos, en los cuales, refiriéndose á la patria, dice:

"Y á pesar del agravio,

Del injusto rigor con que me trata,
Nunca en su ofensa se movió mi labio,
Nunca he podido ni llamarla ¡ingrata!"
"Olvido sus desdenes
Por desearle con ansia su ventura,"....
....
....

Abunda en sentimiento la composición á que nos referimos, y retrata con tenue y vago colorido la melancolía del alma del poeta, que entonces padecía por su patria; pero que al volver hacia ella sus ojos, humedecidos por el llanto, le manda con la brisa cariñosas memorias, sin que brote de sus labios el menor reproche, á pesar de los agravios y desdenes que manifiesta haber recibido.

Dígase lo que se quiera, Cañas ha escrito poesías que bien pueden ser colocadas entre las mejores galas del parnaso centro-americano. En su juventud cantó con entusiasmo y ternura el amor y consagró á su patria himnos que rebosan en potente y ardorosa inspiración, prestando, al propio tiempo, á la naturaleza americana mágicas armonías para celebrar la magnificencia y para cantar las glorias de nuestra raza. Después, por su carácter y por los temas de sus poesías, se ha hecho muy simpático para los hispano-americanos, y sus obras, traspasando nuestras fronteras, han ido á recibir los aplausos de todos los que anhelan la unión fraternal de los pueblos del Nuevo Mundo.

Si estudiamos las poesías que ha escrito en los diferentes años de su vida, así como veremos en las primeras los arrebatos del genio soñador y la ternura de los sentimientos, también encontraremos en las últimas, hermanada á estas notables cualidades del verdadero poeta, cierta tendencia á dar á sus versos un carácter trascendental por su fondo é intención filosófica y social, más en armonía con el espíritu que domina á la moderna literatura

española. CAÑAS piensa á este respecto, que "los árboles y las flores, los arroyos y las praderas, el insecto y el pájaro, los vientos y el mar nos han dicho todo lo que podían decirnos" y que, como lo ha manifestado un escritor, es preciso que se levanten voces nuevas que dominen aquellos murmullos y que salgan de las profundidades más ocultas de la ciencia y de la humanidad. En sus conversaciones aconseja á los jóvenes que se dedican á las letras, la realización de tales ideas, y secundando el consejo con la acción, trabaja porque nuestra naciente literatura cambie de rumbo y sea más útil y trascendental en sus múltiples manifestaciones.

El poeta William C. Bryant tradujo al inglés una poesía de CAÑAS, como lo verán los lectores de este libro; y hasta hoy no ha llegado á nuestra noticia que otra composición poética centro-americana,—exceptuando algunas del doctor Ignacio Gómez,—haya sido honrada de tal manera. A su vez, CAÑAS ha hecho algunas traducciones en verso del inglés y del francés.

Es socio correspondiente de la Real Academia de la Lengua y miembro honorario de varias sociedades científico-literarias de América, de las cuales mencionaremos la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile.

En casi todas los periódicos de Centro-América se han publicado poesías suyas, y en los del Salvador ha escrito artículos sobre diferentes materias, (raras veces autorizados con su firma,) encaminados á promover el adelanto de las letras y de la industria; además, muchos periódicos y revistas científico-literarias de Sur América han reproducido sus versos, elogiándolos merecidamente.

El amor patrio ha sido para CAÑAS fuente perenne de inspiración, asi es que las glorias y las desgracias de su país le han arrancado siempre de lo íntimo del alma un himno ó una elegía.

Hombre afabilísimo en el trato social y de carácter franco y simpático, se ve siempre rodeado de numerosos y sinceros amigos. Su conversación es amena y chispeante, y las muchas personas que forman la tertulia de su hogar, no saben que admirar más en él, si las dotes de su inteligencia ó las prendas de su sensible corazón, siempre joven, á pesar de los años que le han cubierto de nieve el cabello, pero que no han podido apagar el fuego de su alma.

Después de haber padecido las contrariedades de la suerte, descansa tranquilo al lado de su esposa y de sus hijos en el bello hogar que ha formado y que, sea dicho de paso, es uno de los lugares que frecuentan los hombres de letras, así como los que gustan de dar pasto al espíritu con las afectuosas manifestaciones de la amistad y con la delicadeza y cultura del trato social.

Cañas reside actualmente en Santa Tecla, cumpliendo con sus obligaciones de familia, pero sin olvidarse del cultivo de la poesía. Si antes de ahora, ya sea por las circunstancias de nuestro poeta ó por lo difícil que ha sido en Centro-América la publicación de libros, no se ha impreso la colección de sus poesías, creemos que ya es tiempo de que esto se lleve á efecto, pues es lástima que permanezcan como perdidas tantas producciones de Cañas, que es, sin disputa, uno de los más fecundos y brillantes ingenios que, al ilustrar su nombre, ha acrecentado las glorias de la Nación salvadoreña.

* * *

Escritos los anteriores apuntes biográficos y en prensa el presente libro, ha recibido Cañas el diploma de miembro honorario de la Academia Colombiana,

notabilísima asociación que nosotros apreciamos como la única que, después de la Real Academia Española, da más esplendor á nuestras letras y contribuye con su ilustración y celo á mantener entre los americanos limpia y pura el habla castellana. CAÑAS puede enorgullecerse con el diploma de sócio de tal corporación, donde figuran nada menos que el docto don Miguel Antonio Caro, príncipe de la literatura hispano-americana, el insigne filólogo don Rufino J. Cuervo, el notable poeta don José Joaquín Ortiz, Arboleda, Isaza, Marroquín, Pombo, Martinez Silva y otros tantos literatos que sería largo enumerar que honran á la América latina, á la España misma, con las producciones de su ingenio y que poseen universal instrucción en materias literarias y en lo que atañe al buen uso de nuestro rico idioma. Al escribir estas lineas, nos tomamos la libertad de enviar á estos ilustres literatos de Colombia la sincera expresión de nuestra simpatía y profundo respeto, unida á la de nuestro agradecimiento, porque han honrado el nombre de Centro-América al admitir á CAÑAS en el seno de una corporación tan ilustre y distinguida, como lo es la Academia Colombiana.

A LA SALIDA DEL VAPOR "GOLD-HUNTER."

No hallan mis ojos mi patria,
humo han sido mis amores.

ESPRONCEDA.

Se vá el vapor para la patria mía,
Se vá y mi pecho de pesar se llena;
Se vá el vapor, y mi fortuna impía
Sólo á verlo partir cruel me condena.

Se vá el vapor: escucho la campana
Que con su són á navegar convida;
Es su aviso final, porque mañana
No estará aquí del sol á la salida.

Se vá el vapor: el último silbido
De despedida con el pito dá;
Tercera vez repite su sonido,
A bordo! á bordo! que el vapor se vá!

Se vá el vapor: ya lento se retira
Del grande muelle dó le ví posar,
Y su presencia al corazón inspira
Tristes recuerdos de su pátrio hogar.

Se vá el vapor: las ruedas en su giro
Baten las olas en confuso afán;
Se vá! se vá! y en mi dolor suspiro
Solo por tí, mi bella Cuscatlán! (*)

Se vá el vapor: el humo se desliza
Por el gran tubo que lo deja huir,
Y al disiparse al soplo de la brisa
Mi esperanza como él veo morir.

(*) Nombre indígena de la República del Salvador.

Se vá el vapor: veloz como zaëta
Las ondas surca, y deja en su cristal
La espumosa parodia de un cometa
Que allá lejos se pierde en espiral.

Se vá el vapor: ¡adiós ligera nave!
Los desiertos marinos ve á cruzar,
Como los cruza con quietud el ave
Que prefiere en las aguas habitar.

Se vá el vapor: sublime panorama
Triste contemplo al declinar el sol;
Su tíbia luz sobre la mar derrama
Y embellece el bajel con su arrebol.

Se vá el vapor: desplega su bandera
Y truena á bordo intrépido el cañón;
Saluda al puerto por la vez postrera,
Mas destroza también mi corazón.

Se fué el vapor! allá en el horizonte
A mi débil mirada se ocultó,
Al penetrar en el espeso monte
Que de nubes monstruosas se formó.

Se fué el vapor! ¡á cuántos mano en mano
Con envidia miré decirse adiós,
Al lanzarse talvez en el oceáno
De esperanzas quiméricas en pos!....

Es muy triste suspirar
En un lugar extranjero
Por la tierra dó primero
La luz del sol se miró;
Tener que sufrir las penas
Con que se oprime la mente,
Al comparar el presente
Con el tiempo que pasó.

Es tristísimo vagar
Cuando á una mujer se adora,
Si cobarde siempre llora
Lejos de ella el corazón.
Y tener dentro del alma

Su bella imagen grabada,
Y la razón àgobiada
Por imperiosa pasión.

Y en fin, entre tormentos,
Dudas, amor y esperanza,
Semejante á una balanza
Perpetuamente oscilar;
No hay vida, no, más ingrata
Que la del pobre que vaga,
Pues si un recuerdo le halaga
Tal vez le impele á llorar.

San Francisco California, 1850.

UN RECUERDO.

A....

¡Oh noche confusa,
Sombría, espantosa,
Al alma medrosa
Le inspiras horror.
Tu manto cobija
La tierra y el cielo
Y aumenta mi duelo,
Mi pena y dolor!

Tu fúnebre sombra
Que pasa tranquila,
Mi debil pupila
Pretende romper.
No hay luz....nada veo,
No hay bellos colores,
Oh noche! no hay flores,
No ofreces placer!

Tan sólo se escucha
Discorde murmullo,
Cual lúgubre arrullo
Se siente rodar;
Un choque imponente
Del trueno parodia,
Solemne salmodia
Que entona la mar.

Las negras montañas
Los ecos modulan,

Que en ellos circulan
Gimiendo al morir.
¡Oh inmensa fantasma,
Que absorto me dejas,
Repite las quejas
De mi hondo sufrir!

De nave flotante
Sentado á la popa,
Bebiendo en la copa
De rudo dolor;
Invoco en mi auxilio
Marchitas memorias,
Risueñas historias,
Recuerdos de amor.

¡Venid con la luna
Y estrellas brillantes,
Cual ricos diamantes
Tambien rutilad!
Venid! y en mi seno,
Reflejos del alma
Con mística calma
Benignos posad.

El recuerdo es un perfume
Con que el alma se adormece,
Blanco lirio que aparece
Cuando el tédio nos consume.
Es pintada mariposa
Que, vagando entre las flores,
Roba de ellas los olores
Que nos brinda cariñosa.
Es un eco desprendido
De concierto misterioso,
Blando, suave, melodioso
Y entre sombras escondido.
Es la luz que entre nublados
Nos descubre mil placeres,
Serafines y mujeres

Y festines olvidados.
En otro tiempo, se dice,
Porque otro tiempo es el poema,
Es la historia, es el emblema
De cuando uno fué felice.
Yo también, ¡ay vivo Dios!
Escuché con alegría
¡Cuánto te amo! me decía
En otro tiempo una voz.
Era un ángel cuyo acento
Dulce, claro celestial,
Como el canto del turpial
Avasalló el pensamiento.
Una noche.... el resplandor
De la luna y las estrellas
Alumbró nuestras querellas,
Nuestros delirios y amor.
¡Pobre niña!....¿porqué amar
A tan triste marinero,
Que en tierra vive extranjero,
Pues que su patria es el mar?..
¿No sabes tú que el marino
Cuando recio sopla el viento,
Pone amor y juramento
En alas del torbellino?..
No sabes, dí, que se entrega
Inconstante á otra esperanza
Cuando á otro mundo se lanza,
Cuando las velas despliega?..
¿Ignoras que con afán
Tiernos suspiros exhala
Solamente si no iguala
Su bajel al huracán?
¡Pobre niña! y ¿por qué amar
Al ingrato marinero
Que con ansia vá ligero
Nuevas bellas á buscar?
Mas no creas, no, mi bien,
Tú que vives en mi mente,
Que yo pose blandamente

En otro seno la sien.
No debes nunca temer
Que por cariño bastardo,
Cambie un recuerdo gallardo
Como el sol, bello al nacer.
Porque eres tú, dulce maga
De inmaculada hermosura,
Blanca flor, estrella pura
Que mis ensueños halaga.
Eres tú quien mis enojos
Y mi negra pesadumbre,
Sabes destruir con la lumbre
De tus lindísimos ojos.
Bella y cándida azucena
Impregnada de fragancia,
Que á tan inmensa distancia
Piadosa alivias mi pena;
Yo te ofrezco mi pasión,
Recuerdo, fé y esperanza,
Mientras á llegar alcanza
A tus piés el corazón.

A........ .

¿Por qué mujer al recordar tu nombre
Siento latir mi corazón de pena?
¿Por qué buscando la quietud el hombre
Angustias halla y de pesar se llena?

¿Por qué si vuelvo los nublados ojos
A ese pasado que doraste un día,
Encuentro sólo míseros despojos
De la ilusión y la esperanza mía?

Dime si sabes la tenaz influencia
Que magnética ejerces en mi vida;
Dime, ¿por qué si llego á tu presencia
Siempre despiertas mi pasión dormida?

Dime, por Dios, el mágico secreto
Que imperioso me lleva á tu hermosura;
Si ocultas, dí, maléfico amuleto
Que ha mesclado á mi amor tanta amargura.

Todavía talvez, ¡ay! todavía,
Nécio te adoro con amor profundo,
Sin recordar que la calumnia impía
Vertió en tu afecto su veneno inmundo.

Yo te adoro, es verdad: vano delirio
Fuera ocultarte de mi amor la llama,
Si el corazón en su fatal martirio
Por tí ¡mi bien! en la demencia clama.

No temo, no, que la insolente mofa
Sarcasmo imbécil contra mí derrame,
Cuando el acento de mi triste estrofa
¡Piedad, justicia! de tu amor reclame.

No temo, en fin, que de la turba nécia

Caústica brote la maligna risa;
Si porque te amo mi pasión desprecia
¡Tú eres el angel que mi vida hechiza!

Tú eres, mujer, el cándido lucero
Que en mis ensueños infantiles ví,
Tú el juramento de mi amor primero
A quien con alma el corazón cedí.

Tú, blanca flor nacida en el desierto
De una existencia que embriagó tu olor;
Mirastes ¡ay! su corazón abierto
A la santa ilusión, hoy al dolor.

Ya todo huyó.—Aquel ficticio fuego
Que tú juzgaste abrasador volcán,
Con la insconstancia lo apagaste luego
Cambiando en hielo tu mentido afán.

Aquel cristal también de tu pureza
Corrupto aliento y fétido empañó,
Y al dolor inclinaste la cabeza
Porque tu frente....el deshonor selló.

Rosadas tintas vi que tu megilla
Blandamente tiñeron otra vez;
Volaron ya, y en tu semblante brilla
De blanca cera fría palidez.

¡Quién hubiera pensado al ausentarme,
Que en vez del angel célico de ayer
Y que juzgue incapaz de traicionarme,
Tan sólo encontraría....una mujer!

Avanza pues por áspero camino,
La sin perfume, deshojada flor;
Sufre la pena de tu cruel destino,
Que el tiempo acaso apagará mi amor.

A LOS DEMÓCRATAS NICARAGÜENSES

EN EL SITIO QUE DESDE JALTEVA IMPUSIERON Á GRANÁDA EN 1855. (1)

Ciudadanos! soy marino
Y he visto ya mil piraguas
Que del mar las grandes aguas
Amenazaron tragar.
Y vi también los remeros
Erguir la serena frente,
Y, á través de la corriente,
Siempre unidos avanzar.

¡A una! dicen, boga! boga,
Que ya el puerto se divisa,
Y no importa que la brisa
Se convierta en huracán;
Si el rigor de nuestros brazos
Agilidad le dá al remo,
Y jamás fatal estremo
Malogrará nuestro afán.

Ninguno el puesto abandone,
Grita en la popa el piloto,
Que aunque el timón esté roto
Por furioso vendaval;
Con la bayona logramos
Alcanzar la amiga playa,
Mas si el ánimo desmaya
Nos aguarda un fin fatal.

Valor, pues, nicaragüenses!

(1) Jalteva es un estenso barrio de la ciudad, que la dominó por su altura.

Del puerto ya el faro brilla,
En tanto en la opuesta orilla
Sólo hay ruina y soledad.
Yá el asiento del tirano
Se vé de angustia circuido,
Mas no del todo abatido,
Si quereis patria ¡remad!

AL MARCHAR EL EJÉRCITO SALVADOREÑO

A COMBATIR CONTRA LOS FILIBUSTEROS CAPITANEADOS POR WALKER EN NICARAGUA.

1856.

No más vaina que carne al acero
No más treguas; matar ó morir.
Ribot.

¡Compatriotas! marchemos á la guerra,
A castigar volemos al malvado,
Haciéndole morder la dura tierra
Que con su inmunda planta nos ha hollado.

En el cinto llevemos nuetro acero,
Para hacer entender á ese verdugo
Que no será ningún aventurero
Quien imponga á la patria ferreo yugo.

¡No, vive Dios! que el corazón henchido
De patrio fuego y de entusiasmo santo,
Jura quedar en trizas convertido
Que abrigar nunca timidez ni espanto.

Porque somos valientes, no es alarde,
Y ya veremos á tan ruin canalla
Compasivo perdón pedir cobarde,
Que obtendrá del rigor de la metralla.

Y nunca más la turba advenediza
De nuestra patria turbará el reposo,
Al quedar trasformada en vil ceniza
Con su poder espúreo y ominoso.

No es sangre ya de lucha fratricida
La que va á derramarse en el combate;

En una sóla, es sangre confundida
De la madre común para el rescate.

¡Unión! en vez de los luctuosos días,
Y en lugar del rencor rudo y amargo,
Renacen fraternales simpatías
La patria al despertar de su letargo.

¡Unión y sólo unión! esta es la pauta
Que guiará á Centro-América en la lucha;
Que si antes su deber olvidó incauta
Hoy es la voz que con respeto escucha.

¡Unión, cordial unión! es la divisa
A que rinde homenaje la victoria;
Sólo á la unión mostrándose sumisa
La eleva hasta las cumbres de la gloria.

No hablemos de morir: no moriremos,
No lo dudeis, seremos inmortales;
Por la patria espirando, ocuparemos
Un glorioso rincón en sus anales.

Nunca serán los sacrificios vanos
De prueba tan sangriento al grito horrible;
Porque un pueblo guardado por hermanos
No sucumbe jamás: ¡es invencible!

Juremos, pues. mis bravos compañeros
No tener compasión al enemigo,
Ni volver á la vaina los aceros
Sin antes darle un ejemplar castigo!

A MI QUERIDO AMIGO DON N. A.

EN SUS DIAS.

No canto, no, tu cumpleaños,
Porque la vida al correr,
Nos deja una tumba ver
Tras amargos desengaños.

Y el que de otro los natales
Celebra en dulce armonía,
Le anuncia, cruel, su agonía
Y sus tristes funerales.

Porque en su delirio el hombre
Y sin saber lo que dice,
Su muerte canta infelice
Aplicándole otro nombre.

Y sin pensar que la hebra
Que amarra nuestra existencia,
De un leve soplo á la influencia
Bien presto, frágil se quiebra.

Insensato así se embriaga
Del placer en el festín,
Cuando de cerca su fin
Inexorable le amaga.

Un día, una hora, un segundo
Que en el tiempo se adelanta,
Vamos con rápida planta
A dormir sueño profundo.

¿Para qué, pues, celebrar
Lo que es más triste perder;
Para qué mostrar placer

Cuando debemos llorar?....

Si en el libro de la vida
Nos roba un año el destino,
¿Por qué contamos sin tino
Esa página perdida?

....

....

Quiero volver mi mente á lo pasado
Y recordar mi hermosa juventud,
Y aquellos dias que pasé á tu lado
Tan llenos ¡ay! de plácida quietud.

Tan llenos, sí, de santas ilusiones,
De nobles esperanzas y ambición;
No existen más, los rudos aquilones
Los arrancaron ya del corazón.

Soy viejo ya, mi amigo; sí, muy viejo
Y con una alma que gastó el pesar,
Y del pasado al verme en el espejo
Siento cobarde el corazón temblar.

¡Cuántos de amor proyectos halagüeños
Y promesas quedaron sin cumplir!....
Y cuántos ¡ay! magníficos ensueños
Vió en su delirio el alma sonreir!....

Humo fué todo, todo fué mentira
Y sólo cierto el dardo del dolor;
Hoy sólo tédio el porvenir me inspira,
Tédio el presente y el pasado horror!

Sus alas recojió mi fantasía
Abrumada por tanta descepción;
Hoy gime triste, en postración sombría,
Como entre hierros prisionero león.

Ah! yo no pensé con mi robusto canto
De la gloria en el templo penetrar;
De tanta vanidad y de afán tanto
Amarguras no más pude alcanzar.

Voy á romper del arpa los alambres
Que con trémula mano pulsé yo:

¡Mísera flor de frágiles estambres,
Para siempre tu aroma se exhaló! ....

Pero ¿qué importa la ambición mundana
Con su insaciable sed de vanidad,
Cuando reina en el alma, cual sultana,
La más profunda y sólida amistad?....

En su nombre te envío estos renglones,
Que espero que con gusto vas á leer,
Al repetirte nunca los crespones
De los tiempos la puedan envolver!

A LA BARONESA DE WILSON.

Perdona si los ecos del arpa con que canto,
Salvando la distancia, te van á importunar;
Desde los bosques plácidos de América levanto
Mi voz, para que á Europa te vaya á saludar.

No tengo que ofrecerte sino ruda armonia
Y en ella la que inspiras profunda admiración;
Yo oí de tus cantares la dulce melodia
Y se embriagó de gozo mi pobre corazón.

La oí como se escuchan los medoliosos trinos
De cándido sensontli, su voz al desatar;
Acentos de ternura, dulcísimos, divinos,
Que suelen nuestras penas hacernos olvidar.

La oí como el murmullo que vespertina brisa
En nuestros lagos forma rizando su cristal....
Permite, pues, que cante, sublime poetisa,
Y entusiasmado admire tu voz angelical.

No estrañes que atrevido, desconocido bardo,
Te ofrezca de sus cantos el rústico rumor;
Mas de hoy su voz sonora levantará gallardo,
Desde hoy tal vez le llamen sublime trovador.

Tal vez, porque yo siento mi ardiente fantasía
De la esperanza en alas los orbes recorrer,
Inspiración buscando para poder un día
Mil cuadros presentarte que mires con placer.

Espléndidos paisajes trazados por mi mano
Que muestren de mi patria la hermosa juventud;
Entonces podrá, entonces, el poeta americano
Los sones consagrarte de su hoy tosco laud.

¡Ay, ay! y quién pudiera de mis indianas flores

Tejer una guirnalda para tu blanca sien,
Que siempre conservara su aroma y sus colores
Y te recordara siempre de América el Edén!

Aquí todo es grandioso, magnífico, sublime,
Volcanes, verdes selvas y un cielo siempre azul:
Palmeras colosales que el viento les imprime
Graciosos movimientos que imita el abedul.

Hay lagos cristalinos, torrentes y cascadas
Cuyas orillas bordan la ceiba y espabel;
Hay pájaros canoros de plumas matizadas
Y un mundo de prodigios que encantan el verjel.

¡Oh! ven y en estos sitios de tan radiante pompa
Derrama los raudales de armónico trovar;
Ven, sí, que aunque mi pecho con el placer se rompa,
No importa, si un instante te puedo contemplar.

Prodiga los tesoros que encierra tu garganta
En estos ignorados asilos de solaz;
De flores sobre alfombras se fijará tu planta
Gozando tu alma bella de deliciosa paz.

No abrigues ni un instante temores en tu pecho
Tu viaje á estas regiones un día al emprender,
Que el indio, siempre afable, su hospitalario techo
Humilde y generoso lo brinda con placer.

Pero ¡ay! suspende el vuelo, blanquísima paloma,
No quiero, no, mirarte transida de dolor....
La guerra cruda, horrenda, terrible aquí desploma
Fatales proscripciones, estragos y terror.

No quiero que contemples ensangrentadas manos,
Ni seres degradados que adula la ambición,
Ni la perenne lucha de hermanos contra hermanos,
Que inicuos se proponen partirse el corazón.

El odio, la venganza, la emponzañada ira,
Inflaman á las almas hambrientas del poder;
Y el pueblo con promesas que forja la mentira
Imbécil y abatido se deja adormecer.

¡Oh patria! quien creyera que por inmundo fango
Tus hijos arrastraran tu manto virginal,

Y de una nación libre bajándote del rango
Tus glorias pospusieran al bien individual. (1)

Desvío ya la vista que en más risueño cuadro
Para olvidar mis penas con ansia fijaré,
Y el tedio que me abruma con su feroz taladro,
Con poéticas delicias del alma apartaré.

Escucha; si en las alas de perfumada brisa
Mis tímidos recuerdos te llegan á buscar,
Acójelos benigna, que en pos de tu sonrisa
Los mares atraviesan en brazos del azar.

Acéptalos, señora, como espontánea ofrenda
Que al genio le tributa tu triste admirador;
En tanto de la vida por la escabrosa senda
Mitigo al son del arpa mi bárbaro dolor.

(1) Alude el autor á la ruptura de la federación de los Estados de Centro-América, en 1839.

A MI QUERIDO AMIGO EL SEÑOR DON J. M. DOW,

CAPITAN DEL VAPOR NORTE AMERICANO "GUATEMALA."

Tú, que cruzas la mar embravecida,
Cuando á tu nave azota el huracán
Dices quizá: *los mares de la vida*
Son más terribles cuando en furia están.

Y es la verdad. Del hombre las pasiones
Contra el hombre se estrellan con furor;
Y las nobles y santas ilusiones
Del alma las arroja vil rencor.

Hoy que del arpa los alambres pulso
Melodías buscando para tí,
Cedo al tenaz y vigoroso impulso
De un dolor que como hoy jamás sentí.

Tu patria ante mis ojos se presenta
En su seno clavado un aguijón,
Como una virgen que con mano cruenta
Por celos se atraviesa el corazón.

Agitarse la veo convulsiva
La lucha fratricida continuar,
Y cada instante erguirse más altiva
Con más males también que lamentar.

¿Por qué mancha de Washington la gloria
Rompiendo su estrellado pabellón?
¡Qué! ¿no recuerda su brillante historia
Que con sangre escribió del corazón?

¿Por qué se entrega á bélicos furores
Y se muerde á sí misma sin piedad?
¿Por qué de la matanza en los horrores
Hoy envuelve su augusta libertad?

Hoy que pudiera el suelo americano
De extranjeros pendones defender,
Se despedaza con su propia mano
Sin que la pueda á Méjico tender.

Hoy nos oye esclamar: *¡atrás los reyes!*
No queremos á Europa por tutor;
Nos bastan sólo nuestras patrias leyes
Que nos dan fuerza, libertad y honor.

Esta es la voz que América levanta
Para exitar la fraternal unión;
La luz de independencia sacrosanta
Le hace execrar la vil usurpación.

Defenderemos, pues, nuestros derechos
Aunque en ello debamos sucumbir,
Que si el cañón destroza nuestros pechos
Nos aguarda un glorioso porvenir.

Mas tú, entre tanto, sigue tu camino
Llevado por tu espléndido bajel;
Surca la mar porque ese es tu destino,
A tus nobles ideas siempre fiel.

Y aduérmete blandamente,
al resplandor de la luna,
como en estupenda cuna,
de tu vapor al vaivén.

Y sobre el mar suspendido,
la tierra te dé paisajes,
el horizonte celajes
que es lo que forma tu edén.

The following is a translation by Theodore Dwight, Esq., of New York of a Spanish poem written by don Juan J. Cañas, which appeared in our columns on the 18th. of October last:

Thou trav'ler of the roaring sea,
When hurricanes disturb the skies
Thou say'st perhaps, "Lifebs waves may be,

More dread when they in fury rise."
Tis true; for when man's passions rage
Gainst fellow man without control,
They often quench the noblest thoughts
And holiest feelings of the soul.

And while my harp's harmonious strings
Their sweetest sounds delight to pour;
A sudden thought deep sorrow brings,
A grief I never knew before.

I see thy native country stand
With bloody weapon at her heart,
Like beauteous maid by cruel hand,
Pierc'd with a keen and deadly dart.

I see her struggling in the strife
Of fratricidal war,—but lo!
From ev'ry blow aimed at her life,
More proudly rise, more mighty grow.

Why Washington's starr'd banner shame
Trampling it where the hero stood?
Who can forget its brilliant fame,
Its history writ in patriot blood?

Why lay Columbia's standard low
Which might our continent defend
From foreign foes, and should e, en now,
Wide over Mexico extend?

She used to say: "Avaunt ye kings!
Europe, we ask no aid from thee;
Content with what our Freedom brings:
Power, honor and true Liberty."

And still that voice Columbia gives,
Inviting us to join in one;
Her's is the call the world receives,
To tread vile usurpation down.

Oh! let us then our rights defend
E'en though we perish in the strife;
And though the steel our hearts should rend,
Our death would give our honor life.

And urge thou on its wat'ry way,

Thy noble ship where billows roll;
And nurse within though tempests play,
The noble thoughts that fill thy soul.

And calmly rest thy weary limbs
Beneath the moon's pure, placid light,
While thy vast ship a cradle seems,
While storms but gently rock at night.

Though on the shore volcanos shine,
Or daylight landscape charm thine eyes;
The smiles of heaven seem more divine
Sent down to thee from Paradise.

Tomado de "El Herald." (*)

(*) En los apuntes biográficos que preceden á las poesías del señor Cañas, dijimos equivocadamente que el traductor de esta composición que reproducimos de *"El Herald"* era el poeta William Bryant, debiendo decir que es el poeta Theodore Dwight.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE MI HIJA MARIA ANTONIA.

PLEGARIA.

Divinum auxilium maneat semper nobiscum.

Apenas ¡oh Señor! hoy cumple un año
Esta hija que me has dado tan querida,
Y te vengo á pedir que nunca huraño
Te muestres con la vida de mi vida.

Y te lo pido con fervor vehemente
Al ponerla, mi Dios, bajo tu amparo,
Cual lo hice el día que alumbró su frente
Del Universo el majestuoso faro.

Ella es, Señor, el ser á quien adoro,
De tí después, en grado más profundo;
Para ella, pues, tu protección imploro
En este de amarguras triste mundo.

¡Ay!....no recuerdes que un perpétuo agravio
Te hace tal vez la mente temeraria,
Del mismo que ahora con impuro labio
Se atreve á dirigirte una plegaria.

Rústica flor desde el inmundo cieno
También exhala su perfume grato,
Que sin nacer en el jardín ameno
Sirve en tu altar alguna vez de ornato.

Lo mismo acoje mi ferviente ruego
Que conducido por la fé te envio;
Y de tu amor en el sublime fuego
De mi hija abrasa el corazón ¡Dios mio!

Será tu nombre augusto y sacrosanto

El que ella empiece á pronunciar primero,
Con esa imperfección y dulce encanto
Que hace al niño seráfico, hechicero.

Y formará con su menuda mano
De redención el victorioso signo,
Que las puertas del cielo abrió al cristiano,
De dicha tal por el pecado indigno.

¡Señor! ¡Señor! si á tus benignos ojos
Mi ruego con tu amor me reconcilia,
Que mires, te suplico, sin enojos
Mi reducida y mísera familia.

Que si un mortal de los antiguos dias
Obedeció sumiso tu ley santa,
Ciego en amarte como aquel Tobías
Yo beso humilde tu divina planta.

EN LA INAUGURACIÓN

DE LA NUEVA BANDERA NACIONAL, DECRETADA EL 28 DE ABRIL DE 1865.

¡Mil veces salve, espléndida bandera!
Símbolo augusto de la patria mía;
Hoy que flameas por la vez primera
Víctores mil el corazón te envía;
Yo miro en tí la plácida palmera
Que sombra ofrece en ardoroso día;
Y pues bajo ella el Salvador se abriga
¡Sublime pabellón, Dios te bendiga!

Que te proteja su benigna mano
De paz eterna abriéndote camino;
Y tú al cubrirle el pueblo soberano
Que siempre recto cumpla su destino;
Mas no cobijes ¡ay! nunca un tirano
Que de tus hijos sea el asesino,
Apoyándose en turba advenediza
Para tornar los pueblos en ceniza....

Tremloa acariciada por el viento
Y muestra al mundo limpios tus colores,
Al aceptar solemne el juramento
De los que son desde hoy tus defensores;
Y no te prestes al nefando intento
De ambiciosos é inicuos opresores,
De libertad en el excelso nombre
Para ultrajar la dignidad del hombre.

Te inauguras gallarda y sin mancilla,
Y sin bélico origen que te empañe;
¡Iris de paz que en el espacio brilla!
Por tí su sangre el Salvador restañe!....

De la discordia la fatal cuchilla
No más contra él, como hasta aquí se ensañe,
Y tú siempre, magnífica bandera,
Sé de este pueblo fraternal lumbrera.

Tú de América el centro representas
En cinco bandas, como el cielo azules;
Las cuatro blancas que alternadas cuentas
Los signos son para que "paz" rotules:
En campo rojo trece estrellas sientas
Para que unidas el poder vincules, (1)
De la joven nación que reverente
Desde hoy contigo adornará su frente.

Permite, pues, que mi discorde lira
Tu aparición gratísima celebre,
Y el entusiasmo santo que me inspira,
Sólo tu augusta majestad requiebre;
Si á verte grande el corazón aspira,
No dejes, no, que su esperanza quiebre
Para mirar de tu esplendor las huellas
Y la perenne luz de tus estrellas.

Justicia y libertad, progreso y orden,
Esta que sea tu inmortal devisa;
Y nunca las pasiones se desborden
Viéndote ondear al soplo de la brisa.
No mas perturbe el infernal desorden
De esta patria querida la sonrisa;
Y ni áun recuerde el espantoso abismo
Del inmoral y torpe comunismo.

Opulencia te dé la agricultura
Y de la industria toma los trofeos,
Para que ocupes la eminente altura
En que te ven gloriosa mis deseos.
Borra tú, pues, las huellas de amargura
Que aun dejan los modernos fariseos,
Que hicieron á la patria verter llanto
Despedazando su anchuroso manto.

¡Oh libertad! magnética palabra!

(1) Cada estrella representa un Departamento.

De cuantos males es tu nombre origen !
¿ Y qué prestigio más sepulcros labra
De mil que al mundo sin cesar afligen ?
¿ Quién cuyos labios atrevidos abra
De destrucción en genio no te erigen,
Poniendo de los pueblos en los hombros
Sangre y desolución, llanto y escombros ?

Ya no permitas, libertad sagrada,
Que abusen de tu nombre soberano;
Y de la ley la refulgente espada
Brille en tu firme y justiciera mano.
En esta patria de dolor postrada
No sea, libertad, tu nombre vano;
Y tú, bandera que feliz flameas
De la patria á la faz, bendita seas!....

AL SEÑOR DON JUSTO DE LA ESPRIELLA,

CON MOTIVO DE HABER ENCONTRADO LA IDENTIDAD DE MI PERSONA DIFERENTE DE COMO ÉL SE LA HABIA IMAGINADO.

Tantos chascos en el mundo
todo prójimo se lleva,
que el tuyo no es cosa nueva;
ya verás en que me fundo.
Ni él primero ni el segundo
eres tú en equivocarse,
que siempre de otro al formarse
una idea cada cual,
se opone al original
sin que puedan compararse.

Lo mismo te pasó á tí
cuando José en Nueva Yor,
(en verso sin k es mejor)
te habló alguna vez de mí.
Mas luego llegas aquí
y al mirarme ¡ santo cielo !
se te erizó quizá el pelo,
viéndote en el laberinto
de encontrarme tan distinto
de tu ilusorio modelo.

Antes, ignoro por qué
la décima al comenzar,
no pude el nombre acabar
y escribí sólo José.
Ya la falta enmendaré
aunque la rima es atroz;
José María Muñoz
ocupa un verso completo;

sin embargo, del aprieto
cual flecha salgo veloz.

Me has dicho, pues, que tu mente,
sin verme antes, me pintó
y á su antojo hizo otro yo
de como soy diferente.
¡Que cómodo y qué prudente
sería tener repuesto,
pues, francamente, es molesto
ser el *único* ejemplar
que, en llegándose á acabar....
no quiero pensar en esto.

Que imaginaste, decias
que yo era joven, muy bello,
blanca tez, rubio cabello,
y esbelto me suponias.
Con el alma me veias
también con ojos azules,
y aunque ahora disimules
me hacias muy vivaracho:
mi vergüenza ó bien mi empacho,
te suplico que calcules.

Que yo era, pues, muy inquieto
y con alegre semblante;
me supusiste pedante,
mas simpático sujeto.
Ya yo te perdí el respeto;
pero que esto no te inquiete,
ni que tu atención sujete
tanta décima á escuchar,
porque me fuiste á juzgar
¡ay ingrato! un galancete!

De esos que un aire silbando
ya charlan, rien ó cantan,
ya se sientan, se levantan
á los demás molestando.
Que con el bastón jugando,
pierna ó bota sacudiendo,

mil desatinos diciendo
se pasean muy ufanos,
y se creen los soberanos
del mundo, según entiendo.

¿En el molde, amigo mío,
de este tipo me fundías?
pues te aseguro que hacías
la cruel acción de un impío.
No lo tomes á desvío,
te hablo con el corazón,
bendigo la situación
en que estoy, no es paradoja,
siendo un indio de piel roja
ítem más, muy barrigón.

Aunque tú te llames Justo
no justificas tu nombre,
cuando dices que soy hombre
de carácter fiero, adusto.
Tal vez te inspiré disgusto
bajo la impresión primera;
pero qué! ¿de esa manera
la justicia se promulga?
eso es hacer de una pulga
una horrorosa pantera.

Soy, no niego, un poco serio
y rara vez espansivo,
pocas comunicativo,
¿ves en esto vituperio?
Jirando en el hemisferio
del doméstico cuidado,
planeta cual yo, casado,
disminuye su alegría....
¡pero ya de astronomía
terrestre formé un tratado!

Permíteme continuar
y que la tesis concluya,
y á la ciencia restituya
lo que le quieren negar.

Es, pues, un cielo el hogar
y sol central la Señora,
cuya atracción bienhechora
nos convierte en astros fijos;
son satélites los hijos
y por su luz ¿quién no llora?

Cuando que tú, me escribieron,
debías pronto venir,
los ojos puedo decir
de mi espíritu te vieron.
Pero que también mintieron
tú y yo lo justificamos;
los dos frente á frente estamos
y así el error se comparta,
y sin volverte la carta,
los dos nos equivocamos.

Pero vamos á otro punto
ya que no estamos de prisa,
y si la yanqui divisa
no es para tí grave asunto.
Máxima es, según barrunto,
el *time is money*, ó receta
que todo el mundo respeta,
¿qué digo? ciego venera;
es orgullosa palmera
cuya sombra niega al poeta.

Y ya que de poetas hablo
con ellos daremos fin,
saludando á Marroquín
y á Posada Joaquín Pablo.
Con gusto haría un retablo,
sin ser mis esfuerzos vanos,
de tus ilustres paisanos,
cual los Pombo, Carrasquilla,
y de toda esa cuadrilla
de escritores colombianos.

Manuel Marroquín me agrada,
quiero decir, me divierte

y no sé cual es más fuerte
comparado con Posada.
Suspende la carcajada
y tu denunciante grito;
si dices que á estos imito
en confianza te diré,
que imitarlos procuraré,
mas la intención no es delito.

Voy, en fin, á terminar
con quien me causa gran pena;
Gutierres Gonzalez llena
mi corazón de pesar.
Y aunque logra torturar
y conmover mis entrañas,
¿crees que lo siento? te engañas,
por que si me dan zozobras
y *amargo placer* sus obras,
como á tí, lo admira Cañas.

AL POETA ECUATORIANO

M. GALLEGOS NARANJO.

Sufriendo el peso atroz del negro tédio,
Tu acento me llegó, cisne del Guayas,
En la canción que al conocer las playas
De mi patria, te pude yo inspirar.
¿Qué impresión recibí? ¡Oh, no se explica!
Nó tiene voces el lenguaje humano;
Y el esfuerzo mayor sería en vano
Lo que sentí queriéndolo explicar.

Mas si hay felicidad en este mundo,
Tal vez no exento de secreto orgullo,
De tu cantar el melodioso arrullo
Me la dió en ese instante é conocer.
Y disipó la atmósfera sombría
De mi perpetuo y pertinaz fastidio,
Y el malestar profundo con que lidio
Cedió el lugar al férvido placer.

Y reanimó su mágica dulzura
Mis ya en cenizas ilusiones muertas,
Y abrió de nuevo las rosadas puertas
De mi lejana y loca juventud.
Y volvió el alma á levantar su vuelo
Con la misma arrogancia de otros dias,
Para escuchar las suaves armonias
Que arroja tu tiernísimo laúd.

¡Quién pudiera imitarle uno tan sólo,
El más débil no más de sus acentos,
Para expresar así mis sentimientos
De amistad, gratitud y admiración;
Y poderte decir con tono ardiente,
Sublime, blando, delicioso y nuevo,

Mi pecho al comprimir, " Aquí las llevo,
Que esas voces las dicta el corazón."

Por lo mismo yo siento tus pesares,
Tu cruel dolor, tus penas y quebranto;
Y quisiera enjugar tu acerbo llanto
Con el lienzo eficaz de la amistad.
Pero vanos serían mis esfuerzos
Y mi sincero y vigoroso empeño,
Para tornar en plácido y risueño,
El rostro de la airada adversidad.

Porque no hay uno sólo que en la vida,
Aunque alfombren las flores su camino,
Que no sienta las garras del destino
Su pobre corazón despedazar....
No hay un mortal feliz, no hay uno sólo
Que al infortunio rudo no sucumba;
¿Quién no llegó sobre una amada tumba
Copioso y triste llanto á derramar?....

¿Quién no ha probado alguna vez siquiera
De amarguísimo pan algún mendrugo;
Cuando la suerte con pesado yugo
Le quiso en tierra extraña hacer gemir?
¿Quién no ha exhalado en la callada noche
Mirando melancólico la luna,
Suspiros por la tierra do su cuna
En la aurora meció de su existir?

....

....

Debemos, pues, sufrir sin más consuelo
Que esperar á que el alma se despierte;
Y conducida en las alas de la muerte
Llegue al de Dios alcázar inmortal.
Te doy, en tanto, un apretón de mano;
Es muy poco....te doy un fuerte abrazo,
Estupendo cual lo es el Chimborazo,
Con un cariño á su grandeza igual.

1872.

EL NIÑO Y LA GOLONDRINA.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.

¡Oh! si yo fuera dulce golondrina,
Decía un niño de pupila azul;
Con su ala yo, de niebla vespertina,
Cruzaría gozoso el leve tul.

I yo, le respodió una golondrina
Para ser niño de pupila azul,
Cambiar querría mi ala peregrina
Por tus lindos cabellos de aureo tul.

I tú, que harias dulce golondrina
Le dijo el niño de pupila azul,
¿Qué harias si por tu ala peregrina
Mis cabellos te diéra de aureo tul?

La golondrina entonces: "si tuviera
Tus cabellos, le dijo, de aureo tul,
Sólo al verme en el mundo se dijera
Que yo era un ángel de ese cielo azul.

Pero tú, continuó la golondrina,
Dí, tierno niño de pupila azul,
¿Qué harias, pues, con mi ala peregrina
Sin tener tus cabellos de aureo tul?

Aparta, aparta, golondrina leve
Respondió el niño de pupila azul,
Dó sólo el alma á penetrar se atreve
Yo volaria entre el celestre tul.

SALUDO A CHILE,

AL PISAR SUS PLAYAS EN 1875, CON MOTIVO DE SU EXPOSICIÓN INTERNACIONAL.

El sueño más constante y hermoso de mi vida
Me obliga al realizarse que pulse mi laud,
Y que al ansiado objeto mi voz de gozo henchida
Le grite al contemplarle : salud, salud, salud!

Y es justo, porque puedo, después de tantos años
Que mártir del deseo de ver á Chile fuí,
Saltando por la valla de amargos desengaños
Decir con entusiasmo, le ví, le ví, le ví!

No importa que cual grano de imperceptible arena
Con la que está en sus playas me venga á confundir,
Si desde allí contemplo la más brillante escena
Que en pueblos infantiles se puede concebir.

Esto es, el cuadro bello de opíparo banquete,
Que ofrece á las naciones con tono fraternal,
Como tanjible prueba do su amistad promete
Bajo la sombra grata del árbol industrial.

Ahí se ven los frutos diversos del trabajo,
De la constancia emblemas, regados con sudor;
Y que hoy también reciben espléndido agasajo
Y muchos, talvez todos, un título de honor.

Mi voz si dispusiera de aliento sobrehumano
Y eléctrica el espacio pudiera recorrer,
¡Repúblicas! diría, del suelo americano
Migajas de cordura venid á recojer!

Que aquí jamás se encrespa la mar de las pasiones

Ni el hierro fraticida jamás se ve brillar;
Si se oye con frecuencia la voz de los cañones
Los triunfos del progreso sólo es para anunciar.

Que aquí, do fué un desierto regado de maleza,
De abrojos y guijarros en que apoyar los piés,
La paz con el trabajo le cubren de riqueza,
Porque ambos siempre forman la vara de Moisés.

Venid á ver siquiera su rara Valparaiso,
Su poética Santiago, soberbia capital,
Y encontrareis los bienes del terrenal paraiso;
Vereis en sus mujeres bellezas sin igual.

Un tiempo me dijeron: de rosas y jazmines,
De gracias y virtudes trasunto exacto son;
Mentira, yo os lo afirmo, son más, son serafines
Que nunca á describirlos alcanza la razón.

El genio de la patria parece que celoso
De nieve en gran muralla queriéndolos guardar
En medio, el gran Santiago, de un valle delicioso
Y á orillas del Mapocho le vino á colocar.

Y le colmó de frutos y perfumadas flores
Y le alza de los pueblos sobre el común nivel;
Lo que hoy me hace llamarle mansión de los amores,
Compendio portentoso del celestial verjel.

Aun mas, pronto, muy pronto, que con paciencia aguarde
Por justa recompensa y orgullo del país,
Oirá cuando hacer pueda de su progreso alarde
Llamar á este gran pueblo de América el París.

La patria cuyo vuelo no hay nada que le tuerza
Por eso, yo presumo que grita sin cesar:
"Por la razón, ¡oh pueblos! debeis, ó por la fuerza
Resueltos mi grandeza, con rectitud labrar."

Mas.... veo que entusiasta mi mente se extravia
De la misión que tiene tan pobre portador;
Esto es, mostrar á Chile la inmensa simpatia
Que siente por su gloria mi patria, el Salvador.

Y saludar cantando su magna, heroica fecha

Que de infeliz esclavo le trasformó en Señor:
Mirando la coyunda que le oprimió, desecha
Por su indomable y siempre titánico valor.

Yo soy el menos apto de aquel rincón lejano
Con tino tal encargo para poder llenar;
Por tanto, conceptúo que todo fuera en vano
Y entonces sólo debo con humildad callar.

A LA SEÑORITA MERCEDES GONZALEZ.

Quiero al partir, retratarte
con mis poéticos pinceles;
y, aunque parece imposible,
te pintaré tal cual eres.
Ya sé que debo pedirle
su alba pureza á la nieve,
y á las rosas sus colores
lo mismo que á los claveles.
Para el brillo de tus ojos
su lumbre los astros tienen,
aunque tú, cuando los miras
al instante palidecen.
El coral, para tu boca
cortado en dos lineas breves,
irá á posarse atrevido
sobre marfil reluciente.
Lo que copiar no me es dado,
porque no hay quien la interprete,
es la gracia indefinible
que de ella mana á torrentes.
Pondré en la curva preciosa
de tu alabastrina frente,
los virginales efluvios
que de tu alma se desprenden.
De tu retrato el conjunto
tendrá los contornos de Hebe,
¡sobre unos pies!......Dí ¿los tuyos
por milagro te sostienen?
De Rafael y de Murillo
las vírgenes sorprendentes,
¿qué serán ante tu imagen?

¡lo que pálidos satélites
que van escoltando á un astro
que soberbio cruza el éter!

....

Otro ejemplar de tí misma
voy, en fin, niña, á ofrecerte,
donde como en gran espejo
complacida te reflejes.
Más todavía; que absorta
viendo la cópia te quedes,
de tu identidad dudando
y á fijarla nunca llegues.
Ni aun las miradas sublimes
de tus padres excelentes,
sin causarles pena alguna
á distinguirte no acierten.
Mejor, porque en vez de un ángel
tendrán dos que los consuele,
si un día ¡Dios no lo quiera!
del dolor la garra sienten.
Ahora espero que me digas
tu opinión ¿qué te parece?
¡ay! tu silencio yo veo
que dice, *muy mal.*—Corriente.
¿Pero tengo yo la culpa
que el talento no se preste
dócil para ser copiado
cual los materiales seres?
¿Cómo exijir que de tu alma
los destellos refulgentes,
tu inteligencia y virtudes
con aquellos los nivele?
No es posible y, por lo mismo
ten piedad de mí, Mercedes,
ya que al mortal no le es dado
que á tanta altura se eleve.
Puedo afirmar, sin embargo,
y espero que no lo niegues,
que en tí se esconde un arcángel

de las regiones celestes.

Perdona. Ya me retiro
y, aunque jamás vuelva á verte,
mis afectuosos recuerdos
te traerán las auras leves.
Y te dirán, que en mi patria,
allá en sus bosques agrestes,
en mi corazón tu imagen
la guardaré, ¡siempre, siempre!

A LA SEÑORITA ROSA LASTARRIA.

(EN SU ALBUM.)

Aunque afirmas, Rosita, que no admites
Los trinos para tí de la poesía;
Yo te quiero cantar ¿me lo permites?
De hinojos te lo pido, vida mía.

Confío en que me otorgues esta gracia
De la esperanza cuando en alas llego;
Y al decirte no aumentes mi desgracia,
Deposito á tus pies mi humilde ruego.

No esperes escuchar grato sonido
Como de ave canora entre el follaje,
Sinó la voz de mi respeto, unido
De profundo cariño al homenaje.

Déjame, pues, simpática criatura,
Tú, que te juzgas corazón de roca,
Que temerario aspire con locura
A una sonrisa de tu linda boca.

Y deja que tu clara inteligencia,
Tu gracia y tu virtud absorto admire;
Y de tu hogar la embriagadora esencia
De su amistad magnética respire.

Si mi alma de este hogar en torno vuela,
Siendo cual soy vehemente como Hernani,
Me encanta siempre la sin par Carmela
Y me deslumbra la arrogante Fanny.

Lo confieso, muy poco voy á misa,
Mi propio corazón por ser mi iglesia;
Y allí se vé la seductora Luisa

Junto á la amable.... pero ausente Fresia.

Y ¿quién no humilla la soberbia frente
Cuando en la excelsa perfección medita?
¿Ni quién sus penas consolar no siente
Por el prestigio angelical de Anita?

No te ofendas, Rosita, ni te inquiete
La ovación que tributo á tus hermanas,
Cuando forman contigo un ramillete
De flores tan fragantes y lozanas!

Y si al verlo, radiante de alegría
Me dijeras: *en cambio, ¿qué me pides?*
Que una más le agregaras, te diría,
Cuyo nombre es un ruego: "No me olvides".

VICUÑA MACKENNA EN BOCETO.

I.

Si tuvo Europa un escritor fecundo
Con el típico nombre de El Tostado,
De esplendor deslumbran circundado
Le opone á Benjamín el Nuevo Mundo.

Es, además de historiador profundo,
Político de estilo levantado,
Cronista ameno, crítico acerado
Y un narrador de viajes sin segundo.

¿Quién su nombre en América no sabe,
Y no leyó con simpatía suma
Un libro suyo, divertido ó grave?

Jamás la recia tempestad le abruma
Y, por su vuelo, al convertirse en ave,
Es cóndor de las letras por su pluma!

II.

Aun contemplando por espacio breve
De este escritor la escultural cabeza,
Del Chimborazo se halla la belleza
Con su melena de brillante nieve.

Y como aquel, ostenta de relieve
Entre muchas grandezas su grandeza;
Pero á esta excepcional naturaleza
Nube ninguna ó oscurecer se atreve.

Es su mente activísima lumbrera
Que de luz va dejando un gran reguero
De las letras fecundas en la esfera;

Y á quien pregunte, hipócrita ó sincero,
¿Dó lo negro dejó su cabellera?

—"¡Aquí!" dirá al instante....su tintero.

III.

Con su expresión fogosa, disciplina,
Gran tribuno, las masas populares;
¡Feliz apóstol que en sus patrios lares
Derrama democrática doctrina!

En el recinto del Congreso trina
Con el airado acento de los mares,
Contra abusos que surjen á millares
Y en que la fuerza material domina.

Es, en fin, orador de alta potencia,
Y amigo que de amigos está lleno
Por su noble y jovial benevolencia.

¡Oh! quién pudiera con lenguaje ameno
Pintar aquí la clara inteligencia
De un grande hombre, que lo es...por ser chileno!

ADIOS A CHILE.

¡ Adios Chile!....los versos que te dejo
"Los escribo con tinta de mi llanto,"
Y son, no dudes, pálido reflejo
Del más agudo y pertinaz quebranto.
¿Y cómo puedo abandonar en calma
El lugar do encontré tanto cariño,
Sin que el dolor en que agoniza el alma
Me haga llorar á mares como un niño ?
Débil seré, talvez seré cobarde;
Pero soy ante todo agradecido,
Y nunca haría calumnioso alarde
De abrigar corazón empedernido.
Y menos cuando de él, cual de una hoguera
De tu recuerdo brotará la llama
Que irá alumbrando la existencia entera
De quien más que tus hijos talvez te ama.
No te amo Chile, nó, por tus mujeres
Cuya hermosura con asombro admiro,
Hasta juzgarlas celestiales seres,
Y hasta pensar, al verlas, que deliro.
No sé si es realidad tanta belleza,
Tanto donaire, majestad y gracia,
Que se une á la altivez y á la nobleza
Del alma que detesta la falacia.
No es la mujer, en fin, de los sentidos;
Es algo angelical, algo concreto
Que sublima del pecho los latidos,
Que inspira adoración y hondo respeto.
No me atrae tampoco tu opulencia,
Ni el violento huracán de tu progreso,
Ni el esplendor que baña tu existencia,
Ni tu lujo estupendo en el exceso.

No es tu admirable tino ni cordura,
Ni la invencible fé con que penetras
En la vasta región de la cultura
Y en el campo infinito de las letras.
Todo lo admiro en tí, porque es hermoso,
Pero tiene mi afecto otras razones;
¿Cuáles serán?—Porque eres generoso
Y eres nido de nobles corazones.
No podría negarlo que te quiero
Por ser, sin vanidad, hospitalario,
Porque la voz amarga de *extranjero*
La has suprimido tú del Diccionario.
Huérfano aquí de todos los amores,
En cada mano que estrechó mi mano,
Siempre hallaron alivio mis dolores
Pues de un amigo fué, casi de hermano.
Si dicha tal no puedo devolverte,
Siempre estarán en tí mis ojos fijos,
Porque cual yo, que lleguen á quererte
Vas á enseñar solícito á mis hijos.
Y me hallarás de un árbol en el hueco,
Cuando hácia el Norte la mirada vuelvas,
Tu nombre modulando, pero el eco
Del Salvador lo esparcirán las selvas.
Es terrible dejarte! pero veo
Que los instantes de efectuarlo tardan,
Para calmarles el febril deseo,
A otros seres queridos que me aguardan.
Sigue siendo feliz bajo el amparo
Que benigna te dá la Providencia,
¡Del Nuevo Mundo majestuoso faro,
De tu grandeza alumbra la evidencia!
Jamás te olvidaré, te lo repito,
Porque la esencia de mi vida espera,
Cruzar con tu memoria el infinito,
Y que cubra al cadaver tu bandera.

Leída por el autor en la sesión que celebró la Academia de B·
llas Letras de Santiago, en la noche del 30 de Setiembre de 187

RECUERDOS DE LA PATRIA.

De América en el centro,
De volcánica luz siempre vestido,
Allá muy lejos, con el alma encuentro
El lugar donde está mi humilde nido.

En todos sus detalles
Ese lugar mi espíritu lo abarca,
Con sus rios, sus selvas y sus valles
Que le hacen ser espléndida comarca.

Mi inquieto pensamiento
Me hace ver sus bellísimas palmeras,
Blandamente mecidas por el viento
Que besa sus soberbias cabelleras.

Y todo lo examina
Y me lleva hasta el mismo cementerio,
Para arrancarle en su espantosa ruina
A la muerte su lóbrego misterio.

Y en tremendo castigo
Me señala la tierra removida;
Y—"contempla, me dice, cuanto amigo
Te borré de la lista de la vida;

También hacen un viaje,
Y mientras tú podrás volver del tuyo
De este mundo rodando en el oleaje,
Ellos jamás regresarán del suyo.

Al lanzarte á los mares,
Quedando, al parecer, de vida llenos,
Encontrarlos pensaste en sus hogares,
Y hoy te oprime el pesar de hallarlos menos.

¿Por qué, por qué te asombra
Tocar la realidad, palpar lo cierto,

Cuando eres de tí mismo vaga sombra,
Cuando eres del que fuiste casi un muerto?

Talvez en tu despecho
De tu existencia culparás los años,
Cuando ¡ay desventurado! te han deshecho
Los que te abruman rudos desengaños.

De tu desgracia el germen
Es la amarga impotencia con que lidias;
Ve á tus amigos que tranquilos duermen
Sin zozobra ni afán, ¿no los envidias?"—

Tal es lo que mi mente
En su eterna labor me dá por fruto;
Siempre gimiendo por la patria ausente
Y por ella cubriéndome de luto.

No me queda otro medio,
Ya que el alma tan sólo la divisa,
Para calmar mi desabrido tedio,
"Que mandarle memorias con la brisa."

Y á medida que crece
Mi delirante amor en dulce arrobo,
Con la ausencia mi patria me parece
La región mas espléndida del globo.

Y á pesar del agravio,
Del injusto rigor con que me trata,
Nunca en su ofensa se movió mi labio,
Nunca he podido ni llamarla ¡ingrata!

Olvido sus desdenes
Por desearle con ansia su ventura,
Y del progreso los inmensos bienes
De esplendor, de riqueza y de cultura;

Por desearle que ostente
Los mil tesoros que su seno encierra,
Porque un día en el mundo se presente
Sin las manchas sangrientas de la guerra;

Porque funde su gloria
Con fé, con energía y esperanza,
En estirpar del campo de su historia

De hermanos contra hermanos la matanza:

Porque, en fin, se alce ufana
Y de sus hijos que ennoblezca el pecho,
Para salvar la dignidad humana
De los torpes bandidos del derecho.

Esto es lo que ferviente
Para su dicha sin cesar invoco;
¡Ah! quién fuera un instante omnipotente!
De la patria al hablar me vuelvo loco.

En perpétuo delirio
Como inmenso favor pido á mi suerte,
Que me deje su bárbaro martirio
Verla un instante....y que me dé la muerte.

FRANCISCO IRAHETA.

Aunque algunos periódicos nacionales han publicado varias poesías de FRANCISCO IRAHETA, ha sido sólo con las iniciales de su nombre, sin que la generalidad haya adivinado quizá de donde venian aquellas producciones. Hoy por primera vez aparecen autorizadas con el nombre del modesto escritor, que si con más tesón y constancia se hubiese dedicado al estudio de la literatura, habría conseguida ocupar más notable puesto entre nuestros literatos, pues la naturaleza le dotó de buen talento y de felices disposiciones para conmover el corazón con el lenguaje de la ternura y de la poesía.

El primero de Agosto de 1830 nació IRAHETA.

Aunque entregado desde sus primeros años á los caprichos de la suerte y rodeado de grandes dificultades para su educación, habría terminado con lucidez su carrera de Abogado, si no hubiese interrumpido sus estudios la campaña de la Arada, á la que concurrió como Subteniente y como Ayudante del Estado Mayor General.

Era todavía estudiante, áun antes de la acción arriba citada, cuando asistió en favor del Gobierno á la asonada de Julio, llamada del "Obispo Viteri."

Vuelto de la Arada, se retiró á la vida privada; pero en la administración del señor San Martín, IRAHETA fué nombrado Comandante y Juez militar del Departamento de Chalatenango, con el grado de Capitán efectivo.

Tuvo que dejar aquel empleo para marchar á Nicaragua, donde tomó parte en la heróica campaña

contra el filubusterismo.

En las acciones de aquella lucha memorable, IRAHETA siempre fué apreciado y distinguido entre sus compañeros por el General en Jefe.

El Gobierno del Salvador, presidido entonces por el señor don Rafael Campo, le concedió solamente el título de Teniente Coronel graduado, en atención á sus pocos años.

El Gobierno de Nicaragua supo apreciar las cualidades de valor y lealtad que en IRAHETA concurrian, y le hizo Teniente Coronel efectivo.

Cuando la campaña de Nicaragua terminó, el Gobierno de Costa-Rica, en recompensa de los servicios que prestó á la causa de Centro-América, le honró con el despacho de Coronel efectivo.

Hacemos observar que el GENERAL IRAHETA ha recibido sus grados superiores de las otras Repúblicas hermanas antes que de su propia patria, no obstante que siempre ha desenvainado la espada para defender su honra, su libertad, sus fueros é integridad.

Por causas políticas ha marchado algunas veces al destierro, y pocas ocasiones la fortuna le ha arrullado amorosa entre sus brazos. Cuando su corazón de poeta agitóse al impulso de la juventud, arrancó á su lira algunos preludios. Después, los sufrimientos le hicieron en sus cantares desahogar las tristezas del alma; y hoy que las decepciones de la vida han disipado los ensueños de su fantasía soñadora y las ilusiones de su corazón, ha enmudecido......

Parece que el desengaño y el desencanto que traen consigo los años, han apagado el fuego de su alma, y que las enseñanzas que arroja su vida azarosa, le han hecho comprender que la sociedad las más veces se ríe de los ayes del desgraciado.

IRAHETA ha servido importantes destinos, tan en el orden militar como en el orden civil.

En el Salvador, como en las otras Repúblic de Centro-América, donde el talento, la inspiraci

y el saber han sido antes tan poco apreciados, donde, por lo general, se ha carecido de estímulos que impulsen á los que se dedican á la literatura, los que sienten arder en su corazón el fuego de la poesía, se ven obligados á apagar esa llama divina, porque pocos, muy pocos alcanzan á comprenderlos.

Tal cosa nos parece sucedió á IRAHETA. Imaginación viva, inteligencia clara y corazón ardiente, no quiso permanecer en la inacción y buscó campo en donde poder desplegar su actividad, espacio en donde ensayar las alas de su genio; pero no encontró esos dos elementos que necesitaba para dar rienda suelta á los arranques de su corazón.

Su alma, seguramente, necesitaba vivir de las grandes emociones, y abrazó la carrera de las armas para buscar aquellas entre el fragor de los combates.

Las anteriores consideraciones parecerán exajeradas á aquellas almas vulgares y materialistas que no alcanzan á comprender la sublimidad y grandeza de que es capaz el corazón humano; peronosotros, admiradores de los sentimientos nobles y delicados, aunque demasiado jovenes, procuramos estudiar las bellas cualidades que adornan un corazón, para rendirle el homenaje merecido, sin reparar en lo que pudieran decirnos el odio, la envidia ó la maledicencia.

Imposible nos ha sido conseguir más composiciones de IRAHETA, y á nuestro pesar tenemos que conformarnos con las pocas que á continuación se registran.

EL PORVENIR NO ES INCIERTO.

Veloce pasa la vida;
Como el placer y el amor
Pasa la gloria finjida,
Y de juventud florida
Marchita queda una flor.

Una á una van brotando
Las flores de la ilusión,
Y así también van secando
Cuando el dolor va matando
El árbol del corazón.

Si encuentra el hombre consuelo
En alimentar la esperanza,
El desencanto es el velo
Que enluta el hermoso cielo
De la dulce venturanza.

El hombre siempre camina
Padeciendo año tras año;
Sobre la tumba se inclina,
Y allí el mortal adivina
Que la vida es un engaño;

Que es ilusión la belleza,
Que es mentira la ternura,
Que es capricho la grandeza,
Vaga sombra la riqueza,
Breve sueño la ventura.

¿Por qué es que incierto se llama
De la vida el porvenir?....
¿Será que la vida se ama
Y témese que su llama

Se llegue al fin á extinguir?....

El porvenir no se ignora
De la vida desgraciada;
El reloj con voz sonora
Nos dice al pasar cada hora
Todo es humo, sueño, nada!

Aunque el mortal loco anhela
Olvidar el porvenir,
La muerte siempre está en vela
Y le alienta y le consuela
Con la idea de morir! ....

A.........

Hermoso lirio de apartado suelo,
Eres de Dios sublime concepción,
Para el viandante estrella de otro cielo,
Para mi amor, divina aparición.

Eres el ángel apacible y tierno
Que las horas consuela de mi afán;
Y mis pesares y dolor eterno
Con tu mirada se disipan ya.

Tú sóla del dolor la triste historia
Con tu reir pudieras olvidar,
Y hacer que un mundo de placer y gloria
Mis angustias viniera á consolar.

Y por eso mi amor te he consagrado
Y te adoro con loco frenesí;
Y por eso al amarte entusiasmado
Mi espíritu y mi todo es para tí.

DESDE LA PRISION,

A MI MADRE.

Por tí, sólo por tí, madre querida
Vuelvo á pulsar mi destemplada lira,
Que aunque cautivo el trovador doliente
Siempre por tí su corazón suspira.
Una á una las cuerdas se rompieron
Del arpa que armoniosa preludiaba,
Cuando al silencio de la noche umbría
A tu virtud sus notas consagraba.
Hoy el dolor, cual aquilón rugiente,
Ahogó en mi pecho la amorosa voz,
Y al arrancarme del penoso lecho (*)
No pude, madre, ni decirte "¡adiós!"
Mas si en cadenas y oprimido vivo,
Libre se agita el pensamiento mío,
Y al través de mis rejas hoy se lanza
Llevando un "¡ay!" que por *adiós* te envío.
Nada temo, madre mía,
Por la prisión en que estoy;
Siento que la muerte un día
Con mis tormentos te doy.
Mi espíritu lo presiente,
Me lo dice la razón,
Que á pedazos, inocente
Te desgarro el corazón.
Perdona, madre, perdona
Del verdugo su rigor;
Quien contra mí tal se encona
No sabe de hijo el amor.
No seas nunca enemiga,
Perdona siempre cual Dios,
Para que Dios nos bendiga
Y nos perdone á los dos.

(*) La madre del autor y él mismo estaban enfermos.

DESDE EL DESTIERRO.

Tierra de bendición ¡oh patria mía!
Sepulcro de mis padres venerado;
De casto amor altar inmaculado:
La cuna en que mis hijos yo mecía.

Hoy la traición, la negra felonía
De infame aventurero solapado,
Que un asilo en tu seno le has brindado,
Son frutos que recoje tu hidalguía.

Honores y riquezas tú le diste,
Y en cambio tu verdugo se apellida;
Desde el sólio á que incauta le subiste
Mancha tu nombre y gloria esclarecida...
Mas caerá maldecida su memoria
Con eterno anatema de la historia!

PARA LA TUMBA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO

DOCTOR DON TOMAS M. P. Y ZALDAÑA.

Comienza aquí de eternidad la luz,
La vida del mortal aquí termina;
Y sólo queda del que aquí se inclina
Un recuerdo.... una lápida.... una cruz... !

EL PENSAMIENTO DE LOLA.

¡Qué profundo sentimiento
Inspira tu piano, Lola,
Cuando así tan triste y sóla
Le fias tu pensamiento!
Si el alma tierna padece
El corazón está herido,
Y de dolor es gemido
Lo que armonía parece.
El alma tiene aflicciones
Que no se expresan hablando,
Mas se pintan arrancando
Al piano dolientes sones.
Vuelve, Lolita, á tocar
De la noche en altas horas,
Que esas notas tan sonoras
Me revelan tu pesar.
No te inquiete el vendabal
Ni su soplo tan violento,
Deja que tu pensamiento
Vuele en alas de lo ideal.
Lóbregas, terribles son
Las tempestades bravias,
Pero son aun más sombrias
Borrascas del corazón.
Vuelve, Lolita, á tocar,
Que exhale el piano un gemido;
Si está tu pecho oprimido
Debe el piano sollozar.
Y aunque cruja el vendabal
Sobre las alas del viento,
Deja tú que el pensamiento
Vuele en alas de lo ideal.

LUCIANO HERNÁNDEZ.

Nació en Sensuntepeque el año de 1836; y en la Universidad de San Salvador siguió con el más brillante éxito la carrera del Derecho, habiendo recibido el diploma de Abogado á la temprana edad de 22 años. El notable desenvolvimiento de sus facultades intelectuales y el entusiasmo que desde joven ha demostrado Hernández por la causa del pueblo, dió origen á que sus compatriotas le eligieran Diputado á la Asamblea Legislativa, y eso cuando apenas contaba 20 años. Después, con el mismo carácter y durante tres años consecutivos, asistió al Congreso, en cuyas sesiones se distinguió por la vehemencia de sus discursos, en los cuales empezó á dar brillantes pruebas de su claro talento y de sus felices disposiciones oratorias.

Cuando el infortunado General don Gerardo Barrios ocupó el solio de la primera magistratura. merced al triunfo de sus armas, Hernández se afilió al partido de la oposición y tuvo que emigrar á la vecina República de Honduras, en cuya Universidad se incorporó en su calidad de Abogado. Este plantel de enseñanza parece que mucho dejaba que desear, pues carecía de ciertas cátedras de indispensable necesidad, las cuales fueron fundadas, según datos que se nos suministran, mediante los trabajos de Hernández, que logró establecer la de Matemáticas y la de Gramática española.

Al trasladarse poco tiempo después á Nicaragua, dió principio á su carrera militar, figurando en

las filas del ejército que en aquella República se organizó para atacar al Gobierno del General Barrios. En ese ejército desempeñó algunos cargos de no poca importancia, entre ellos, la Auditoría de Guerra y la Secretaría de la Comandancia General.

Al tomar posesión del Gobierno de esta República el Doctor don Francisco Dueñas, nombró á HERNÁNDEZ Sub-Secretario de Relaciones Exteriores; pero tuvo que abandonar tal cargo, para desempeñar una importante comisión política que se confió á su talento cerca del Gobierno de Nicaragua.

A su regreso, fué nuevamente llamado á ocupar altos destinos en una esfera que iba á ofrecer á HERNÁNDEZ ocasión propicia para lucir su talento y para prestar á la patria uno de los mas importantes y trascendentales servicios, cual es el de la enseñanza á la juventud. En efecto, le fueron encomendadas las cátedras de Derecho de Jentes y de Economía Política, y á su cargo alcanzaron notable brillo, pues HERNÁNDEZ conoce profundamente tales materias y en su enseñanza sabe unir al método el interés que despiertan sus lecciones orales, llenas de erudición y de ideas en un todo conformes con el espíritu moderno de aquellas ciencias.

A principios de 1871 ascendió á Brigadier, y después de la revolución que cambió el orden de las cosas políticas de aquella época, dos Distritos le honraron nombrándole representante suyo en la Asamblea Constituyente entonces convocada. Personas que asistieron á los debates, nos dicen que HERNÁNDEZ se distinguió siempre por la facilidad de su palabra y la elocuencia de sus discursos, siendo digna de elogiarse la prueba que dió de su amor á la libertad de la América, al solicitar por medio de una brillante moción el reconocimiento de la beligerancia de Cuba; moción que fué recibida con los aplausos de todos, secundada con entusiasmo por los demás representantes y atendida por los miembros del ga-

binete del Supremo Gobierno, el cual acordó el reconocimiento propuesto por HERNÁNDEZ.

En 1872 emigró por causas políticas; estuvo algunos meses en Costa-Rica y después se trasladó á Nicaragua, cabalmente cuando en 1874 en esta última República se había empeñado reñida lucha entre el partido liberal y el conservador, con motivo de los trabajos preparatorios para las elecciones de Presidente. No podía offecerse á HERNÁNDEZ mejor oportunidad para trabajar en pro de los sagrados derechos del pueblo, amenazados entonces en Nicaragua por el Gobierno de don Vicente Cuadra que, valiéndose hipócritamente del poder, trataba de elevar á la primera magistratura á un hombre de su mismo círculo, qne la voluntad del pueblo rechazaba y cuyos antecedentes eran por cierto nada recomendables, como después se vió comprobado por los hechos de su administración política. HERNÁNDEZ luchó al lado del pueblo al cual se oprimía, y ora en la tribuna á que era conducido entre el ruidoso clamoreo de las gentes, ora por medio de la imprenta, escribiendo constantemente con energía y elevación de ideas, siempre estuvo cumpliendo su deber como republicano, pues al propio tiempo que censuraba los actos arbitrarios del Gobierno, defendía los derechos y libertades de los ciudadanos. En aquellos días de agitación política, entre otras cosas, HERNÁNDEZ dió al público uua comedia en verso, de carácter bastante original y jocoso, en la cual retrataba con exactitud admirable á los personajes que figuraban en el partido conservador; y ¡quién lo creyera! esa sóla producción bastó para que el Gobierno que entonces dominaba á Nicaragua, donde tanto alarde se hace de la libertad de la imprenta, ordenase la expulsión de HERNÁNDEZ, que fué echado violentamentamente del territorio y vejado en su persona, merced á las perversas instigaciones de don Anselmo H. Rivas, hombre fatídico para mi patria y que enton-

ces tenía no poca ingerencia en los asuntos públicos. Como nicaragüense que soy, duéleme consignar tan tristes verdades; pero así cumplo con el deber en que estoy como hombre honrado y joven amante de la justicia, enemigo de los que cometen el crimen de querer matar la inteligencia cuando ésta no se presta á servir á la tiranía y á la infamia.

En su carácter de orador ha sido ya juzgado HERNÁNDEZ por la prensa de Centro-América. Poseé vasto talento y una instrucción variada, que le permite dar á sus discursos interesante colorido y gran importancia. El señor don Esteban Castro ha dicho de él, "que es vehemente y arrebatador, que abundan en su discurso los toques maestros de lo oratoria, ideas y pensamientos atrevidos é imágenes brillantes, que le colocan entre el número de los primeros oradores centro-americanos." Orador popular, sabe enardecer á la muchedumbre y dominarla con el poder de su palabra, y orador forense ó parlamentario, lleva la convicción al ánimo de sus oyentes con la irrestible fuerza de su ilustrado razonamiento. Feliz en la improvisación y ardiente adorador de las modernas ideas, cuando en ciertas ocasiones ocupa la tribuna, hace pensar, en presencia del dominio que ejerce con su palabra, cuánto vale entre las artes liberales la oratoria que, como se ha dicho, será siempre la más noble y poderosa y la que, empleada en servicio del bien y de la verdad, puede conducir á los pueblos á la realización de los bellísimos ideales de la Democracia y de la República.

Sin embargo, creemos que entre nosotros á HERNÁNDEZ no le ha sido posible sacar de sus brillantes disposiciones oratorias todo el partido que á buen seguro habría alcanzado en otros paises, y que, por lo mismo, no ha tenido ocasión para servir con ellas á la patria en una escala superior, porque las condiciones especiales de nuestra sociedad han acortado, en cierta manera, el vuelo de su poderosa fantasía,

sin permitirle elevarse por completo allá á la esfera en que el orador perfecto, divinizado por decirlo así, "coge la esencia, esencia de las ideas, esencia de las pasiones; y subido siempre en lo més alto, es grande, amable personaje que conmueve y convence para bien del género humano."

País que de contínuo con las febriles agitaciones de su política ocasiona tristes desengaños á los hombres que se dedican á la vida pública, hace también por lo regular que los más nobles intentos del patriotismo y las fuerzas del genio desmayen cuando no se extingan por completo, sin haber realizado la suma de bienes que era de esperarse: así es que, nacido HERNÁNDEZ en una sociedad que no le ha ofrecido, ni ha podido ofrecerle campo fecundo para su actividad intelectual, y lanzado por las circunstancias en el intrincado laberinto de una política por demás ardiente y personal, unas veces en el destierro y otras luchando con las malas pasiones de los hombres, sólo ha tenido ocasión para maldecir á los tiranos de que ha sido víctima y para vivir una vida de perenne agitación, en la cual creemos que ha gastado sus fuerzas infructuosamente.

La buena reputación de que goza como hombre de gran talento, que posee rico caudal de conocimientos, ha traspasado las fronteras centro-americanas, y tanto la prensa europea como la de Norte y Sur América, le han tributado sus elogios. Un periódico francés, el "*Journal des Consulats*," publicó un juicio crítico del discurso que HERNÁNDEZ pronunció en un aniversario de nuestra independencia, y entre otras cosas leemos que se le considera como "uno de los más brillantes oradores de Centro-América y como profesor de Derecho de los mas célebres de la América latina."

Tócanos ahora decir algo respecto de HERNÁNDEZ, considerado como cultivador de la gaya ciencia, á la que dedicó sus ratos de ocio en los años de su juven-

tud. Tenemos á la vista regular número de composiciones suyas, en verso; y si es cierto que no todas ellas pueden publicarse en este volumen, ya sea por su carácter puramente local y de pasajeras circunstancias ó ya por el escaso mérito literario de algunas, también lo es de que hay entre aquel número varias que bien pueden figurar en este libro, desde el momento que él tiene por objeto, entre otras cosas, patentizar la historia del desenvolvimiento progresivo de la poesía en el Salvador. Es de advertir que HERNÁNDEZ no se ha consagrado con más constancia y tesón á lá amena literatura, porque la política casi ha absorvido su tiempo por completo; de ahí que sus composiciones poéticas sean de una índole más ó menos ligera, sin que, á nuestro modo de ver, correspondan á su notabilísimas aptitudes y al derecho que se tiene de exigir frutos más sazonados del ingenio á ingenios tan privilegiados como el del literato de que venimos hablando.

Hace poco nos manifestaba HERNÁNDEZ que los versos que había escrito, eran todos en la época de su juventud, ó cuando errante y proscrito de los patrios lares lloraba tristemente sus dolores ó cantaba la belleza y el amor, para ver si así conseguía proporcionar á su corazón algún deleite y consuelo. Si así como HERNÁNDEZ ha escrito descuidadamente, obedeciendo á determinadas circunstancias, con la facilidad que tiene para versificar se hubiera empeñado en algún trabajo de regular aliento, á buen seguro que habría conseguido agregar un laurel más á la corona con que ha merecido ceñir sus sienes como orador inspirado, como erudito jurisconsulto y como escritor de brillante y nervioso estilo.

Quizá por las razones que antes expusimos, después que HERNÁNDEZ ha pasado los primeros años de su vida luchando en el campo de las pasiones encontradas y de los odios de partido, ha roto el arpa á la cual arrancó tiernas armonias en otro tiempo,

porque ya disipada la fragancia de su alma juvenil, que soñó paraísos encantados de amor y felicidad, se ha visto hasta cierto punto obligado á renunciar tan purísimos goces, en un todo incompatibles con el género de vida que ha adoptado, en fuerza de nuestro modo de ser en los paises centro-americanos.

En el periodismo ha trabajado después, desplegando en varias cuestiones político-sociales de trascendencia, la fuerza de su instrucción y talento.

Al presente, se dedica al comercio, y las ocupaciones consiguientes á la cuantiosa fortuna que posee, le impiden trabajar mas de lleno en el foro, en la cátedra y en la tribuna. Con todo, siempre que la ocasión se presenta, yérguese HERNÁNDEZ sobre la multitud y vierte á torrentes ideas que iluminan el alma del pueblo, ó escribe para la imprenta artículos que son siempre de gran interés y significación en el movimiento de la política centro-americana.

*
* *

La demora que ha tenido la impresión de la presente obra, nos permite poder agregar que HERNÁNDEZ es socio honorario de varias academias científico-literarias de América y abogado de diferentes Universidades de Centro-América. Ultimamente ocupó el honroso puesto de Rector de la Universidad Central de la República; y hace poco, con motivo del centenario del Libertador Bolívar, celebrado en Carácas el 24 de Julio con gran pompa y magnificencia, fué designado para asistir á la gloriosa festividad, representando al Salvador con el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro plenipotenciario.

ADIOS A TEGUCIGALPA.

[DESDE EL CERRO DE HULE.]

¡Ciudad bendita por mi amor cien veces,
Adiós, adiós! ¡muy lejos quedas ya!
Por tí fervientes y sentidas preces
Deja que eleve al trono del Jehová.

Adiós, adiós, ciudad encantadora,
Oasis divino de verdor cubierto,
Que le brindas tu sombra bienhechora
Al cansado viajero en el desierto.

Adiós, ciudad! hermoso panorama,
Edén do moran bellos serafines,
Do su fulgente luz el sol derrama,
Entre rosas, adelfas y jazmines.

De tu espléndido sol á los fulgores
Miro tus bellas torres relucir;
Y aspiro la fragancia de tus flores
Que aun las veo mecerse en su pensil.

Jamás, jamás se aparta de mi mente
La graciosa y sin par Comayagüela,
Vista en la tarde, con su arqueado puente
Y su plateado rio que luz riéla.

Su llano está de césped tapizado,
Es su horizonte de colores mil;
Bellas ninfas adornan aquel prado
Lleno de amor el corazón gentil.

Puro es su cielo, como lo es la infancia,
Coloreado de espléndido arrebol;
Su brisa está impregnada de fragancia;
Púrpura viste en el ocaso el sol.

Adiós ciudad, donde olvidé mis penas,
Donde mi suerte su rigor calmó,
Unicas horas que de encanto llenas
El destino con sangre no escribió.

Horas de bendición, de luz y de oro,
Volaron sí, con mis mejores dias;
Sólo ha quedado soledad y lloro;
Sólo me restan las angustias mias.

¡Ay! que pasaron cual dorada lumbre
De exhalación, para no más lucir....
¡Fuérame dado aquí sobre esta cumbre
Vivir por verte y aun aquí morir!

Formaría un bellísimo palacio
Con alamedas, fuentes y jardines,
Donde la luz del oro y del topacio
Luciría en espléndidos festines.

Ruiseñores, sensontles y canarios
Su voz meliflua al cielo elevarian
Con dulces trinos, con gorgeos varios,
Que el palacio en edén convertirian;

Donde esas bellas de mirar gracioso
Bailar vería en loca confusión,
Y respirando ese éter amoroso
Dulces latidos diera el corazón....

Yo también venturoso bailaría
Con el angel de amor que el alma hechiza,
Y con tanto primor lo llevaria
Como el céfiro blando la ola risa.

¡Qué delirio sería entonces ver,
Y de nuevo sentir, embebecido,
Latir el corazón de la mujer,
De la mujer que tánto se ha querido!

Y al aspirar su aliento perfumado,
Inspiración beber en su suspiro,
Beber amor en su reir amado
Y en su mirada ardiente en que me inspiro.

Daría el alma, sí, por un momento,
Por una hora no mas en que pudiera

Escuchar otra vez su dulce acento....
Ceñir su talle de gentil palmera.

Entonces....¡nó! ¡amargo desatino!
¿Por qué soñar quiméricas visiones?
¿Por qué olvidar que estoy en el camino
Que matará mis pobres ilusiones?

Ilusiones queridas que arrullaba
Con ansia ardiente, con afán eterno,
Sin presentir que la hora se acercaba
De lanzarme otra vez en el infierno.

¡Piélago de dolor! ¡tormento horrible,
En que el hombre maldice hasta el nacer!
¿Por qué se tiene un corazón sensible
Si se viene en el mundo á padecer?

¿Será, Señor, que en la mansión divina
Tú recompensas al que aqui sufrió?
Pues entonces, tu faz que la ilumina,
De hinojos por los siglos veré yó.

¿Qué me importa que esté llena de abrojos
La senda que me obligas á seguir?
¡Si llanto das, oh Dios, para los ojos
Dá resignación para sufrir!....

Vuelvo la vista hacia la patria mía,
Y el corazón se oprime tristemente;
Sus puertas me cerró la tiranía,
Hincando en mí su envenenado diente.

¡Patria infeliz! juguete de un tirano,
Tú, la que fuiste tan gloriosa ayer,
Que sacudiste el yugo mejicano
Con valor indomable y noble fé.

El pueblo de mi patria fué el primero
En proclamar la santa independencia;
Que lo sepa ¡gran Dios! el mundo entero·
De héroes la sangre tiene por herencia.

Y aunque ahora lo veamos abatido
Doblar su frente en triste humillación,
Es que dormíta con sopor mentido
Cual volcán que prepara su erupción;

Para abrirse con horrido fragor
Inmenso cráter por do lava ardiente
Ha de brotar, que secará el verdor
Del prado con su rápida corriente.

Sí, ¡vive Dios! que sonara la hora
En que la patria su abyección comprenda;
Y las armas tomando vengadora
Demande libertad en la contienda.

Allí estaremos todos á porfía,
Nuestra sangre á verter entusiasmados;
Derrocaremos la opresión impía
O moriremos del baldón lavados.

¡Insensato de mí! largo esperar
Precederá á ese día que he soñado;
Entre tanto, preciso es aspirar,
El cáliz que de hiel ha rebosado.

No más pensar en lo que ya perdí;
Bella mentira es sólo la esperanza;
Tras ella me lancé cuando nací,
Y es fuego fatuo que jamás se alcanza.

Ay! nada puede reanimar la mente
Del que siente el furor de hado maldito;
Que el dolor del placer secó la fuente
En el alma del mísero proscrito.

Pobre juguete de fortuna airada,
Delante viendo porvenir sombrío,
Mi vida es ya cual nave destrozada
Puesta á merced del huracán bravío.

¡Marchemos con la cruz en el camino
Que me lleva á mirar extraña gente!
La suerte esa de ser del peregrino,
Seres hallar de rostro indiferente.

He de vagar por extranjeros lares
Sin que nadie me tenga compasión!
Renuévanse mis dias, mis pesares,
¡Que se cambie también mi corazón!

Adiós ciudad! yo dejo en tu santuario

Mi corazón, mi amor y mi esperanza;
No olvides al viajero solitario
Que triste te contempla en lontananza.

Adiós! ¿volveré á verte? No lo sé:
Sábelo Dios que lée en el porvenir;
Mas te juro que siempre llevaré
Tu nombre en mi memoria, hasta morir.

UN PADRE A SU HIJA.

Virginia, permita el cielo
Que se deslice tu vida
Por una senda florida,
Como lo quiere mi anhelo.

Permita que sin enojos
Sin dolor, sin aflicción
Nunca derramen tus ojos
Lágrimas del corazón.

Que te ofrezca siempre el mundo
Nacaradas ilusiones
En sueños de amor profundo,
Sin acibar, sin pasiones.

Y nunca pase la aurora
Que alumbra tu juventud;
Pero busca como ahora
Del saber la plenitud,

Conservando la inocencia
La virtud, la castidad,
Tesoros de la existencia,
Fuentes de felicidad.

Tal es de un padre la ofrenda
Para su hija en su natal,
Rogando á Dios la defienda
Con su manto celestial.

A LA PATRIA

Cara patria! volvemos tus hijos
Del destierro que impuso el tirano!
Concluiranse tus duelos prolijos,
Que el martirio sufrimos no en vano!

Libertarte de entonce juramos
O morir defendiendo tus fueros:
Es llegado el momento; aquí estamos,
A blandir con valor los aceros.

No más tiempo ese genio del mal
Hollará con su planta sangrienta
El sagrado pendón nacional,
Que es de esclavos sufrir tal afrenta!

¿No os indigna mirar el torrente
Que de sangre está haciendo verter
Ese déspota iluso y demente
Que pospone la patria al poder?

Compatriotas! probemos al mundo
Que este pueblo es el gran Salvador,
Y otro ejemplo, por siempre fecundo,
Sea el premio del vil opresor.

Cara patria! volvemos tus hijos
Del destierro que impuso el tirano!
Concluiranse tus duelos prolijos,
Que el martirio sufrimos no en vano!

A TORIBIO MONTOYA,

EN LA MUERTE DE SU PADRE.

Déjame, amigo, que contigo llore,
Deja que en tu dolor yo te acompañe,
Que yo bien sé el amparo que has perdido,
Yo sé en la tierra cuanto vale un padre.

Tu pesar es muy justo, que es muy triste
Ver que cadáver en la tierra yace
Quien te dió el ser y te cuidó en la infancia
Y siempre supo con vehemencia amarte.

A mi también, al borde de su tumba
Su amigo quiso en su ansiedad llamarme;
Acaso comprendió que la desgracia
Es de los hombres vinculo durable.

Acaso conoció mis sentimientos,
Acaso supo el corazón sondearme,
Y vió que por la patria palpitaba
Que él adoptó como su nueva madre.

Heridos fuimos por la misma mano,
Por la mano de un déspota cobarde,
Que abusar puede de un poder efímero
Y tiembla al ruido que produce un sable!

Pero él dichoso, que el destierro amargo
Probólo apenas, cuando fué á juntarse
Con los libres que habitan el Empíreo,
Que ese es premio de las almas grandes.

Feliz tu padre á quien la suerte cupo
De salir de este mundo miserable,
Donde tiranos hay, porque hay serviles
Que cual culebras saben arrastrarse!

A LEONOR.

Canta otra vez, Leonor, canta que anhelo
Tu voz oír de angélica armonía;
Quiero que me hagas entrever el cielo
Llenando de ilusión el alma mía.

Canta, Leonor! la brisa perfumada
Recoje tus acentos al pasar!
Si canta el ruiseñor en la enramada
Es que quiere tus trinos imitar.

Cuando tú cantas todo se colora,
Su aroma vierte en el pensil la flor,
Y alegre asoma á su balcón la aurora
Para escucharte á tí, bella Leonor.

Las notas de acento son divinas,
Son efluivos que van al corazón,
Son el murmurio de aguas cristalinas,
Tierno poéma de feliz pasión.

SERENATA.

Á FELICITAS CORTEZ.

Diva Felicitas, maga hechicera,
Tú encantos tienes cual una hurí,
Rizan las gracias tu cabellera
Y la perfuman con alelí.

Si la palmera se comparara
Con ese talle que Dios formó,
Tal vez de envidia se marchitara
Pues el de Venus no le igualó.

Brillan tus ojos como la estela
Que en noche plácida deja el vapor;
Eres graciosa como gacela,
Tienes los trinos del ruiseñor.

Es tu sonrisa la de la aurora
Que tiñe el prado con su arrebol,
Tu casto seno fuego atesora,
Tu frente pura corona el sol.

Son de cereza tus labios rojos,
Perlas guardando de gran primor;
Por el más leve de tus antojos
Hasta su cetro diera un señor.

Es tan pulido tu pié ligero
Cual nacarada concha del mar,
Y alfombra ofrecen en tu sendero
Los tulipanes y el azahar.

Eres efluvio de la armonía,
Eres mi fuente de inspiración;
Deja á un proscrito que en este día
Te felicite con su canción.

A LOS FUNDADORES

DE LA ACADEMIA LITERARIA DE COSTA-RICA

Y DE SU ILUSTRADO PERIÓDICO "LA RAZÓN."

APOSTROFE.

Adelante! campeones del progreso
La bandera elevad de la Razón;
Combatid con valor el retroceso,
Combatid el imperio del cañón.

Sublime es la misión, grande la idea,
Digna de un siglo de esplendente luz!
Apóstoles del bien! vuestra tarea,
Es imitar al heroe de la cruz!

Predicando, como él, su gran doctrina,
Al pueblo sus derechos enseñad;
Y tomando como él la disciplina
A los que el cielo venden, azotad;

Para arrojar del templo á los profanos
Que á Dios trasforman en fetiche vil,
Y quieren con castigos inhumanos
Convertir al hereje y al gentil.

De amor tan sólo fué la ley de Cristo;
Su dogma sacrosanto es la igualdad:
La Inquisición salió del Antecristo,
¡Venía é estrangular la libertad!

La libertad, que es hija del Calvario,
No la pueden los despotas matar;
Si el mundo convirtieran en osario
Podría ella los huesos reanimar!

La libertad, que ha roto la cadena
Que al esclavo ponía su señor,
Redime á la mujer de infamia llena,

La eleva al apoteosis del amor!

La libertad, la Diosa americana,
Que á tantos héroes á sabido dar
Aliento, para hacer republicana
La tierra que Colón supo encontrar.

La libertad! el genio de la gloria
Que á Bolivar y Washington formó,
Para escribir sus nombres en la historia
Que el nombre de les reyes eclipsó;

Que á Céspedes, el mártir, levantara
Para arrojar de Cuba al viejo León
Y proclamar en el glorioso Yara
Que la virgen cautiva es ya nación.

Adelante! no más la intolerancia
Su omnímodo poder ejercerá!
Trabajad, y decid á la ignorancia
Que su funesto imperio se fué ya.

Adelante! campeones del progreso!
La bandera elevad de la Razón;
Combatid con valor el retroceso,
Combatid el imperio del cañón.

JOSÉ ANTONIO SAVE.

Con harta frecuencia, por desgracia, acontece que los mejores ingenios se malogran, debido á diversas circunstancias que no es del caso enumerar, y mucho menos tratándose del infortunado José Antonio Save, que á la temprana edad de 28 años descendió al sepulcro, de una manera en extremo triste y dolorosa, que no está en nuestros propósitos referir, aunque su recuerdo sea lo primero que se nos viene á la memoria al apuntar los datos biográficos de este cantor, que nació en Sonsonate el día 13 de Diciembre del año de 1840.

Así como Samuel Cuellar,—de quien en breve habremos de ocuparnos,—Save pudo sobresalir entre sus compatriotas y ser honra y prez de las letras nacionales, dotado como fué de las más brillantes facultades para el cultivo de ellas. Empero, su prematura muerte fustró por completo las esperanzas en él cifradas, privando á nuestra literatura de un buen talento que mucho la habría enriquecido con sus producciones, pues las pocas que de Save han llegado á nuestras manos, y en particular su crecido número de cancioncillas tiernamente eróticas que repite el pueblo, sin que talvez sepan muchos quién fué el trovador que las compuso, nos dan evidente prueba de su fecundo estro poético, así como de los delicados sentimientos de su alma.

Al hablar del mérito relativo de los cantares de Save, creemos oportuno manifestar, valiéndonos de las expresiones de un notable crítico cubano, que

nos referimos á aquella delicadeza y á aquel sentimiento que arrancan espontáneamente de la contemplación de los cuadros apacibles de la naturaleza, y de la dilatación del alma en las esferas de la más pura idealidad; delicadeza y sentimiento que hablan á la inteligencia con los pensamientos más tranquilos, y al corazón con los afectos más tiernos, en lenguaje sencillo y claro. Cantores de esta índole, no alcanzan jamás á remedar con sus acentos el estampido del trueno, y tan sólo imitan el apacible ruido de la fuente ó la queja de la tórtola enamorada, tal como SAVE solía hacerlo con encantadora ingenuidad y desaliño. Sus versos, compuestos según parece, sin que se hayan atendido las exigencias de la crítica, en su mayor parte están escritos para el pueblo, cuyos sentimientos juzgamos que trató de interpretar en cuanto le fué posible; por eso, cada vez que hemos oído cantarlos, nos hemos afirmado en la creencia que abrigamos, de que el poeta debe siempre dignificar el bien y la virtud y lanzar terrible anatema contra el vicio, para revestir á la poesía del carácter trascendental que debe tener, dado su divino origen y su objeto, que es nada menos que el de implantar en el pueblo el reinado de la moral y las buenas costumbres.

Volviendo á reanudar la noticia biográfica de SAVE, diremos que en sus primeros años fué extremadamente estudioso. Era tal la sed de conocimientos que tenía y tal la aplicación con que se entregó á los libros, que no bien había cumplido 15 años, cuando se presentó ante un Jurado de examen de la Universidad, solicitando obtener, por suficiencia, el título de Bachiller en Ciencias y Letras. Satisfactorio fué el resultado de aquel acto literario, pues además del título en referencia, mereció *mención honorífica* de los examinadores, quienes premiaban en él, no sólo los muchos conocimientos que demostró poseer, sino también lo inmaculado de su conducta y lo asiduo de

su aplicación, cualidades que le hacian servir de modelo á sus condiscípulos. Sus primeros estudios los hizo en el Colegio Nacional de San Salvador, los cuales continuó en la capital de Guatemala.

Como lo habrá notado el lector, todo hacía esperar al principio, y con razón sobrada, que Save alcanzase elevado puesto en la república de las letras y probablemente como profesor de Medicina, de cuya ciencia estudió las primeras materias.

Niño aún, á la edad de 14 años, compuso sus primeros versos, los que se intitulan "*Es mentira,*" y que son tan populares y estimados en el país, aunque no se nos oculta que la época en que vivió Save contribuyó, en gran parte, á que se le discerniese el título de poeta, pues entonces eran muy pocos, por no decir ningunos, los que desde los albores de la adolescencia escribian versos, sugetos ya á las prescripciones de la métrica y con alguna gracia ó sentimiento. Leíanse por todas partes composiciones del niño Save, que llamaba la pública atención por su inteligencia precoz, y todos le aclamaban poeta, con cuanta mayor razón cuanto que ya desde entonces improvisaba con admirable facilidad y desenfado.

Es de lamentarse que pasada su adolescencia, no haya escrito Save composiciones superiores á las de aquella época risueña de su vida. Después, al ensayarse en el genero satírico, tomó rumbo opuesto al que le señalaban sus naturales disposiciones para la poesía. No eran las cuerdas de su lira para fingir bulliciosas risas, sino para vibrar suavemente, con esa sencillez y ternura que cautivan el corazón. Conocemos más de diez epigramas de Save y, á decir verdad, no reunen todas las condiciones que requiere tan difícil género y no alcanzan á ser dignos de que se les considere como tales.

Versado en el manejo de algunos idiomas extranjeros, conocía perfectamente las mejores obras de la literatura antigua y moderna de otros paises. En los

periódicos publicó diversas traducciones de artículos de interés, relativos á la industria y al progreso alcanzado por otras naciones en el campo de las ciencias y de las artes.

Hasta después de muerto se publicaron sus versos por la imprenta. En vida jamás consintió en ello, pues seguramente le complacía más darlos á conocer cantándolos él mismo, al compás de su guitarra castellana.

Amante fervoroso de las bellas letras, rindió culto á la poesía y á la música y consagróse también al estudio de la pintura.

Si hubiéramos podido recorrer las principales ciudades de la República para inquirir todos aquellos datos ó producciones que de alguna manera aumentasen el interés y la novedad de este libro, en Sonsonate se nos habrian facilitado muchos versos de Save por personas que, según se nos ha informado después, los conservan en la memoria; pero las circunstancias consiguientes á nuestra edad, nos han impedido aprovecharnos de las ventajas que, para la mayor perfección de esta clase de trabajos, proporciona el conocimiento de los lugares en que los poetas vivieron y dejaron el recuerdo de sus obras. Con todo, algo hemos salvado del olvido; y aunque no podemos presentar al público mayor número de composiciones de Save, las que siguen no carecen de mérito.

ES MENTIRA!

Es mentira, mujer! tú no me amas,
Ni has sentido jamás ese anhelo
Que sublime desciende del cielo
A premiar la sencilla virtud.

Tu mirada de amor es mentira,
Es mentira tu lánguido acento
Y mentira el fatal juramento
Que, temblando de dicha, escuché.

Ya aquella alma que tuya decias
En cenizas está convertida;
Tú has robado la paz á mi vida,
Yo inocente te dí un corazón.

Voime lejos, do nunca me veas,
Donde pueda llorar ignorado
El amor que perdí desgraciado,
Donde pueda adorarte....y morir.

A SONSONATE.

Hoy que torno á mirar los bellos sitios
Donde mi infancia cándida pasé,
Y la pradera de mullido césped
Donde corría con ligero pié;

No puedo menos que llorar doliente
Aquel tiempo magnífico y fugaz,
En que inocente y soñadora el alma
Vivió entre goces de dichosa paz.

Vuelvo á ver las gentílicas palmeras
Que en Sonsonate se alzan por doquier,
Y que al besarlas cariñoso el viento
Entrelazan sus hojas con placer.

No tienes, no, como Versalles noble
Cien cúpulas, ni torres de esplendor;
Pero mil ceibas de ramaje altivo
Parece se alzan á tocar el sol.

No tienes fuertes ni murallas tienes
De graníticas bases; pero aquí
Soberbio yergue la encendida frente
El gran Izalco por velar por tí.

En tus frondosos árboles se anidan
Pajarillos plumaje tornasol,
Que á millares saludan la sonrisa
Que te regala cuando nace el sol.

Tus bellas tardes con su encanto animan
Al más triste y hastiado corazón;
La tibia brisa que la sien orea
En el alma despierta la ilusión.

Así brillas mejor, con esa pompa
Que pródiga Natura te brindó;
Azul el cielo y tapizado el valle
Con verde césped ó fragante flor.

Tus moradores venturosos viven
Extraños al pesar y á la inquietud,
Y el sitio es éste donde asiento tienen
El puro amor, la celestial virtud.

El pacífico mar besa tus plantas,
El viento besa tu radiante sien....
¡Salve mil veces, mi adorado nido,
Oasis bendito, mi soñado bien!

CANTARES.

Cielecito de mi vida,
Vida de mi corazón,
Vamos al campo á paseo
Si es que me tienes amor.

La ciudad ya no me agrada,
Ya la ciudad me aburrió;
Vamos al boscaje umbrío
Donde apenas entre el sol.

En la ciudad me da miedo
Decirte que te amo yo,
Porque lo que allí se dice
Dicen que es pura ficción.

Y yo no quiero que pienses
Que pienso engañarte yo,
Cielecito de mi vida,
Vida de mi corazón.

Que otros celebren regios amores,
Yo amo del campo la dulce paz,
Arroyo suave, fragantes flores
Y mi morena de bella faz.

Cuando las aves su dulce canto
Alzan felices en el vergel
Y á Dios envian un himno santo,
Himno sencillo, digno de él;

También yo elevo mi tierno acento,
Y mi guitarra con su rumor

Confía sones al manso viento,
Para que los lleve donde mi amor

¿Habrá dicha mejor que la dicha
Del que vive en tranquilo retiro
Y que exhala amoroso suspiro
Por su madre, su amada y su Dios?

Campesinos, gozad la ventura
Que os ofrece doquiera esa vida
Apacible, inocente, escondida,
Tibio nido de cándido amor.

La virtud, afligida y llorosa
Ha buscado en los campos abrigo;
Yo que la amo, á los campos la sigo
Pobre, errante, infeliz trovador.

De una ceiba á la sombra apacible
Lloraré mis tempranos errores,
Digno así de alcanzar los favores
De mi madre, mi amada y mi Dios!

Muchas hazañas hoy cuentan
Del valiente Morazán,
Y son los primeros cuentos
Que veo que son verdad.

Aunque fuí simple soldado,
Yo conocí al General
Y combatí, por más señas,
Con él en Perulapán.

Nos amaba á los del pueblo,
Y una vez le oí contar
Que es el pueblo cosa buena....
¡Qué viva mi General!

El á todos nos quería
En la America Central,
Al hondureño bastante
Y al salvadoreño más.

El jamás usaba *Kepi*
Y le gustaba más
Su sombrero jipijapa
¡Qué viva mi General!

Si hoy los militares fueran
Como era aquel Morazán,
Otro gallo nos cantara
En la América Central.

FRAGMENTOS DE UNA LEYENDA.

Ya del sol la fulgente cabellera
Se desparrama en la azulada cumbre
Y al valle, desde la alta cordillera,
Arroja de oro su postrera lumbre.

Vienen á mi alma en tan supremo instante
Recuerdos de tristeza y de dulzura,
Que así mezclados, á mi pecho amante
Arrancan un suspiro de ternura.

¡Ah cuántos pensamientos y emociones
Hoy se agitan del alma en lo profundo!
Acállase la voz de las pasiones
Contemplando el espíritu fecundo,

La inefable potencia que dirije
Al Universo por su ruta eterna;
Y el hombre ante el Señor que al mundo rige
Inclina la cerviz y se prosterna!

. . . .

. . . .

Por fin hundióse el sol en occidente
Y hasta la luz crepuscular se aleja;
El *Guans* (*) lejano, lúgubre y doliente
Turba el silencio con su ronca queja.

Las flores de verano caprichosas
Que ostentaban há poco sus colores,
Penden de sus bejucos perezosas,
Exhalando sus últimos olores.

(*) Pájaro color pardo oscuro, que canta melancólicamente en nuestras selvas en la hora del crepúsculo vespertino.

No se oye ya el monótono balido
Del perezoso buey en las labores;
Fué del pesado yugo desuncido,
Al ocultarse el sol, por los pastores.

Las ramas de los árboles suspiran
Al pasar suave brisa por sus hojas;
Se entrelazan, y tiemblan, y deliran
Diciéndose talvez tiernas congojas.

....

....

Presa de triste y funeral idea,
Cruzando fuí por la campiña umbría,
Atrás dejando la apacible aldea
Que en brazos de la noche se dormía.

De entre las negras nubes, solitaria,
La amarillenta luna se aparece,
Cual lámpara que alumbra funeraria
A la Natura que yacer parece.

Interméme en la selva, y una losa
A mi paso encontré, que reflejaba
Un rayo de la luna silenciosa
Que por el éter puro navegaba.

Marmorea cruz sobre la tumba estiende
Sus brazos; actitud amante y tierna
Que el fervoroso corazón comprende
Y á todo fiel cristiano le consterna.

En medio aquella pompa de Natura,
Oscuro el monte, esplendoroso el cielo,
¿Quién tendría ignorada sepultura,
Término hallando á su terrible duelo?

....

....

Torné á la aldea pensativo y triste
Y traté de saber la oscura historia
De aquella tumba que olvidada existe
Sin ninguna inscripción, ni una memoria.

Y supe al fin que duerme allí ignorado

El cura de la aldea, el más querido
De cuantos curas en la aldea han dado
Consejos y sostén al desvalido.

Quiso al morir que fueran sus despojos
A yacer en la selva; y la conseja
Dice que del alma con los ojos,
Libre ya el santo de mundana queja,

Quería desde el alto y limpio cielo
Ver la cruz de su tumba, y que por eso
Ordenó lo enterrasen en el suelo,
Sólo al abrigo del boscaje espeso.

EL SAUCE.

Tú eres ¡oh sauce! misterioso emblema
De amargo luto y funeral quebranto;
Tú ocultas silencioso el triste llanto
Del que á tu sombra á derramarlo va.
Eterno es tu dolor, porque has nacido
Para vivir en lúgubre retiro,
Por eso melancólico te miro,
Marchito de tristeza y de pesar.

¿Por qué suspiras cuando alegre brisa
Te acaricia con plácida dulzura?
¿Porqué tus hojas de inmortal verdura
Bajas al suelo, entonces, con dolor?
Las perlas de rocío te coronan
Sin alegrar tu vida solitaria,
Y el acento del ave funeraria
Sólo en tus ramas lúgubres se oyó.

El grato aroma de esmaltadas flores
Te lleva apenas el tranquilo ambiente,
Y no viene la tórtola inocente
A arrullarte tu mísero existir.
Indiferente el sol en el ocaso
Ves entre bellas nubes esconderse;
No te besa la luz que va á ponerse
Del alto cielo en el azul confín.

Yo, sauce, compadezco tu destino;
Siente tristeza el corazón al verte,
Pues me presagias mi temprana muerte
Y avivas mi desgracia y mi dolor.
Hay algo en tí que me habla de otra vida,
La vida del no sér ó de la gloria,

Y acuden uno á uno á mi memoria
Los sueños del poeta y del amor!

Quizá me espere porvenir oscuro
Lleno de pena y sin igual tormento,
O acaso mi atrevido pensamiento
Navegue de la fama en el bagel.
Desgraciado de mí! la triste duda
Aflige sin cesar al alma mía;
Mas no importa si canto! quizá un día
Alcanzaré corona de laurel!

SAMUEL CUELLAR.

—¿Qué sabe usted de SAMUEL CUELLAR?

Tal fué la pregunta que hicimos al ilustre doctor don Pablo Buitrago, en nuestro afán de inquirir datos respecto de la vida y obras de aquel poco conocido ingenio, del cual consevábamos solamente una composición poética y escasa y poco autorizada noticia de sus méritos como bardo.

—Sé que Samuel,—nos dijo el anciano y nobilísimo mastro de la juventud salvadoreña,—fué joven de gran talento y de corazón muy bello. Entre los estudiantes de su tiempo, Samuel siempre en primera línea; índole apreciable, conducta inmaculada, aprovechamiento poco común en la ciencia del Derecho, en una palabra, esperanza de las más legítimas y consoladoras que pudo tener el Salvador: eso era Samuel Cuellar.

—Y considerándole como poeta, ¿qué diría usted de él?

—Quizá me equivoque; pero yo diría que después del poeta Alvarez Castro, Samuel fué entre nuestros aficionados al cultivo de la gaya ciencia, el que más revistió sus poesias de sencillez y naturalidad. Apacible y tranquila era su inspiración; y su estilo, llano y sencillo, se ajustaba en mucho á las prescripciones del clasicismo. Eso sí, hay que advertir que Samuel adolecía del defecto que ha sido

común en los cantores nacionales: el erotismo, siempre el erotismo como tema obligado y único, consagrándose pocas veces el numen á asuntos de mayor trascendencia é importancia social.

El juicio del doctor Buitrago nos decidió á inscribir el nombre de SAMUEL CUELLAR en este libro, y si en él lo consignamos hoy, es apoyándonos en aquella autorizada y respetable opinión, que, en cuanto nos ha sido fiel la memoria, hemos escrito anteriormente.

Nuestras posteriores indagaciones fueron infructuosas, pues para la biografía de CUELLAR sólo conseguimos los datos que se refieren á su muerte, acaecida el 28 de Junio de 1857, cuando la epidemia del cólera hacía numerosas víctimas en el país.

En el discurso que el señor Licenciado don Pedro Falla pronunció en la solemne apertura de las clases de la Universidad el 1º de Diciembre de 1857, dijo lo siguiente: "Permitidme deplorar, como la más irreparable perdida que han tenido las letras, entre el número de los estimables é inteligentes jóvenes que nos arrebató la muerte en la última epidemia, el fallecimiento del Bachiller Samuel Cuellar, descollante alumno del Colegio de la Asunción, que poseía inteligencia é imaginación fecundas y un carácter de insinuante dulzura, unido á una modestia que le hacía, al propio tiempo que respetado, querido de todos."

Si la adquisición de datos para la biografía nos fué extremadamente difícil, no nos fué menos la de sus versos. Un individuo de su familia, don Fabio Cuellar, pudo facilitarnos tan sólo una ligera composición, la única que publicamos.

Los periódicos que hemos registrado no contienen ninguna poesía de CUELLAR, autorizada por su firma; y el archivo en que se nos dice que se conservan muchos versos suyos, es un misterioso y vedado archivo, el de una señorita, que creé tener derecho

de ocultarlos, desde que á ella fueron consagrados y forman, por lo que adivinamos, una historia íntima del corazón del malogrado poeta.... La denuncia la dejamos hecha, y allá que vean otros cómo se salva ese que indudablemente debe ser apreciable tesoro, lo del olvido único que queda de CUELLAR, pues poco tiempo antes de su muerte condenó á ser devorados por el fuego todos sus manuscritos.

CONSEJOS A UNA NIÑA.

Oye, te suplico
Mi tímido acento,
Que son mis palabras
Hijas de mi afecto.

En tu alma sensible
Y sencillo pecho,
Darás á tu madre
El lugar primero.

Agradece siempre
Sus tiernos desvelos,
Y nunca desoigas
Sus santos consejos.

Huye del amor
Como ante el leon fiero
Huye pavoroso
El tímido ciervo;

Porque el cruel Cupido
Es un niño ciego,
Que arroja á las niñas
En abismo horrendo.

Si de la virtud
Sigues el sendero,
Van palma y corona
A darte en el cielo.

¡Ay la niña incauta
Que no oye consejos!
Ya verá lo amargo
Del remordimiento.

Si bien te conduces

Honrarás tu sexo,
Y en tí tu familia
Tendrá un angel bueno.

Medita lo que hagas,
Que es doble tormento
Pensar cuerdamente
Cuando no hay remedio.

Sé siempre estudiosa;
No fies del tiempo,
Que huye y desparece
Con rápido vuelo.

No fundes tu dicha
En bienes terrenos,
Que son insconstantes
Mucho más que el viento.

En el triste mundo
Todo es pasajero,
Pues bien permanente
Sólo hay en los cielos.

Todos los placeres
Duran un momento,
Y luego su tornan
Encantados sueños.

Las malas pasiones
Tienen bello aspecto;
Huye, tierna niña,
Huye de sus besos,

Que en labios que tocan
Dejan su veneno
Y ponen al alma
Diabólico fuego.

Es de los pesares
La amistad consuelo;
Mas fíate poco
De afectos terrenos.

La amistad hoy día
No llena el anhelo
Deun corazón noble

De perfidia ageno.

Mira: lo que digo
Aunque triste, es cierto;
Pasaron los gratos
Venturosos tiempos

En que la vida era
De nuestros abuelos,
Una vida digna,
De leales hechos.

La mujer ahora,
(Al pensarlo tiemblo)
Es angel caído
Cual Luzbel del cielo.

¡Oh tú, pobre niña
En medio del cieno!
¡Ay blanca azucena
En pantano negro!

Mas si virtuosa eres
Y guarda tu pecho
Aquellas creencias
Del seno materno,

Feliz y triunfante
Alzarás el vuelo,
Tortolilla blanca
Sin rozar el cieno;

En tanto, se queda
En traidor acecho
El infame vicio
Del mundo perverso.

Adiós, niña pura;
Aprende estos versos
Y atiende gustosa
Mis sanos consejos.

No tengo experiencia;
Soy joven, es cierto,
Mas siempre el poeta,
Desde niño es viejo,

Que sabe del alma
Humana el secreto;
Sondea el abismo
Espantoso y negro;

Adentro aletea
Cual condor ¿no es eso?
Conoce los vicios,
Descifra el misterio;

Y después las alas
Sacude del cieno,
Y gira y se eleva
Triunfante hacia el cielo.

CARLOS BONILLA.

Era el año de 1841 cuando vinieron á la vida dos de los mejores bardos salvadoreños, destinados á enriquecer la poesía nacional y á imprimir nuevo y más seguro impulso á las letras, ensanchando, al propio tiempo, la esfera de acción de nuestros trovadores: nos referimos á Juan José Bernal y á CARLOS BONILLA.

Tócanos ahora ocuparnos del segundo de ellos, que nació en Ilobasco, ciudad importante del Departamento de Cabañas. Es hijo del señor don Juan J. Bonilla, persona respetable que ha ocupado importantes puestos en los destinos del país y literato de sólida instrucción, que mucho ha trabajado durante estos últimos años en la prensa periódica del Salvador, tratando delicadas cuestiones religiosas y sociales.

CARLOS BONILLA crióse desde la infancia al lado de su padre, y adquirió los primeros rudimentos del saber en una escuela pública de su ciudad natal.

Cuando contaba doce años de edad, fué enviado á esta capital para que en la Universidad recibiese la instrucción secundaria. Parece que el estudio de las matemáticas fué el que más llamó la atención de BONILLA y al que dedicóse entonces con más gusto, logrando después adquirir en ese ramo muchos y profundos conocimientos. Era tan notable su adelanto, que se le hizo sostener un examen público de Algebra, por designación de sus condiscípulos, como entonces se acostumbraba hacer con los sobresalian en la clase.

En 1858 obtuvo el diploma de Bachiller en Filosofía, y á principios de 1859 fué enviado á la ciu-

dad de Guatemala para que hiciera sus estudios de Medicina, pues en aquella Universidad se enseñaba esta ciencia con más perfección que en la de San Salvador. Allá sostuvo por designación de sus catedráticos, en cinco años consecutivos, cinco exámenes públicos en varios de los diversos ramos que abraza el estudio de la Medicina, y en todos ellos no desdijo del buen concepto en que sus profesores le tenian, sino que, por el contrario, contribuyeron tales actos á acarrearle desde el principio de su carrera los aplausos y la confianza de las gentes.

En 1864 recibió el título de Licenciado en la Facultad de Medicina y Cirujía, y á fines del mismo año regresó á su país natal, fijando su residencia en esta ciudad de San Salvador, donde tres años después obtuvo el diploma de Doctor y contrajo matrimonio con la señorita Isabel Portal.

Siete años contaba de vivir feliz y tranquilo en el hogar, al lado de su bella y virtuosa compañera, cuando vino la muerte á arrebatarle con ella la felicidad de su corazón y el cariñoso amparo de sus hijos... Este doloroso acontecimiento hizo que Bonilla se diese á conocer como poeta, pues en 1875 publicó un tomito de poesias, bajo el significativo nombre de "*Desahogos del corazón,*" en el cual estaban contenidas las melancólicas notas arrancadas á la lira del pesar sobre la tumba de la esposa amada, dolientes cantos de la viudez afligida, que significaban para las letras patrias el nacimiento de un poeta. Al extinguirse la vida de una mujer,—dijo entonces Francisco E. Galindo,—al volar al cielo su alma, había dejado en otra alma su ternura, su sentimiento religioso, su expansibilidad infinita; había hecho estallar en un corazón los elevados sentimientos del dolor, y había poblado una mente de imágenes, un espíritu de armonias.

El prólogo de los "*Desahogos del corazón*" dice lo bastante para comprender que Bonilla, al confiar

al papel aquellas sentidas endechas, padecía el dolor del amor perdido, con esa intensidad propia de las almas destinadas por la naturaleza para vivir de los más tiernos y delicados sentimientos. Oigámosle: "Cuando el alma viste luto y rebosa amargura el corazón; cuando airada la muerte de súbito arrebata de nuestro seno la adorada esposa, dejando en la orfandad á nuestros hijos, ¿quién entonces no se siente inspirado y cantando llora el horror de su desgracia? Un papel y una pluma, hé aquí lo que primero buscamos para estampar en él con lágrimas por tinta, ese triste monólogo del alma que, en su dolor embargada, se abstrae del mundo para espaciarse en su pena y replegarse sobre sí y saborear mejor la amarga hiel que el corazón empapa."

Todas las poesías que figuran en los "*Desahogos del corazón,*" están llenas de tristeza infinita y hay algunas muy delicadas que conmueven y enternecen. El hogar desmantelado, los hijos en torno del abatido padre, una habitación olorosa á tumba, como diría Jorge Isaacs, y en ella la cuna donde duerme tierna niña, que al venir á la vida arrebató á su madre la suya, todo esto sentido hondamente y expresado con el lenguaje vago y misterioso del alma, hace que aquellos versos sean de mucho mérito en el orden del sentimiento y de la ternura. Cuando el poeta evoca la sombra de su esposa y canta al cementerio donde duermen sus despojos, su lira sollozante alcanza elevado tono, porque entonces el dolor y el amor, los dos grandes resortes de su genio, se muestran en toda su majestad. No escasea el sentimiento filosófico en alguna de aquellas composiciones de Bonilla; pero siempre al lado de una esquisita ternura, que es como la fragancia de su alma que, en medio del pesar, se exhala de improviso y le hace cantar con la poesía del amor unida á la de la esperanza consoladora al contemplar á su hija que duerme inocente en la blanca cuna.

El cantor de Isabel ha publicado después una que otra composición poética: pero por lo general ha permanecido sin dar sus obras á la imprenta. Aunque desde muy joven escribía en verso, siempre gustó de permanecer en la obscuridad, y á no haber sido la gran desgracia que conmovió tan fuertemente su alma, quizá hubiera continuado en su silencio.

Todos saben que Zorrilla dióse á conocer al mundo literario con motivo de la muerte del célebre don Mariano José de Larra, y que después dijo, aunque con poco respeto á la memoria del gran suicida, que había nacido sobre la tumba de un malvado. CARLOS BONILLA podrá alguna vez decir con mucha propiedad: nací sobre la tumba de un angel!"....

Como se habrá observado, el aparecimiento de BONILLA en la escena literaria fué bajo los auspicios más favorables. De su parte estuvieron las simpatías de la sociedad, que desde entonces ha venido tributándole sus aplausos, aunque no siempre han sido justos, según nuestro juicio. En ciertos composiciones que BONILLA ha publicado posteriormente, muéstrase duro esfuerzo en la forma, que la hace degenerar en prosaica, y una como calculada frialdad en las ideas, que de puro científicas vienen á parar en ser absolutamente metafísicas. Matemático notable y con profundos conocimientos astronómicos, sin sentirlo quizá, déjase arrastrar por su afición á estas ciencias é intenta amoldarlas, sugetarlas mejor dicho, á una forma poética y seductiva, lo cual dá solamente por resultado una producción académica, llena de términos científicos y de pensamientos que, si bien retratan una inteligencia especulativa, jamás dan á conocer las inspiraciones del alma del poeta.

Así y todo, el DOCTOR BONILLA ocupa distinguido puesto entre nuestros poetas contemporaneos; y si hemos dicho lo anterior, es porque pertenece á una generación á la cual tenemos derecho de exigir la perfección relativa de sus obras. Figuran

en ella el dulcísimo Bernal, Galindo, bardo de brillante fantasía, Ruiz Araujo, nuestro primer poeta lírico y otros más que, como se verá más adelante, han venido á completar la obra iniciada por Alvarez Castro y secundada por Gómez y por Cañas.

Bonilla cantando á Morazán se eleva al principio en alas de creadora inspiración; pero no es sostenido su vuelo, vacila, le falta á veces arrogancia y se comprende que no puede mantenerse á la altura que el creyó alcanzar facilmente al emprenderlo. Por eso hemos escojido las mejores estrofas de su canto al heroe centro-americano, sin hacer mérito de aquellas en que su musa no se muestra digna del asunto, ya sea porque decae en la enunciación de las ideas ó porque peca su estilo por falta de buen gusto y energía. Esta composición es una de las de más aliento de Bonilla, así como otra que se intitula "*La intervención en México,*" que consta de más de treinta octavas reales. Extenso es el plan de esta última obra: en conjunto, impresiona al principio favorablemente el ánimo del lector, pero sucede en seguida que se pierde todo interés con los innecesarios detalles en que abunda y que le dan cierto carácter de prosaica y cansada narración, muy impropio del que parece quiso comunicarle el poeta, cuando empieza diciendo:

Truena el cañón en fratricida guerra,
Y á su estampido se conmueve el mundo!
Truena el cañón! la americana tierra
Absorta queda en éxtasis profundo,
Que á desgarrarse con furor que aterra,
En choque de gigantes tremebundo,
La libertad y esclavitud en duelo
Retadas van á ensangrentar el suelo!

En las composiciones de Bonilla de índole patriótica, es común encontrar frecuentemente espresiones triviales y versos que son pura prosa. Por lo general, diserta lisa y llanamente sin que logre encen-

der en el alma el entusiasmo; asi, una que otra estrofa de arranque épico, pasa inadvertida entre las muchas frias y desairadas que componen algunos de sus cantos, como acontece con el de "*La intervención en México.*" No sucede lo mismo cuando canta á la nanaturaleza ó llora como la viuda tórtola que se lamenta entre las ramas de melancólico sauce. Entonces, reconocemos en él al poeta que siente, y que pone en las notas que arranca del alma, la profunda y misteriosa vibración de "lo distante, lo celeste y lo infinito," patria del alma misma. Bardo del dolor y la ternura, poseido del sentimiento consolador de la fé, perfuma sus frases con aroma de piedad y así se hace acreedor al renombre y á ceñir sus sienes con los laureles apolineos.

Sentimos no poder citar á Bonilla como poeta que en todos los generos pueda merecer tal nombre: escaso don es ese de sobresalir y agradar cantando en todos los tonos, ora en el épico, ora en el tierno ó elegiaco ó en el amoroso y apasionado. A Bonilla bástanle sus "*Desahogos del corazón*" y una que otra poesía suelta, por ejemplo la intulada "*El Sensontle.*" para que se le considere como poeta, aunque no haya sido feliz cuando quiso remontarse á regiones donde el que cante debe tener robusto acento, que cuadre con la elevación de la oda sublime en que cantaron Píndaro y Quintana.

Como catedrático, nuestro poeta ha prestado á su patria importantísimos servicios. En 1865 fué nombrado profesor de Patología general y de Patología interna, materias que desde entonces ha venido enseñando en la Universidad Nacional.

En 1866 fué nombrado secretario de este Instituto, puesto que ocupó honrosa y dignamente durante ocho años.

De 1871 á 1873 sirvió al Hospital General de esta ciudad en su carácter de médico y cirujano, al propio tiempo que en un establecimiento de enseñan-

za daba diariamente lecciones de clínica-médico-quirúrgica. Con ocasión del terremoto de 1873, se ausentó de esta capital y abandonó sus empleos y cátedras.

Posteriormente, habiéndose aumentado de una manera considerable al reedificarse el edificio del Hospital y crecido el número de enfermos, no fué ya suficiente un sólo médico y hubo necesidad de crear dos secciones, una de medicina y otra de cirujía. Con tal motivo, la Junta de gobierno del establecimiento, llamó de nuevo al ilustrado DOCTOR BONILLA, encargándole la primera de aquellas secciones. Al mismo tiempo, el Supremo Poder Ejecutivo le nombró catedrático de clínica médica, haciendo justicia á su saber y para aprovechar los profundos conocimientos del experimentado y distinguido profesor.

En 1875 el cuerpo de académicos eligió á BONILLA Rector de la Universidad Nacional. Encontrábase desempeñando tan honroso y delicado puesto, cuando ascendió á la Presidencia de la República el señor don Andrés Valle, quien le llamó á formar parte de su gabinete, encargándole la cartera de Instrucción Pública y Beneficencia. Cayó el gobierno del señor Valle, y BONILLA volvió á hacerse cargo de sus cátedras en la Universidad y á dar lecciones prácticas en el Hospital.

Siendo Rector de la Universidad, fundó el primero y único periódico científico y literario que ha tenido este Instituto. Bautizóse la publicación con el nombre de "*La Universidad Nacional*," y en sus columnas se insertaron primeramente algunas de las poesías que BONILLA publicó poco tiempo después en sus "*Desahogos del corazón*."

Prosista bastante correcto, varias veces escribió lucidamente en "La América Central," "El Universo," "El Album" y el "Diario Oficial." Sus artículos han versado, por lo general, sobre asuntos científicos, y una que otra vez sobre amenos temas literarios.

Periódicos extranjèros traen constantemente reproducidos los versos de BONILLA, y en más de uno hemos leído palabras de encomio que le honran y contribuyen á acrecentar la buena reputación literaria de que goza.

Raya en excesiva su modestia: es de carácter reservado y circunspecto y con todo, estímanle los que le conocen, pues es noble amigo y ciudadano verdaderamente digno, amante de su patria, celoso en el cumplimiento de sus deberes para con la sociedad y amoroso padre de familia. Podemos con justicia decir que BONILLA es el tipo perfecto del caballero. Ultimamente ha contraido segundas nupcias, y vive entregado al estudio y á la enseñanza de la juventud.

DIOS.

Yo te veo, Dios mío, por doquiera;
En la estela de lacteas nebulosas
Que dejaron las ruedas fulgorosas
De tu carro en el caos al cruzar,
Cuando quiso tu mano omnipotente
Arrojar las estrellas á millones
A las negras, terríficas regiones
Que de lumbre te plugo decorar.

Y te veo en los astros que girando
Sin luz propia al redor de fija estrella,
Van marcando en sus órbitas su huella
Con la luz que reflejan de su sol;
Y en la nube, el relámpago y la lluvia,
En el iris de fúlgidos colores,
Del celaje en sus vésperos fulgores,
De la aurora en el nítido arrebol:

En la inmensa estensión de los espacios
Donde el cóncavo azul del firmamento
Es el fondo del terso paramento
De tu excelso, celeste pabellón;
Y en la tierra, en la mar, en el torrente,
En el brusco vibrar del terremoto,
En la brisa, en el ábrego, en el noto
Y en el rudo bramar del aquilón;

En el fragor de tempestad horrenda,
En las olas gigantes del oceano,
En el fuego que el antro plutoniano
Arroja por el cráter del volcán;
En la montaña que se yergue altiva
Con su capuz de sempiterna nieve,
Y á desafiar la tempestad se atreve

Allá en la altura dó las nubes van:

En la selva, morada de las aves
De brillante plumaje y voz canora;
En el prado que esmalta y que decora
De verdura y de flores el Abril;
En la margen galana del arroyo
Y en el blando murmurio de sus linfas,
Do si no vagan fabulosas ninfas
Natura ostenta sus bellezas mil;

Do los insectos de pintadas alas,
Alegres revolando entre las flores,
Embriagados de néctar y de amores
Convidan con deleite al colibrí;
Y en tanto que libando el dulce jugo
Se agita la esmaltada mariposa,
Entre el follaje de la encina añosa
Salta y se mece el tropical *tití:*

Donde con el color de la esmeralda
Brilladoras luciérnagas relucen,
Y en la nocturna oscuridad producen
Lagos de luz en óptica ilusión;
Y en el aljófar que abrillanta el prado,
Sobre alfombra de césped reluciendo,
Cuando almo sol la frente descubriendo
La lumbre envía al suelo en profusión:

En las aguas inquietas de los rios
Y en el terso cristal de la laguna,'
Donde rielan los rayos de la luna
Y reflejan los cielos su turquí:
Que por doquiera que la mente vaya,
En el cielo, en la tierra ó en los mares,
Encontrará, Dios mío, tus altares
Para rendirte adoración allí!

Todo muestra tu gran sabiduría;
De la luna hasta el sol y las estrellas
Do tu poder, tu infinitud destellas
En sus moles, su número y fulgor,
Hasta el feble vibrión y hasta la mónada

Que envolviera la gota de rocío
Que reluce cual perla en atavío
De la planta en el cáliz de su flor.

El espíritu humano en tí espaciado
En tus obras, Señor, te reconoce;
Y embebecido en inefable goce
Sobre límpidos campos de zafir,
De tu carro, esplendente su rodaje
De brillantes, rubies y topacios,
Ve en los astros que pueblan los espacios
Que no alcanza la mente á definir.

Todo en tí, ¡oh Señor! es la grandeza,
Y todo en tí es inmenso, es infinito;
"DIOS EXISTE" do quiera se ve escrito;
Por doquiera tu faz se ve brillar.
El ateismo no existe en la conciencia.
El ateismo es ficción, vana teoría
Que destruye grandiosa la armonía
Que en el orbe doquier se ve reinar.

AL PANTEÓN. (*)

¡Oh lúgubre panteón! último asilo
Donde se alberga la miseria humana,
Donde al tétrico son de la campana
Viene el mortal á descansar al fin.
Mansión de horror, de miedo y de tristura
Para el vulgo que necio se te aleja;
Quien medita, al contrario, ve en tu reja
De este valle de angustias el confín.

Es tu recinto lóbrego y sombrío
El silencioso y místico santuario
Donde al canto de buho solitario
La muerte nos convida á la oración.
Y cuando el cielo férvida plegaria
Eleva el alma de dolor transida,
Los mundanos placeres de la vida
Sólo inspiran desdén y compasión.

En tus entrañas gélidas, inertes,
Sepultas para siempre los despojos
De la prole de Adán que abre los ojos
Buscando un paraíso terrenal.
¡Triste ilusión del hombre, que engañado
Encontrar quiere con afán la dicha
En el mundo, do sólo la desdicha
Descuella en anchuroso pedestal!

Por eso sin temor y sin violencia
Me acerco pesaroso á tus umbrales,
A hacerte confidente de mis males
Y en tu seno mis lágrimas verter.

(*) En Centro-América llámase *panteón* á cualquier cementerio, lo mismo que en Chile y en casi todas las Repúblicas hispano-americanas.

Porque guardas, Panteón, aquí una tumba,
Que en altar el amor ha convertido;
De aquella que conmigo ha compartido
De mi vida las penas y el placer.

Guarda te ruego ¡oh campo sacrosanto!
Esas reliquias que mi pecho adora:
Que la mano del tiempo destructora
No toque las cenizas de Isabel!
Guárdalas, sí, que en tanto que yo aliente
Me verás visitar la fosa umbría,
Do en paz descansa la que esposa mía
Llamé en el mundo, cariñoso y fiel.

Ya me despido....es fuerza que me aleje....
Las sombras de la noche ya descienden,
Su negro manto en el espacio extienden
Y muriendo en ocaso está la luz.
Mas ¿dónde iré?....¿á do la insierta planta
Dirijir ¡ay! podré con paso cierto,
Si mi hogar es un páramo desierto
Do en lugar de mi esposa hay una cruz?

Ma sno importa! me encamino
A ese hogar, en que á mis hijos
Los cuidados más prolijos
Debo amante prodigar.
A ellos está consagrada
Mi vida amarga y doliente;
Por ellos voto ferviente
Hago al cielo en mi penar.

Allá la madre afectuosa,
Cuya pérdida lamento,
Exhaló su último aliento
A su hija dándole el ser.
¡Contraste cruel y terrible
Entre el ataud y la cuna!
Sarcasmo de la fortuna
¡Cuánto me haces padecer!

Antítesis dolorosa,
Que el corazón ha sufrido

Cual arbolillo batido
Por furioso vendabal.
En esa cuna me queda
El pimpollo de una rosa,
Y en esta sombría fosa
Quedó seco mi rosal!

Si esta amargura, Dios mío,
Que yo sufra es necesario,
En este mundo precario,
¡Señor, de mí ten piedad!
Que ya falta fortaleza
A mi alma triste, apenada,
Por el dolor subyugada
En hórrida adversidad.

EL SENSONTLE.

I.

Calla, avecilla canora,
Esa triste melodía
Con que cantas á la hora
En que se muere el día,
Cual si la sombra cantaras,
Cual si la noche evocaras.

Calla esa grata tristura
De tu acento vespertino;
Calla esa blanda dulzura
Con que mezclas en tu trino
El deleite del encanto
Con las notas del quebranto.

Dime, pardo pajarillo,
¿Es tu canto triste lloro
Porque apaga el sol su brillo,
Y envuelto en celajes de oro
Al mundo niega ya el riego
De su vivífico fuego?

¿O evocas la tibia lumbre
De melancólica luna,
Sentado en la verde cumbre
De ese árbol que así te aduna
Porque mece entre sus flores
El nido de tus amores?

¿Por qué modulas esa aria
Con tan melíflua ternura?
¿Es acaso una plegaria
A la diosa, que verdura

Y flores da á la pradera
En fecunda primavera?

No! tú no envias tu canto
Ni á las sombras, ni á la luna,
Ni á Flora, que el verde manto
En la estación oportuna,
Extiende desde altas crestas
A los valles y florestas.

Tú cantas sentida queja
Porque está sólo tu nido
Cuando tu amada se aleja
En ese bosque florido,
Y la llamas á la alcoba
Con tu tiernísima trova.

La llamas con amor tanto
Con tan amoroso anhelo,
Que á consolar tu quebranto
Tiende alígera su vuelo,
Trayéndote el beso rico
De amor en su leve pico;

Y junto así á tu pareja
Entras alegre á tu nido;
La soledad no te aqueja;
Cesa tu tierno gemido,
Cesa el trinar melodioso
Y los dos vais al reposo,

Llevando á la implume cría,
Que abrigais en el follaje,
Consuelo, amor y alegría;
Y entre el cálido plumaje
De vuestras alas, á una,
Le dais confortable cuna.

II.

Pajarillo, no te asombre
Que como tú viva el hombre,
Si sólo tedios le apenan,
Y su vacío no llenan
Ni fortuna ni renombre.

Que ni riquezas ni honores
Al mortal hacen feliz;
Pues su vida es de dolores,
De profundos sinsabores,
A que dobla la cerviz,

Si en el mundo desabrido
A su sér no encuentra unido
Otro sér que dé dulzura
Y dé amorosa ternura
A su doméstico nido.

El hombre vino á la tierra
A lidiar en ruda guerra
Contra sus propias pasiones
Y las tristes decepciones
Que en su seno el mundo encierra,

Y en esa lucha enojosa,
Tenaz, de cada momento,
Es la mujer amorosa,
Espiritual y virtuosa,
El solaz de su tormento.

Y más si el amor, la vida
Espande en efusión grata
En esa prole querida
En que el alma se dilata
Y sus querellas olvida! . . . .

Y así, cantor, aunque enfosque
Ya la noche cielo y mundo,
De dulzura llena el bosque
Con tu canto gemebundo
En terneza sin segundo.

Canta! aunque llegue tu amada
A dormitar en tu nido;
Es tu canto tan sentido,
Tu voz tan apasionada,
Que jamás cansa el oído.

Y si no fuera odio fiero
Que tengo á la tiranía,

Te llevará prisionero,
Y en tu guarda yo pondría
El más solícito esmero.

Mas libre te hizo natura;
Y aunque de oirte no me sacio,
Revuela allí en la verdura,
O remóntate á la altura,
Que tu jaula es el espacio.

Y torna á la ceiba añosa,
Do tienes hoy domicilio,
A entonar el dulce idilio
Con que llamas á tu esposa
De la tarde á la hora umbrosa;

Que á extasiarme en tu ternura
Y en tu amoroso lirismo
Vendré, sin que á la tortura
De una rígida clausura
Te condene mi egoismo.

¿Qué ganara en el tormento
De tu estrecha reclusión?
Tan sólo oír el lamento
Que triste enviaras al viento
Desde tu ingrata prisión!

Oír al preso que canta,
Sin nido y sin compañera,
Modulando en su garganta....
Esa queja lastimera
Del dolor que le quebranta.

Y pues que soy enemigo
Del tormento y la crueldad,
Queda, sensontle, al abrigo
De aquese follaje amigo,
En tu agreste libertad.

A MI HIJA EN LA CUNA.

¡Oh tú que al ver al mundo, hija querida,
Con tu aliento el aliento me apagaste
De aquel sér, que en su edad bella y florida
Al sepulcro tú misma la llevaste,
Y al destruir de tu madre cara vida
Por la tuya incipiente me cambiaste!....
Mas ¿por qué he de culparte, hija del alma,
Si mi estrella fatal es no hallar calma?

¿Qué culpa tienes tú de haber nacido
En hora infausta, angelical criatura?
No, bien mío, no puedes tú haber sido
La causa de mi acerba desventura!
Perdona si tu padre adolorido,
En su exceso de pena y de amargura
Entregado á su bárbaro tormento,
Ha podido exhalar este lamento.

Al contemplarte sóla en esa cuna
Sin que te arrulle el canto de tu madre,
Del corazón las fibras, una á una,
Desgárranse en el pecho de tu padre:
Adversa y cruel ha sido tu fortuna,
Sin que al destino todavía cuadre
Que te alimente un pecho mercenario
Por el amor tan sólo de un salario.

¡Hija infeliz! ni saborear siquiera
Pudiste de tu madre el dulce beso!
Atroz lo muerte, como torva fiera,
Tiránica, iracunda hasta el exceso,
No quiso que aquel labio te oprimiera
Y allí quedara sobre el tuyo impreso:

Y, en cambio del sabor de su miel pura,
Te dió la hiel que la orfandad apura.

Al mundo tú trajiste por herencia
El tétrico quebranto, con su luto;
Será el duelo, letal en su inclemencia,
A quien pagues de lágrimas tributo,
Porque el llanto está unido á tu existencia
Como anexo á su flor amargo fruto;
Mientras tanto, adormécete tranquila
Que el amor de tu padre te vigila!

Duérmete, sí, que desde el cielo vela,
Como yo velo tu enlutada cuna,
Tu casta madre, cuya fiel tutela
A la mía solícita se aduna;
Que el amor maternal más se revela
Cuanto más opresora es la fortuna,
Y desde el seno de la muerte el vuelo
Tiende hacia el hijo que dejó en el suelo.

Y, ¡ya lo ves!....la sombra vaporosa
De tu madre se acerca aquí á tu lecho....
Ven, oh sombra adorada de mi esposa
Ven á mirar mi desolado techo!
Acércate á tus hijos, ven, mi hermosa,
Estréchales amante contra el pecho,
E imprímeles tus besos en la frente
Mientras vamos contigo eternamente.

A AMELIA DENIS

CON MOTIVO DE SUS VERSOS Á LA INDEPENDENCIA CENTRO-AMERICANA.

Tú has nacido sensible americana,
No humilde, oscurecida colombiana;
Que no es humilde, oscurecida no,
Quien tiene lira como tú la tienes,
Para ceñirte de laurel las sienes
Como á Safo la suya le ciñó.

¡Oh, no puede...no puede ser oscura
La que en la fuente cristalina y pura
De libertad la inspiración bebió;
Quien con tanto delirio ama lo bello,
Lleva en la frente el fúlgido destello
Del numen que natura le infundió.

¿Por ventura es humilde la esmeralda
Que allá en Colombia de la andina falda
Surge del fondo á fulgurar gentil?
¿Por acaso es hulmilde la magnolia
O la hermosa, fragante centifolia
Que dan gala y aromas al pensil?

¿Y podrá ser humilde la poetisa
Que regala armonias á la brisa,
Y sublimes acentos deja oir
Cuando su canto melodioso entona,
Como turpial de la abrasada zona,
Cuando empieza la aurora á relucir?

Quien canta de natura las bellezas,
De la patria sus heroes y proezas;
Quien lleva rebosando el corazón,
Y desborda en raudal, el sentimiento;

Quien revela en su canto gran talento,
Fantasía fecunda, inspiración;

Esa mujer que humilde se presenta,
Es la palmera que su copa ostenta
Sobre arboleda de común nivel:
Es bella flor que con su aliento aroma
El prado donde arrulla la paloma
Y donde liba el colibrí su miel....
....

Recordando la patria do has nacido.
La cuna en que tu madre te ha mecido,
Un suspiro á tu pecho se escapó;
Y lloras de la patria cruel ausencia
Y del hado siniestro la inclemencia
Con que airado á estas playas te arrojó....

Cálmate, Amelia, que al surcar los mares
No dejaste á la espalda patrios lares:
Porque esta tierra que nos dió Colón,
Con idioma y costumbres de la España,
Es la patria común que el mundo extraña
Que no sea una sóla gran nación.

Que aquí también encontrarás palmeras
Y floridas, bellísimas praderas
Y palomas de canto arrullador;
Y bosques y arboledas seculares
Donde oirás de las aves los cantares
En amante concierto encantador;

Y de los Andes las nubosas crestas
Y sus faldas cuajadas de florestas,
Do verás cervatillos juguetear;
Rios y lagos de aguas opolinas,
Mil arroyos y fuentes cristalinas
Y los flores sus riscos esmaltar;

Y soberbios, humeantes los volcanes
Que se yerguen cual hórridos titanes,
Los oirás de continuo rebramar;
Y la tierra á sus plantas calcinada
De verdura ý de flores despojada
Sentirés con frecuencia retemblar.

Aquí el sol brilla en el zafir más terso,
La luna riela su fulgor disperso
Entre diáfanas capas de turquí;
Serpea el rayo, y vívida su lumbre
Envía de los montes á la cumbre
Y los viste con lampos de rubí.

Y celajes de rútilos colores
Verás cual palmas ó gigantes flores
Vagar flotando en el espacio azul,
Cubriendo de arreboles vespertinos
Los esplendentes campos zafirinos,
Cual leves copos de purpúreo tul.

Imponente y risueña á la natura
A la vez la hallarás en su hermosura;
La poesía aquí encuentra inspiración
En el brillo de un cielo reluciente,
En la flora que aroma nuestro ambiente,
En la faunia y en toda la creación.

Y mucho á tu Colombia parecido
Encontrarás aquí, donde has venido
El natal de esta patria á saludar
Con tu acento de *libre americana*,
Con tu lira y tu fé republicana
Con que sabes, poetisa, entusiasmar.

Canta, canta turpial americano,
Tañe la lira con tu diestra mano;
Y de las playas de esa hermosa mar
Donde fijas ahora tu morada,
En alas de la brisa perfumada
Tu armonía nos venga á regalar.

A MI ULTIMA HIJA

EN SU PRIMER CUMPLE-AÑOS.

Hay en la mundo, hija mía,
Muy ingratas sensaciones
Y tristes recordaciones
Que nos mueven á llorar;

Recuerdos de desventura
Que el sufrimiento exasperan,
Recuerdos que dilaceran
Fibra á fibra el corazón.

Hoy cumples tu año primero,
Y es el triste aniversario
En que tu madre en sú osario
Prematura muerte hundió.

Tú te salvaste; ella muerta
Quedó por darte la vida,
Dejándome el alma herida
Y á sus hijos la orfandad.

Y hoy que cantar debiera
Con efusión y alegría,
En tu natal ¡hija mía!
No puedo sino llorar.

Tú vinistes á la vida
Entre amargura y quebranto
Y nunca un alegre canto
A tí podré consagrar.

Mas ya que alegre no puedo
Estar en tu natalicio,
Te sea el hado propicio

A Dios le pide mi amor.

Y este beso que hoy imprimo
En tu rosada megilla,
Recíbelo, Carlotilla,
Como un beso maternal;

Que tu madre te lo envía
Desde el seno del Eterno,
Bajando al labio paterno
Cual celeste exhalación.

Para tí las bendiciones
Allá de Dios ella implora,
Y es tu padre que te adora
Medianero entre las dos.

Y así es que con más ternura
En este día te beso,
Sintiendo de amor exceso
En la angustia del dolor.

Mas así lo quiso el cielo
Y el rigor de nuestra suerte
Retempla mi alma, y más fuerte
Aquí á tu lado yo estoy.

Que si perdiste á tu madre
De tu vida en la alborada,
Aun te queda, hija adorada,
El regazo paternal.

¡Que á tí y á tus hermanitos
Los guíe Dios en el mundo,
Y que nunca el vicio inmundo
Los llegue aleve á manchar!

Tal de tu padre es el voto
Hija del alma querida;
Que Dios te dé larga vida,
Virtud y felicidad.

EL CREPUSCULO Y LA NOCHE.

I.

¡Cuán bella Natura
Se ostenta en las nubes,
Que esmaltan la altura
De terso zafir!

¡Qué espléndidos velos
De púrpura y oro,
Flotando en los cielos
Ocultan el sol;

Que al caer en desmayo
Allá en occidente,
Nos vela su rayo
Tras igneo arrebol!

El día y la noche
Se estrechan y se unen
Con fúlgido broche
De oro y carmín.

La luz y la sombra
Matizan la altura,
La célica alfombra
Galana se vé;

Y el rubio celaje
Sonrosa la tierra,
Sonrosa el follaje
Del campo floreal;

La inquieta corriente
Sonrosa del río,
Del lago silente
El limpio cristal.

Y allá en la arboleda
Del prado florido,
Entonan su leda,
Melíflua canción,

Alados cantores
Que alegres revuelan,
Cantando entre flores
Idilios de amor.

(Que amor es la fuente
De vida en natura,
Del bien la simiente,
La flor del placer.

¿Qué fuera del mundo
Si amor no existiera?
Un yermo infecundo,
Un árido erial,

Que hastío y enojos
Tan sólo daría,
Y espinas y abrojos
Regados con hiel)....

....

Mas, ya ni la cumbre
De enhiesta montaña
Corona la lumbre
Del vívido sol.

Ya está moribundo
El fúlgido día,
Se viste ya el mundo
De cárdeno gris.

Ya vuelan al nido
Aladas parejas,
Y es flébil gemido
Su lánguida voz....

Y avanza la tarde,
Y avanza la sombra;
El rayo no arde,
Del disco solar.

Con blancos topacios

La noche salpica
Los anchos espacios
Del cóncavo azul;

Y pronto ese espejo
Flotante, la luna,
Del sol el reflejo
Al mundo enviará,

Que esa alba cortina
De nubes trasluce
La luz arjentina
Que arroja su faz.

II.

Como el crepúsculo allega
Purpurinas luces diurnas
Y tristes sombras nocturnas
Del día á la hora final,

Así en las seres sensibles,
Al lado de la alegría,
Está la melancolía
En la hora crepuscular.

¿Qué misterio hay en esta hora
En que el sol su rayo apaga
Y deja la sombra vaga
Por los espacios correr?

¿Por qué ya en la hora postrera,
Del pájaro el dulce canto
No oimos con el encanto
Que tuviera al comenzar?

¿Por qué se oye en lo pradera
Del ganado su mugido,
Como lúgubre plañido
En un campo sepulcral?

¿Por qué del grillo nocturno
El estridente chirrido
Triste vibra en el oido
Con monótona agudez,

Cuando la noche tiñendo
Va, segundo por segundo,

Y sumerge cielo y mundo
En sombría vaguedad?

Es que el crepúsculo es símil
De aquesta vida mundana,
Alegre cuando temprana,
Melancólica al decaer.

La vida humana en capullo,
En la querúbica infancia,
Tiene de rosa fragancia
Y de rosa es su color.

La juventud se presenta
De oro y púrpura vestida,
Y con la frente ceñida
De guirnaldas de rubí.

Con su eléctrica mirada
Dorado el mundo divisa
Con placentera sonrisa
Tras el prisma del placer:

Sentimental y ardorosa
Se abrasa en su propio fuego,
Y dá á sus flores por riego
El raudal de la ilusión;

Y loca, ardiente, impetuosa
En el mar de amor se lanza,
Y mejor que en la bonanza
Navega en la tempestad;

Que del rayo en la violencia,
Y en deshechos aquilones,
Halla místicas fruiciones
Batallando la pasión.

La edad viril luego asoma
Envuelta en cárdeno manto,
Y en su faz el desencanto
Se comienza á bosquejar.

Viste de oscuros colores
La vejez de rostro enjuto,
Como el emblema del luto
Que lleva en el corazón.

Y presto la negra noche
Se presenta de la vida,
La senectud suspendida
Del sepulcro en el umbral.

Por eso el alma medita
Melancólica en esta hora,
En que el espacio se dora
Y se oscurece veloz;

En que los pájaros cantan
Con melodiosa tristura
Del follaje en la espesura
Al ponerse el regio sol;

En que en la umbrosa campiña
El ganado triste muge;
En que la aguda ala cruje
Del grillo con triste son.

Porque á los entes que vida
Les dió la naturaleza,
Los transforma con presteza,
Les modifica su sér;

Cual modifica y transforma
Esos celajes lumbrosos
En fantasmas tenebrosos
Que á la tierra bajarán

En triste niebla resueltos
A extenderse en las alturas
Y en las radientes llanuras
Donde absorbidos serán.

Y aqueste cambio de forma.
Y aqueste cambio de vida
Por otra desconocida,
Para el mortal es morir;

Desparecer de la tierra
Y quedar sólo la sombra,
En esa fosa que nombra
Sepulcro la humanidad.

Y así en lo ignoto divaga
El pensamiento atrevido

Y tinieblas, muerte, olvido,
Columbra en lo porvenir

En esta lóbrega sima
Donde se abisma la mente
Por la escabrosa pendiente
De conjeturas sin fin.

III.

Mas si es la noche apacible
Con su luna y sus estrellas,
Cambia pronto las querellas
En inefable gozar.

La noche con sus misterios,
Con sus lumbreras divinas,
Con sus nubes argentinas
Enluciendo el cielo azul;

Con sus lampos desprendidos
De la altura trasparente,
Cual luceros de la frente
De recóndita deidad;

Con la agradable frescura
De sus brisas aromadas,
Con sus flores irrigadas
De rocío celestial,

Suaviza el afán del alma,
Dá poesía al sentimiento
Y dilata el pensamiento
En sutil meditación.

Y al cabo, con el deliquio
Que produce su beleño,
Bajo las alas del sueño
Hace en el lecho olvidar

Las tempestades del alma,
Los dolores, las torturas,
Las horrendas amarguras
De la vida mundanal;

Y en deleitosos ensueños
Meciendo la fantasía,
Hasta la aurora del día

Halla descanso el afán.

Y así la noche semeja
Esa plácida penumbra
De otra vida, que vislumbra
Cabe su sombra el mortal.

Bien vengas noche
Trayendo á una
Tu blanca luna
Del día en pos.

Bien vengas noche
De clara sombra,
Sobre tu alfombra
De estrellas mil.

Bien vengas noche
El halagüeño
El blando sueño
A regalar;

Que en tu regazo
Medita el hombre
Gloria y renombre,
Fortuna hallar,

Que en tu regazo
Ve la doncella
Manar la estrella
Lumbre de amor,

Y ve en tus lampos
Gota fulgente
De amor ardiente
Del cielo caer.

Que en tu silencio
Y dulce calma
Mecida el alma
En la ilusión,

Ve con delicia
Amor do quiera
En la alta esfera

Resplandecer;

Porque tú espandes
La humana mente
En esa ingente
Bóveda azul,

Do recorriendo
Van á millares
Los luminares
La inmensidad.

Y tú enardeces
La fantasía
Mas que del día
El esplendor,

Que da á esa inmensa
Brasa del cielo,
Que funde el hielo
Con su calor.

Y tú en los pliegues
De tu ancho manto
Das al quebranto
Dulce solaz;

Y en tu regazo
Fresco y profundo,
Al fin, al mundo
Ves descanzar.

Pero si vienes con tu negrura
Honda tristura al mundo á dar,
Quédate, noche, y sea el día
Como la fría región polar.

Nunca nos traigas nubes luctuosas
Que, tempestuosas, dan el terror,
Cuando desgarra su negro seno
Hórrido trueno rebramador.

Quédate, noche, si así vinieres,
Si descendieres al hondo mar

En el alcázar del dios Eolo
De oscuro alveolo á desatar,

El aquilón que viene unido
Al rebramido de tempestad;
Si así vinieres, detén tu paso
Que aun en ocaso hay claridad;

Y el tibio rayo del sol poniente
Dando muriente, dudosa luz,
Si melancólico, es preferible
Al negro horrible de tu capuz.

CANTO A MORAZÁN.

(FRAGMENTOS.)

Ven á mi mano, americana lira,
Quiero cantar de Morazán la gloria
Con la efusión que el patriotismo inspira;
Y en la patria que adora su memoria,
Que hacerla grande y libre fué su mira,
Quiero en su duelo y en su cruenta historia
Hallar la inspiración de mis cantares,
Memorando infortunios y pesares.

Permite, Héroe inmortal, hábil Caudillo,
Qu turbe la quietud de tu morada
Y que recuerde de tu mente el brillo,
Cuando en tu mano la fulgente espada
En el valle, en la altura, en el castillo
O en ciudad de defensas erizada,
La victoria risueña te seguía
Y la frente de lauros te ceñía.

Tú eres la gloria de mi patrio suelo,
Y, al evocar tu veneranda sombra,
Alza el patriota su mirada al cielo,
Cual si buscara en la estrellada alfombra,
En los pliegues inmensos de ese velo
Que la vista recreando nos asombra,
El alma que tuviste aquí en la tierra
Para hacer á los déspotas la guerra.

De libertad y unión, en diestra mano
Tremolaste su lábaro con suerte;
Bravo en la lid, mas en el triunfo humano,
Nunca temiste ni alevosa muerte
Con que el vencido en su furor insano
En tu carrera osara detenerte,

Cuando á tomarle su postrer baluarte
Ibas llevado por Belona y Marte.

La encarnación tú fuiste de la idea
Proclamada en Setiembre de veintiuno,
Que volando del centro hasta la aldea
Adoptaron los pueblos de consuno
Sin su sangre verter en la pelea,
A la influencia tan sólo del tribuno,
Cuya voz inspirada persuadía
A romper con la hispana monarquía.

Y una sóla nación, fuerte y unida,
Poseyendo la ansiada independencia,
Condición necesaria era de vida
Que á la patria dictara la prudencia;
Mas, aquellos que sufren ruda herida
Porque á España debieron su ascendencia,
A lidiar por sus fueros se aprestaron
Y en sangre las campiñas anegaron.

....

....

Unión y libertad! tal fué tu lema,
Tal fué la llama que encendió tu pecho;
Expiación, ruda guerra y anatema
Al que hollara los fueros del derecho.
Y así al fin resolviendo aquel problema,
De obstinada teocracia á su despecho;
Levantaste á la patria sus altares
Do tuvieron los déspotas sus lares.

Mas ¡ay!....la unión y libertad que fueron
Al tronar del fusil reconquistadas,
Al mefítico aliento sucumbieron
De turbas que á la lid fueran lanzadas
Por aquellos que ciegos sólo vieron
Las horas de venganza tan ansiadas;
Y á favor de ignorancia y fanatismo
Señorea otra vez el servilismo.

Corre la sangre hermana á borbotones
Para saciar la furibunda saña

De las hordas cerriles y campeones
Que abortara en mala hora la montaña:
Desgarran la bandera, y sus girones
Ponen por orla al pabellón de España,
Como para rendir pleito homenaje
Al recuerdo infeliz del coloniaje. (*)

Pero ¿á qué recordar dias aciagos
Para la patria dias de gran luto?
¿Para qué recordar aquellos lagos
De sangre fraternal, amargo fruto
De discordia en sus hórridos estragos?
¿Para qué memorar aquel tributo
De horrorosas desdichas y dolores
Que la patria pagara en sus albores?

Adversa suerte ¡oh cara patria mía!
En fragmentos endebles y pequeños
Dividió tu inicial soberanía:
Y tus destinos grandes y halagüeños
Que en lontananza en anchurosa vía
Vislumbrara el patriota en sus ensueños,
Murieron cual las ondas luminosas
En el fondo de nubes tempestuosas.

Triste y muy cruel ha sido tu fortuna
Al romper en girones ante el mundo
La azulada bandera que en la cuna
Te cubrió, como el cóncavo profundo
Cubre estrellado la argentada luna,
Cuando el astro del día rubicundo
Se trasporta á lejanos horizontes
Tras las crestas nubosas de los montes.

....

....

¡Oh, cuánto sufre el férvido patriota
Al mirar desgarrada tu bandera,
Que en cinco tiras sangrentada y rota

(*) **Guatemala, al constituirse en República soberana, decretó su pabellón colocando en el centro los colores de la bandera española, y á los extremos los colores azul y blanco de la bandera centro-americana.**

Por la ignorancia y fanatismo fuera!
Y ¡cómo el llanto de sus ojos brota
Por la sangre fraterna que corriera,
Do tonantes los hórridos cañones
La unidad dividieron en fracciones!

¡Oh Morazán! tu gloria memoranda
No acabó con tu vida en el cadalso,
Al rudo golpe de traición nefanda!
Tú redimirnos de un principio falso
O morir ofreciste en la demanda;
Y ora mi voz hasta tus manos alzo,
Para evocar tu espíritu en ayuda
De la nación que engrandecerse duda.

Sea tu genio, oh mártir venerando,
La antorcha cuyos suaves resplandores
El camino á la patria iluminando,
Localismo, ambiciones y rencores
En aras de su amor vaya quemando;
Y que tantos y tantos sinsabores
Cubriendo con el manto del olvido,
Este Centro otra vez se vea unido.

Sea tu sangre de la unión la prenda,
De libertad el fecundante riego;
Que la patria de hoy más vuelva á la senda
Que le trazara de tu amor el fuego;
Que caiga de los ojos negra venda
De localismo repugnante y ciego,
Y sea, en fin, libérrima tu historia
Brillante ejemplo de civismo y gloria!

A LA LUNA.

I.

¡Oh tétrica Luna, cadáver errante
De un mundo que yace rodando en el cielo!
¿Qué fué de tu fuego ,que en llama flagrante
Por anchos volvanes brotaba tu suelo?

¿Do están esos mares que en cuencas profundas
Revelas que fueron tus costas bañando?
¿Do están tus campiñas, tus selvas fecundas,
Tus rios y arroyos tus tierras surcando?

Tus aires, tus nubes que el Sol las tiñera
De púrpura y gualda, de nácar y rosa,
Tu bóveda haciendo asaz placentera
Cuando eras de vida la fuente abundosa,

¿Do están, triste Luna? De tí se alejaron
Y fría y sedienta dejáronte inerte;
Oscuro tu cielo cual tumba dejaron
Y fuiste de entonces mansión de la muerte.

La ciencia que ha visto tu suelo de escoria
A tí dirigiendo su augusta mirada,
Ha leido en tu suelo tristísima historia,
Ha visto en tus yermos la vida acabada.

Incógnita fuerza formó en tu contorno
Tremendo vacío con ímpetu ciego;
Tu atmósfera y linfas perdiste al trastorno,
Se alzó de tu centro volcánico fuego;

Y entonce emitiendo cual magno incensario
Por miles de bocas en humo tu aliento,
Te hiciste de lavas tu propio sudario
Y extenso sepulcro te dió el firmamento.

Ni Fauna ni Flora ya animan tus campos,
La lluvia no apaga la sed de tus tierras,
Ni el rayo fulmina sus fúlgidos lampos
Vistiendo de lumbre tus ásperas sierras.

No tienes celajes, no tienes aurora,
El Sol no arrebola jamás tu horizonte;
Un lóbrego cielo que nunca se dora
Informe desciende allá en ultramonte.

En tí nada vibra; ni el pájaro canta,
Ni el viento susurra, ni el agua murmura;
Mutismo horroroso, silencio que espanta,
Doquiera el desierto refleja tu albura.

Te arrulla en su seno la calma profunda,
La paz de la inercia te sigue en tu giro,
Estéril vacío tu globo circunda,
No se oye en tu suelo ni un sólo respiro.

Y así eres ¡oh Luna! el frígido espejo
Do el rey de planetas, quebrando su rayo,
Le envía á la tierra su tibio reflejo
Cuando él se trasmonta del día al desmayo.

II.

Mas tal como tú eres, razón de ser tienes;
Supérfluo nada hizo la sabia natura:
Si flores no adornan tus áridas sienes,
Si yerta recorres la expléndida altura;

Si no tienes bosques do al ciervo persiga
La flecha argentina del arco de Diana;
Si tu álgido seno vivientes no abriga
Y no te dá Aurora sus tintes de grana;

Si llevas tus frias volcánicas bocas
Allá entre los astros do inflama la vida
Quizá hasta en la arena, quizá hasta en las rocas
Y tienes no obstante tu llama extinguida;

Tú eres de un mundo la fiel compañera
Que en flujo y reflujo mantienes los mares,
Que mueves los fluidos que envuelven su esfera
Con él recorriendo los ciclos solares

Formando meteoros, tiñendo su nubes

Con tinte de perla, con orlas de plata
Do místicas sombras, etéreos querubes
Tu plácida lumbre en ellas retrata.

Por eso cual Diosa te vieron los hombres
Bajar á la tierra, bañarte en sus mares;
Tuviste atributos y poéticos nombres
Y así te adoraron en templos y altares.

Y aunque ha fenecido la era pagana,
Te adora en las selvas sencillo el salvaje;
Del Sol te proclama la esposa galana,
Te dá en las estrellas brillante linaje.

Y aun eres emblema de mística creencia,
La fé sarracena te opone á la cruz;
Y has visto en combates de horrible violencia
Reñir las naciones por Mahoma y Jesús.

....

Prosigue tu marcha, nocturna lumbrera,
Enluce de este orbe la lúgubre noche;
Unida prosigue con él tu carrera
Y sea así eterno de tu órbita el broche.

Que siga tu disco sirviendo de mira,
Do alivio columbren mundanos dolores,
Y sigan tus rayos vibrando en la lira
Del vate que canta sus tiernos amores;

Que si eres cadáver que yerto caminas,
Y llevas de escoria luctuosa mortaja,
Son poéticas, Luna, tus gélidas ruinas,
De Urania en el plectro tu nota no baja.

JUAN JOSÉ BERNAL.

Pocos son en Centro-América los que, juzgadas sus producciones literarias con arreglo á la crítica y las prescripciones del buen gusto, han alcanzado imperecedero renombre y una fama digna de traspasar nuestras fronteras. Entre ellos los hermanos Diéguez, Fray Matias Córdova y Batres Montúfar están allí, en primera linea, resplandeciendo con sus obras y dando motivo á la patria para que pueda presentarse ante el mundo literario con el noble orgullo que es natural le inspiren ingenios tan originales y fecundos como esos, que compusieron con acabada maestría y feliz inspiración bellísimas poesias líricas, delicados y tiernos madrigales, filosóficas epístolas y poemas dignos de figurar al lado de los que, al presente, dan honra y brillo á la literatura española.

Tiempos verdaderamente gloriosos fueron aquellos en que alboreó la musa centro-americana, presagiando con sus rayos de clara é intensa luz el más espléndido y hermoso día; pero como si tal alborada hubiese sido más que suficiente para inundar de resplandores el cielo de las nacionales letras, no bien se eclipsaron los primeros astros de nuestra poesía, permanecimos durante largo tiempo sin que fulgurasen en sus horizontes nuevos destellos, que vinieran á completar la emanación luminosa de los vates que nos precedieron. Parecía que los genios de la poesía hubiesen huido de nuestras vírgenes selvas, espantados por el sordo estruendo de nuestras luchas fratricidas, y que ya no volverian á ser cantadas las tardes de Abril,—

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,

De diáfanos vapores y nublados,
De negros nubarrones perfilados
De oro y azul y espléndido arrebol;
En que trasciende la regada tierra;
De las *rozas* el humo al cielo sube,
Y se ve sobre el fondo de la nube
Caer la lluvia dorada por el sol,—

con aquella fácil facilidad y donaire inimitables con que lo hizo Juan Diéguez, poeta altamente original é intencionado, cuyas poesias semejan brillantes ramilletes de húmedas y aromatizadas flores, siendo

"una luz temblorosa cada hojilla,
destilando su gota de cristal."

Al pensar en aquella época primitiva de nuestros líricos, no podemos negar el puesto distinguido que entre ellos ocupa Fray Matias Cordova, quien fué de nuestros mejores literatos de fines del siglo pasado y principios del presente y que, desde un principio, dotó á nuestra literatura de composiciones tan admirables como "*La tentativa del león y el éxito de su empresa,*" bautizada por él con el modesto nombre de "*Fábula moral,*" cuando esta pieza literaria, por su extensión, (consta de mucho más de cuatrocientos piés endecasílabos,) y más aún por su tono elevado y sostenido, da á conocer cierta tendencia á la epopeya, que prueba el gran ingenio de su autor. Propios y extraños han calificadó de notable esta producción, de la cual dice el erudito don José Milla que su introducción acuerda la de la Ilíada, el más grandioso de los poemas épicos de la antigüedad. Pensamientos morales profundos, descripciones de la naturaleza vivas y animadas y un desenvolvimiento acertado de la teoría filosófica de la superioridad del hombre sobre los demás seres de la creación, todo esto resplandece en los castizos y sabrosos versos del poeta dominicano, que al cantar un asunto que parece, á la

primera vista, trivial y común, supo revestirlo de una importancia é interés recomendables y sugetarlo á una forma esencialmente poética, merced á la grandeza de su numen y á lo hermoso y puro de su estilo. Cristalinas fueron las aguas de las fuentes en que los primeros poetas centro-americanos bebieron su inspiración, como bien puede verse en la siguiente descripción de un bosque, que leemos en el poema enunciado:

............llega
Al sitios majestuoso consagrado
Al genio reflexivo. Las Napeas
Con el dedo en los labios, á los Faunos,
Que avanzan por mirarlas más de cerca,
Silencio imponen, y las blandas alas
Zéfiro con sorpresa mueve apenas.

Duerme la ninfa de una clara fuente
Que deja ver su reluciente arena,
Después copia los sauces de la orilla
Y más en lo profundo representa
La pespectiva augusta de los cielos,
Por la parte oriental, que Febo incendia.
¡Qué hermoso carmesí! ¡qué franjas de oro!
La avenida de luz por allá deja,
Sobre un hermoso fondo azul celeste,
Un jaspeado color de madreperla....

A la gloria de los Diéguez y de Fray Matias Córdova, que de original y delicada manera iniciaron el cultivo de la gaya ciencia en Centro-América, está vinculada la de José Batres Montúfar, el ingenioso autor de las "Tradiciones de Guatemala," entre las cuales admíranse en cada estrofa rasgos tan naturales como estos:

Sucedió, pues, (y es cuento verdadero
Bajo nombres supuestos y fingidos)
Que había en Guatemala un caballero,
De estos antiguos tipos escogidos,

Rico de cuna y rico de dinero,
De setenta años largos y tendidos,
Llamado don Pascual, que de Dios goce,
De aquellos que comian á las doce.

Hombre de honor, viudo, buen cristiano,
De calzón corto, bata de indianilla,
Chupa bordada, capa en el verano,
Zapatos en invierno, con hebilla,
Peluquín con coleta, barbicano,
De carey los anteojos, sin pantilla,
Que rarísima vez los ocupaba,
Pues sólo para leer los empleaba.

Vestíase á las seis de la mañana,
Iba á misa, tomaba chocolate,
Asomábase un rato á la ventana,
Rezaba el *Pueri Dominum laudate*,
Sentábase á comer con buena gana,
Fumaba su cigarro por remate,
Dormía siesta, y cuando no dormía
La cabeza sin falta le dolía.

¿Quién habrá que al leer aquellas magistrales tradiciones, no admire la graciosa originalidad y la sal ática en que abundan "*Las falsas apariencias*," el "*Don Pablo*" y "*El Relox*"? Obras como estas no han sido superadas después por ningún centro-americano, y patentizan que antes de ahora tuvimos poetas verdaderamente originales y felices, que nos han legado en sus versos valiosos tesoros que apreciar y un digno ejemplo que seguir.

Sin embargo,—y aquí llegamos al punto que tuvimos en mira al hacer las anteriores consideraeiones,—refiriéndonos á Centro-América en general, debemos confesar, lisa y llanamente, que hasta hace pocos años comienza á notarse un movimiento regenerador en nuestras letras, qua nos hace recordar los tiempos de su esplendor y gloria. Antes de ahora, exceptuando á muy pocos poetas, los demás alcanzaron un

período, sino de absoluta decadencia, al menos de punible abandono, cuando no de servil y mal acertada imitación. Los jóvenes, desdeñando las bellezas en que abundan tanto los clásicos españoles como nuestros primitivos poetas, diéronse á copiar malos modelos, sin sujetar la acalorada fantasía á las leyes del buen gusto y reconociendo por única escuela la del romanticismo, de la cual solamente tomaron lo extravagante y exagerado.

No se nos oculta que la ruptura del pacto federal, que hizo de una sóla nación cinco pueblos endebles y raquíticos, vino á aumentar el atraso en que iban cayendo nuestras letras y á ser poderosa causa para que permanecieran detenidas en su movimiento progresivo. Los elementos que antes constituian una literatura nacional bastante adelantada ya, si consideramos la época en que floreció, quedaron por aquel hecho divididos entre los Estados que formaron la antigua patria, sin que tuvieran la fuerza y la vida que les comunicaban la estrecha unión de las ideas y la mancomunidad de los intereses y de las aspiraciones. Pasada la época azarosa en que después se vieron envueltos estos paises, como una legítima consecuencia de aquel lamentable acontecimiento de nuestra historia política, cada República ha venido, aunque paulatinamente, cimentando, al propio tiempo que sus instituciones sociales, su naciente literatura, sumida por largo período en lamentable postración é inercia.

Acallada un tanto la voz de las pasiones de partido y al amparo de la paz, la civilización ha tocado á nuestras puertas, y la juventud de las dos últimas generaciones se empeña en pacíficas luchas intelectuales, para conquistar á la patria gloriosos blasones, así como lo hicieron Fray Matias Córdova, Goyena, Rivera Maestre, Irizarri, Alvarez Castro, Batres Montúfar, Milla, el Padre Reyes y los Diéguez.

Refiriéndonos ahora particularmente á la Repú-

blica del Salvador, observamos que en el número de los que han seguido dignamente el ejemplo de aquellos celebrados ingenios, se encuentra, y en lugar muy distinguido, JUAN JOSÉ BERNAL, que entre nosotros ha levantado la poesía á considerable altura, abriendo nuevos derroteros á la inspiración y al talento de la juventud y marcando una era de renacimiento que ha sido fecunda en buenos resultados, no sólo para esta República, sino también para las demás hermanas nuestras.

Parece que la espléndida región en donde nació BERNAL, comunicó á su mente el calor del Izalco y las galas de aquella exhuberante y portentosa naturaleza.

Su vida presta mucho asunto para una detenida biografía: alma de fuego, fantasía brillantísima, artista en la verdadera acepción de la palabra, desde joven muéstrase interesante en medio de la sociedad, y canta con pasión y ternura, aguijoneado por los misteriosos anhelos que fatigan á los espíritus superiores, haciéndoles producir obras que causan la admiración general, ya sea por lo sentidas ó ya por lo sublimes y elevadas.

A la edad de veinte años, BERNAL ya escribe buenos versos, y es bastante conocedor de las bellezas de los principales modelos de la literatura castellana; se ensaya en seguida en diferentes géneros de poesía, y sale airoso en su empresa, pues alcanza en todos ellos una perfección relativa, que á muy pocos les es dado comunicar á sus primeras producciones.

Dolores fingidos y quejumbrosos ayes de poetas ramplones, lejos, muy lejos están de las poesias de BERNAL, porque siempre que ha pulsado su lira ha sido obedeciendo á los impulsos del sentimiento. Todos esos infortunios, pesares y tristezas que se reflejan en las notas melancólicas de sus trovas, del fondo del alma le nacen y no son como las ridículas ficciones con que muchos de los que pretenden figurar en el reducido campo de la literatura salvadoreña se pre-

sentan diariamente al público en nuestros periódicos, para recojer tan sólo la burla de unos y la sarcástica compasión de otros.

Bernal ha hecho de la poesía la religión de las lágrimas y de los suspiros, el encantado sueño de las ilusiones y esperanzas del corazón y el bálsamo consolador de las congojas y dudas que experimenta el alma en estos tiempos de terrible indecisión y materialismo que alcanzamos. El amor, la fé en las creencias y la felicidad de los años juveniles, retrátanse en sus primeros versos. Ha interpretado en ellas el misterioso lenguaje de las flores y las estrellas en una apacible noche de luna y, al confiarlos á las brisas, ha robado á las aves la sencillez, la ternura y la armonía de sus gorgeos. Otras veces, enardecida su mente por el fuego divino que convierte á los vates en inspirados profetas, nos ha hecho entrever en sus concepciones las delicias de otro mundo, donde el alma, despojada de la materia, vive en las regiones infinitas de la espiritualidad.

Arde á veces en sus versos la inspiración atrevida, arrebatadora; y á veces, corre tranquila y suave, como mansa fuente que retrata el azulado pabellón del cielo. Pasado el fuego de la soñadora adolescencia, canta á la naturaleza, é imita el rumor que producen las olas al romperse en la menuda arena de la playa, ó remeda en sus armonias las distintas manifestaciones de la infinita poesía del Universo.

Cuando Bernal vió disiparse sus ilusiones más queridas y sus brillantes ensueños de poeta, sintió en el corazón el hielo de la duda y tembló ante la triste realidad de la vida: entonces las cuerdas de su lira, heridas por el desencanto, produjeron notas tristes y desgarradoras, hijas de la más profunda melancolía. Su corazón, extremadamente sensible, había obedecido á las leyes de la naturaleza y buscado en el amor esa felicidad suprema é indefinible con que todos soñamos á los veinte años; pero al propio tiempo que experi-

mentó deleitosas emociones, padeció tristes desengaños y, joven todavía, fué su primer amor un amor sin esperanza, ilusión de un momento que, al disiparse como blanca nube herida por un rayo de sol, se deshizo en lluvia de lágrimas......

Conocemos gran número de poesias de BERNAL, inéditas las más y muchas publicadas de algún tiempo á esta parte. En Guatemala pasó los primeros años de su juventud; allá hizo sus estudios y escribió quizá sus mejores versos, que conservamos en un libro manuscrito por él, bajo el título de "Quejas del alma." Campea en ellos el agradable desaliño de la espontaneidad y dan á conocer una alma buena y desgraciada ....Quien recorra esas páginas íntimas, siente deseos de llorar y se une á los pesares del joven bardo y tiembla con sus presentimientos de mayores desgracias y tristezas......

Aleccionado en la escuela de la adversidad, comunica á sus versos un fondo de filosofía que pone de manifiesto el estado de su alma casi incrédula, recelosa de los hombres y desconfiada de encontrar sobre la tierra la virtud y el amor. Poeta de sentimiento. pertenece á ese género de que habla Gustavo Planche, cuyo origen deriva del corazón, de la inteligencia, de la vida personal, y al cual corresponden las obras durables; porque BERNAL "ha pensado por sí mismo, ha conocido directamente las agonias de la pasión, las esperanzas falaces y los pesares amargos de que se compone la vida humana." Probándolo están sus bellísimas *Doloras*. Quiso imitar á Campoamor en esta clase de composición, porque en las obras de este gran poeta lírico encontró BERNAL retratados sus instintos, sus ideas y sentimientos, cuando apartó sus ojos del bullicio del mundo. Se dirá que las *Doloras* de BERNAL son dictadas por el escepticismo, y es verdad; pero es un escepticismo como el de Campoamor, que mira á las cosas y á los sucesos, que lejos de borrar la idea de la exis-

tencia divina, nos hace ser más creyentes y tener más esperanza en la felicidad futura.

Nunca pensó dar á la publicidad esas composiciones, cuya existencia se debe á la cariñosa amistad de un condiscípulo suyo, á Antonio Guevara Valdés; de lo contrario hubieran corrido la suerte de sus demás poesias, que las redujo á cenizas en una época de su vida, por demás azarosa y desgraciada.

En 1872 publicóse en "La Tribuna" una poesía de BERNAL, y desde entonces data la fama y el grande aprecio en que se le tiene entre los salvadoreños. Su modestia excesiva privó á la patria durante mucho tiempo de una gloria que, en punto á literatura, es de las más legítimas con que cuenta. Cuando en "El Cometa" dimos á entender que estaba en nuestras manos la colección de versos intitulada "Quejas del alma," que se había extraviado del poder de su autor, y que publicaríamos algunas de las piezas literarias que la formaban, nos dirigió una carta en que casi nos exigía suspendiéramos la publicación de un manuscrito que no estaba destinado para la prensa. Tuvimos que acceder á la petición del poeta, pues en aquellos dias se encontraba sometido á duras pruebas en el claustro de un colegio de religiosos de Santa Tecla, donde se había refugiado, buscando, según él nos lo dijo, un asilo para estar á cubierto, en lo posible, de las tempestades de la vida. No era, pues, oportuno publicar entonces la historia del poeta, que en la soledad de su retiro, contrita el alma y alzados los ojos al cielo, exclamaba:

"Largo tiempo seguí de los impios
los fáciles senderos
y, entretenido en locos desvarios,
de mi alma juvenil gasté los brios,
violé de la virtud los santos fueros!...."

Hoy las cosas han cambiado: BERNAL ha entrado de lleno en la carrera del sacerdocio, porque después de la misteriosa lucha moral que se empeñó en

lo íntimo de su corazón, triunfó la fé del verdadero poeta que, todo sentimiento y espíritu inmortal, no puede jamás resignarse á vivir la vida de la materia, sin batir las alas de la inspiración por las regiones eternas de la luz infinita.

Al principio, francamente, deploramos que BERNAL se entregase en brazos del misticismo, y hasta de la imprenta nos valimos para ver si podiamos hacer que, abandonando el hábito del sacerdote, viniera á formar á la vanguardia de los que nos hemos consagrado al cultivo de las bellas letras. Pero ahora reconocemos que, en vez de perderlo para ellas, la patria ha visto complacida que no ha enmudecido y, que, por el contrario, al cambiar la lira por el salterio, se ha elevado á más altura quizá con las magníficas poesias que ha compuesto últimamente. Parecíanos que por la austeridad consiguiente á la carrera sacerdotal callaría para siempre nuestro gran poeta, porque juzgamos que tanto el aislamiento como la monotonía de una vida dedicada exclusivamente á los ejercicios devotos, llegarian, sino á extinguir de su alma el fuego del sentimiento, sí á adormecer un tanto la viveza de su inspiración, y á contener los ímpetus de la idea, cuando anhela reproducirse en las cadencias de la lira.

Viviendo en medio de la sociedad, su inspiración tenía á veces mucho de vertiginosa y delirante, y entonces escribió fogosas poesias, porque es muy cierto aquello que ha dicho uno de los mayores filósofos de la antigüedad, de que el poeta lírico no forma ardientes versos á sangre fría; es necesario que la inspiración, al apoderarse de su alma, la trasporte y arrobe. Las bacantes no beben en rios de leche y miel, sino después de haber perdido la razón; su poder cesa al cesar el delirio: de esta manera hace el alma de los poetas líricos las cosas de que se lisongean. Es en las fuentes de miel, nos dicen, y en los jardines y vergeles de las musas, donde á semejanza de

abejas, vuelven aquí y allá recogiendo los versos que nos presentan; y dicen una verdad. En efecto, el poeta es una cosa ligera, alada, sagrada. Es incapaz de cantar antes que llegue el delirio del entusiasmo; y hasta entonces no hace versos ni pronuncia oráculos.... Quitándoles la razón, tomándoles por sus ministros como profetas y adivinos sagrados, quiere el Dios enseñarnos que no dicen por sí mismos cosas tan maravillosas, pues están sin juicio, sino que son simplemente los órganos por medio de los cuales nos habla."

Pero no en todas sus poesias se manifiesta el poderoso numen ni aquel entusiasmo poético, del que dice Platón que es una especie de delirio al cual deben los poetas sus hermosos cantares. Hubo ocasión en que la timidez de su carácter le acortó el vuelo, y quizá asustado de su intento creador y del mágico arrebato de la inspiración, dejó caer el arpa de sus manos, cuando empezaba á arrancarle las maravillosas armonias; así vemos que, pasado ese momento de éxtasis divino, produjo una que otra poesía despojada de aquella arrogancia en que abundan las más con que ha enriquecido nuestro Parnaso.

A pesar de las agitaciones de su alma, Bernal se dedicó en su mocedad á trabajos de aliento, tratando de salvar el estrecho círculo que el mal ejemplo ha trazado á nuestros ingenios. Escribió dos dramas y una tragedia, que en Guatemala han quedado extraviadas, sin que su autor sepa el paradero de tales obras, ni nosotros hayamos podido haberlas á las manos, para juzgar del mérito de Bernal en este género de literatura.

Como los bardos provenzales, galante y soñador, en los salones rindió culto á la belleza de la mujer con encantadoras trovas de ese estilo oriental, que donairosamente han usado José Zorrilla en España y José Joaquín Palma en América, y que es tan propio para satisfacer los caprichos de las damas y para

embelesar los corazones de las doncellas enamoradas, pues se las trasporta á los paraisos encantados que el trovador pinta en sus versos, empapados en deleitosa poesía y llenos de los sentimientos más románticos y caballerescos.

Sus canciones eróticas son sencillas; sin esfuerzo alguno brota la poesía de su mente, ora soñadora y llena de esperanza, ligera y apasible, formando esos armónicos grupos en que abunda la idea elevada y la expresión oportuna y feliz, ora triste y sollozadora, lamentando la pérdida de las ilusiones que acompañan en bullicioso enjambre al primer amor.

Variados son los temas que han inspirado á nuestro poeta, y á él puede aplicarse lo que de José Antonio Soffia ha dicho el notable escritor Vicente Grez: una sonrisa que demuestra unos dientes de marfil, le deleita; un ramillete de flores colocado sobre un jarrón artístico, le embriaga con sus colores y fragancias: una mariposa que vuela, le deslumbra con los celajes de sus alas; y en medio de este mundo de sonrisas y armonias, inverosimil y fantástico para todos, pero real y verdadero para los poetas, él ha desplegado las alas de su inspiración y recorrido con vuelo sereno el cielo del arte y de la poesía.

Desgraciadamente, hubo vez que leyó é imitó ciertas poesias románticas de don Fernando Velarde y de otros poetas españoles como éste, que distrajeron durante algún tiempo á los aficionados á las musas en Centro-América, deslumbrándoles con estrofas muy sonoras y rimbombosas, que muchas veces contenian ideas extrañas y de mal gusto. Los versos de aquellos, bien medidos estaban; pero entre el ruido de la fraseología, se encontraban cosas como estas:

"El gran cadáver de mi amor antiguo."

....

"Cual calavera inmensa en el vacío."

Natural era que Bernal pagase también su tri-

buto; así es que, desviándose de sus inclinaciones, comunicó á algunas de sus estrofas el exagerado colorido de las que entonces se tenian por acabados modelos de elegancia en la forma y de poesía en las ideas y sentimientos. Por fortuna, en él no prevaleció el deseo de seguir imitándolas, y posteriormente se hicieron aún más correctos y castizos sus versos. Las creencias de la niñez, los recuerdos de la infancia, del nativo valle y de sus primeros desgraciados amores, le dieron ocasión para cantar en todos los tonos, con sencilla espontaneidad y con deliciosa armonía.

Quien lea poesias como las que llevan por título "*Mi angel custodio*," "*El ciprés*," "*El culto del dolor*" y otras más, no puede menos que admirar en Bernal al poeta que bien merece colocarse entre los mejores que al presente enriquecen con sus obras la literatura hispano-americana. Persona muy autorizada por su ilustración y buen criterio en esto de juzgar el mérito de un poeta, nos escribe desde París diciéndonos que las "*Doloras*" de Bernal, por sí solas, son más que suficientes para que un poeta sea tenido en mucho aún en España misma; y nosotros somos de la misma opinión. Si los literatos de nuestra madre patria estudiasen nuestro modo de ser, la historia de estos paises insipientes, y supieran que esas Doloras fueron escritas por un joven de veinte años, sin estímulo de ninguna clase y como ligero ensayo, creemos que dirian mucho en bien del barbiponiente que con tanto ingenio y filosofia puso de relieve en sus versos las locuras y veleidades del amor, los contrastes del mundo, las vanidades de la vida y lo fugaces que son las dichas y los afectos del corazón humano. Nos parece que cuando Campoamor lea tales Doloras, va á gozarse en su obra y á sonreir con ternura, al ver que aquí en estas apartadas y vírgenes selvas centro-americanas ha encontrado eco simpático ese bello género de composición suyo, que á tanta altura le ha elevado en el mundo literario.

En la nueva vida que Bernal ha adoptado, se ha hecho poeta místico, y son de un mérito indisputable sus composiciones que se intitulan "La primera comunión," "María al pié de la Cruz," "Las Santas Escrituras," "La hermosura del alma," "El Catolicismo," "El Cristianismo" y otras muchas más que sería prolijo enumerar. En sus composiciones de esta índole, no se echan de menos la ternura y belleza que predominan en sus poesias anteriores, sino que más bien se advierte en ellas más elevación en las ideas y más pureza y pulcritud en la forma, resplandeciendo en algunas esa unción divina y ese sentimentalismo esquisito que distingue á los cantores de las delicias de otro mundo que, sumidos en la meditación, sorprenden los misterios del alma y dignifican la idea de su inmortalidad. Pero no vaya á creerse que nos referimos al poeta cristiano: Menéndez Pelayo acaba de decir, al tomar posesión de su asiento en la Real Academia de la Lengua, que "poesía mística no es sinónimo de poesía cristiana: poeta místico es Ben-Gabirol; y con todo eso no es poeta cristiano: rey de los poetas cristianos es Prudencio, y no hay en él sombra de misticismo. Porque para llegar á la inspiración mística no basta ser cristiano ni devoto, ni gran teólogo ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervecencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofia primera, que va por camino diverso del de la teología dogmática. El poeta místico aspira á *la posesión de Dios por unión de amor*, y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo. Este es el *misticismo* como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda, que de él nacen una teología mística y una ontología mística, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del Sér, á que el seco razonamiento no llega; y una psicología, que des-

cubre y persigue hasta las últimas raices del amor propio y de los afectos humanos; y una poesía mística, que no es más que la traducción en forma de arte de todas estas teologias y filosofias, animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta que canta sus espirituales amores."

BERNAL, á nuestro juicio, se ha acercado bastante á la perfección y cualidades que Menéndez Pelayo atribuye á los poetas místicos, y quizá él sea en Centro-América el único que. antes ó después del Padre Reyes, ha cultivado con buen exito este difícil género, elevándose hata Dios en alas del amor, y sin detenerse á cantar cosas humanas que aquí en la tierra por lo regular se reverencian y acatan como divinas.

Si bien es cierto que alguna vez, enferma su alma, cantó lleno de escepticismo desconsolador, también lo es que tal estado de su espíritu fué pasajero, duró lo que una nube negra que, arrastrada por el viento de la tempestad, vela sólo por un instante los fulgores del sol. Los versos que compuso en la adolescencia están impregnados de sentimientos religiosos, y por lo regular las creencias que desde niños veneramos y tenemos como redentoras y como origen de nuestras primeras impresiones poéticas, difícilmente huyen del todo de nuestra alma. Las contrariedades de la vida engendran, es cierto, la duda y el hastío; pero bien pronto buscamos en Dios el consuelo á nuestros dolores y tornamos á ser lo que al principio fuimos, cantando llenos de fé y esperanza. Con razón se ha dicho que la estrecha afinidad de la naturaleza humana con las creencias religiosas, no se manifiesta sino en el dolor; asi es que en BERNAL. al entonar himnos de gratitud y amor á Dios, se operó una evolución y no una revolución. Purificáronle los padecimientos. tuvo suficiente grandeza de alma para levantarse de sus caidas; y el amargo desengaño que se traslucía en sus versos, ha venido á ser ahora espiritual y mística tristeza de una alma,

limpia ya de toda culpa, que agita las cansadas alas aspirando á sus destinos inmortales.

Además de poeta distinguido, es prosista correcto y fácil, que ha ilustrado la prensa salvadoreña con notables producciones sobre política, legislación y literatura. Estudió Jurisprudencia en Guatemala, y muy joven todavía incorporóse en el cuerpo académico del Salvador. En Santa Ana, su ciudad natal, desempeñó la Judicatura de 1ª Instancia y fué Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Ha sido excelente profesor, y tanto en la cátedra como en el foro, ha resplandecido su talento, al través de su modestia y de su caracter tímido, porque hay que advertir que Bernal desconfia de sí mismo, teme aparecer superior á los demás y hasta llega á mostrarse pequeño. humilde ante quienes tienen á grande honra llamarse discípulos suyos.

No hemos tenido el placer de oírle hablar en la cátedra sagrada; pero cremos que serán sus discursos muy bellos en la forma y en las ideas, aunque desconfiamos que reuna á estas inapreciables cualidades las demás que dan realce y sirven como de lujoso adorno á las producciones de los oradores.

Cuando Bernal abrazó la carrera del sacerdocio, como lo habrá observado el lector, ya era un jurisconsulto notable, que había ocupado elevados puestos, merced á su vasta ilustración; pero esta, mediante los nuevos estudios que ha tenido que hacer para alcanzar el título de Presbítero, ha acrecentado su caudal, y al presente es nuestro poeta, sin duda alguna, una de las lumbreras de la iglesia salvadoreña, que, al lado del doctor don Juan Bertis y del Canónigo don J. Antonio Aguilar, está destinado, como estos ilustrados sacerdotes, á dar honra y brillo al gremio á que pertenecen.

Bernal debe estar tranquilo: se ha apartado del ruido del mundo, dejando en él imperecedero recuerdo y generales afecciones; pero no debe ol-

vidar que está en el deber de acrecentar las glorias de la patria con sus cantares. Nació poeta, y los poetas, así como los apóstoles de Dios, deben iluminar la conciencia del pueblo haciéndole amar la moral y corrijiendo sus malas costumbres. La poesía es poderoso agente de civilización; y Bernal, no lo dudamos, seguirá cumpliendo con su destino, cantará siempre y dejará caer sobre nuestras almas, como lluvia del cielo, las notas melancólicas y tiernas de su místico laúd.

A SANTA ANA.

(EN LA AUSENCIA.)

I.

Salve, ciudad deliciosa,
Que entre cerros y colinas
Tus bellezas peregrinas
Ocultas, y tu esplendor,
Como la virgen que púdica
Oculta tras denso velo,
Solícita y con anhelo,
Su semblante encantador.

Salve, bendecida tierra,
Donde quiso la fortuna
Que se meciera mi cuna
De las brisas al rumor!
Quiera el cielo que produzcas
Frutos mil con abundancia,
Flores de suave fragancia,
Aves de bello color.

Salve, jardín perfumado,
Que produces á millares
Rosas, nardos, azahares,
Tulipanes y jazmín:
Desde lejos te saludo,
Tierra de dicha y encanto,
Y te consagro mi canto
Del destierro en el confín.

Y te invoco reverente
Para cantar tus delicias,
Y te ofrezco las primicias
De mi musa baladí;
Soy hijo tuyo, he nacido
En tu seno virginal;
Pero el destino fatal
Me ha separado de tí.

¡ Ojalá cantar pudiera
La dulzura de tu ambiente,
De tus rios la corriente,
De tus bosques el verdor;
Entonces, no acabaría
De celebrar tu hermosura;
Mas no tengo la ventura
De bosquejar tu esplendor.

No, yo no tengo la dicha
De celebrar, patria mía,
Con dulzura y armonía
Tu hermosura sin igual;
Pero, al menos, quiero amante,
Olvidando mis pesares,
Consagrarte mis cantares,
En prueba de amor filial.

Aquí, lejos de tus valles,
Arrojado de tu seno,
Habitando hogar ajeno,
Sin consuelo ni placer,
Me imagino día y noche,
Que estoy viendo tus llanuras,
Tus corrientes de aguas puras
Y tus montes creo ver.

Me imagino tu volcán
De verdura engalanado,
Por las nieblas azulado
Hasta las nubes llegar,

Como un gigante deforme
Que se levanta orgulloso,
Pretendiendo jactancioso
Hasta á los cielos llegar.

En mi ilusión otras veces
Recostado yo me creo
A orillas de tu Apanteo,
En delirio celestial;

Y miro correr sus aguas,
Tan puras y cristalinas,
Cual las gotas diamantinas
Del rocío matinal.

Yo veo á tu alrededor
Grandes plantios de caña,
Y al Oeste la montaña
Del pinar miro también ;

Más allá veo tus huertas,
Que producen limoneros,
Corpulentos cocoteros,
Naranjales y café.

Escucho también el ruido
De tu pueblo laborioso,
Que en la mañana afanoso
Se encamina á trabajar ;

Y cuando en su ocaso el sol
Ha ocultado sus fulgores,
Yo veo á los labradores
A sus casas regresar.

II

En tu seno bendecido
Yo pasé mi dulce infancia,
Ví exhalarse la fragancia
De mi hermosa juventud ;

Y de entonces coronando
Mi sien pálida de flores,
Yo cantaba tus primores
Al compás de mi laud.

¡ Ay ! entonces yo tenía
Una madre cariñosa,
A quien cubre hoy una losa
De tu oscuro panteón :
Ella amante me enseñaba,
Con su fé sincera y pía,
A elevar hacia María
Balbuciente mi oración.

Era un tiempo de inocencia
De tranquilo y puro goce,
En que el hombre aun desconoce
Los misterios del vivir ;
Era el tiempo en que soñaba
Con placeres, con amores,
Y en mis sueños seductores
Me halagaba el porvenir.

Era un tiempo en que tenía
Un hermano y un amigo,
Que en tus florestas conmigo
Solía junto vagar;
Y que ahora arrebatado
Por el raudo torbellino
De su bárbaro destino,
Más allá del ancho mar,

Ya no puede consolarme
Con solícita ternura
Cuando viene la amargura
A corroerme el corazón :
Ya no viene cariñoso
A sentarse junto á mí,
Y á elevar ambos así
Nuestra lánguida canción.

Yo también estoy proscrito
De tus plácidos jardines,
De tus bosques de jazmines,
En extranjero país,
Donde errante, sin familia,
Sin amores y sin gloria,
Solo llevo la memoria
De nuestra infancia feliz.

Pobre pluma que arrebatan
Los furiosos vendabales,
Los desiertos arenales
De la vida cruzaré;
Sin hallar en mi camino
Compasiva una belleza
Que sostenga mi cabeza
Cuando me falte la fé!

Bella patria, ¿qué será
De tu hijo desgraciado?
¡Ay! talvez ya no le es dado
El volverte á contemplar ;
Mas, al menos, oye el eco
De esta lánguida canción,
Que su amante corazón
Te quiere ahora consagrar.

Acójela, que es de un hijo
Que te ama y que te adora,
Y que ardiente al cielo implora
Que le conceda volver,
A disfrutar tus dulzuras,
Y olvidar lo que ha sufrido
Todo el tiempo que ha vivido
Sin tus gracias poder ver.

A UNA NIÑA.

Eres bella, niña hermosa,
Cual la rosa
Que se mece en el pensil;

Como el lirio perfumado,
Acariciado
Por las auras del Abril.

En tus virginales sienes,
Niña, tienes
La aureola del querub;

Y en tu frente de alabastro
Brilla un rastro
De inocencia y de virtud.

De tus ojos agraciados,
Impregnados
De tristeza y de candor,
Se desprende una mirada
Iluminada
Por los rayos del amor.

Tú no tienes en tu historia
Una memoria,
Que te llene de ansiedad,
Pues hasta hoy no has mirado,
Ni palpado
La terrible realidad.

I si los misterios quieres
I placeres
Penetrar del porvenir,
Te entusiasmas, y en tus sueños
Halagüeños
Te imaginas muy feliz.

Tu alma pura, inmaculada,
Está adornada
De inocencia y de candor,
Como el cisne sin mancilla
Que en la orilla
De los lagos es la flor.

Nunca pretendas descifrar ansiosa
De la existencia el insondable arcano,
Porque en terrible agitación, llorosa,
Irás buscando tu ventura en vano.

No quieras nunca descorrer el velo
Que oculta de las almas el santuario,
Porque verás, con triste desconsuelo,
Las hondas simas del dolor nefario.

Mira mi joven, abatida frente
Como una flor que marchitó el Estío;
Mira mi angustia y espresión doliente
I el infinito sufrimiento mío.

Pues bien! un día como tú, anhelante
Soñé un hermoso porvenir de gloria,
Quise mi nombre con blasón brillante
Grabar audaz en la futura historia.

Quise atrevido remontar mi vuelo
A las regiones donde el estro habita,
Quise los goces disfrutar del cielo
Con sed mundana y ambición maldita.

Llevé á mis labios la dorada copa,
Que los deleites del amor encierra,
Y en mi entusiasmo y alegría loca
Juzgué muy pobre para mi la tierra.

Por un momento me creí dichoso,
Débil pigmeo me creí gigante,
Porque abrigaba corazón fogoso
Y era feliz en mi ilusión amante.

———

Mas ¡ay! yo no sabía que aquesos pensamientos
Que tanto recreaban mi mente juvenil,
Serian cual las hojas, juguete de los vientos,
Serian cual las flores pintadas del Abril.

Entonces ignoraba que todo lo destruye
El tiempo en su carrera tan rápida y fugaz,
Que todo aquí en la tierra muy presto se concluye
Sino es de los dolores el aguijón tenaz.

Pobre hijo de la tierra, juzgaba mis delirios
Sublimes concepciones, de Dios emanación;
No había yo sentido los hórridos martirios
Que ahora despedazan mi pobre corazón!

Aprende, niña bella; no busques incansable
La dicha en las criaturas, la dicha no está aquí;
Si un día tú no quieres llorar inconsolable,
Desprecia los encantos del mundo baladí.

Los hombres no comprenden lo ideal ni lo sublime,
Los hombres todo lo ajan y tratan con desdén;
Tú tienes blancas alas, el alma se redime,
Levanta el raudo vuelo, tu patria es el Edén.

No dudes, no vaciles; es tiempo todavía,
Mañana será tarde, y acaso no podrás;
Te aguarda allá una madre, la sin igual María,
De quien virginea palma, feliz, recibirás.

———

EL DOLOR.

"Y encontré mi ilusión desvanecida
Y eterno é incansable mi deseo:
Palpé la realidad y odié la vida;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

ESPRONCEDA.

Hartas desgracias, sufrimiento y pena
Han destrozado mi existencia ya;
Está la copa de amargura llena,
Hasta los bordes rebosando está.

Noches eternas de dolor y duelo,
Horas nefandas de ansiedad sin fin,
Se han deslizado con tardío vuelo
Sobre mi frente despreciable y ruin.

Nada me resta! mi esperanza ha muerto
Con las amantes ilusiones mias,
Solo me quedan, cual despojo yerto,
De mis recuerdos las cenizas frias.

Aun no he pasado la feliz edad
En que se sueña porvenir y amores,
Edad bendita por el cielo asaz,
Edad de creencia, de entusiasmo y flores;

Y ya me veo desgraciado y triste,
Sólo y perdido en la mitad del mundo,
Dudando acaso si en el mundo existe,
Dolor que iguale á mi dolor profundo.

Rico en un tiempo de esperanza y fé
Con mano incierta preludié mi lira,
Y en mi entusiasmo con ardor canté
Las dulces trovas que el amor inspira.

Creí que eterna mi pasión sería
Como una peña en la mitad del mar,
Que va sus olas á estrellar bravía
Al pié de aquella con furor audaz.

Y delirante en mi pasión sublime
Lágrimas tiernas derramé de amor,
Y cual el viento, que en la noche gime,
Lancé un suspiro desgarrante, atroz.

Fueron muy gratas las visiones suaves
Que en mis ensueños amorosos tuve,
Dulces cual trinos de canoras aves,
Puras cual blanca y trasparente nube.

Tú no alcanzaste á comprender jamás
La noble idea de mi amor tan tierno;
Oh! nunca, nunca compreder podrás
Ese infinito sentimiento eterno!

Por eso oiste con desdén mis quejas,
Por eso risa te causó mi llanto,
Cuando, entre brumas, á tus pardas rejas,
Iba á ofrecerte mi aflijido canto.

Tú me juzgastes impostor, mentira
Creiste acaso mi sublime amor;
Y es que tu inquieto pensamiento gira
En otra esfera de ambición mayor.

Viste en mi frente marchitada y mustia,
De los pesares la tremenda huella,
Adivinaste mi interior angustia
Y te espantó mi moribunda estrella.

Te sorprendiste al contemplar la suerte
De la mujer que se consagre á mí;
Temiste acaso por mi amor perderte,
Y en duda horrible vacilar te ví!

¡Oh! no te culpo, virginal criatura,
Nada tenía que ofrecerte yo;
La suerte impía, con su mano impura
Hasta mis sueños de placer rasgó.

Nada valía mi cantar tan triste,
Ni de mi lira el moribundo son;
Indiferente, serafín, oiste
Mi vago acento, mi fugaz canción.

No era tu síno atravesar los mares
De la existencia sin timón ni guía,
Solo escuchando lánguidos cantares
Y el ronco estruendo de la mar bravía·

Era más alta tu misión, debía
Ser tu belleza idolatrada aquí:
Estás dotada de tan gran magía,
Que más pareces celetial hurí!

Goza, pues, niña, tu amoroso ensueño,
Busca en la tierra tu supremo bien;
Y entre los brazos de tu amante dueño
Dobla tu blanca y perfumada sien.

No te importune la fatal memoria
De mi pasión desventurada y triste;
Olvida, olvida tan funesta historia,
La desventura para tí no existe.

Sólo un favor en mi agonía quiero
Que bondadosa me concedas tú,
Divina virgen de mi amor primero,
Blanco lucero de benigna luz!

Quiero que el día que infeliz sucumba
Al grave peso de mi suerte impía,
Visites tú la solitaria tumba,
Donde descanse mi ceniza fría.

Y si el destino me persigue atroz,
Y de los mares á merced me entrega,
Lánguida eleva tu plegaria á Dios
Y por mi dicha compasiva ruega.

Ruega amorosa por el triste poeta
Que sus cantares te consagra así;
El en presencia de la mar inquieta
Tierna plegaria elevará por tí.

Y cuando exhale en extranjera playa
De su garganta el postrimer gemido,
Talvez en alas de los vientos vaya
Flébil y triste á importunar tu oido.

Y allá en la noche, cuando tú despierta
Quieras en vano conciliar el sueño,
Verás entrar por la entornada puerta
Vago un espectro de ademán risueño.

Será mi sombra que á tu alcoba llega
Sin un sudario de fatal crespón,
No vengadora, convulsiva y ciega,
Sino cual blanca sideral visión.

Irá á rendirte su homenaje tierno
De gratitud, sinceridad y amor;
Y allí sabrás el sacrificio interno,
Que de mi vida te ofrecí en la flor.

¡Ah! no te asuste mi doliente sombra,
Cuando se acerque vagarosa á tí;
Con leve paso cruzaré la alfombra
Y tu almo sueño velaré hasta el fín.

Doquier que vayas seguiré tus pasos,
Sin que lo sepas á tu lado iré,
Cuando desmayes te tendré en mis brazos,
Siempre tu genio tutelar seré.

Siempre! ya sea que te halague el ruido
De los festines que los hombres dan,
Entre la turba vagaré perdido
E iré gozando de tu ardiente afán;

O bien ya sea que doliente llores
Entre las nieblas de la noche fría,
Sobre los restos de marchitas flores,
Conque prendiste tu cabello un día;

Allí estaré para aliviar tu pena,
Tendré palabras que te den consuelo,
Hasta que vuelvas con la faz serena
A ver ya limpio y trasparente el cielo.

Siempre seré tu cariñoso amigo
Y en tu agonía sontendré tu sien,
Hasta que vayas á vagar conmigo
Por los jardines del florido Eden.

A TERESA.

(EN SU CUMPLE-AÑOS.)

> Por ver un rayo de tu mirada,
> Sentir tu aliento, seguir tu huella,
> Yo te daría
> El mejor carmen de mi Granada,
> Mi mejor torre de Andalucía
>
> ZORRILLA.

En otros tiempos, dicen, que había
Gratos cantores en los festines,
Que recreaban con su armonía,
Entre las flores de los jardines:

Que de un castillo por los salones,
Al dulce acorde del laud sonoro,
Público hacian, con sus canciones,
De alguna bella dama el decoro:

Que celebraban de caballeros
Enamorados la fiel ternura,
Cuando galantes lidiaban fieros
Por congraciarse con la hermosura.

Mas ya pasaron tan bellos dias
Con sus torneos y trovadores,
Sólo nos quedan memorias frias
De sus cantares y sus amores.

Y tú alcanzaste dias bien tristes,
Cuando el cinismo reina en el suelo;
Pero en la tierra proscrita existes,
Tornarás, angel, muy pronto al cielo.

Talvez oyendo la misteriosa,
Grata leyenda de edad lejana
Habrás soñado, niña graciosa,
Ser de un castillo la castellana.

Y habrás creido que á los reflejos
Del tibio rayo de blanca luna
Vibrar escuchas, allá á lo lejos,
En dulce acorde gaita moruna.

Y habrás deseado tener palacios
Y ser la reina de los festines,
Joyas preciosas, ricos topacios,
Y enamorados cien paladines.

Y habrás deseado que un caballero
Hiciera el mote de su alta empresa
Tu dulce nombre, suave, hechicero,
Tu bello nombre, linda Teresa.

Y habrás deseado que él eligiera
Los que más gustas por sus colores,
Y habrás deseado que te ofreciera
Para tu halago cien trovadores.

Permite, pues, que ahora en parte yo realice
De tus ensueños dulces la mística visión,
Escucha un breve instante al bardo que infelice
Te ofrece reverente su férvida canción.

Permite que atrevido me llegue á tu ventana
Y cante tus natales, tus gracias y tu amor;
Serás en tu castillo la hermosa castellana,
Seré por un instante tu pobre trovador.

Hurí proscrita de los jardines
Del paraiso de los amores,
Son tus hermanos los serafines,
Y te agasajan brisas y flores.

Si algún morisco tus ojos viera
Y tu faz pura, que tanto agrada,
Estoy seguro que se creyera
Allá en la Vega de su Granada.

¿Quién mirar puede tus negros ojos
Tus frescos labios, tu tez rosada,
Sin que rendido caiga de hinojos,
Ni se enloquezca con tu mirada?

¡Qué nada tenga con que obsequiarte
En este día sino mis cantos!
¡Qué yo no pueda palacios darte
Como la Alhambra, llenos de encantos!

Si dueño fuera del vasto Oriente,
Aun conservando tu fé cristiana,
Colocaría sobre tu frente
Una corona como sultana.

Y te daría fiestas reales
Y habría justas y lidiadores,
Y el grato día de tus natales
Celebrarian cien trovadores;

Y los perfumes aspirarias
Que despidieran mil pebeteros,
Y de mi corte recibirias
Los homenajes más lisonjeros.

Mas nada tengo! trovador erranto
Que llora por cantar en los festines,
Elevo mi canción triste y amante
Del bosque y del desierto en los confines.

Tal vez las notas de mi ruda lira
Te hacen languidecer, bella criatura;
Yo bien comprendo que mi canto inspira
Deseos de llorar con su tristura.

Por eso, dejaré tu celosía
E iré llorando, con incierta planta,
Mientras de tu natal el fausto día
Un trovador más venturoso canta.

EL CIPRES.

Los que arrostran con frente serena
El rigor de su adversa fortuna,
Y al escaso fulgor de la luna
Han llorado su amarga aflicción;
Los que han visto á una madre adorada
Descender á la tumba horrorosa,
Y han grabado, llorando, en su losa
Una triste y piadosa inscripción;

Los que han visto pasar sin sentir
De su infancia la dicha ilusoria,
Y aun conservan la grata memoria
De su hermosa y fugaz juventud;
Esos solo comprenden el mudo
Y sublime lenguaje del alma,
Cuando miran con mística calma
La asombrosa creación en quietud.

¡ Cuán hermosa se ofrece á mis ojos
Revestida de pompa salvaje,
Con su verde y oscuro ropaje
De la blanca neblina al través !
Pero yo que padezco y que lloro
Acosado de acerbos dolores,
Aborrezco sus vívidas flores
Y prefiero el sombrío ciprés.

Sí, prefiero tu fúnebre pompa,
Oh ciprés melancólico y triste,
Porque sé que en tus ramas existe
Algo que habla á mi rudo dolor;

Porque prestas tu sombra á las tumbas
Y amoroso sobre ellas te inclinas,
Y entre negros escombros y ruinas
Dejas oir tu confuso rumor.

¿ Quién al ver tu jigante figura
Levantarse entre arbustos doliente,
En el alma al instante no siente
Una tierna y secreta emoción ?
Nadie puede mostrarse insensible
De tu aspecto á tan mágico encanto;
Tú eres fiel simulacro del llanto,
Triste imagen del fiero dolor.

Cuando veo en la sombra nocturna
Destacarse tu forma elevada,
Como torre ruinosa olvidada
De su noble y antiguo señor;
Me pareces espectro sangriento
Del sepulcro terrible evocado,
Y en la noche á vagar condenado
De la luna al temblante fulgor.

Y si acaso se chocan tus ramas
Al impulso fugaz de los vientos,
Creo oír los lejanos acentos
De una virgen que muere de amor;
O que escucho los tristes acordes
De un laud que suspira armonioso,
A la par del cantar melodioso
Del errante infeliz trovador.

Otras veces, oyendo el susurro
De tus ramas unidas y oscuras,
Me imagino que triste murmuras
Fervoroso una triste oración;
O que sombras de amantes dolientes,
Que en la noche el Elíseo abandonan,
A tu abrigo confusas entonan
Misteriosa y extraña canción.

Revèstido de eterna verdura
No te agosta el rigor del Estío,
Ni te aterran la escarcha ni el frío,
Ni te abate el tremendo huracán,
Pues resistes su bárbaro empuje
Cual si el aura fugaz te moviera,
Y te meces cual alta palmera
De los truenos al grave compás.

En tu copa las aves nocturnas
Que aborrecen las luces del día,
A favor de la niebla sombría,
Van sus cantos extraños á alzar,
Cual si al mundo quisieran medrosas
Indicar su existencia precaria,
Y arrullar con su voz funeraria
De la muerte el descanso final.

El canario, el sensontle y el *guarda*
A tu aspecto sombrío enmudecen,
Porque el campo frondoso apetecen,
Porque mandan su trino á la flor.
Solamente la tierna paloma
En tus ramas dolientes se posa,
Y cual viuda que gime llorosa
Triste arrulla su pena y su amor.

Yo también que derramo afligido
Una lágrima ardiente, en memoria
De mis muertos ensueños de gloria,
De mi amor desgraciado y fatal;
Yo que arrastro mi amarga existencia
De mis lares á inmensa distancia,
Sin gozar la silvestre fragancia
De los bosques del suelo natal;

Siempre he amado, ciprés, tus encantos
Desde un época atras, desde niño;
Y este inmenso y profundo cariño
Hasta el día yo siento por tí.

Aun ahora que triste te miro
En la tarde, en silencio profundo,
Me imagino que habito otro mundo
Donde soy venturoso y feliz.

Y me place en tu tronco apoyado,
Cuando el mundo en silencio dormita,
Evocar la memoria bendita
De mi loca y audaz juventud;
Y elevar mi monótono canto,
Que al rumor de tus ramas unido,
Se asemeja á un extraño gemido
Exhalado del negro atabud.

En tu tronco de musgo cubierto,
Palpitante de amor y ternura,
Con mi mano temblante, insegura,
Una cifra de amor grabaré.
Una cifra que escrita con fuego
En mi pecho en secreto he llevado,
Y es el nombre sublime y sagrado
Del arcangel divino que amé.

¡ Ojalá que la mano del tiempo
Cuya furia ninguno resiste,
Respetando los votos de un triste
Esas letras respete también;
Que una mano profana no venga
A borrar esa cifra ignorada,
Algún día ¿ quién sabe ? mi amada
La leerá conmovida tal vez!

¡ Ay ! es triste, no hay duda, muy triste
Ver marchitas las flores del alma,
Y desear del sepulcro la calma
Cuando apenas se empieza á vivir.
¿ De qué sirven entonces los goces
Que nos brindan falaces mujeres ?..
¡ Son quimeras virtud y placeres,
Solo es cierta la paz del morir !..

Me he sentado al festín de la vida
Con el alma sedienta de gloria,
Demandando una dicha ilusoria
Que la tierra no puede ofrecer;
Y en lugar de inmarchitos laureles,
De guirnaldas, perfumes y flores,
Solo he hallado quebranto y dolores,
Y tristeza y angustia doquier.

Es la vida una carga pesada,
Ya mis débiles fuerzas no pueden
Por más tiempo llevarla, ya ceden
Del cansancio al influjo fatal!
Tengo el alma gastada, es forzoso
Que por fin en la lucha sucumba,
Y me siente en el borde la tumba
El momento terrible á esperar.

Yo no temo los hondos misterios
Que en su seno fatídico encierra;
Bajaré, y en su almohada de tierra
Mi cabeza cansada pondré;
Tendré entonces sublimes ensueños,
Gozaré de celestes amores,
Y por premio de tantos dolores
Una palma de mártir tendré.

Solo quiero cuando eso suceda,
Que una mano cristiana y piadosa,
Sobre el musgo que cubra mi fosa
De madera coloque una cruz;
Que cobije un ciprés funerario
Esa huesa del mundo olvidada,
Y la bañe en la noche callada
De la luna la trémula luz.

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

(A MI HERMANO JACOB.)

Al evocar las plácidas memorias
De la época primera de mi vida,
En que soñaba dichas ilusorias,
Sin la esperanza del placer perdida;

Cuando recuerdo la ignorada estancia
Donde mi cuna se meció entre flores,
Donde pasé mi venturosa infancia
Soñando un bello porvenir de amores;

El corazón que descansaba inerte
En postración envilecida y dura,
Vuelve á latir, y entusiasmado vierte
Lágrimas silenciosas de amargura.

Y entonces recorriendo las escenas
De esos dias bendito, caro hermano,
Recuerdo que felices y serenas
Pasamos nuestras horas, mano á mano.

Recuerdo que amistad dulce y sincera
Nuestras almas unía tiernamente,
Que al vernos nuestra madre, placentera
Un ósculo imprimía en nuestra frente.

Siempre, de cocoteros por las calles,
Juntos nos vieron recojiendo rosas;
Nos vieron siempre juntos por los valles,
Persiguiendo brillantes mariposas.

En la margen florida de una fuente,
En el húmedo césped reclinados,
Mirábamos brillar en la corriente
Infinidad de peces nacarados.

Y luego por las rocas, con presteza,
Subiamos ligeros á las lomas,
Buscando entre la zarza y la maleza
Los nidos de las cándidas palomas.

Cual gauchos arjentinos, la llanura
Cruzábamos en rápida pareja,
Amando del corcel la galanura
Que apenas huella en su carrera deja.

La luna que giraba silenciosa
Coronada de rayos muy sutiles,
Con su apacible claridad dudosa
Velaba nuestros juegos infantiles.

Y así que la fatiga nos rendía,
Corríamos alegres y contentos
A escuchar los que madre repetía
De hadas y flores encantados cuentos.

Aun parece que veo la dulzura
Con que tratabas mi genial tristeza;
Me hablabas con solícita ternura
Sosteniendo mi lánguida cabeza.

Y un triste y melancólico suspiro
Exhalaba tu älma adolorida,
Cuando pensabas, que en el vario giro
De los dias fatales de la vida,

Se habrian de romper los dulces lazos
Que unian nuestros tiernos corazones,
Pues serian tornados en pedazos
Por el recio huracán de las pasiones!

Por desgracia se han cumplido
Tus fatídicos augurios;
El huracán ha venido,
Y no llegan á mi oido
De mi infancia los mumurios.

El aroma delicado
De la flor de la existencia
Muy pronto se ha disipado,
Y su cáliz ha quedado
Sin color y sin esencia.

Muy temprano los dolores
Acosaron nuestras almas,
Y con sus fieros rigores
Han marchitado traidores
De la esperanza las palmas.
....
....

Llorando vimos un día,
En un cuarto funerario,
Siendo niños todavía,
Un cadáver que yacía
Cubierto con un sudario.

Allí un sacerdote estaba,
Y á los reflejos inciertos
De las luces, se miraba
Que severo recitaba
El oficio de los muertos.

Plañian con voz doliente
Las campanas del lugar,
Y su vibración tremente
Convidaba tristemente
A los fieles á rezar....

Aquel atahud, de hinojos
Lo miraba nuestro padre
Con enternecidos ojos,
Pues guardaba los despojos
De nuestra adorada madre.

Joven aún, cuando era
De su familia el consuelo,
Cumplió su vital carrera,
Y á la celestial esfera
Elevóse en raudo vuelo.

Pobres niños, devalidos,
Suspirando con ternura
Vimos poner, afligidos,
Aquellos restos queridos
En la negra sepultura.

Aun nos quedaba el consuelo
De llorar sobre su losa,
Y pedirle en nuestro anhelo,
Que velase desde el cielo
Nuestra horfandad lastimosa.

Mas pronto fué necesario
Abandonar con premura
Aquel lugar funerario;
Pues el destino contrario
Con mano enemiga y dura,

Nos llevó de nuestros lares
A otras regiones extrañas,
Y presa de los pesares
Tú atravesaste los mares,
Yo traspasé las montañas.

Y al presente, caro hermano,
En las márgenes del Sena
Tal vez buscas muy ufano,
Entre el bullicio mundano,
Un lenitivo á tu pena.

Quizá olvidas los enojos
De tu dolorosa infancia,
Al contemplar los sonrojos
Y los bellísimos ojos
De las vírgenes de Francia;

En tanto que yo lamento
Mis infortunios tan grandes,
Y mi lastimero acento
Va á perderse con el viento
En las cumbres de los Andes.

Desde el día infortunado
Que partiste para Europa,
Todo, todo se ha cambiado,
Y yo mísero he apurado
De los pesares la copa.

Y aun así, jamás olvido
Aquellas horas primeras
De inocencia y de descuido,
Que veloces han corrido,
Rapidísimas, ligeras;

Pues siempre que los pesares
Me oprimen el corazón,
Lloro en mis rudos cantares
Por mis queridos hogares,
Por mi pueblo y su panteón!

EL DESALIENTO Y LA FE.

En vértigo maldito mil veces he querido
Cantar mis gratos sueños, mi férvida pasión
Y en vez de dulces cantos, tan solo he conseguido
Lanzar negro conjuro, blasfemia ó maldición.

En vano he procurado cantar los bellos dias,
La música, el estruendo de mi infantil edad;
En vano he procurado cantar las armonías
Que halagan con su encanto mi breve pubertad.

No vibran de mi lira las cuerdas destempladas,
Sin eco en el espacio se pierde mi canción,
Así como las flores del tallo separadas
Que el ábrego arrebata, con ímpetu veloz.

Entonces, abrumado de inmenso desconsuelo,
En lúgubre silencio me pongo á contemplar
Una ave descarriada que cruza por el cielo,
Y escucho de las brisas el blando susurrar.

Y triste, cual el génio doliente del olvido,
Que habita entre las tumbas del hórrido panteón,
Suspiro acongojado y lloro enternecido
Mis muertas esperanzas, mi fúnebre pasión.

¿Qué ha sido de mi infancia tan dulce y placentera?
¿Qué ha sido de esas horas de dulce animación?..
"¡Pasaron, ya!" me dice, gritándome severa,
La voz de la experiencia, la voz de la razón.

¿Y acaso tan ligera como esa edad bendita,
Mi pubertad hermosa también se pasará?
"Fugaz como tu infancia," la misma voz me grita,
"Como tu infancia un sueño fantástico será!"

¿Serán, entonces, falsos los goces y placeres
Que el mundo loco hacina del hombre en derredor?
¿Será mentira todo, mentira las mujeres,
Mentira las promesas del más sublime amor?..

Yo creo que no hay nada estable en esta tierra,
Que hasta el recuerdo muere de todo lo que fué:
El corazón es tumba que el esqueleto encierra
De la virtud y gloria, y del amor y fé!

¿Entonces, nada le resta
Al gran proscrito del cielo,
Y sube la dura cuesta
De la vida, sin consuelo?
Aun le queda
Un recuerdo con que pueda
Sus congojas aliviar;
Aun le resta de llorar
El tristísimo placer,
Pues el llanto
Bien dicen que viene á ser
Un encanto
Para el alma cansada y afligida,
Que ve agostarse su ilusión querida.

Entre locos desvarios
Y mundanales placeres,
No blasfememos impíos
Contra el Padre de los seres.
Es locura
En una débil criatura,
Pobre gusano del suelo,
Querer escupir el cielo
Con infernal osadía,

Cuando puede
Tornarnos en ceniza yerta y fría,
Sin qne quede
De nuestra vida triste y transitoria
Una huella, no más, una memoria.

Del mortal es el destino
Caminar entre dolores,
Sin hallar en su camino
Ni el consuelo de unas flores.
Mas ¿ qué importa,
Siendo la vida tan corta;
Si el hombre á otra vida avanza,
Y en alas de su esperanza
Allá llegará por fin ?
Esperemos;
De este mundo desierto en el confin
Hallaremos
Otro mundo mejor, donde inmortales
Gozaremos placeres celestiales.

¿ A qué con inútil rabia
Maldecir la Providencia,
E ir agotando la savia
De nuestra propia existencia ?
¿ No es mejor,
Que despreciando el dolor,
Aprovechemos las horas,
Aunque cortas, seductoras,
Que se nos dan de placer
En el suelo ?
Y si abruma nuestra frente el padecer,
Es un consuelo
Por cada ilusión bella muerta en flor
Lágrimas tiernas derramar de amor.

A UNA MOSQUETA.

Marchita, deshojada y sin frescura
Yo te contemplo, misteriosa flor,
En esas horas en que el alma augura
Un mundo de tormentos y dolor.

Y entonces humedecen mis mejillas
Las lágrimas que vierte el corazón,
Porque leo en tus hojas amarillas
Triste poema de infeliz pasión.

En las trenzas lucias una noche
De una mujer á quien no olvido yo,
La misma fué que desplegó tu broche,
La que cual prenda de amistad te dió.

Aquella noche la augustiosa historia
Oiste tú de mi fatal amor,
De los ensueños de mundana gloria
Que mi ambicioso corazón forjó.

Aquella noche, con delicia suma
Sus negras trenzas te miré adornar,
Blanca cual copo de nevada espuma
Que hirviendo arroja el turbulento mar.

Fresca, gallarda, vívida y hermosa
Ostentabas tu pálido color,
Y despedía tu corola airosa
Suave fragancia, delicado olor.

Ingrata fue la despiadada mano
Que del flexible tallo te arrancó,
Cuando se alzaba, con tu gracia ufano,
De blanca luna al trémulo fulgor.

Tal vez crecía junto á tí, fragante,
Algún capullo de temprana flor,
Que te mandaba con la brisa errante
Púdicos besos con su grato olor.

Tal vez la amabas con pasión muy tierna
Y le han dejado sin su amor, sin tí,
Y quizá á impulso de su pena interna
Lánguido ha muerto solitario allí.

Mas no lamentes tu perdida gloria,
No llores, no, tu malogrado amor,
Que todo pasa en óptica ilusoria
En las alas del tiempo destructor.

También yo he visto convertirse en cieno
De mi querida bella, angelical,
El alma virgen que abrigó en su seno....
Y no maldigo al cielo por mi mal.

Te reservaba suerte muy precaria
El cielo que tan bella te creó;
No tendrias una urna funeraria
Cual la que ahora te consagro yo,

Si hubieras continuado siendo orgullo,
Entre otras flores, del natal pensil,
Al compás del dulcísimo murmullo
De las auras meciéndote gentil.

Mustia, agostada por el sol, sin sombra,
Cubierta de la muerte con el velo,
Habrias ido á decorar la alfombra
De hojas marchitas que tapiza el suelo.

Mientras que ahora yacen tus cenizas
Guardadas con cariño y con primor,
Sin que las puedan esparcir las brisas
Que un tiempo murmuraron por tu amor.

DOLORAS.

(DEDICADAS A ANTONIO GUEVARA VALDÉS.)

I

EL AMOR ES LOCURA.

Hace tres años apenas
Que caminabas, querida,
Entre rosas y azucenas
Por el valle de la vida,
        Sin temor,
Y anhelabas, tierna flor,
En tu amoroso embeleso,
Que imprimiera el primer beso
En tus labios un amante;
        Y deseabas
Verlo de amor delirante;
        Que ignorabas,
En tu infantil alegría
        Y ventura,
Que es el amor, vida mía,
Una sublime locura.

Yo joven cual tú, también
En ese *entonces* corría
Tras un fantástico Edén,
Cuya existencia creía,
        ¡ Pobre niño !
Y ambicionaba el cariño
De una mujer ardorosa,
Que me brindase amorosa
Todo un mundo de placer;

Y soñando
Corría en pos de ese sér,
Ignorando
En mi infantil alegría
Y ventura,
Que es el amor, vida mía,
Una sublime locura.

Quiso el destino piadoso
Reunirnos aquí en el suelo,
Y de un lugar nada hermoso
Formamos un bello cielo,
Donde tierna
Me prometiste fé eterna;
Y unidos en dulce lazo
Deseamos con Garcilaso
Otros campos y llanuras,
Otro cielo,
Donde gozar más dulzuras
Y consuelo,
Sin sentir en la alegría
Y ventura,
Que es el amor, vida mía,
Una sublime locura.

Mas *la nieve de tres años*
Marchitó tus ilusiones,
Y mil y mil desengaños
Fueron del tiempo lecciones;
Y, entretanto
Que por lo que hay más santo
Adorarme me jurabas,
A otros pobres engañabas
Y en sus barbas te reias
¡Pese á mi!
Y en crapulosas orgias
¡Ay de tí!
Aprendiste cada dia
De amargura,
Que es el amor, vida mía,
Una sublime locura.

Yo también, aunque á tu reja
Te juraba eterno amor,
Buscaba, como la abeja,
Donde libar otra flor;
Y afanoso
Me iba fingiendo amoroso,
Por ver si en la red caía
El angel á quien quería,
Objeto de mis deseos;
Y en saraos
Y en amantes devaneos,
En el caos
Ví del mundo, cada día,
Con tristura,
Que es el amor, vida mía,
Una sublime locura.

Que uno de otro nos reimos
Esto es cierto por demás,
Lo mismo que nos dijimos,
A como te pagan vas.
Y es tan justo,
Que á tu parecer me ajusto,
Pues piensas como yo pienso,
Que aunque sea muy intenso
El amor, es un engaño....
Publiquemos
Esta verdad que es de antaño;
Pues sabemos
Por nuestra propia alegría
Y amargura,
Que es el amor, vida mía,
Una sublime locura.

II

PROMESAS OLVIDADAS.

Cuando en plática sabrosa
Mi pasión te declaraba,
Y de tu boca escuchaba
Palabras de miel y rosa,
Amorosa

Mi confesión atendias;
Y para endulzar mi vida,
Enternecida,
Con amor me repetias:
Quien bien ama, nunca olvida.

En delirio exajerado
Al oir tu dulce acento,
Aspiraba yo tu aliento
Puro, suave, embalsamado,
Y acelerado
El corazón me latía;
Y cual pájaro que llama,
En la rama
A su amor, yo te decía:
Nunca olvida quien bien ama.

Tú, que eres bella y coqueta
Como todas las mujeres,
Anhelaste otros placeres
Con tu voluntad inquieta,
Y del poeta
Burlaste la casta fé;
Y al gozar embebecida
De otra vida,
Olvidaste aquello de
Quien bien ama, nunca olvida.

Yo no haré lo que tú hiciste
A pesar de tus promesas:
Aunque sea hecho pavesas
Fiel el corazon existe;
Siempre triste,
Sintiendo de amor la llama,
Te diré con voz sentida
Y dolorida:
Nunca olvida quien bien ama,
Quien bien ama nunca olvida!

III

DICHAS FUGACES.

¡Cuán feliz nuestra existencia
Se desliza, amada mía,
Sin que venga una dolencia
A empañar nuestra alegría!..
Dulces sueños
Acarician halagüeños
Nuestras almas amorosas,
Y de arrayán y de rosas
Bellas guirnaldas tejemos.
Que bendigan
Todos al amor....gocemos,
Aunque digan,
Que después de los encantos
Del amor,
Vienen las quejas, los llantos,
La amargura y el dolor.

Gocemos mucho, gocemos
En nuestro amoroso empeño,
Pues tú y yo, niña, sabemos,
Que la existencia es un sueño;
Que mañana
Acaso una sombra vana
Será nuestra dicha de hoy,
Y en horroroso convoy
Nos perseguirán las penas.
Disfrutemos
Estas horas tan serenas
Y olvidemos,
Que después de los encantos
Del amor,
Vienen las quejas, los llantos,
La amargura y el dolor.

Mas ¿qué tienes? ¿Por qué asoma
Esa lágrima á tus ojos?
¿Por qué lloras, mi paloma?
¿Quién motiva tus enojos?
¿Con desdén
Oyes mis palabras? Bien!

Amor con amor se paga,
Y si tu fuego se apaga,
El mío se vá á extinguir;
¿Quieres riña?
Comienza, pues, á sentir
¡Pobre niña!
Que después de los encantos
Del amor,
Vienen las quejas, los llantos,
La amargura y el dolor.

¿Ya estás harta de mi amor?
¿Ya te enfadan mis cariños?
Anda, pues, y tu dolor
Oculta con tus aliños;
Busca, infame,
Algún hombre que te ame,
Como yo te idolatré;
Yo otra mujer buscaré,
Que, con mentida ternura,
Quiera dar
Al corazón la ventura,
Sin pensar,
Que después de los encantos
Del amor,
Vienen las quejas, los llantos,
La amargura y el dolor.

IV

CONTRASTE DEL MUNDO.

Es el mundo, á mi ver, una gran feria
A donde concurrimos los mortales,
Para encontrar en ella la miseria,
La riqueza, los bienes y los males.

Los unos, al nacer, con alborozo
Se arrojan á gozar del porvenir,
Moribundos
Los otros, con adioses gemebundos
Se despiden del goce de vivir :

Esto aflije,
Mas viendo que no puedo componer
Este mundo de Dios, triste me dije :
¡¡Cómo ha de ser!!

En orden admirable está dispuesto
Y también en desorden sin igual:
Es preciso que demos por supuesto
Que el mundo marcha bien y marcha mal.

Mientras unos, de dichas embriagados,
Bendicen los encantos del amor,
Otros lloran
Y dolientes al cielo justo imploran,
Porque calme su angunstia y su dolor:
La juventud
Celebra sus orgias de placer
A la vista de un fúnebre ataud....
¡¡Cómo ha de ser!!

Me fastidio y me canso, cuando veo
En perpetuo contraste al mundo todo;
Y por eso, en amante devaneo,
Para olvidar el mal, gozo á mi modo.

¿Qué me importa que llore junto á mí
La pobre humanidad su desventura?
¿Soy yo acaso
Culpable de que sea tan escaso
El bien en este valle de amargura?
Yo disfruto,
Y si después el negro padecer
Es de mi vida alegre el triste fruto,
¡¡Cómo ha de ser!!

Cuando ansioso he querido en mi contento
Comunicar al mundo mi alegría,
He encontrado en los otros desaliento,
Innoble postración y calma fría;

Y si acaso he llorado mi desgracia,
Con risa han contemplado mi quebranto,
Porque entonces
Eran *sus blandos corazones* bronces
Insensibles y sordos á mi llanto.
Si un amigo
Me engaña, ó me burla una mujer,
Indiferente en mi estoicismo digo:
¡¡Cómo ha de ser!!

Con la risa en los labios, por doquiera
Dirijimos alegres nuestros pasos,
En el pecho llevando ¡pena fiera!
El pobre corazón hecho pedazos;

Y en lúbricos festines engolfados,
Sedientos de placeres y de amor,
Apuramos
Con delicia las copas, y mezclamos
Las lágrimas amargas al licor;
Y encantados
Al ver las horas rápidas correr,
Exclamamos con gritos sofocados:
¡¡Cómo ha de ser!!

Yo mismo hago irrisión de mi quebranto,
Cuando lloro mis tristes desengaños;
Y, en verdad, causa risa el triste llanto
Cuando apenas se cuentan veintiún años.

Tal vez otros con fuerte carcajada
Se reirán de tan lúgubre cantor;
Me es igual
Que se burlen alegres de mi mal,
O que lloren conmigo su dolor.
¡ Es amargo
De la vida en la entrada muertas ver
Del corazón las flores!....sin embargo,
¡¡Cómo ha de ser!!

V

INCONSTANCIA DEL AMOR.

¡Con que al fin la suerte cruel
A tu amante te arrebata?
¡Y mientras lloras por él
El te apellida de ingrata!
No es infiel,
Quien ama cual tú, Cristina,
Quien llora, al partir, de amor,
Y aun conserva en su dolor
Una esperanza divina.
Parte aprisa,
No llores, que presto otro hombre,
Hará volver la sonrisa
A tus labios: no te asombre
Lo que te dice en tu bien
Este joven,
Pues, según cuenta un refrán
Muy añejo,
El nuevo amor de un galán
Hace olvidar otro viejo.

Anoche, al fulgor incierto
De la macilenta luna,
A tu balcón entreabierto
Llegó una sombra importuna;
Y por cierto,
Que te dijo, al dar las dos
En el reloj más cercano:
"Parte, alma mía....es en vano....
Adiós, para siempre adios"!!
Y un beso,
Quiza el último, en tu frente
Depositó en el exceso
De su amor...Eternamente
Yo te amaré, le dejiste
Y mentiste,
Pues según dice un refrán
Muy añejo,
El nuevo amor de un galán
Hace olvidar otro viejo.

Deja que pase el delirio
De la pena que te abruma,
Que el amor y su martirio
Pasan, cual pasa la bruma:
Es un lirio
Que en un día nace y muere;
Si, bien mío, ese proverbio
Tarde olvida quien bien quiere,
Es un embuste soberbio!
Ya verás
Como con gracias festivas
A los hombres atraerás
A la comarca en que vivas,
Sin traer al pensamiento
El momento....
Pues, según dice un refrán
Muy añejo,
El nuevo amor de un galán
Hace olvidar otro viejo.

Esas lágrimas de amor
Que hoy derramas, son sinceras,
Casta virgen del Señor;
Son las lágrimas primeras,
Que el dolor
A tu corazón arranca,
Al tornar en flor marchita
La ilusión más pura y blanca
De tu existencia bendita;
Mas después
Fingirán tus bellos ojos,
Cuando, al partir otra vez,
Digas á otro, entre sonrojos,
"No te olvidaré jamás,"
Pues sabrás,
Que, según dice un refrán
Muy añejo,
El nuevo amor de un galán
Hace olvidar otro viejo.

VI

Inconvenientes de la hermosura.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!
Quintana.

Dicen, Ester, angel bello,
Que te muestras orgullosa
Por haber nacido hermosa
Desde los pies al cabello....
¡Vanidosa!
Aunque tienes mil primores,
Que un portento te hacen ser,
Has de ver,
Que es causa de sinsabores
La hermosura en la mujer.

El espejo que retrata
Tu hermosura peregrina,
Te ha clavado ya una espina,
Que el corazón te maltrata;
Muy divina,
Y fresca como las flores
No hay duda que te has de ver,
Sin saber,
Que es causa de sinsabores.
La hermosura en la mujer.

Cuando quieras imprudente
Competir con otras bellas,
Irán marcando sus huellas
Los pesares en tu frente;
Las estrellas,
Con sus opacos fulgores,
Tu llanto verán correr
Y han de ver,
Que es causa de sinsabores
La hermosura en la mujer.

Esto que digo con pena
Lo corrobora la historia,
Cuando evoca la memoria
De la codiciada Elena,
Y la gloria
De Cleopatra, que, en amores
Insensatos á mi ver,
Llegó á aprender
Que es causa de sinsabores
La hermosura en la mujer.

Lucrecia, la noble dama,
Por su extremada belleza
Se quitó con entereza
La vida, según es fama.
Su pureza
Es digna de mil loores;
Pero ante todo has de ver,
Pobre Ester,
Que es causa de sinsabores
La hermosnra en la mujer.

Los amantes que rendidos
Te juran amor eterno,
Te preparan un infierno
Con sus halagos mentidos.
El averno,
Si miento, con sus horrores
Me haga siempre padecer;
Mas debes creer,
Que es causa de sinsabores
La hermosura en la mujer.

Cuando el rigor de la edad
Torne blanca tu cabeza,
Conocerás, con tristeza,
Que lo que digo es verdad;
Y ya presa
De indefinibles dolores,
Sin consuelo ni placer,
Has de ver
Que es causa de sinsabores
La hermosura en la mujer.

Con que así, no quieras necia
Gloriarte de ser hermosa,
Y tengas la suerte odiosa
De Cleopatra y de Lucrecia;
Y si acosa
La idea de tus primores
A tu *alma de mujer*,
Piensa, Ester,
Que es causa de sinsabores
La hermosura en la mujer.

VII

CONSEJOS ENFADOSOS.

¿Por tus locas vanidades
Que son, oh niña, no miras,
Más amargas las verdades,
Cuanto, allá en las mocedades,
Son más dulces las mentiras?
CAMPOAMOR.

—Guarda, niña, en la memoria
Los consejos de tu abuela,
Que te quiere:
Amor, placeres y gloria,
Cuanto el corazón anhela,
Todo muere.

—¿Con qué es posible, abuelita,
Que hasta el sentimiento muera
Del amor ?
¿No hay en la tierra maldita
Nada más que pena fiera,
Y dolor ?

—Eso que llaman los hombres
Amor, *constancia*, *respeto*,
Sin cesar,
No son más que *bellos nombres*
Que han formado con objeto
De engañar.

Pobre de tí, si algún día
Llegas incauta á creer
Su existencia!
Te burlarán, hija mía,
Y observarán con placer
Tu dolencia.

—¿Con qué es mentira el cariño
Que Carlos dice, á toda hora,
Que me tiene?
—Bajo el estudiado aliño
De la cara seductora
Con que viene,

Oculta guarda la hiel
Que derramará en tu seno
Virginal!
—Yo nunca le seré infiel,
Aunque apure ese veneno,
Por mi mal!

—Paloma fiel, que por todo
Has volado en derredor
De tu nido,
Sin ensuciar en el lodo
Tus alas de albo color,
Por descuido;

No escuches el falso arrullo
Del palomo que suspira
Con terneza;
Que es más vano que el murmullo
Del arroyo en que se mira
Tu belleza.

Los encantos del amor
Sólo duran un momento,
Bien pequeño;
Y después el sinsabor
Martiriza al pensamiento
Con empeño.

En expiación de los goces
De una ilusión pasajera
Y deleznable,
Sufrirás penas atroces,
Llorando tu vida entera,
Inconsolable.

—Es imposible, señora,
Que sea ese sentimiento
Que me inspira,
Nada más que seductora
Voz que se pierde en el viento....
¡Es mentira!

Si hay algo sobre la tierra
Que deba llamarse santo,
Es el amor;
Voz dulcísima que encierra
Un indefinible encanto
En su dulzor.

Mas si por desgracia es cierto
Que el hombre solo desea
Engañar,
De ahora, madre, os advierto,
Que, aunque desgraciada sea,
Quiero amar!..

Así, tendré el gran consuelo,
Cuando suspire doliente
Algún día,
De refugiarme en el cielo
Que haya creado mi ardiente
Fantasía.

Infeliz de la mujer
Que sin amor envejece....
Solitaria,
Sus días verá correr
Como la flor que embellece,
Funeraria,

La ignorada sepultura
En que reposa de un niño
La ceniza....
—Ay! infeliz, sin ventura,
De la que un torpe cariño
Diviniza!

VIII

VANIDAD DE LA VIDA.

Si al pensamiento ofrezco por asunto
Las glorias de la pobre humanidad,
En duda horrible, con afán pregunto:
¿Es sueño nuestra vida ó realidad?

Al comenzar la vida
Está nuestra alma de esperanza henchida,
Y en su inocencia alcanza
Un porvenir de dicha y de bonanza.

Doquiera que volvamos
La vista fascinados, encontramos
Frescas como las flores
Mujeres bellas, prodigando amores.

Y ansiando gloria,
Nos lanzamos en pos de una ilusoria,
Fantastica belleza,
Deseando ajar la flor de su pureza.....

Pero al seguir su huella,
Al acercarnos á la blanca estrella
De esplendorosa lumbre,
En humo se convierte y podredumbre.

Y siempre en lontananza
El hombre ciego fugitiva alcanza
Una sombra mentida,
Que toma por la dicha de su vida.

Tan sólo la memoria
Conserva algún recuerdo de la historia
De otros serenos dias
En que gozó fugaces alegrias.

Cuando alegres creimos
Alcanzar el fantasma que seguimos,
Al tocarlo no más
Miramos con dolor que queda atrás.

Por eso, cuando veo el infinito
Ahelo de la pobre humanidad,
Con profunda tristeza me repito:
¡Es sueño nuestra vida en realidad!

IX

CONTRASTE.

La joven madre junto á la cuna
De su hijo, entona dulces cantares,
Y sin temores y sin pesares
Rie y su sueño vela importuna.
Con su fortuna
Está orgullosa, se muestra ufana,
Y si derrama lágrimas puras,
Son para su alma lluvia temprana,
Suave rocío,
Que centuplican, con sus dulzuras,
Su amor sublime, su afecto pío.

Con negras tocas, pálida y triste
De un ataud cerca, puesta de hinojos,
Llora la virgen porque no existe
El sér que fuera luz de sus ojos.
¡Caros despojos
Son de una madre! Y el llanto ciega
Los ojos bellos de una hermosura,
Que con sus lágrimas piadosa riega
Cenizas frias;
Mas de ese riego la linfa oscura
Ahoga de su alma las alegrías.

La madre tierna, la hija doliente
Sensibles ambas, en su ternura
Lágrimas vierten, lloro inocente
Que no procede de una alma impura
Mas, ¡suerte dura!
Mientras el llanto los ojos bellos
De la hija empaña tornando mustia
Su faz divina; suaves destellos
Dá á la mirada
De aquella madre, que sin angustia,
Feliz se ostenta, transfigurada.

¿Por qué del llanto tan encontrados,
Querida amiga, son los efectos?
Si lo motivan santos afectos,
¿Por qué unos somos tan desgraciados
Y afortunados
Los otros gozan cuando se llora?
Es un contraste, que el hombre serio
Medita en vano, bella señora;
Dios solamente
La clave guarda de ese misterio....
La razón débil calla impotente.

X.

LAS TRES CORONAS.

Siendo yo niño, mil dulces sueños
Acariciaban mi fantasía,
Y eran tan gratos, tan halagüeños,
Que en mi entusiasmo la sien ceñía
Con la corona de blancas flores
Que simboliza castos amores.

Después vinieron los claros dias
En que se siente sed de emociones;
Gocé del mundo las alegrais,
Realizar quise mis ilusiones
Y audaz me dije: si Dios me abona,
Tendré de gloria bella corona.

Mas pronto huyeron; los desengaños
Probar me hicieron su hiel amarga,
Y al ver corridos años tras años,
Siento en la frente pesada carga;
Toco anhelante....mi alma ambiciona....
Y hallo de espinas una corona!..

VOTOS DE UN PROSCRITO.

I

Lejos de aquí, muy distante,
Más allá de esas montañas,
Que cubiertas de verdura
Al Oriente se levantan,
Semejando en el espacio
Gigantescas esmeraldas,
Con su corona de nubes
De una blancura extremada,
Que se ofrecen á la vista
Del estío en las mañanas,
Entre vapores sutiles,
Airosas siempre, azuladas,
Hay un pueblo, cuya historia
De todos es ignorada,
Cuyo nombre melodioso
A nadie la atención llama;
Pero que yo llevo escrito
En el fondo de mi alma.
En un valle delicioso,
Cual los valles de la Arcadia,
Está situado ese pueblo
De memoria dulce y grata:
Flores de todos los climas
Crecen allí descuidadas,
Y con sus gratos olores
El aire puro embalsaman:
Fuentes que corren ligeras,

Come serpientes de plata,
En sus aguas cristalinas
Su bello cielo retratan:
Pájaros de mil colores
Escondidos en las ramas
De sus florestas umbrias,
Himnos melífluos le cantan,
Y sus trinos y sus pios
Enamorados le mandan,
En las alas invisibles
De las auras perfumadas.
En ese rincón del mundo
Mi cuna fué acariciada
Por las brisas murmurantes
De sus agrestes montañas:
Mi paso primero dí
En esa tierra sagrada,
Sostenido entre los brazos
De mi madre tierna y cara ......
¡Pobre madre! era tan buena,
Era una mujer tan santa!
Allí vi correr las horas
Deliciosas de mi infancia,
Que pasaron tan serenas
Como esas nubes de gasa
Que cruzan el firmamento,
Nacaradas y sin mancha.
En la orilla de las fuentes,
Bajo una verde enramada,
Sobre una alfombra de flores,
Mi cabeza reclinaba,
Teniendo dulces ensueños
En que entrevía la maga
Que después ha presidido
Mi juventud desgraciada.
Yo he dejado en esos valles
Mis queridas esperanzas,
Mis ilusiones de niño,
Mis afecciones más caras;

He dejado allí una tumba
Que esas montañas me guardan,
La tumba donde hace tiempos
Mi tierna madre descansa.....
Por eso, siempre que elevo
En la noche mi plegaria,
Por mis pálidas mejillas
Corren á mares las lágrimas,
Por que traigo á la memoria
A mi querida *Santa Ana.*

II

Inextinguible en el fondo
De mi corazón, siempre arde
El amor tierno y sincero
Que profeso á esos lugares!
Ojalá que siempre el cielo
En todo tiempo engalane
Con las flores más vistosas
Sus colinas y sus valles!
Ojalá que dé á sus fuentes
Murmurios dulces y suaves,
Como la voz armoniosa
De suspirantes nayades!
Ojalá que inspire trinos
Siempre nuevos á las aves,
Para que en grande concierto
Entre el follaje le canten,
Llenando con sus gorjeos
La inmensidad de los aires!
Esto será un gran consuelo
Para el corazón amante
Del infeliz desterrado,
Que suspira inconsolable
Al recordar la alegria
De sus queridos hogares.
¡Ay! hace tiempo que triste
Dejé, llorando, esos valles,
Para vivir entre el ruido

De otras ciudades más grandes,
Donde debía ver muertas
Mis glorias harto fugaces,
Y apurar después la copa
De amarguísimos pesares!
El corazón se me llena
De una tristeza insondable,
Cuando la vista dirijo
Al Oriente por las tardes,
Y veo en el cielo azul
Los purpurinos celajes
Que me recuerdan mi infancia
Y la casa de mis padres.....

III

Melancólica y sombría
Como la noche está mi alma,
Por que alimenta hace tiempo
Un amor sin esperanza;
De esos amores que roban
La venturanza y la calma,
Que marchitan y que queman
Con el ardor de su llama
Las flores de la existencia
Y del corazón las alas:
Una pasión inocente,
Desinteresada y casta,
De esas pasiones sublimes
Que entristecen y que matan!
Era aun niño, cuando un día,
Con el alma contristada,
Entré en un templo, cansado
De la vanidad mundana:
Iba á pedirle á María
Que calmase las borrascas
Que tan temprano iracundas
Mi corazón agitaban;
Iba á pedirle me diese
Una compañera casta,

Que, con sus risas de miel
Y sus ardientes miradas,
El acibarado cáliz
De mi existencia endulzara.
Todo era paz y silencio
En la capilla cristiana;
Ya las sombras de la noche
A descender comenzaban,
Y los rayos macilentos
Del sol de una tarde helada
Con melancólico tinte
Su recinto iluminaban;
Ni el más ligero ruido
Aquel silencio turbaba;
Solo se oía la voz
Aflictiva y destemplada,
Con que doblaban á muerto
En triste son las campanas.
Estuve por largo rato
Con la cabeza inclinada
Sobre el pecho, meditando
En la pobreza y la nada
De los goces con que el mundo
Nuestros sentidos halaga;
Hasta que un triste suspiro,
Como el sonido de un arpa
Con que sus sentidas quejas
Un trovador acompaña,
Me arrancó de mis profundas
Meditaciones amargas:
Volví los ojos y ví
Que la que así suspiraba,
Era una joven hermosa
Que ante la imagen sagrada,
Como el angel del dolor,
Sus lágrimas enjugaba.
Una atracción misteriosa
Me hizo fijar la mirada
En el semblante divino

De aquella visión tan rara!
¡Ay! era aquella criatura
La ilusión más pura y blanca
Que alimenté en mi niñez
Con el alma enamorada:
¡Era la vírgen bendita
De los sueños de mi infancia!

Lo que sigue es una página
De la historia de mi alma,
Llena de tristes recuerdos,
De suspiros y de lágrimas,
Cuya acérrima memoria
El corazón despedaza......
....
....
¡Esa mujer ya no existe,
La eternidad nos separa!

Por eso, triste y sombrío,
Paso mi vida ignorada,
Sin ilusiones de gloria,
Sin amor, sin esperanza,
Mil veces más infelice
Que el paria que tal vez ama!
Mas puede ser que volviendo
A esos valles, con la calma
Mis ilusiones ya muertas
Gloriosamente renazcan:
Puede suceder ¿quién sabe?
Que las flores marchitadas
Del corazón, nuevamente
Broten frescas y lozanas,
Si yo vuelvo á respirar,
Como en épocas pasadas,
El ambiente perfumado
De mis queridas montañas!

ELOISA.

Eloisa infortunada, de tu vida
Al recorrer la dolorosa historia,
Mi alma sensible de pesar se llena,
Y triste y conmovida
Su amarga desventura, su honda pena,
Ante tu inmenso sufrimiento olvida.

En presencia de tanto desconsuelo
Enmudecen del mundo los dolores,
Porque en tu santo anhelo,
En el fuego fatal de tus amores,
Un misterio se encierra
Que el hombre débil explicar no sabe,
Un algo de sublime que en la tierra
En las almas vulgares jamás cabe.

El mundo no comprende la agonía
De los seres dolientes que suspiran
Anegados en llanto su martirio;
La sociedad impía,
En su ruidoso y lúbrico delirio,
Se burla del dolor con su alegría.

Por eso, tú quisiste solitaria
En un claustro llorar tu desventura,
Y á Dios en tu plegaria
Demandarle el perdón de tu ternura;
Quisiste penitente,
En expiación de tu amoroso anhelo,
Ceñir tu mustia y abatida frente
De las vírgenes santas con el velo.

Religiosa creistes en la calma
De tu desierto é ignorado asilo
El olvido encontrar de los pesares
Que desgarraban tu alma,
Y encontraste de Dios en los altares
La del martirio suspirada palma.
Allí, contrita, tu pasión terrena
Luchaste por ahogar, arrepentida
Cual otra Magdalena;
Pero amor como el tuyo no se olvida,
Y al elevar ferviente
Y recojida tu oración, de hinojos,
Rauda cruzaba, en actitud doliente,
La imagen de Abelardo ante tus ojos.

En tropel confundidas las memorias
De tiempos más felices te asaltaban,
Ofreciéndote en vaga lontananza
Tus dichas ilusorias,
Mil recuerdos de amor y de esperanza,
El breve cuadro de tus muertas glorias.
En vano entonces con cristiano empeño
Procuraste lanzar el pensamiento,
Que tierno y halagüeño
Aumentara tenaz tu sufrimiento,
Porque Dios ha querido,
Que el que prodiga del amor la esencia
No pueda hallar remedio en el olvido
A la pena cruel de su existencia.

En el silencio de la celda oscura,
Del Cristo ante la efigie sacrosanta,
Al suyo comparando tu suplicio,
Tu amor á su ternura,
Le ofrecias en pobre sacrificio
En pobrísima ofrenda tu amargura.
Y húmedas por el llanto las mejillas
En oración pasabas largas horas,
Pidiendo de rodillas

De la tumba las sombras bienhechoras;
Deseabas acojerte
A su seno de paz y venturanza,
Porque al sombrío reino de la muerte
La férrea guerra del pesar no alcanza!

Mas debieras sufrir; no era bastante
De los remordimientos la tortura,
Para darte la paz de la conciencia,
Pues loca y delirante,
Tomabas por fervor y penitencia
El fiel latir del corazón amante.
Y aunque severa castigar querias
La materia rebelde, á toda hora
En el alma sentias
Del amor la emoción embriagadora:
Sin duda acariciabas
De Abelardo la imagen en secreto,
Y amorosa su nombre murmurabas,
Y su nombre llenaba el Paracleto.

Largo tiempo luchastes en el suelo
Persiguiendo del bien los puros goces;
Mas desechando tu pasión profana,
En medio de tu duelo
Presentias la dicha soberana
Con que á los justos recompensa el cielo.
Y al fin compadeció tu desventura,
Viendo que orabas con sentidas preces
Del cáliz de amargura
Al devorar las repugnantes heces:
De tu azarosa vida
Perdonó compasivo los errores,
Y en el yermo de tu alma entristecida
Hizo brotar de la virtud las flores.

Solo Aquel que los muertos resucita,
Que á los enfermos la salud devuelve,
Y ofrece á los que lloran el consuelo

Con dulzura infinita,
Pudo elevar tu pensamiento al cielo,
Incendiar con con su amor tu alma contrita.
El autor de la vida solamente
Puede del corazón sanar las llagas,
Y hacer que penitente,
Después de atravesar horas aciagas,
Torne otra vez á su amistad doliente;
E hizo que tú dichosa,
Que mereciste por tu amor profundo
Ser de Jesús la enamorada esposa,
Dieras ejemplo de virtud al mundo.

LA NIÑA DE MIS AMORES.

I

La niña de mis amores
Es una ardiente morena,
De ojos grandes y rasgados
Y de negra cabellera;
Con una boca preciosa,
Perfectísima y pequeña,
En cuyos labios rosados
La sonrisa juguetea,
Dos hoyuelos practicando
En sus mejillas trigueñas!
Diez y ocho veces ha visto
Engalanarse las sierras
Con el manto de esmeralda
De la alegre primavera;
Y aunque sensible ha vertido,
En su infantil inocencia,
Lágrimas puras de amor,
Son las lágrimas primeras;
Pues los vapores infectos
Del pantano de la tierra,
No han manchado todavía
Su casta frente serena.
Es más bella que las vírgenes
Que del Dauro en la ribera
Entonan con voz melíflua
Canciones dulces y tiernas,
Ocultas entre las flores
De sus cármenes y vegas;
Más pura que las ideales

Imágenes con que sueña
Un joven enamorado,
Cuando ama por vez primera.
Yo amo á Isabel con locura,
Con una pasión extrema;
Ella es mi ilusión de gloria,
Mi único amor en la tierra.

II

Cuando he pasado en las tardes
Por la calle, ante su reja
Me he detenido á admirar
Su encantadora belleza.
De su mantilla de nieve
Entre los pliegues cubierta,
Muchas veces, quizá á impulsos
De una dolencia secreta,
La he visto doblar llorosa
La hermosísima cabeza,
Y enjugar con abandono
Dos lágrimas como perlas,
Que corrian silenciosas
Por sus mejillas trigueñas....
Expresión desgarradora
De indefinible tristeza,
De sufrimiento y dolor,
Sus negros ojos revelan,
Cuando los vuelve hacia el cielo
Y pensativa contempla
La extensión incalculable
Del firmamento, do apenas
Luce al fulgor apagado
De las inciertas estrellas.
Esa mujer que asi sufre
Sin proferir una queja,
Y que al cielo le demanda
El alivio de su pena,
Debe ser, más que mujer,

Un angel sobre la tierra!
¡Oh virgen pura y hermosa,
Que tan temprano comienzas
A sentir las amarguras
Que el corazón envenenan,
No pases entre dolores
Solitaria tu existencia;
Ven! y reunidos lloremos
En las horas de tristeza;
Yo murmuraré á tu oido
Palabras de amor muy tiernas,
Y tú sostendrás la frente
Fatigada del poeta!....

LETRILLA.

CADA LOCO CON SU TEMA.

Cuando pienso en que ante todo
Quiero mis gustos cumplir,
Sin detenerme en el modo
Como lo he de conseguir;
Entonces es cuando advierto,
Que es infundado é incierto
Tan egoista sistema;
Sin embargo, en mi desmán
Me repito aquel refrán:
Cada loco con su tema.

Cuando miro una coqueta
A su ventana asomada,
Llena de adornos, inquieta,
Por atraer una mirada;
Cuando la veo después,
Que, fingiendo candidez,
Con facilidad extrema
Hace burla de un galán,
Digo que es cierto el refrán:
Cada loco con su tema.

Si el ascético macera
Sus carnes con un silicio,
Y lleva una vida austera
Esenta de todo vicio;
Con su vida meritoria
Puede ser que de la gloria
Llegue á alcanzar la diadema:

Dejadlo con su fatiga,
Pues es natural que siga
Cada loco con su tema.

Cuando el bravo militar
De su eroismo blasona,
Y lucha por conquistar
Una gloriosa corona,
En los campos del honor;
Y vincula en el valor
Su felicidad suprema;
Nadie su gusto examine,
Pues es justo que camine
Cada loco con su tema.

¿Veis esos *fieros liones*
Que pasean por el Teatro,
Hasta el toque de oraciones,
Desde las tres á las cuatro?
Pues no os riais de sus trajes,
Que tan lindos personajes
Con su presencia divina
Son del *buen tono* el emblema
Y, además, aquí camina
Cada loco con su tema.

Si por acaso un intruso
De mis coplas se disgusta
Y dice que son abuso,
Profanación de la augusta
Y dulcísima poesía;
Que me deje en mi porfia,
Pues de mis creencias es lema,
Que en este mundo malvado
Siempre, siempre ha caminado
Cada loco con su tema!

IMITACION.

"Bello es vivir, la vida es la armonía!"
ZORRILLA.

Triste es vivir! La vida es un martirio,
Cadena de tormentos y dolores,
Ensueño fatigoso de un delirio,
Campos de abrojos sin pintadas flores;

Y en medio de los goces y placeres
Con que nos brinda la creación entera,
Se encuentra falsedad en las mujeres
Y amargas descepciones por doquiera.

¡Triste es vivir! se mece nuestra cuna
A impulso de los céfiros suaves,
Bañada por los rayos de la luna,
Mientras que cantan las parleras aves;

Pero, entre tanto, la desgracia impía
Negro anatema sin piedad fulmina
Sobre el que tiene de sentir un día
De los dolores la punzante espina.
....
....

Y la noche fatal del desencanto
Desciende sobre el alma contristada,
Y la envuelve en las orlas de su manto
Sin que brille para ella otra alborada.

¡Triste es vivir! Se siente que tortura
Lentamente un recuerdo la memoria,
Iluminando con su luz impura
De nuestras dichas la olvidada historia.

Si hay bailes y festines do se goza,
Si hay una orquesta que acordada suena,
Hay sufrimiento que incesante acosa
Nuestra existencia de amargura llena.

Y una mentida y fugitiva sombra
Encuentra el hombre al terminar la vida,
Y mientras vive su camino alfombra
Con las flores de su alma adolorida.

Y hay en el mundo pérfidas coquetas
Y amigos engañosos por doquier
Que sienten, al mirar nuestras secretas
Amarguras, diabólico placer.

Allí viven cobardes asesinos,
Halagados tal vez por la fortuna,
Impúdicas mujeres, libertinos,
Hombres sin fé ni religión alguna.

Allí vive en perpetuo antagonismo
El hombre con el hombre, que es su hermano,
Luchando por no caer en el abismo
Que se preparan con traidora mano.

¡Triste es vivir! la vida es un martirio,
Cadena de tormentos y dolores,
Ensueño fatigoso de un delirio,
Campo de abrojos sin pintadas flores!

¡Mentira! la vida es bella
Con sus bosques, sus jardines,
Con sus alegres festines
Y su loca animación.
Tiene conciertos ruidosos,
Bellas flores purpurinas,
Tiene músicas divinas
Que halagan el corazón.

Hay poetas, cuyo canto
Melancólico y sentido,
Como el doliente gemido
De tórtola en la viudez,
Hace que presto olvidemos
Nuestro amargo sufrimiento,
Porque el eco de su acento
Es indicio de placer;

Porque Dios en sus bondades
Dió al poeta una alma amante,
Y una voz para que cante
Su alegría y su dolor:
Le dió notas misteriosas,
Encantadoras, suaves
Como el trino de las aves,
Como del río el rumor:

El revela los misterios
Que el corazón atesora,
Nos revela cuanto adora,
Cuanto aborrece también;
Y todo por conquistar,
Si el hombre su canto abona,
De laurel una corona
Para ceñirse la sien!

Tiene el corazón abierto
El hombre para su hermano,
Y, al encontrarse, la mano
Se estrechan con efusión;
Y desde entonces unidos
Viven en grata armonía,
Compartiendo su alegría,
Su desgracia y su oración.

Hay en el mundo mujeres
De hermosura peregrina,
Y cuya alma se adivina
De su mirada al través,

Una alma virgen, ungida
Con las más puras esencias
De las primeras creencias
De la cándida niñez.

Ellas viven por nosotros,
Por nosotros se desvelan
Y si alguna cosa anhelan
Es calmar nuestro dolor:
Para nosotros son todas
Sus sonrisas agraciadas
Y sus lánguidas miradas
Y el tesoro de su amor.

Y si ven que suspiramos
De la vida el desencanto,
Solícitas nuestro llanto
Van á enjugar con primor;
Y se afanan por brindarnos
El consuelo del olvido,
Murmurando á nuestro oido
Dulces palabras de amor.

¡Triste es vivir! La vida es un misterio,
Y el mundo una prisión que el hombre habita,
A la par que el inmenso cementerio
De la raza de Adán, raza maldita.

¡Triste es vivir! El hombre en su locura,
Harto de amor, sin ilusión, hastiado,
Al borde de la negra sepultura
Se duerme con placer desesperado.

¡Triste es vivir! Suframos y lloremos,
Que el mundo con sus pérfidas mujeres
No puede hacer que alegres disfrutemos
De otras nuevas caricias y placeres.

Lloremos nuestros locos desvarios
Olvidados del mundo pobre y vano,
Mas no queramos blasfemar impios
Del autor de la vida soberano.

RESIGNACION.

Dios lo ha querido! Las alegres horas
De mi ardorosa juventud pasaron,
Unas veces tranquilas y serenas
Cual rápidas auroras,
Otras inquietas, turbulentas, llenas
De ansiedades sin fin, desgarradoras.
Pasaron como el ruido de una fuente,
Como un rayo de sol entre las brumas,
Como el cisne que cruza mansamente
De un lago trasparente las espumas:
Con ellas la ventura
Huyó también dejando los dolores;
Y el corazón repleto de amargura,
Ajadas ve de su ilusión las flores.

En esas horas de abandono y creencia,
Ignoraba que el mundo reservase
Para el que incauto en sus halagos fia
Una aguda dolencia
Y tristes desengaños, que en un día
Amargaran su plácida existencia.
Pensé encontrar en el mundano suelo
Un edén de placeres y de amores,
Y en mi sencillo anhelo
Mil sueños me forjaba seductores;
Pero fué un desvarío,
Y despiadada la fortuna quiso
Que encontrase un infierno asaz sombrío
Donde creí encontrar un paraíso.

Al pisar los umbrales de la vida
Con el alma sin dolo, inmaculada,
Ví una mujer de espléndida hermosura,
La virgen bendecida
De mis sueños de infancia, casta y pura
Con los velos del angel revestida:
La luz que su pupila despedía
Melancólica, ardiente, voluptuosa,
La suave melodía
De su vibrante voz tan cariñosa,
Hicieron al momento
Latir mi corazón extremecido,
Y del amor el dulce sentimiento
Me hizo temblar de gozo conmovido.

Cuánto amé á esa mujer, lo sabe el cielo,
Testigo del frenético delirio
Que acosó entonces la existencia mía,
Que presenció el anhelo
Del corazón que en la mujer veía
Un angel peregrino por el suelo.
Yo la amé con delirio exajerado,
Con el amor más santo y más profundo,
Como nunca se ha amado,
Ni se amará jamás aquí en el mundo;
Era tan pura y bella,
Tenía tanta magia esa mujer,
Que loco de pasión sentí por ella
Cuanto el mundo no alcanza á comprender!

¡Cuán gratos fueron los brillantes sueños
Que acariciaron mi abrasada mente
En aquel tiempo de feliz memoria!
Cuán dulces y risueños
Resbalaron mis dias; cuánta gloria,
Cuántos delirios castos y halagüeños!
Oh! no valen los goces de la tierra,
La riqueza, el poder y los honores,
La dulzura que encierra
La copa virginal de los amores;

No tiene el peregrino,
Al cruzar del vivir la oscura senda,
Otro bien más precioso y más divino,
Que del primer amor la santa ofrenda!

Yo ese bien poseía en mi pobreza,
Y, unido al corazón, en los altares
De esa mujer le puse confiändo
Que tierna la belleza,
De mi amor las plegarias escuchando,
Aceptase propicia mi terneza;
Pero ella el corazón y su cariño
Despreció como inútiles y vanos:
Cual despedaza un niño
Un vaso de cristal entre sus manos,
Mi alma ha destrozado,
Siendo después de mi dolor testigo;
Y apesar de la hiel que ha derramado
En mi vida, Señor, ... no la maldigo!

A GUATEMALA.

Guatemala feliz, ciudad querida,
Edén de mís amores,
Paraíso encantado do se anida
El placer de los cielos, do entre flores
Corrió tranquila mi ignorada vida;

Adios! voy á partir, la infausta suerte
Que me persigue airada,
No permita quizá que vuelva á verte;
Por eso siento el alma desgarrada
Al pensar en que al fin voy á perderte.

Perderte! y para siempre, cuando el cielo
Un angel me depara
Que mitiga el horrible desconsuelo
Que mi existencia mísera acibara,
Pábulo dando á mi amoroso anhelo!

Perderte! y no poder en la impotencia
Dilatar la partida!
Abandonar ese angel de inocencia
En cuya faz sublime y dolorida
Se revela el candor de la conciencia!

Oh! si al menos pudiera en mi tormento,
Para aliviar mi pena,
En mi ser sofocar el sentimiento,
Su casta imagen de ternura llena
Borraría tal vez del pensamieto.

Mas no, que la dulcísima memoria
De tan rara belleza
Jamás se borrará, será mi gloria;
Y en mis horas de hastío y de tristeza
Me alentará su imagen ilusoria.

Tu recuerdo también santo y querido,
Por doquiera que vaya,
Dentro del pecho llevaré esculpido,
Sea que vague en extranjera playa,
O que habite la tierra en que he nacido.

Quien te ha visto una vez jamás te olvida,
Ciudad encantadora,
Porque al deleite y al placer convida
La grata esplendidez arrobadora
Que ostentas por doquier envanecida.

Tú guardas en tu seno mil primores,
Encantos y placeres;
Angeles de beldad fascinadores
Son tus hermosas plácidas mujeres,
Gallardas y lozanas cual tus flores.

Suntuosos son tus templos; tu paseo
Y espléndidos jardines
Sobrepujan los sueños del deseo,
Y tus fiestas solemnes y festines
Parecen del delirio un devaneo.

A cualquier parte que el viajero torna
Curiosa la mirada,
Un portento demás descubre que orna
La diadema de reina, tan preciada,
Con que tu frente juvenil se adorna.

¡Dichoso aquel que en tu recinto mora
Sin temor de dejarte!
¡Dichoso, sí, porque sin duda ignora
Cuán amarga es la pena del que parte,
Del que al perderte contristado llora!

El no sabe cuán honda es la amargura
Que en un adiós se encierra,
No ha sufrido cual yo la suerte dura
De abandonar la hospitalaria tierra,
Donde la estrella de su amor fulgura.

....

En breve suspirando de tristeza,
De Pinula en la cumbre,
Sobre el pecho inclinando la cabeza,
Contemplaré con honda pesadumbre
Tu bello panorama en su grandeza.

Y allí angustiado, de dolor transido,
Tornaré á tí los ojos,
Para darte un adiós tierno y sentido,
Y en piadosa actitud, puesto de hinojos
Te lloraré como un edén perdido.

MI SECRETO.

A los ojos del mundo mis dolores
Ocultaré sombrío;
Fingiré no creer en sus amores,
Y, por velar mis hondos sinsabores,
Alarde haré de un pirronismo impío.

Me mostraré insensible á la alegría
Y á los castos placeres;
Fingiré que en el ruido de la orgía,
En el amor de impúdicas mujeres,
Está cifrada la esperanza mía.

Y nadie adivinar podrá en mi frente,
Inclinada y marchita,
La postración del alma, que doliente
Contra el destino lucha, aunque impotente,
Por extinguir esa pasión maldita.

Ocultaré tenaz mi aguda pena
Y mi profundo hastío,
Mostrando al mundo, con la faz serena,
Que tengo una alma que el espacio llena,
Acaso más inmensa que el vacío.

Aun la mujer á quien adoro tanto,
Ignorará el amor
Que á mis ojos arranca acerbo llanto,
Ignorará que á solas con espanto
Los abismos contemplo del dolor.

Jamás sabrá que un ser infortunado,
En su delirio ciego,
A ella los ojos levantar ha osado,
Por que ese ser, á quien persigue el hado,
Sabrá ocultar de su pasión el fuego.

Sí, yo sabré encubrir mi aguda pena
Y mi profundo hastío,
Mostrando al mundo con la faz serena,
Que tengo un alma que el espacio llena
Acaso más inmensa que el vacío.

A UN SENSONTLE.

I

Ave de oscuro ropaje,
Huésped de la verde selva,
Tímido sensontle, amigo
De las lluvias y las nieblas:
Sé vien venido á estos sitios,
Donde la fortuna adversa
Me confina, muy distante
De la bendecida tierra
En que nací, y trascurrieron
Aquellas horas primeras,
Que el hombre jamás olvida
Cuando el corazón alienta.
Ven, y puebla los espacios
Con esa voz lastimera
Que me recuerda mi infancia
Y la alegría serena,
Con que en tiempos más felices
Avido escuché las quejas
De otras aves de tu especie,
Que las exhalaban tiernas,
De las ceibas seculares
Entre la enramada densa.

II

Yo no sé que magia tiene
El melancólico acento
De tus trinos, pues apenas
Los dejas oír de lejos,

A su pesar siente mi alma
Un suave extremecimiento;
Y á tal punto me enajenan,
Que olvidado por entero
De mis cuitas y pesares,
Enternecido recuerdo
Mis pasadas alegrías,
Mis ilusiones que han muerto,
Mis esperanzas de niño
Y mis dorados ensueños.
En la triste melodía
De tus gorjeos encuentro
Algo que explicar no sabe
Nuestro lenguaje imperfecto,
Y que calma la inquietud
De mi vago pensamiento,
Que, comprendiendo la nada
De los placeres terrenos,
Ansía volar en alas
De los celestes deseos.

III

Acaso tú como yo
Sufres gravísima pena,
Y errante, lejos del nido
Que de cuna te sirviera,
Desahogas tus amarguras
En suavísimas endechas:
Quizá las sentidas notas
De tu amante cantinela
Los rudos ecos tan solo
De las montañas despiertan,
Sin que ninguno se apiade
De tus íntimas tristezas,
Sin que nadie lo terrible
De tu soledad comprenda.
Sin embargo, no desmayes,
Canta como siempre, espera,
¿Quién sabe, si la dulzura

De tu canción no conmueva
El pecho de la que debe
Ser tu amante compañera?
Confía, que Dios piadoso
Por los desgraciados vela!

IV

Canta, canta que no en vano
En su providencia el cielo
Quiso darte la armonía,
La ternura, el sentimiento,
Que tus cántigas revelan,
Fraccionando tus afectos.
Y no temas, pobre amigo,
Que perdidas en el viento
Vayan, como ruidos vagos,
A morir sin ningún eco,
Pues hay un ser desgraciado,
Que les presta oído atento,
Y olvidando sus pesares
Siente indecible consuelo.
Hay un lazo misterioso,
Que liga con nudo estrecho
A los seres que persigue
Despiadado el sufrimiento,
Y nosotros que sufrimos
Ser extraños no podemos:
Si el dolor nos hizo hermanos
Lloremos juntos al menos!

DEJADME EN PAZ.

(SONETO.)

Dejadme en paz, recuerdos de otros días,
Engañosas imágenes de gloria,
Que venís sin cesar á la memoria,
Para aumentar las ansiedades mias.

Quiero borrar de mi terrible historia
Las páginas primeras, tan sombrias,
Y en silencio llorar las alegrias
De una dicha fugaz y transitoria.

A ejemplo de la humilde pecadora,
A quien Jesús, dolido de su pena,
Las culpas perdonó, quiero yo ahora
Llorar contrito mi pasión terrena,
Para escuchar la voz consoladora
De perdón que alcanzó la Magdalena!

EL CULTO DEL DOLOR.

Vivir! ¿Y para qué, si de la vida
Al cruzar por el áspero sendero
Va dejando nuestra alma dolorida
De lágrimas amargas un reguero?
¿Si de la dicha y del placer las horas,
Como sombra ligera,
Han huido para siempre engañadoras,
Cuando aun sonría la ilusión primera?
Vivir, cuando se siente dentro el pecho
Que el corazón estalla,
Y sin aliento ya, pedazos hecho,
Contra la furia del dolor batalla,
No es vivir; porque falto de energía
Sucumbe al fin y en tétrico marasmo
Ve la existencia, fúnebre y sombría,
Como un castigo cruel, como un sarcasmo.

La vida, sin los goces con que halaga
De los amores la ilusión querida,
Sin la gloria que el alma nos embriaga
En lo mejor de nuestra edad florida,
Es un suplicio horrible, es un tormento
Apenas comparable
A la angustia mortal y al sufrimiento
De Tántalo, en su afán interminable:
Es apurar á sorbos y con pausa
El cáliz de amargura
Que repugnancia á nuestro labio causa,
Todas las veces que su hiel apura.
Mas valiera la calma regalada
De la tumba buscar nosotros mismos!

¡Ay! más vale morir.... y de la nada
Perderse para siempre en los abismos!

Así exclamé, bramando de coraje,
Al sentir de los hombres la injusticia,
Cuando apuré la copa del ultraje
Que el mundo me brindara con delicia.
¡Me escarnecieron tanto! los que un día
Se ofrecieron tal vez por mis amigos,
De la desgracia mía
Indiferentes fueron los testigos;
Y otros más viles, ó quizá más necios,
Me prodigaron con placer, impios,
Sus burlas y desprecios,
Como hicieron con Cristo los Judios;
Y yo ¡infeliz! en mi fatal delirio
No tuve el sufrimiento necesario
Para seguir su ejemplo en el martirio,
E imitar su perdón en el Calvario!

¡Ah! no culpeis de impío el pensamiento
Que formularon trémulos mis labios:
Estaba loco yo de sentimiento,
Al devorar tan pérfidos agravios:
No supe lo que entonces yo decía,
En mi inquietud febril yo deliraba,
Y mi boca mentía
Cuando horrendas blasfemias pronunciaba.
Mas ya que quiso la Bondad Divina
De mi mente calmar el desvarío,
Y que al amor inclina
Mi pobre corazón antes tan frío,
Dejadme que ahora lave con mi llanto
Las manchas que ennegrecen mi conciencia,
Y que al dolor entone un tierno canto,
Y que al dolor consagre mi existencia.

No es al dolor que viene tras la orgía,
No es al dolor que engendra el sensualismo,
Al que consagro la existencia mía,

Porque ese es la pasión del egoismo;
Yo quiero tributar culto sincero
Al dolor que las almas purifica,
Al solo verdadero
Que el afecto del hombre santifica:
Entre uno y otro existe gran distancia,
La misma que hay desde la tierra al cielo;
De aquel la intemperancia
Es la madre infeliz, y el desconsuelo
Es su fruto mezquino,
En tanto que el segundo
Su origen tiene en el Edén divino,
Y en santas alegrias es fecundo.

Adán, cediendo al seductor halago
De su débil, incauta compañera,
Quiso ser como Dios, en día aciago,
Sin oir del deber la voz severa;
Mas de su dicha en el primer momento,
Cuando aun bebía, en plácido embeleso,
El perfumado aliento
De su Eva cara en prolongado beso,
Escuchó la sentencia aterradora,
Que, cambiando su suerte de improviso,
Lanzóle, vengadora,
Del albergue feliz del Paraiso;
Y condenado á humedecer la tierra
Con el sudor de su abatida frente,
Sintió en el corazón terrible guerra
Entre el deber y la pasión rugiente.

Pero Adán desgraciado, Eva infelice,
Como en la culpa, unidos en la pena,
Recuerdan que la voz que los maldice,
Y que incesante en sus oidos suena,
Les promete el perdón y la Esperanza,
Que, olvidando sus duelos tan prolijos,
El iris de la alianza
Hace lucir para ellos y sus hijos;

Y resignados ya con la desgracia,
Sin dar al llanto de sus ojos largas,
Estiman como gracia,
Sus lágrimas sentir menos amargas.
Compasivo el Señor, en sus bondades
Mitigó de su diestra los rigores,
Y en el curso sin fin de las edades
Compadeció del hombre los errores.

Y al mandar á su Verbo desde el cielo
A redimir la humanidad caida,
Las amarguras condensó del suelo
Para hacerlas caer sobre su vida;
Y de Belén en el pesebre duro,
En la huida al Egipto, en el Desierto,
En el taller oscuro,
En los montes vecinos al Mar Muerto,
A la orilla del mar de Tiberiades,
En la tierra gentil de Galilea,
En las bellas ciudades
Que pueblan la extensión de la Judea,
En Gethsemani, sin pintadas flores,
Y en la cumbre del Gólgota sangriento,
Cristo llevó la cruz de los dolores
Para hacernos amar el sufrimiento.

El con su ejemplo de paciencia admira
Y entusiasma á los hijos de la luz,
Y ha dejado un consuelo al que suspira
Símbolo haciendo del dolor la Cruz;
Por eso quiero con amante empeño,
Lejos del mundo, en apartado asilo,
Del sacrosanto leño
Al pié morir, sin ansiedad, tranquilo;
Y á su sombra, entre tanto, ansioso quiero
Mi espíritu elevar al Infinito,
Y en silencio, severo,
Crucificar mi corazón contrito,
Para alcanzar de mi azarosa vida

La gracia del perdón consoladora,
Que recibió de amor extremecida
De Magdalo la bella Pecadora.

Jesús, humilde, pobre, sin consuelo,
Condenado á morir en un suplicio,
Siendo de las virtudes el modelo,
Es el héroe inmortal del sacrificio:
Con sus palabras dulces, cariñosas,
Atrajo tras de sí las multitudes,
Que de verdad ansiosas
Imitar anhelaron sus virtudes.
Innumerables Mártires doquiera,
Anacoretas, Vírgenes y Santos,
La humanidad entera,
De su voz han sentido los encantos;
Y los hombres de todas las Naciones,
Al recibir las aguas del Bautismo,
Han abierto al dolor sus corazones,
Abrazando la Cruz del Cristianismo.

Dejadme, pues, que para el mundo muera,
Que olvidado de todos, solitario,
Eleve mi plegaria lastimera,
Perdido entre las sombras del Santuario:
Allí, Dios habla al corazón que llora,
Mitigando sus íntimos pesares,
Con la voz seductora
Del Esposo feliz de los Cantares,
Y le convierte en vaso perfumado,
Lleno de suave y delicada esencia,
Que el Serafín alado
Del mismo Dios ofrece en la presencia..
....
¡Ah sí! dejadme lejos del bullicio
Del mundo seductor, buscar la calma
Y que, amando el dolor y el sacrificio,
Por fin consiga la salud del alma!

A JESUS.

Surgam et ibo ad patrem meum.—San Lucas.

¿Qué sería, Señor, de la criatura
Sin tu palabra santa,
Sin esa voz que bondadosa augura,
La piedad al que llora en su amargura
Al que hacia Tí su corazón levanta?

¿Cómo podría la razón menguada,
La pobre inteligencia,
Explicarse el misterio de su nada,
Y darle al hombre la quietud deseada
Cuando bulle incesante la conciencia?

Sin la palabra del Sinaí tronante,
Sin la voz del Calvario,
Sin la voz del Mesias tan amante,
El hombre ciego marcharía errante,
Presa infeliz de su destino vario.

Mas tú quisiste de la excelsa gloria
Descender á la tierra,
Dejarle al mundo tu inmortal memoria
Y tu sublime ejemplo, en una historia
Que una doctrina celestial encierra.

Bendito seas, Redentor divino,
Bendita tu enseñanza,
Que alumbra al extraviado peregrino
Cuando en el largo y desigual camino
De la existencia terrenal avanza.

A favor de su lumbre bienhechora,
Cual descarriada oveja,
La senda busco del deber ahora;
Déjame oir tu voz consoladora,
No desoigas, Señor, mi triste queja.

Pródigo soy que abandoné el abrigo
De la casa paterna,
Y que llevando mi porción conmigo,
Reducido al estado de mendigo
Busco de nuevo tu amistad tan tierna!

Largo tiempo seguí de los impíos
Los fáciles senderos,
Y entretenido en locos desvarios
De mi alma juvenil gasté los brios,
Violé de la virtud los santos fueros.

Y mientras viera mi alegría insana
Y mi entusiasmo ciego
La lisonjera turba cortesana,
Gozaba al ver de mi pasión profana
El devorante inextinguible fuego.

Mas pronto que el dolor marcó mi frente
Con irritada mano,
Burlaron todos mi espresión doliente,
Contemplando con rostro indiferente
De mi vida el martirio sobrehumano.

Escarnecieron sin piedad ninguna
Mi amargo desconsuelo,
Y halagados tal vez por la fortuna
A su oído mi queja fué importuna,
Fué para mí su corazón de hielo.

Entonces, Jesús mío, los dolores
Agobiaron al hombre,
Y hubiera acrecentado mis errores,
De mi vida abreviando los horrores,

Si no invocara tu celeste nombre.

Perdóname, Señor! sufría tanto,
Era tanta mi pena,
Que casi no pensaba en mi quebranto,
Que con la magia de tu nombre santo
El corazón su tempestad serena.

Perdóname, Señor! como aquel hijo
Que el Evangelio cuenta,
A tí me vuelvo en mi penar prolijo,
Repitiendo lo mismo que él se dijo:
Iré á mi padre, y le diré mi afrenta.

Yo no soy digno ya de tu clemencia,
Ni tu perdón merezco;
Mas no me alejes, no, de tu presencia,
¡Ve cuán grande es de mi alma la indigencia!
¡Ve cuán horrible es ¡ay! lo que padezco!

MI ANGEL CUSTODIO.

Hay vinculada á la existencia mía
De otro sér misterioso la existencia,
Que incesante me advierte, noche y día,
La dulce realidad de su presencia.

Aunque la vista material no pueda
La forma percibir de sér tan vago,
El alma siente que su imagen leda
Le brinda á solas seductor halago.

El suave efluvio de su esencia pura,
Emanación vivífica del cielo,
Se condensa radiante de hermosura
Y toma de los ángeles el velo.

Fantástico, ideal, como un ensueño
De la casta niñez, como una sombra,
Viene á mi mente en ademán risueño,
Cuando mi labio en su oración le nombra.

Y es que piadoso el maternal cariño,
Al pronunciar tan melodioso nombre,
Confió un secreto al corazón del niño,
Que intacto guarda el corazón del hombre!

"Tienes, me dijo con acento blando,
Un compañero generoso y pío,
Que ante el trono de Dios siempre rogando,
Pide la gracia para tí, hijo mío.

"Gozará si tú cumples tus deberes;
Pero si en tu alma se aposenta el odio,
Y te olvidas de Dios por los placeres,
Llorará sin cesar tu angel custodio."

Y la palabra de mi madre suena
Como un eco lejano en mis oidos,
Como una queja de su amarga pena
Sus presagios tal vez viendo cumplidos.

Mas si ha podido el mundanal estruendo
Ahogar la voz de la piedad sincera,
Y de la dicha la ilusión fingiendo
Burlar del alma la ilusión primera;

Jamás del angel la visión radiante
Empañaron con falsos resplandores
Imágenes mentidas de un instante,
Que dejan al pasar crueles dolores.

Al invocarlo cariñoso viene
Disipando del mal los espejismos,
Porque la luz que le rodea tiene
Claridades que alumbran los abismos.

Siempre propicio mi plegaria escucha,
Y energía le presta y santo brío
Al corazón, que decidido lucha
Contra el genio maléfico y sombrío.

Y, dominando la razón, refrena
La fogosa inquietud del pensamiento,
La tempestad de la pasión serena,
Y eleva y vivifica el sentimiento.

El angel bueno que guardó mi cuna
De la orfandad en los aciagos dias,
Conmigo renovó, por mi fortuna,
La historia de Rafael y de Tobias.

Fiel y constante me prestó su ayuda
En el difícil viaje de la vida,
Cuando la voz de la conciencia, muda,
No me advirtiera mi fatal caída.

Y cuando necio le ofrecí rendido
El culto del Creador á la criatura,
Compadeció mi criminal olvido,
Tuvo piedad de tanta desventura!

Tuvo piedad, é iluminó mi mente
Con los destellos de la luz divina;
Y conmovido el corazón doliente
Escucha la dulzura peregrina

De su voz, que me advierte noche y día,
Del alma en el recóndito santuario,
Que tan solo el dolor al cielo guía
Por el sendero estrecho del Calvario!

DFPRECACION.

Como el profeta de Anathoth, no acierto
Mi pensamiento á formular, Dios mío,
Y falto de espresión mi labio yerto
Un confuso rumor produce, incierto,
Aunque no está mi corazón vacío!

Mas estiende, Señor, tu diestra mano,
La misma que tendiste á Jeremias;
Quema mi torpe labio, que profano
Osa invocar tu nombre soberano,
Como hiciste también con Isaías.

Y lleno del espíritu del cielo
Como ellos cantaré tus alabanzas,
Y, al desgarrar de la ignorancia el velo,
En otra esfera con sublime anhelo,
Realizaré mis bellas esperanzas.

Pon en mi boca tu palabra, inspira
Con tu aliento creador mi mente inquieta,
Que á la gloriosa eternidad aspira,
Y cambia, por piedad, mi tosca lira
En el arpa sagrada del profeta.

Entonces la grandeza de tu gloria
Celebraría en cantos inmortales,
Que, ocupando del mundo la memoria,
Fatigaran los fastos de la historia,
Traspasando del cielo los umbrales.

Pero ¡ay! en vano la palabra humana,
Que apenas puede balbucear tu nombre.
Por dar idea de tu Sér se afana,
Por que son ante Tí cual sombra vana
Todas las creencias y el poder del hombre.

En vano quiere en su prisión el alma
Quebrantar de su suerte la miseria,
Y conquistarse inmarcesible palma,
Pues le retiene en dolorosa calma
El cíngulo que le ata á la materia.

Mas si mi voz, juguete de los vientos,
De inspiración carece y de armonía,
Y no tiene proféticos acentos,
Para cantar tu gloria y tus portentos,
Como las arpas de Sión un día;

Dále Señor, al corazón ferviente,
Que á impulsos de la mística dulzura
Del Salmista, que llora penitente;
Ya que imitó su vida delincuente,
Imite sin cesar tanta amargura.

Ya que como él la copa envenenada
Gusté de los placeres con delicia,
Y que como él de la virtud sagrada
Rasgué la blanca veste inmaculada,
Sin tu enojo temer, ni tu justicia;

Haz que, sintiendo el corazón contrito,
Vuelva otra vez á tu amistad perdida,
Y que un Nathán, (*) borrando mi delito,
Ostente tu poder que es infinito
Para dar á las almas nueva vida.

(*) Profeta que reprendió á David su pecado, y se lo perdonó en nombre del Señor.

Tú, que formaste de la nada el mundo,
De tinieblas la luz resplandeciente,
Limpio puedes tornar lo que es inmundo,
Y sacar del abismo más profundo
Al que fia en tu brazo omnipotente.

Nada resiste á tu poder! la tierra,
El cielo, oscurecido ante tu planta
Por más bellezas que su seno encierra,
Y hasta el infierno, cuyo nombre aterra,
Obedecen sumisos tu Ley Santa.

La pura Religión de mis mayores,
De tu inmenso poder depositaria,
Prodigando en el tiempo sus favores,
Torna en santos los grandes pecadores,
Que dolientes te mandan su plegaria.

Tus Ministros perdonan al que llora
Y le consuelan con la fé divina,
Repitiendo la frase redentora
Que el Tullido escuchara, en buena hora,
Diciendo tú: *Levántate y camina.*

Yo confio, mi Dios, en la ternura
Con que aceptas gustoso el sacrificio
De una alma traspasada de amargura;
Sé que tendrás piedad de tu criatura
Cuando la llames al postrero juicio.

LA INDEPENDENCIA.

De la *Virgen del Mundo* el grato sueño
Vino á turbar un hombre denodado,
Que, cruzando el Oceano en fragil leño,
Vió su delirio plácido y risueño,
A fuerza de constancia realizado.

Colmando su alegría,
Del lejano horizonte entre las brumas,
Esbelta como Venus en el día
Que apareció del mar en las espumas,
Presentóse á los ojos del marino,
Que prorrumpió en piadosas bendiciones,
La ilusión cara de su afán contino,
La hermosa realidad de sus visiones.
Triunfante el genio demostró que no era
Su esperanza quimérica,
Y el inmortal Colón por vez primera
Llegó al regazo de su dulce América.

¡Cuán bella debe haberla contemplado,
Coronada de ramos y de flores,
Cuando, ébrio de placer, llegó á su lado
Y la vió con delicia, enamorado,
En el lecho nupcial de sus amores!
Entonces de su dicha en el estreno
Apenas soportando la ventura,
De su amoroso seno
El germen infundióle de fé pura,
Y dióle con su beso
De apasionado esposo y tierno amante,
La esperanza sublime del progreso,

Como una prenda de su amor constante;
Y, acariciando bellas ilusiones,
Creyó ver en su frente y en sus manos,
La diadema imperial de las naciones,
Y el cetro de los pueblos soberanos.

Jamás imaginó que con rudeza
Pudiese un día, preocupada Europa,
Negar la compasión á la belleza,
Y acíbar darle en abundante copa;
Y cuando vió á su América abatida,
E inundados de lágrimas sus ojos,
Creyéndose el verdugo de su vida,
Sintió de la vergüenza los sonrojos.
Acaso la grandeza de su gloria
Despreció temerario,
Pensando que en el libro de la Historia
Llevaría el baldón de victimario;
Y queriendo aliviar con su inflencia
De la indiana beldad las duras penas,
Condenado á una mísera existencia,
Vió sus manos cargadas de cadenas.

Pero agravóse su mortal dolencia
Sabiendo que otros hierros arrastraba
La virgen de su amor, en su inocencia
Ya reducida á condición de esclava;
Y presagiando su futura suerte
Los siglos de martirio,
Como un consuelo ambicionó la muerte,
Del dolor más intenso en el delirio:
Tal vez el desaliento
Llegó á tentar su corazón gigante,
Haciéndole sentir remordimiento,
Por haber concebido el grande intento
De darle un mundo á la Isabel reinante;
Y poniendo en el cielo su confianza,
De su sepulcro al ocupar el lecho,
Durmióse con la célica esperanza
Del triunfo no lejano del Derecho.

Y del grande hombre el postrimer anhelo,
Después de tres centurias de paciencia,
Porfin se realizó, queriendo el Cielo
De América otorgar la independencia;
Por fin la noble idea
De Washington, Bolivar y Miranda,
De Hidalgo y de Morelos, héroes crea
Que ponen dique á la injusticia infanda;
Y cunde por el Nuevo Continente,
Y de la patria el porvenir colora
Con la luz que despide en el Oriente
De la alma Libertad la bella aurora,
Y llena de entusiasmo,
Viendo el cielo cubierto de arreboles,
Olvida de los malos el sarcasmo
Y de "tres siglos los sangrientos soles".

Centro-América libre ya figura
Al par de las naciones soberanas,
Y, aunque rota, su enseña brilla pura,
Despertando el amor de cinco Hermanas,
Que unidas por el lazo
De misteriosa y dulce simpatía,
En breve se darán estrecho abrazo,
Como hace poco en venturoso día:
Formando un solo pueblo ahora bendice
De sus Próceres dignos la memoria,
Y se promete, en porvenir felice,
Del progreso anhelado la victoria,
Que con su ideal inspira
Del bardo los patrióticos cantares,
Cuando entusiasta hace vibrar su lira
De laurel festonada y de azahares......

El Sur y el Sententrión con heroismo
La condición de libres obtuvieron,
Y fué de sangre pura su bautismo,
Y al mundo ejemplo de constancia dieron;
Mientras que el Centro, por favor divino,

En su primer momento,
Caricias recibiendo del destino,
Expresó sin rencor su pensamiento;
Por lo mismo, nosotros no debemos,
Sintiendo otras pasiones
Llegar del entusiasmo á los extremos
Para lanzar tremendas maldiciones.
No podemos negar, sin ser ingratos,
A nuestra Madre la filial ternura,
Por más que nuestras almas, arrebatos
Sientan de indignación en su amargura.

La España con su sangre generosa
Nos legó sus costumbres y creencia,
Y con su lengua culta y armoniosa
Las nociones primeras de la ciencia:
Dictando sabias leyes,
Que revelan amor á la justicia,
Quisieron impedir siempre los Reyes
Del cruel conquistador la ruin codicia;
Las súplicas sentidas
Del ilustre Las Casas escucharon,
A pesar de opiniones muy validas
Que indignos cortesanos divulgaron;
Y si algunos, ansiosos de riqueza,
Alarde hicieron de inclemencia y saña,
Culpemos su impiedad y su fiereza,
Mas no mengüemos el honor de España!

El alma de los libres nunca abriga
Negros resentimientos ni rencores,
Ni puede conceptuar como enemiga
A una nación que le brindó favores;
Pues llena de entereza,
Practicar las virtudes ambiciona
Y, amando con vehemencia la grandeza,
Públicamente de virtud blasona.

Cual libres, pues, obremos
Un hermano mirando en cada hombre,

Que solamente así mereceremos
De grandes el renombre;
Y que fuerte, feliz, reorganizada
Nuestra Patria común por fin se vea,
De luminosa aureola circundada,
Gozando el triunfo de su grande idea!

El Dios de las batallas, desde el trono
En que rige á los pueblos de la Tierra,
De nuestras esperanzas en abono,
Hará cesar la fratricida guerra
Que, empapando de sangre las campiñas
Del suelo americano,
Odiosas ha hecho las sangrientas riñas
En que combate hermano contra hermano.

La Unión apetecida
Del Centro acordará, como en su cuna,
Y de la Libertad bajo la egida
Le hará gozar de próspera fortuna.

Entre tanto, sigamos por la senda
De la virtud, que al hombre diviniza,
Deseando que el amor puro descienda
Benéfico á rasgar la oscura venda
Que cubre de la Patria la divisa.

LA MUSA CRISTIANA.

Bella como los ángeles, más pura
Que Eva sonriendo en su primer mañana,
A las Musas excede en hermosura
La casta Musa de la Fé cristiana.

Antes que creara Dios el firmamento
Y la tierra sacara del abismo,
Al recrearse en su propio pensamiento,
Nació del pensamiento de Dios mismo.

Y compasiva descendió del cielo
Para ser de los hombres la delicia,
Para ofrecerles sin igual consuelo,
Sus encantos mostrándoles propicia.

Ella de los Patriarcas sin hogares
Acompañó las marchas solitarias,
Mitigando sus duelos y pesares,
Con la fé de sus místicas plegarias.

Ella dió á la arpa del profeta notas
Y suaves y melífluas armonias,
Que anunciaron, desde épocas remotas,
La esperada venida del Mesias.

Radiante de placer, junto á la cuna
Del Niño-Dios, angélicos loores
Hizo oir, á los rayos de la luna,
A unos simples y rústicos pastores.

Encarnándose, entonces, en María,
Arrulló con cantares de inocencia
El sueño de Jesús, y la poesía
La tierra embelleció con su presencia.

Vió correr luego, en Nazaret tranquilo,
Del Hijo de José la vida oscura,
De la Sacra-familia el pobre asilo
Convirtiendo en un cielo de ventura.

Y cuando el Cristo, bondadoso y grave,
A las turbas anuncia su doctrina,
Ella recoje su palabra suave,
Que es manantial de inspiración divina.

Cuando enseña, en su triunfo, en la agonía,
Sigue al Divino Maestro por doquiera,
Y de la Cruz al pié, triste y sombría,
Muda por el dolor, sufre y espera;

Mas pronto se trasforma, y los portentos
De su Resurrección y de su Gloria
Canta, y se escucha por los cuatro vientos
El himno universal de la victoria.

A unos hombres incultos y sin ciencia
Cambia el caracter tímido, indeciso,
Y hace brotar raudales de elocuencia
De sus callados labios, de improviso.

Ella, que diera inspiración valiente
Al gran Lejislador del pueblo hebreo,
De luz corona la inspirada frente
De Juan, de Lucas, Marcos y Mateo.

Ella da á Pablo el pensamiento que arde
En sus cartas sublimes, inmortales,
Donde Agustín se abrevará, más tarde,
De la gracia divina en los raudales.

Al Crisóstomo presta su ternura,
Al Nazianceno inspira y á Basilio,
Que canta con bucólica dulzura
De la vida monástica el idilio.

También de Anselmo el pensamiento eleva
Y de Bernardo el corazón inflama,
Y en todas partes, sin cesar, renueva
Del amor puro la celeste llama.

Al arte, en Grecia, en Roma y en Oriente,
Por la verdad, de la abyección redime,
Y en la del Cristo tamizada frente
Al genio muestra el ideal sublime.

La épica trompa proporciona al Dante
Para contar terríficas visiones,
Y, en forma de Beatriz, pura y amante,
Del cielo le acompaña en las regiones.

Del dulcísimo poeta de Sorrento
Las horas melancólicas encanta
Y le hace celebrar, con suave acento,
La eterna gloria de Salem, la santa.

Al ciego que en Albión canta y suspira,
Cual ruiseñor en solitario nido,
Le hace escribir, en cantos que le inspira,
La triste historia del *Edén perdido.*

Y si al Tasso y á Milton dá canciones,
Si á Camoens inspira como á Ercilla,
Con profusión derrama en las naciones
La poesía del pueblo, tan sencilla.

¡Bendita sea la cristiana Musa,
Que así á la pobre humanidad consuela,
Que luces presta á la razón, profusa,
Y á la conciencia la verdad revela!

LA PALABRA. (*)

Escuchad....por doquiera se propaga
Del concierto del mundo la armonía,
Que dulcemente nuestro oído halaga
Y va á perderse misteriosa y vaga,
Cual flébil eco, en la región vacía.
¿No oís ese rumor que se levanta
Del seno de la tierra y de los mares,
Eterno ritmo de alegría santa,
Que semeja la voz de mil cantares?
Pues bien; ese magnífico concierto,
Esas notas extrañas,
Formadas por los ruidos del desierto,
Por el viento azotando las montañas
Y por las cadenciosas vibraciones
De cada sér que canta ó que suspira,
Son los dulces acordes de una lira,
Del amor que bendice, las canciones.
El ave trina al despertar la aurora,
Ruje en los bosques la sangrienta fiera,
La brisa de la tarde gime y llora,
Y de día y de noche, á toda hora.
Murmura un himno la creación entera.

También el hombre, cuya noble frente
Ostenta la corona de monarca,
Que los destinos de su sér presiente
Cuando en su idea el universo abarca;

(*) No creemos demás advertir, que esta composición fué escrita en pocos momentos, habiéndosele dado el tema á su autor, y para publicarse inmediatamente después en el primer número del periódico literario "La Palabra."

También él tiene melodioso acento,
De indefinible encanto,
Que traduciendo fiel su pensamiento
Expresa el delicado sentimiento,
Formando la poesía de aquel canto:
Tiene una voz de mágica dulzura,
De vibraciones suaves,
Más grata al corazón que de las aves
Los sentidos arpegios de ternura,
Más dulce que la miel de los panales
Que con el nectar de las flores labra
La infatigable abeja,
Es la voz que refleja
Del hombre el pensamiento—la palabra.

Don del cielo, presente peregrino:
Su música sirvió por vez primera,
En las florestas del Eden divino,
Para expresar la adoración sincera
Y el amoroso anhelo,
De sus bellos y castos moradores,
Que, ignorando lo que es el desconsuelo,
Antes de haber sentido los dolores,
Mandaban sus plegarias hacia el cielo,
Celebrando gozosos sus amores;
Mas después, condenados á la pena,
Endulzaban, al menos, sus reproches,
Hablando de su dicha tan serena
En los largos insomnios de sus noches;
Y más tarde, teniendo en las rodillas
Las prendas de su férvido cariño,
Repetian las frases tan sencillas
Que ensaya balbuciente el tierno niño.

Ese sonido melodioso y suave
Que conmoviendo el alma la recrea,
Es de la ciencia y del saber la clave,
Símbolo misterioso de la idea:
Poder que liga á la familia humana

Con amoroso lazo,
Que nunca ha roto la malicia insana,
Ni ha relajado la ira soberana
Al descargar su omnipotente brazo;
Pues si un día en Sennaar, sobre la cumbre
De la torre soberbia
Que levantara loca muchedumbre,
Del hombre castigó la ruin protervia,
Confundiendo las lenguas,
No le negó la facultad sublime
De externar su ternura ó sus agravios,
Y aunque disperso por la tierra gime,
Brota la voz de sus facundos labios.

Sin el auxilio de su voz sonora,
Con que demanda en su indigencia ayuda,
Con que al Autor de su existencia adora,
No tendría la fé consoladora,
Y la misma razón sería muda;
Mientras que con la magia de ese acento
Descifra los enigmas de las ciencias,
E infundiendo á las almas nuevo aliento
Derrama claridad en las conciencias;
Y, al rigor del olvido siempre reacio,
Quiere legar al mundo su memoria,
Y, triunfando del tiempo y del espacio,
Le confía á la historia
Sus recuerdos, sus penas, sus placeres,
Y escribe en los anales de la gloria
Su nombre con brillantes caracteres.

Se inventa la escritura; y desde entonces
No mueren las ideas con el hombre,
Las esculpe en los mármoles y bronces
Que conservan la cifra de su nombre;
Y en hoja deleznable
Arroja sus secretas confidencias,
Seguro de que el tiempo inexorable
Las llevará en su curso interminable,

Como lleva el Favonio las esencias.
Y engrandece de Cadno, el rey tebano,
El prodigioso invento
De Guttemberg el genio soberano,
Revelando á los siglos un portento;
Y los siglos le cuentan á los siglos,
En su eternal proceso,
Del espíritu humano el ardimiento,
La grandiosa epopeya del progreso!

Mas no contento con tan grande empresa
El hombre siente del dolor de las ansias,
Viendo que la palabra no atraviesa,
Rápida como el viento, las distancias:
Su mente se enardece,
Siente bullir en su cerebro inquieto
Un no sé qué divino, que le ofrece
De aquella rapidez darle el secreto;
Y de la inteligencia en alas sube
A la región del trueno,
A sorprender el seno de la nube,
Que el rayo guarda en su inflamado seno,
Para obligarle á descender, tranquilo,
A ser el mensagero
Que lleve la palabra por un hilo,
Con que quiere rodear el orbe entero,
Como obliga después al aire libre
A que los pliegues de su manto entreabra,
Y en los espacios sonoroso vibre
Los ecos que produce la palabra.

La palabra! ¿Quién sabe la influencia
Que ejercerá más tarde sobre el mundo,
Cuando, cual Morse, un pensador profundo,
Saliendo del santuario de la ciencia,
Divulgue las verdades
Cubiertas hasta ahora con los velos,
Que no osaron rasgar en las edades,
Del profeta y del sabio en los anhelos?

¿Pero á qué pretender de lo futuro
Penetrar el arcano,
Si el cielo en el presente brilla puro,
Vivificando el pensamiento humano?
Ya el grano de la Idea redentora
En las almas germina,
Y de Jesús la voz consoladora
Hace cundir la celestial doctrina:
La humanidad, en tanto, su camino,
Llena de fé, anhelante,
Prosigue, realizando su destino,
Gritando en sus combates: adelante!!

Y si la sangre pierde de sus venas
El valor no desmaya de su pecho,
Porque proteje Dios las causas buenas,
Y al romper del esclavo las cadenas
La santidad proclama del derecho:
La palabra es el arma con que lucha,
Teniendo por campeones de la idea
Al orador, que atento el pueblo escucha,
Valiente y entusiasta en la pelea,
Al sabio y al artista,
Al escritor y al inspirado poeta
Que, sin perder de vista
El ideal bello de su mente inquieta,
Mancha del porvenir á la conquista......
....
....
Heroicos lidiadores, Dios os mira,
El mundo os ve con entusiasmo mudo,
Y yo, que he roto mi insonora lira,
Desde lejos os mando mi saludo!

FIN DEL PRIMER TOMO.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

MIGUEL ALVAREZ CASTRO.

ENRIQUE HOYOS.

FRANCISCO DIAZ.

PÁGINAS.

IGNACIO GÓMEZ.

JULIÁN RUIZ.

RAFAEL PINO.

JUAN J. CAÑAS.

PÁGINAS.

FRANCISCO IRAHETA.

LUCIANO HERNANDEZ.

JOSE ANTONIO SAVE.

SAMUEL CUELLAR.

CARLOS BONILLA.

JUAN J. BERNAL.

PÁGINAS.

FIN DEL ÍNDICE.